



47
CCIÓN

BIBLIOTECA

CEBADA

SERMONES

2

BV4247

M6

V.2

C.1

135910

252



1080042737

642-6440



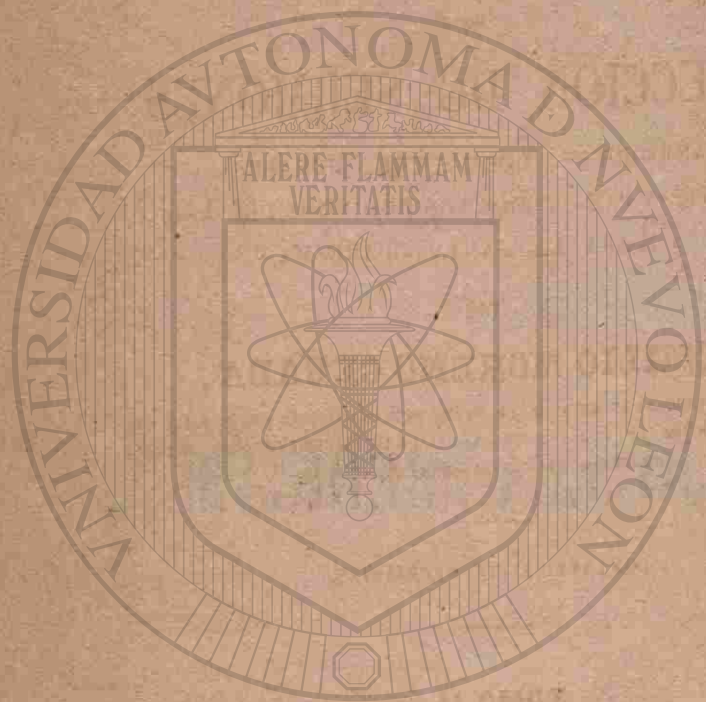
U A N L
BIBLIOTECA PREDICABLE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



38127



BIBLIOTECA PREDICABLE

ó sea

COLECCION DE SERMONES

PANEGÍRICOS, DOGMÁTICOS, MORALES
Y PLÁTICAS PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO
Y PARA LA SANTA CUARESMA.

POR

D. EMILIO MORENO CEBADA,

PREBÍTERO, PREDICADOR DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA (Q. D. G.) Y DEL
ARZOBISPADO DE TOLEDO, EXAMINADOR SINODAL DE LA DIÓCESIS DE JAÉN, AUTOR Y
TRADUCTOR DE VARIAS OBRAS RELIGIOSAS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

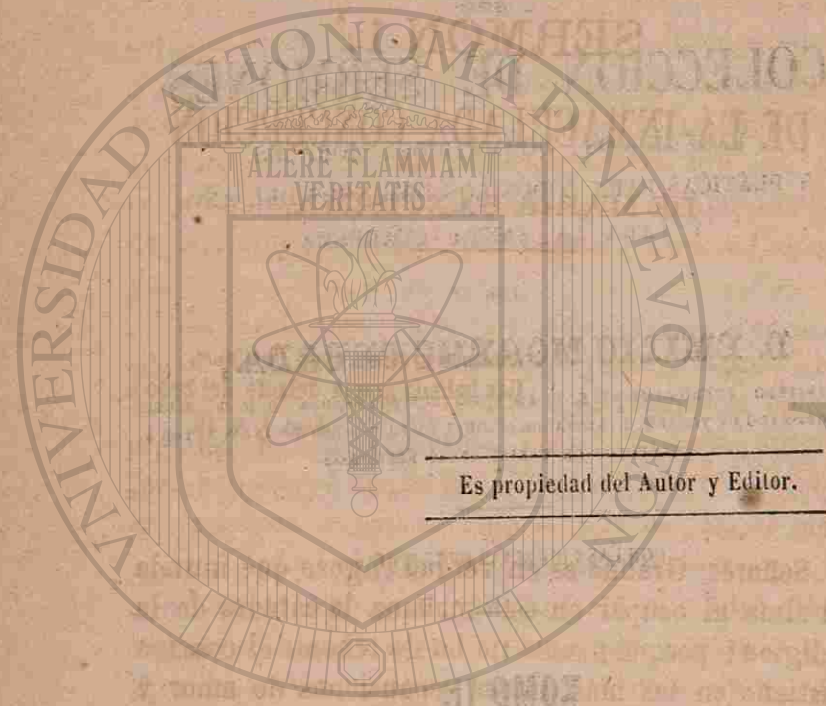
MADRID.

IMPRESA DE LUIS BELTRAN, EDITOR DE LA BIBLIOTECA,
calle del Sacramento, núm. 10.

1864.



BV4247
1916
v. 2



Es propiedad del Autor y Editor.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE LEON

135910

SERMON 1.º
DE LA INMACULADA CONCEPCION
DE MARÍA SANTÍSIMA.

Invenisti gratiam apud Dominum.
Has hallado gracia delante del Señor
Luc. I, v. 30.

Señores: Grande es en verdad el gozo que inunda mi alma al ocupar en esta mañana la cátedra de la Religión: porque ¿cómo no ha de rebosar el corazón cristiano en las mas dulces expansiones de amor y de alegría, cuando se trata de celebrar la singular prerogativa de la inmunidad de la culpa original, de la criatura feliz y bienaventurada, que siendo Madre de Dios es al tiempo mismo, Madre de los humanos? ¿Cómo no estasiarse á vista de las magnificencias con que plugo al Omnipotente adornar y embellecer la morada augusta donde habia de habitar, el seno virginal donde habia de verificarse la obra admirable de la union hipostática? María es este Palacio de tan singular hermosura, Tálamo de Dios: Firmamento maravillosamente formado: Torre de David de la que penden mil escudos: Raiz in-

contaminada de Jessé, Rosa plantada por la Divina mano, encarnada y sin espinas: Candidísima azucena entronizada y enaltecida sobre todas las flores: Fortaleza invencible: Huerto dos veces cerrado á la corrupcion del infernal enemigo por la Omnipotencia y Gracia del Dios Todopoderoso: Paraiso delicioso del impecable Adán: Ciudad divina; en suma, y escelso Tabernáculo, fabricado para que en su centro morase el Hombre-Dios, que se propuso nacer de una mujer concebida sin pecado para triunfar del pecado.

Un ángel, un celestial mensajero que trae á la tierra la mas feliz nueva que podian esperar los hombres, es el que pronuncia el magnífico elogio que declara á la venturosa Virgen de Judá, singular, superior á todas las demás criaturas: *Invenisti gratiam apud Dominum*. Empero este elogio, si bien declara toda la grandeza, toda la excelencia de la que hoy es objeto de estos presentes cultos, nos recuerda la existencia de un crimen horrendo que hizo desaparecer las bellezas de la naturaleza, que privó al hombre de sus antiguos derechos, que le privó de su libertad, y le dejó encadenado al terrible carro del fuerte armado. Sin el crimen del Paraiso, el elogio que hoy hace singular á María, enaltecería á todo hombre, porque el hombre como todas las cosas criadas hallaba gracia en los ojos de su Hacedor Supremo. Mas luego que fué cometida la transgresion primitiva, luego que nuestros primeros padres desobedecieron á su autor y se rebelaron contra él, el mundo con todas sus bellezas, presenta una faz horrorosa y miserable; el hombre es objeto de cólera para su soberano dueño; su posteridad lleva marcado

el sello de su desgracia, y ya es singularidad, es excelencia, es extraordinario privilegio hallar gracia en presencia del Criador. El sabio Omnipotente habia fulminado la maldicion terrible, el anatema de muerte que es escuchado por el primero de los hombres y que alcanzará hasta el último de sus hijos. Inexorable se pasea la ira del Eterno sobre las ruinas del mundo, empero herido de dolor, segun la expresion de los libros santos, concibe el proyecto de la redencion de la humanidad. En el mismo Paraiso, ofrece un Mesías que todo lo habia de pacificar con la estola de su sangre. La humanidad se multiplica y van apareciendo inspirados profetas, que con nuevos anuncios sostienen la esperanza general, declarando hasta los mismos caractéres que habian de adornar al invencible guerrero que habia de venir del cielo para arrollar y desmenuzar los escuadrones infernales, ensalzando de nuevo al hombre hasta su Dios. Saldrá una vara del tronco de Jessé (1) y brotará una flor de su raiz, que será la espectacion de las gentes: nacerá la estrella de Jacob (2) á disipar las tinieblas de la noche de la culpa: la justicia y la paz se darán un ósculo amoroso (3). Hé aquí señores, con otros muchos los vaticinios que hacen que los Patriarcas y demás justos, eleven fervorosas súplicas al cielo. ¡Cuán vehementes eran sus deseos por hallar la gracia de la reconciliacion! ¿Y quién será entre los ilustres varones que aparecen sobre la tierra, el destinado para salvar á Israel? Noé, Abraham, Isaac, Jacob, David.... Pero no: si sus virtudes son grandes,

(1) Isai. cap. XI. v. 1.

(2) Núm. óap. XXIV, v. 17.

(3) Justicia, et pax osculatae sunt. Ps. LXXXIV, v. 11.

están inficionados en su origen. De una mujer vino el mal y de otra mujer ha de venir el bien: una mujer perdiendo la gracia introdujo la muerte en el mundo, y otra mujer llena de toda gracia á los ojos del Señor, es la destinada á producir al que ha de dar la salud al mundo.

No por lo que acabo de decir fijeis la vista en aquellas célebres heroínas que fueron las glorias de Israel, y cuyos nombres se transmiten de generacion en generacion en las doradas páginas de la Escritura Santa: Sara, Débora, Esther, Abigail, Judith, Ana, todas llevan impresas las cicatrices de la primitiva herida, que hizo perder á la humanidad su antigua hermosura. Tú eres, oh *Inmaculada María*, el ángel de ventura: Tú eres la destinada á quebrantar la cabeza al dragon infernal: Tú eres la que libre de la mancha original, fuiste digna de concebir en tu seno por virtud divina, al que quiso hacerse hombre sin dejar de ser Dios: Tú la única criatura en toda la naturaleza que tuviste la gloria de hallar gracia en los ojos del Señor: *Invenisti gratiam apud Dominum.*

¿Qué palabras acaban de pronunciar mis labios? Permitidme que lo repita para gloria de Dios: para honor de su Madre y nuestra, para consuelo de la universal Iglesia, y para confusion del infierno. María fué concebida sin mancha, ó para decirlo con la Iglesia docente por boca del Maestro y Padre de nuestra fé, el Soberano Pontífice Pio IX, que ha confirmado con una declaracion dogmática, la piadosa creencia que tan profundas raíces tenia en los pechos católicos: «La beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepcion, fué preser-

vada de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesucristo Salvador del género humano.»

Y yo, señores, al constituirme hoy panegirista aunque indigno, de este gran prodigio de la Omnipotencia, voy á fundar mi oracion en las mismas palabras que la dirigiera el Angel. *Invenisti gratiam apud Dominum.* El lleno de gracia que recibió María en su Inmaculada Concepcion. Tal es mi objeto. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Superior la Santísima Virgen María á todas las criaturas que reflejan en la azulada bóveda, que sirve de tapete al que domina sobre los ángeles, semejante entre los astros de la religion, á la luna entre los que ocupan las cristalinas esferas, reverberando en ella el supremo resplandor del sol de la gloria, Cristo Jesus, por quien estaba unida por una atraccion mas noble y sublime que la que dota algunos cuerpos físicos, que son el embeleso de los sábios de este mundo; apenas fué informada por aquel perfecto espíritu que recibió de manos de su Criador, cuando dirigida por su sabiduría divina se ocupaba siempre en actos dignos de su Señor. Si fijamos nuestra consideracion en sus virtudes y en sus hechos, encontraremos infinidad de acciones meritorias que la edad no altera, ni interrumpe el sueño; testimonio claro á todas luces de la plenitud de gracia con que habia sido enriquecida; y si nos detenemos en la contemplacion del último período de su vida, no podremos menos de admirarnos al obser-

varla agena al dolor, preservada del temor, libre de la corrupcion y arrebatada por una veloz resurreccion á una preciosa remuneracion que la corona de poder y de gloria.

Tan singulares privilegios, carismas tan extraordinarios y distinciones tan brillantes, no son otra cosa que forzosas consecuencias del grande privilegio de su Concepcion Inmaculada, de su inocencia original. Irritada la Justicia divina, habia fulminado en el Paraiso un terrible anatema contra la serpiente: «Una mujer, dijo, quebrantará tu cabeza.» Y este anatema, dice el abad Ruperto, empeñó á Dios en la ejecucion de una obra singular de su gracia. Obra admirable, señores, que no fué otra que la Concepcion de María. Ella habia de ser el hermoso lucero que habia de preceder al sol divino de Justicia: ella la que habia de quebrantar la cabeza al mónstruo infernal, con la produccion de un Hijo que habia de borrar con su sangre la escritura de la maldicion del mundo, abriendo á los hombres las puertas de los cielos.

Decretada en los consejos de la Trinidad Beatísima, la reparacion, lo fué al mismo tiempo la esencion de la culpa original en la mujer venturosa en cuyas entrañas habia de humanarse el divino Reparador. Porque ¿cómo era posible que el Santo de los Santos habitase en una morada manchada por la culpa? Si vemos la magnificencia, delicadeza, ornato y esmero que ordenó el Señor se emplease en la construccion del Arca de la Alianza y del Propiciatorio, desde el cual, sentado sobre querubines y acatado de todos los israelitas, se dignaba proteger á su pueblo, aceptar sus votos, escuchar sus preces, recibir sus

ofrendas, satisfacer sus deseos, premiar su fé y conservar su religion, defendiéndola con portentos de enemigos exteriores y con castigos de los interiores, cuales son el desórden é inmoralidad, y todo esto cuando sombras y figuras eran tan solo vaticinios de lo que habia de realizarse en la plenitud de los tiempos, ¿cuál seria su esmero en la santificacion de su sagrario, en la pureza de su reclinatorio, en la riqueza de su archivo y en la bondad de aquella criatura de quien tomaria carne y la naturaleza en que venceria el pecado? Ciertamente es que segun los principios mas sencillos é incontrastables, las acciones sublimes y grandes no deben pender de circunstancias desiguales á los fines propuestos, y mucho menos de las que les son contrarias, y asi es que venció á la muerte el inmortal, destruyó el pecado el impecable, y heroicamente se socavó el imperio de la culpa por el Autor de la gracia, por eso era conveniente y necesario que la carne de Cristo fuese purísima, y como esta era la misma de María, en espresion del P. S. Agustin, ella fué exenta de toda mancha, para que proporcionando de sus entrañas el instrumento de nuestra reparacion, apto desde luego, capaz y Santo para la redencion del universo, fuese proclamada la santidad del Señor que tan admirablemente abatió el orgullo del infierno.

¡Preservacion singular! ¡Victoria divina! ¡Triunfo sublime, que dá á Dios mas gloria que injuria recibió en nuestros delitos! Tú eres; oh Soberana Señora, la que presentándote exenta de toda mancha y deformidad ante el Sólido Supremo de la Justicia infinita, ultrajada por la ingratitud del hombre, conseguiste ser la medianera entre Dios y los humanos, y que prendándose el Señor de aquella misma gracia con que te ha-

bia prevenido, te hiciera depositaria de su mismo augusto y divino Hijo: partiese contigo, por expresarme así, los derechos de Paternidad y te eligiese para sacerdotiza que ofreciéndole el pingüe, suave y aromático sacrificio que prefigurado muchos siglos antes por los innumerables que se celebraban en el Templo de Jerusalen, era el único que podía aplacar su cólera, satisfacer su justo rigor, y llenar el mundo de bendiciones.

Empero cuando el gran prodigio de la Concepcion en gracia de María Santísima, es hoy un dogma de fé; ¿qué necesidad tenemos de aducir mayor número de pruebas en demostracion de tan consoladora verdad? Fijémonos pues tan solo en la contemplacion del lleno de gracia que en tan feliz instante recibió tan privilegiada criatura, y de este modo al tiempo que cumpliéremos lo ofrecido, nuestro espíritu se recreará santamente y bendeciremos al Todopoderoso que hizo con la Señora cosas tan grandes, sublimes y maravillosas. Sin temeridad, tratemos de contemplar al Altísimo concibiendo desde la eternidad en su divina mente el proyecto de esta obra admirable de su diestra.

En efecto, Dios poseyó á María en el principio de sus caminos y antes que hubiese hecho cosa alguna en el orden de la naturaleza. Aun no existian los grandes y profundos abismos, y ya estaba gloriosamente concebida: las fuentes no brotaban sus aguas: la grave y corpulenta mole de los montes aun no se levantaba de la tierra, no se conocian sus collados, y ya era singular su generacion: no desembocaban los rios en anchurosos mares: tierra no habia, ni aun polos sobre que estribase el orbe, y el alma de María ya

estaba concebida en la divina mente. Cuando meditaba el Omnipotente en la estructura de los cielos: cuando con cierta ley y giro formaba vallados el abismo: cuando aseguraba el equilibrio de los aires, y nivelaba el de las aguas: cuando señalaba límites al mar, ordenando á sus corrientes que no los traspasasen; cuando delineaba en fin, y establecia la base y centro de la tierra, ya María estaba en su presencia: ya el Señor se complacia en ella (1).

¿Qué alma fué jamás favorecida con predestinacion tan singular? Ella es el recreo del Hacedor Supremo en toda la eternidad. Empero fijémonos ya en el tiempo, en el instante mismo en que el Eterno lleva á cabo la realizacion de su obra. ¡Oh! ¿Quién es esta que sube del desierto de la naturaleza, (2) que burla sus límites y se eleva llena de delicias, reclinada sobre su amado que la favorece? Porque delicias llama San Bernardo á la plenitud de gracia que la acompaña desde el instante de su formacion. No era posible, señores, edificar la primera piedra sobre la que se habia de levantar el hermoso edificio de Sion, sin que igualase su gracia, con el sublime esplendor de su destino. El alma de María, primera piedra en la fábrica del templo del Señor no podia carecer del lleno de gracia que exija honor tan singular y extraordinario.

Que admirable contemplamos al Altísimo sobre su alcázar de gloria, sentado en su carro de fuego, ordenando las gerarquías y coros angélicos, para que le adoren y les sirvan de ministros. ¡Qué na-

(1) Prov. cap. VIII.

(2) Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Cant. cap. VIII. v. 3.

turaliza tan privilegiada la angélica! No bien la cria, ya le infunde la gracia, dice San Agustín. A poco cria al hombre formándole á su imagen y semejanza, adornándole con brillantes destellos de su inmensa hermosura. Cuando es llegada la época de la Reparación, forma el Señor el alma de su Precursor y la envuelve en su gracia, resultando ser el Bautista el mayor entre los nacidos de mujer. Pero detengámonos, señores, pues no hay lugar á comparaciones; cuatro palabras nos demostrarán que María es superior á toda criatura: que ella sola recibió el lleno de la gracia: que no conoce superior fuera del mismo Dios. Los santos no recibieron cuanta gracia pudieron recibir: estuvieron en peligro de perderla mientras fueron viadores y algunos la perdieron recobrándola con ásperas penitencias y amargas lágrimas. El Bautista no la recibe en el momento de ser concebido, sino seis meses después, y si bien el primero de los hombres, la recibió en su inocencia, la disipó con la velocidad del relámpago, y si los ángeles la recibieron en el momento de su creación fué con reserva y no en toda su plenitud, como enseñan los maestros de la mas sana Teología.

¿En dónde pues se hallará toda la plenitud de la gracia? Tan solamente en María. *In me omnis gratia viæ et veritatis*. La gracia que previene, la que opera, la que consuma: la gracia de la vida activa y contemplativa, la gracia de la vida, la de la doctrina y la justicia acompañaron á María en su Concepción, porque en ella espera el mundo su vida y su virtud: *Omnis spes vitæ et virtutis*. Acabemos, señores. El Omnipotente derramó sobre el alma de

María al formarla, no solamente toda la plenitud de la gracia santificante, sino tambien todas las llamadas por los Teólogos *gratis datas*. Ni los ángeles del cielo, ni Adán en la tierra pudieron recibir tanta gracia como María, siendo así que como dice el angélico Santo Tomás, á cada uno dá Dios la gracia, segun la dignidad á que le destina. ¿Es por ventura superior la dignidad de los ángeles que ven á Dios y continuamente le adoran en las alturas, que la de María que fué su Tálamo escogido? ¿Puede haber algun destino, no digo superior, pero ni que se asemeje al de la criatura que es Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Templo y Sagrario de toda la Beatísima Trinidad? Con razon la señora, exclamara un dia en presencia de la madre del Bautista: *fecit mihi magna qui potens est*. El que me crió hizo conmigo cosas verdaderamente grandes. Sí: Dios en su poder inmenso dió á su Madre cuanto pudo darle: reunió en ella cuantas gracias se dignó repartir entre las demas criaturas. La pureza de los ángeles, la escelencia de los arcángeles, la magestad de los tronos, la actividad de las dominaciones, la grandeza de las potestades, la ciencia de los querubines, y el encendido amor de los serafines: la fé con que adornó á los Patriarcas, el espíritu de los Profetas, el celo de los Apóstoles, la constancia de los Mártires, la modestia de los Confesores, y el candor de las Vírgenes; todo viene á reunirse en el alma de la augusta María como en vasto Océano. ¿Por qué? Ya lo hemos dicho; por la dignidad que habia de enaltecerla: porque estaba destinada para precioso trono de la Divinidad.

¿Y qué cosa mas justa que ser de tal modo ensal-

zada y enaltecida la criatura, sobre la que el Espíritu Santo habia de venir, no ya en forma de lenguas de fuego, como mas tarde sobre el colegio apostólico, sino real, verdadera y personalmente para obrar inmediatamente en ella una operacion toda divina, elevando su cuerpo y alma á un poder milagroso aun en el orden de la gracia? Una mujer á la que el Eterno Padre habia de hacer en algun modo participante de aquella paternidad divina que es incomunicable y como el origen de la divinidad misma? Una mujer en suma que por naturaleza y oficio habia de unirse estrechamente al Verbo Eterno, para que de ella naciese el Santo, Hijo de Dios que vendria á redimir el mundo? Esta mujer, señores, tenia necesariamente que ser libre del pecado original recibiendo en su Concepcion, toda la plenitud de la gracia. ¿Cómo podria contraer mancha alguna cuando es como la llama San Agustin la Co-redentora destinada á borrarla con su sangre, que es la misma que despues Jesucristo derrama? ¡Ah, señores! Digámoslo de una vez. María es un cielo nuevo donde se dignó habitar toda la plenitud de la Divinidad. Un tabernáculo manchado no hubiera sido digno de Dios. Si María hubiese nacido manchada, hubiese sido algun tiempo como los demas hombres, esclava del demonio: ¿y sería posible que la Providencia, siempre sabia, diese Madre impura á un Verbo puro, Madre esclava del diablo á un Verbo Hijo de Dios? Me horrorizo al oírlo, decia San Cirilo: increíble es que Dios lo quisiera, escribe San Bernardo. La bienaventurada Virgen María, ha dicho solemnemente la Iglesia docente, infalible en sus decisiones: la Beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepcion, fué preservada de toda mancha de

culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano. Y si alguno presumiese intentar siquiera infringir esta declaracion, sepa que incurre en la indignacion de Dios Omnipotente, y de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Siete años hace hoy (1) que esta solemne declaracion, hecha bajo las bóvedas del augusto Vaticano, llenó de gozo al mundo católico. Las generaciones de cerca de diez y nueve siglos habian saludado bienaventurada á la Madre de Dios: sus glorias vienen cantándose sin interrupcion en todos los pueblos cristianos, cumpliéndose al pié de la letra el anuncio profético de la misma Señora: *Beatam me dicent omnes generationes*. Y cuando los fieles de todas las localidades la aclamaban immaculada; cuando la España, el reino Mariano por escelencia reconocia á la Señora en el misterio de su Concepcion Inmaculada por su Patrona, faltaba tan solamente la declaracion solemne que para dicha nuestra ha tenido lugar en nuestros dias. Habló Pedro por boca de su sucesor Pio IX, y alegres cánticos, y magníficas funciones, y la mas expansiva alegría, y voluntarias demostraciones del mayor entusiasmo, formaron un voto universal que mostró al Cielo y á la tierra, cuanto se interesan los corazones verdaderamente católicos en los timbres, en el honor y en la gloria de la que fué causa segunda é instrumental de la redencion de la humanidad. Gloria á Dios, loor á María: felicidad y ventura al Santo Pontífice que colocó sobre su diadema piedra tan refulgente.

(1) Predicábase este discurso el dia 8 de Diciembre de 1861.
Tomo II.

Y nosotros, amantes hijos de tan singular y favorecida Virgen, saludémosla y bendigámosla ahora y siempre, porque es la realidad de aquella María hermana de Moisés que libró á Israel de las pesadas cadenas del Egipto: la Esther llena de gracia y de modestia que sabe suspender las iras del divino Asuero Jesucristo, contra los pecadores: la valerosa é intrépida Judith que destruye la cabeza del infernal Holofernes; la Eva feliz y bienaventurada que reparó los males que á la humanidad causara la primera. Bendigamos á María en el día de su Concepcion Inmaculada, porque ella viene al mundo para romper las cadenas de su esclavitud produciendo un Redentor; y admiremos el poder, la sabiduría y la misericordia del Todopoderoso, que no permitiendo fuese manchada ni por un instante, derramó sobre ella toda la plenitud de la gracia. *Invenisti gratiam apud Dominum.*

Virgen Inmaculada, criatura feliz favorecida tan extraordinariamente por la diestra del Escelso; nosotros con el mayor gozo de nuestros corazones os felicitamos por el gran triunfo que habeis alcanzado de vuestros enemigos, con la declaracion dogmática del Misterio de vuestra Concepcion en gracia, hecha recientemente por la Iglesia docente. Que el Sumo Pontífice Pio IX, elegido por la Providencia para satisfacer las esperanzas del mundo cristiano con tal declaracion, sea objeto especial de vuestra proteccion. Libradle de la multitud de enemigos que le rodean y alcanzadle espíritu de fortaleza para que como hasta el presente siga defendiendo con valor los derechos de la Iglesia Santa, guiando con serenidad el timon de esta mística nave por medio del borrascoso mar de las persecuciones. Favoreced tambien á esta na-

cion española, tan estusiasta por vuestras glorias y que en el Misterio de vuestra Concepcion en gracia os reconoce por Patrona: amparad á nuestros monarcas, rogad por el clero, interceded por el pueblo, favoreced al devoto sexo, de modo que ninguno se esconda del calor de vuestra caridad. Que todos, en suma, esperitemos vuestra proteccion en la tierra, y que despues de los dias de nuestra peregrinacion, y en vuestra compañía, disfrutemos de las delicias del cielo. *Amen.*

SERMON 2.^o
DE LA INMACULADA CONCEPCION
DE MARIA SANTISIMA.

Invenisti gratiam apud dominum.
Has hallado gracia delante de Dios.
Luc. c. I, v. 30

Estas palabras que acabais de oír, fueron dirigidas por el Arcángel San Gabriel á María, cuando bajó á anunciarle el gran misterio que envolvía en sí toda nuestra gloria, toda nuestra exaltacion. *Has hallado gracia en mis ojos*, le dice el Criador por boca del embajador celestial. ¡Y cómo así! ¡Cómo una criatura pudo encontrar gracia delante de Dios, despues de la funesta escena del Paraiso! Admirable es esto en el órden de las cosas, y para justificar nuestra admiracion, abramos el libro de la creacion y leamos las páginas del Historiador Divino, del Profeta divinamente inspirado, de Moisés en suma, que en el Génesis nos dejó grabada la pintura de la degradacion de la humanidad.

Y desde luego, al empezar á leer esas páginas sagradas, no puede menos de arrebatarnos nuestra atencion

el órden admirable de la creacion. Dios Hacedor Supremo, abrió su mano omnipotente en el principio y crió un mundo de entes relativos y no relativos, un mundo admirable en todas sus partes, y no se dispensó la complacencia en sus efectos. Formado por un *fiat* este precioso conjunto, todo prestaba al Criador un género de placer sublime, y el cielo que nos cubre, y la tierra que pisamos y los brillantes astros que disipan las tinieblas, y el aire con tanta multitud de aves, y los mares circunscritos en los términos que le señalara el dedo omnipotente, encerrando en su seno tanta variedad de peces, y cuanto de encantador presentára ya la naturaleza criada, todo halla gracia en los divinos ojos. Contempla el Eterno su obra, examina, digámoslo así, cuanto saliera de su mano, y todo merece su aprobacion (1). ¡Y cómo no la habia de merecer! Un *fiat* y no como quiera, sino un *fiat* del *espíritu independiente, perfectísimo, infinito, simplicísimo, inmutable, eterno, inmenso é incomprehensible, que todo vé, que todo lo puede, que todo lo ha criado y conserva y con su providencia lo rige y lo gobierna* (2), cimentó los montes sobre sus pesadas masas, hizo que las fuentes brotasen cristalinas aguas, y que la tierra se hiciese fructífera desde el momento de su creacion. Buena y hermosa, pues, debia aparecer su obra al celestial artífice: y el cielo, y la tierra, y los collados, y los montes, y las aves y los peces, todo cantaba gloria y alabanza á su criador. Y formó Dios al hombre y le hizo á su imagen

(1) Viditque Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona. Gén. cap. I v. 31.

(2) Una de las definiciones que de Dios dan los teólogos es esta: Deus est Ens à se, vel Spiritus independens, perfectissimus, infinitus, simplicissimus, immutabilis, æternus, immensus, et incomprehensibilis qui omnia videt, omnia potest, omnia creavit, et conservat, necnon sua providentia regit et gubernat.

semejanza (1) y dióle dominio sobre todo lo criado, constituyéndole rey de la naturaleza. Por esta razón le concedió un alma racional con potencias que le ennoblecen, que le adornan y separan de los irracionales, dándole por compañera á Eva, primera mujer. ¿Quién duda que el hombre á pesar de su primitiva grandeza, y su dominio sobre toda la naturaleza, debía reconocer y vivir sumiso al Hacedor Supremo, que debía tener siempre á la vista su dependencia de aquel por quien todas las cosas fueron hechas? Por eso el Señor le impuso un precepto, y un precepto bajo pena de muerte: «No comas del árbol de la ciencia del bien y del mal, por que en cualquier día que comieres de él morirás infaliblemente (2).»

Empero, ¿qué es esto, señores? ¿qué caos de tinieblas es el que envuelve al mundo, á ese mismo mundo que poco ha causaba las delicias del Hacedor? ¿Qué ha de ser! El hombre, átomo imperceptible arrojado en la inmensidad del espacio, el hombre que tantos bienes había recibido de su Dios, el hombre en suma, que desobedeciendo á su Criador ha hecho descender un anatema terrible, cuyas consecuencias alcanzan hasta el último de sus hijos. Contemplad ahora, señores, esa naturaleza, ese conjunto admirable que era objeto de las divinas complacencias; contemplad cada una de sus partes y no podreis menos de comprender la transformación que en él ha causado el pecado. El aire amedrentando con el rugido de sus vientos, el mar embravecido, los animales revistiéndose de ferocidad, re-

(1) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Génesis, cap. I, v. 26.*

(2) *De ligno scientiæ boni et mali ne comedas; in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris. Ibid. cap. II, v. 17.*

nunciando su vasallaje al hombre, y el agua, y el aire, y el fuego, todo se conjura contra el hombre, y todo se propone vengar la ofensa hecha al Eterno. Ya Dios no encuentra complacencia en las cosas criadas: con más placer dirigia su mirada al fiero león que ruge en las selvas que al hombre pecador, y esto en tanto grado que manifiesta como su arrepentimiento de haberlo formado (1). Castigos terribles vienen sobre la tierra, un diluvio horroroso absorbe en sí cuanto tiene vida, quedando solamente los refugiados del Arca: muéstrase palpablemente la cólera de Dios justamente irritado. Entremos no obstante con nuestra consideración en los senos de sus misericordias, en los senos de las misericordias de Dios, de las bondades de Dios. Al mismo tiempo que manda sus castigos, no queriendo eternizar su furor, proyecta volver el mundo á su antigua armonía, forma el plan admirable de rescatar al hombre. La astuta serpiente había seducido á Eva: por esto el Señor, maldice á la serpiente y ofrece que aparecerá una segunda Eva que quebrantará su cabeza: otra mujer á la cual no podrá engañar su ardid maldito, otra mujer que hallando gracia en los divinos ojos, atraerá sobre la humanidad por su humildad y obediencia, toda la felicidad que la primera le arrebatara por su desobediencia y soberbia.

No fijéis ya vuestra vista en aquellas heroínas ilustres de que nos habla el antiguo Testamento, por que si bien Esther, Judit, Abigail, Debora y otras muchas fueron acreedoras á los elogios de la posteridad, estaban inficionadas en su origen, y era necesario una criatura privilegiada, una mujer que llena de virtu-

(1) *Pœnituit eum quod hominem fecisset in terra. Ibid. c. VI, v. 6.*

des, y exenta por un privilegio extraordinario de la mancha original, hallase gracia delante de Dios.

Bendita seas para siempre ¡oh María! tú eres la que has hallado esta gracia: tú eres la mujer dichosa que has conseguido tan extraordinario privilegio: tú eres destinada para coadyuvar á la redencion del mundo. Por eso el Señor que es omnisciente y no podia ignorar la ingratitud del hombre, te poseyó desde el principio de sus caminos, antes que criase cosa alguna. Por eso fuistes ordenada desde la eternidad y antes que la tierra fuese hecha. Aun no existian los abismos y ya tú eras concebida en la mente de Dios. Aun no habian brotado las fuentes de las aguas, aun no se habian sentado los montes sobre sus pesadas masas, cuando Dios preparaba los cielos, cuando afirmaba la region etérea, cuando circunscribia á el mar su término, cuando echaba los cimientos á la tierra, allí estabas tú ¡Virgen pura é inmaculada! acompañando al Señor en la ejecucion de sus obras.

No es ya, señores, una cuestion de escuela la Concepcion inmaculada de María; no es una creencia piadosa, la de que la Madre del Redentor fué libre y exenta de la mancha original por un privilegio extraordinario concedido solo á ella. Es hoy un dogma de fé, declarado por la Iglesia. El Sumo Pontífice Pío IX así lo ha decretado, para gloria de Dios, honor de María, y regocijo del cristiano pueblo. Desde muy antiguo así lo habian creido los católicos; la Iglesia habia aprobado esta creencia, aprobando el oficio y culto que se tributaba á la Concepcion, y en el siglo XIX, siglo de grandes acontecimientos, la Iglesia nos ha hecho ver que no íbamos errados en nuestras creencias. Ya podemos esclamar y esclamar

en alta voz para confusion de los enemigos de María, que la Madre del Salvador del mundo fué inmaculada en su Concepcion. Anatema, ha dicho la Iglesia, anatema á quien piense ó diga lo contrario.

Yo conozco, señores, que dirigiéndome á un auditorio tan católico y amante de las glorias de María, no necesito ocupar el tiempo en discurrir y presentar pruebas para convencer. Somos españoles y amantes de las glorias de nuestra patria; yo quiero por lo tanto hacer ver en este dia cual ha sido en todas épocas y desde los mas remotos tiempos el sentimiento de los españoles con respecto á la Concepcion de María. Voy pues, á demostrar y ved el objeto del discurso, que ninguna nacion ha aventajado á la nuestra en su creencia en este misterio, ni en su celo y empeño por la declaracion dogmática, que ha venido á tener cumplimiento en nuestros dias.

Todo cuanto hemos visto es sobrenatural: sobrenatural la creacion de un mundo tan perfecto: sobrenatural la ingratitud del primer hombre: sobrenaturales los privilegios de María; sobrenatural, pues, debe ser la gracia que á mí me asista para tratar dignamente el asunto que he propuesto. Ayudadme á impetrar de Dios sacramentado, la gracia que santifica, la gracia que ilumina el entendimiento é inflama la voluntad: la conseguiremos ciertamente si la pedimos por la intercesion de María, esa criatura felicísima que consiguió hallar gracia delante del Señor. *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

La declaracion dogmática de la Concepcion de María, ese decreto salido del Vaticano que nos demuestra su dichosa escepcion de la culpa original, ha podido, sí, llenar de júbilo al mundo cristiano; pero no ha podido sorprender como una novedad, puesto que se trata de una verdad conocida desde los primeros siglos del cristianismo, y que fué ilustrada en los siguientes. Cuando en todas partes se celebraba á María Inmaculada, cuando todas las iglesias la consagraban culto, y la de España la reconocia en este misterio como Patrona del reino, faltaba tan solo que se hiciese oír la voz de Pedro; faltaba tan solo una decision de la Iglesia. Dios, cuyos juicios son incomprendibles á la débil razon humana, no ha permitido que tenga efecto esta solemne declaracion hasta el siglo XIX. Bajaron al sepulcro mas de doscientos cincuenta Pontífices sin pronunciar el suspirado decreto, porque esta gloria estaba reservada por Dios para el inmortal Pio IX, para ese santo pontífice que copiando en sí todo el valor y toda la fortaleza de aquellos sus antecesores de los primeros siglos, ha sabido sufrir con la mayor resignacion los embates de la persecucion, las encrespadas olas de las aflicciones. ¡Pontífice ilustre, digno serás siempre de la memoria de los buenos! ¡Cuántas veces he visto yo á este simpático sucesor de Pedro en el balcon vaticano, sus ojos arrasados en lágrimas, elevar sus manos al cielo, y como recibidas de lo alto prodigar sus bendiciones al pueblo fiel, que trémulo y sin atreverse á levantar la vista esperaba arrodillado aquel consuelo.

Gloria, pues, al pontífice que así ha colmado nuestros deseos; y vos, Virgen purísima, Madre de mi Dios, protegéd á vuestro siervo y sacadle ileso de todos los peligros; acoged siempre bajo vuestro manto al jefe supremo de la católica Iglesia que ha declarado y dado á conocer al mundo vuestro mayor timbre, el diamante mas precioso de vuestra corona.

No he exagerado, señores, ni ha sido un arranque de mi ardiente devocion á la Santísima Virgen, cuando he dicho que el misterio de la Concepcion en gracia, que la escepcion de María de la culpa original fué conocida y anunciada desde los primeros siglos en la Iglesia; ni ha sido tampoco un arrebató de mi amor pátrio el haber sentado la proposicion de que ninguna nacion ha aventajado á la nuestra en su creencia en este misterio, ni en su celo y empeño por la declaracion dogmática que ha venido á tener cumplimiento en nuestros dias. La historia vendrá á comprobar mi proposicion.

La revolucion extraordinaria de mudar las leyes del mundo, de hacerle cambiar de religion, de hacer borrar en los hombres las ideas que habian recibido en su educacion; el dar á conocer como verdadero Dios al que en un patíbulo habia muerto con la nota de infamia; el propagar la fé católica y defenderla contra los gentiles y los primeros herejes, era una ocupacion gloriosa para los Apóstoles y los Padres de los primeros siglos; empero no obstante que no se detuvieron á hablar espresamente de este misterio, echaron los cimientos á la creencia de esta hoy verdad dogmática (1). Aquel empeño con que

(1) Hé aqui como se esplica Miguel Glycas part. 3, Annal, para salvar la falta de testimonios antiguos con que se pueden justificar

fué abrazada despues y el unánime consentimiento de todos los pueblos prueba que tenia antiguas raices en la tradicion.

Documentos nada sospechosos nos acreditan que España dió lugar á la solemnidad de Concepcion siglos antes que las demas naciones. No negaré yo que en las Iglesias de Oriente y Occidente se hallaban vestigios de esta festividad por el siglo VII, ni que las de Inglaterra y Francia veneraban la preservacion y el privilegio de María en el siglo XII. España se habia adelantado, y no falta quien asegura que España fué la primera en venerar la Concepcion en gracia de María (1). Discurrámos con orden.

Sabido es, señores, que nuestra España es el reino privilegiado de María. Piadosas tradiciones nos aseguran que apareciéndose la Señora, cuando aun vivia en carne mortal, al apóstol Santiago nuestro patron, le ordenó la edificase un templo, donde reunidos los cristianos para implorar las misericor-

estas verdades. Præterea seorsim peculiari quodam libro de ipsa (Sant. Virg.) nihil Christi discipuli memoriæ tradiderunt propterea quod in explicanda ejus administratione occupati, magnopere de una illa re solliciti (quo nimirum incredulos fideles eficerent, ac omnes ad puram, sinceramque in Christum fidem perducerent) cætera negligebant, præsertim ea quæ ad divinam illam prædicationem nihil facerent. Hablando Baronio de esto mismo, prueba que la omision de los Padres y escritores antiguos en nada perjudica al merecido culto que en nuestros tiempos tributa la Iglesia á la Santísima Virgen. Nec quis putet derogatum quidquam gloriæ ejus (Mariæ) quod ista adeo obscura remanserint; quippe quæ sol ut alter, radiorum suorum fulgoribus splendens, non tantum nulla valuerit offundi, ob scriptorum inopiam densa caliginè, sed in his tenebris multo splendidius jubar ejus etulserit. Baronio. Tom. I. Ann. 48, n. 9.

(1) El santo Juan de Mavillon.

Aun cuando no establezcamos en nuestra España con algunos eruditos la solemnidad de Concepcion hasta el tiempo de San Ildefonso, siempre precedió este establecimiento al de otras naciones. Véase entre otros á Mavillon, á D. Juan Gaddi in Disert. apologet. Immaculatæ Virg. Edit. Romæ 1750, fól. 54, y al Illmo. Artalejo en su pastoral relativa á este misterio; núm. 6.

dias de Dios, alcanzasen por su medio los mas abundantes raudales de la bondad divina. Tal hecho no repetido en ninguna otra nacion, nos declara suficientemente la predileccion de la Santísima Virgen por la nuestra. Los españoles á su vez no fueron ingratos á tal beneficio, y asi es que apenas dejó verse en nuestra pátria la luz del Evangelio, escuchábanse por do quier al mismo tiempo que las glorias de Jesucristo las afectuosas alabanzas de su bendita Madre. ¿Y desde entonces se veneró su preservacion de la mancha original? Registrad, señores, nuestro rito gótico, que es el mismo recibido de los siete obispos apostólicos, primeros discípulos de Santiago, y con ver que en él se halla la misa de *Concepcion*, y que el privilegio que celebramos se repite allí en otras misas, quedareis satisfechos; y cuenta que mucha parte de aquellas misas fueron compuestas por el mismo apóstol Santiago (1).

Empero en lo que no hay duda, es que en el siglo VII se empezó á celebrar con culto la Inmaculada Concepcion de la Virgen María. Entonces el antiguo Misal y Breviario de España, que despues se llamó Mozárabe reformado por San Isidoro, arzobispo de Sevilla, hallamos oficio propio de Concepcion con octava, y cuenta que este Misal fué aprobado por dos sumos pontífices y un concilio (2). Y San Ildefonso, arzobispo de Toledo, aumentó mucho esta devocion, asegurándose por algunos es-

(1) P. Gaspar Sanchez in acta Apost. de predicatione S. Jacob. tract. 3. Serna Vindic. Granatens. part. 3, cap. 21.

(2) Juan X y Alejandro II y el concilio de Mantua.

Paulo Osorio Epist. ad Eustochium cit. por el P. Mauricio de Villaprobata, en su Corona Mariæ, serm. 16, por Bernardino de Bustos, sermon 8 de Concept, par. 3 por el P. Andrés Mendo de jure Académico in Appendic. de Concepc. párrafo 7, núm. 82.

critores, fué quien instituyó esta fiesta en 8 de diciembre (1).

Desde esta época, señores, empezó á crecer el celo de los españoles en su culto á la pureza de María, celebrándose con entusiasmo y la mayor alegría en todas sus iglesias, no siendo la que menos se distinguió la de Segovia, que pretende remontarse en su culto á los tiempos apostólicos, y no es menos notable y digno de atención el celo y la devoción que desde tiempos remotos mostraron los reyes en favor del misterio. La ley sobre este asunto de D. Juan I de Aragon, viene á testificar esta verdad (2). Este Rey habia heredado la piedad y devoción de los Wambas y Ervigios, que fueron notables, pues el último mandó que la fiesta de Concepcion se guardase hasta por los judíos, ley que fué confirmada en un concilio de Toledo (3). Si no temiera estenderme demasiado y abusar de vuestra paciencia, yo citaria entre otras cosas que nos prueban la devoción de Jaime I, el piadosísimo y sábio discurso que compuso en elogio del misterio que celebramos, no obstante de estar rodeado de grandes cuidados y tener que atender á la guerra que sostenia con una nacion vecina (4), cuidando

(1) Entre otros Ojeda, Nieremberg, Velazquez, Ambrosio de Morales y Baronio.

(2) Don Juan I de Aragon en el siglo XIV espidió letras para estender en sus dominios la devoción á la Inmaculada Concepcion de la Virgen, y afirma que ya la habian celebrado sus gloriosos predecesores. Sus notables palabras son estas: *Celebramos la bienaventurada Concepcion de la Virgen Maria como nuestra real casa la celebra cada año, y la celebraron nuestros ilustres predecesores.*

(3) Mabillon y Dacheri, cit. por el Ilmo. Artalejo en su Pastoral relativa á este misterio, núm. 7. Esta ley fué confirmada en el Concilio XII de Toledo.

(4) Este discurso lo inserta Fr. Luis de Miranda en su obra de la *Concepcion purísima de Nuestra Señora la Virgen Maria*, cap. 7.

con el mayor celo de la estension en sus dominios de la devoción á la Concepcion en gracia de María.

Ni me detendré en manifestar otros decretos de Fernando I de Aragon, de Alfonso IV y de Juan II de Aragon, que ordena que nadie en sus estados se atreva á manifestar en público ni en secreto que la Santísima Virgen María contrajo el pecado original (1). Vengamos á los tiempos de los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel, de estos reyes que ocuparán siempre una página gloriosa en la historia de nuestra patria. Ardientísimos defensores del misterio de la Concepcion en gracia de María, fundaron por sí mismos una hermandad en Granada, habiendo además ofrecido á la Señora, despues de la conquista, el primer templo de aquella ciudad en honra de su *limpia Concepcion*. ¿Y encontraré yo voces con que pintar las efusiones de gozo y alegría que se apoderarian del corazón de tan piadosos monarcas, cuando llegaron á entender que el representante de Jesucristo y su vicario en la tierra, habia aprobado el oficio y misa de Concepcion que habia compuesto un ardentísimo devoto? Prueba de esta verdad la priesa que se dieron para pedir un ejemplar á Sixto IV, que obtuvieron y conservaron en la biblioteca del Escorial donde aun se custodia, y la instancia con que pidieron al mismo pontífice la aprobacion de las monjas Concepcionistas de Toledo. Toledo he dicho, y no quiero pasar en silencio el nuevo acto de piedad de los mismos Reyes Católicos que dotaron una fiesta en aquella catedral, anual y perpétua en obsequio de la Concepcion de María.

(1) Hipólito Marrasi de Regibus Marian, cap. 9 y 11. P. Pineda *Trophea Regni Arag.* lib. 3 *Marineo Siculo de rebus Hispaniæ* lib. 12.

¿Y por qué así? ¡Oh Virgen purísima! ¿Por qué tanto entusiasmo por cantar tus alabanzas? ¿Por qué ese fervor de los monarcas y vasallos españoles en preconizar tu original pureza? ¡Ah señores! Porque sin necesidad de una declaracion solemne de la Iglesia, los hijos de nuestra nacion estaban convencidos que la Madre de Dios no habia sido envenenada por el ponzoñoso aliento de la serpiente (1). Porque conocian que el Verbo Eterno no podia haber habitado ni por un momento donde hubiese reinado el pecado (2). ¿Es posible, señores, que la Providencia siempre sabia diese Madre impura á un Verbo puro, Madre hija del diablo, al Verbo Hijo de Dios? Esta reflexion hacia San Bernardo, y esclama: imposible es que Dios lo quisiera (3). No seria su Madre, infiere San Anselmo (4). Sí, Virgen santa, siempre te hemos aclamado con el Sábio (5), toda hermosa y sin mancha como la hija de Sion. ¿Quién al mirar tu hermosura no recordará aquella paloma inmaculada y perfecta (6), objeto de las complacencias del Altísimo, que se nos representa en el sagrado libro de los Cantares? Tú eres, sí, la paloma sin par, toda pura y llena de inocencia; eres aquella mujer misteriosa que arrebatado viera San Juan vestida del sol, la luna bajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas (7).

¿Qué fuera de nosotros, si María no se hubiera

- (1) *Nec serpentis venenosus afflatus infecta est.* Orig. Hom. 1.
 (2) *Sapient. cap. 1. v. 4.*
 (3) *San Bernard. serm. 13, inter 13 de cena Domini.*
 (4) *San Anselm. serm. de Deipara.*
 (5) *Cant. cap. 4, v. 7.*
 (6) *Ibid. cap. 2, v. 10. cap. 3, v. 2. cap. 6 v. 8.*
 (7) *Signum magnum apparuit in celo; mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.* Apoc. c. XII. v. 1.

concebido? Ella es la hermosa y modesta Esther que sabe suspender las iras del divino Asuero Jesucristo para con nosotros; la valiente Judith que supo cortar la cabeza al mónstruo del pecado, la prudentísima Abigail... ¡Pero á dónde voy! Los efectos de mi tierna devocion á María, me han hecho desviarme de la continuacion de pruebas que íbamos presentando.

Hablábamos de los reyes católicos, y hemos visto su devocion y su ternura al misterio de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen por varios hechos notables de su reinado. Sigamos el hilo de la historia y ella nos demostrará que el tiempo no pudo enfriar este amor de los españoles á la madre de Dios, y que por el contrario fué creciendo admirablemente de dia en dia.

Nuestro piadoso rey Felipe IV en compañía de los diputados del reino, presta juramento en las córtes generales celebradas con motivo de su coronacion en el año de 1621, de defender el misterio de la Concepcion en gracia, mandando al mismo tiempo que al principio de todos los sermones se alabe juntamente con el SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, la pureza original de esta Señora (1). El reinado de este agosto y piadoso monarca, puede decirse que fué época de gloria y de triunfos para el misterio. Las súplicas que en el reinado de Felipe III se hicieron á la silla apostólica para la declaracion dogmática del misterio, en tiempos de Paulo V se renuevan en tiempo de Felipe IV que manda con este objeto un enviado extraordinario á la córte de los sumos pontífices. No fué voluntad del Señor que por aquel tiempo recibiesen este con-

(1) Tom. 13 Bullar. Rom. novis, pág. 114.

suelo los hijos y devotos de María; empero consiguió el piadoso monarca, que Inocencio X declarase festivo el día de la Concepcion en todos los dominios de la corona de España, cuyo breve pontificio fué recibido con las mayores muestras de alegría y regocijo. Ya parece debian estar contentos los españoles con tales privilegios, empero los sucesores de aquel rey vuelven á acudir á Roma solicitándolos mayores. Carlos II pretende que se estienda la festividad de Concepcion con octava á todo el orbe católico, y Felipe V funda la universidad de Cervera bajo el patrocinio y amparo de la Concepcion, mandando que todos los alumnos estén obligados á jurar que defenderán el misterio de la Concepcion en gracia de María, y para dar mas fuerza á su precepto hizo que los estatutos de esta universidad pasasen á la aprobacion de Clemente XII, á quien por cartas y enviados no dejaba de repetir sus deseos de ver declarado el misterio.

No solamente en los reyes resplandeció esta devocion: los sentimientos de amor á la Madre del Salvador eran generales en todos los hijos de esta venturosa nacion, y las piadosas memorias perpetuadas por los duques de Osuna, los condes de Medellin, de Oropesa y de Barajas, los marqueses de Villena, Villafranca y otros muchos (1), nos prueban que la grandeza de aquellos tiempos participaba de las sanas ideas de los monarcas, siendo ardentísimos devotos de la Concepcion.

Pero, señores, yo quiero prescindir de otras mil

(1) Véase el Novillario Genealógico de Alfonso Lopez de Haro, lib. 3. Ojeda en la delicatoria de su informacion en defensa de la Concepcion. Marraci in *Principibus Marianis*. Antonio Lupian Zapata *Elogios á las ilustres familias por afectos á la Concepcion de María*.

pruebas que pudiera citar; quiero pasar en silencio las grandes alabanzas y estraordinarios elogios que tributaron á este misterio entre muchos santos los Loyolas, los Borjas y Beltranes: con otros obispos los Trejos, Pereas y Calderones, y con multitud de sábios los Ojedas, Carvajales y Vergaras. Y quiero prescindir, porque el tiempo no me permite otra cosa, y porque necesariamente tenemos que detenernos al hablar de los triunfos de María en el reinado de Carlos III, de este monarca cuya memoria será imperecedera en la Iglesia de España, y en el recuerdo de sus fieles hijos.

Mucho habian hecho, es verdad, los príncipes anteriores en favor del misterio de la Concepcion, pero Carlos III escede á todos. Ardenti imo en su devocion, este monarca que no por ser piadoso dejó de ser amante de las ciencias y de los adelantos de su país, y (contesto á sus detractores), que no por ser devoto dejó de amar y procurar el bien de sus vasallos, no contento con los grandes privilegios conseguidos de sus antecesores, hace proclamar á la Santísima Vígen en el misterio de su CONCEPCION INMACULADA *Patrona de España y de sus Indias* (1). ¿Y quién podia señores, pintar las efusiones de alegría, las fiestas públicas, las demostraciones de devocion de los españoles al declararse el patronato de María? ¡Oh día feliz y dichoso el 17 de julio de 1760! ¡Día de gloria en que María fué solemnemente proclamada en este misterio patrona de estos reinos! Tú serás eterno en los fastos de nuestra historia.

(1) Véase la B. la del señor Clemente VIII, dada en Roma á 6 de noviembre de 1761 y la real cédula del señor Don Carlos III expedida en Aranjuez, á 19 de setiembre de 1771, en la que asegura que siempre fué señalada la devocion española a este misterio.

Ya, señores, parece que nada tiene que desear el príncipe que ocupa nuestro hispano trono: ya puede estar satisfecho, puesto que se han colmado sus deseos: ya ha dado un público testimonio de sus creencias y de su amor á María. ¡Mas ay! aun no se halla satisfecho aquel piadoso corazón; todavía desea mas, vuelve á rogar privilegios á la Santa Sede, y Clemente XIII cediendo á sus instancias, ordena que el tierno oficio y misa de Concepcion concedido al orden seráfico, se estienda á todo el clero secular y regular de sus dominios (1). Aun no es bastante: vuelve á suplicar, y consigue del mismo pontífice que puedan invocar los españoles pública y privadamente á María con el título de *Mater Inmaculata*. Aun hay mas: determina fundar la esclarecida orden que lleva su augusto nombre, para premiar con tal distincion los grandes servicios hechos á la religion y al estado, y para dar otra muestra de su devocion, le dá á la orden por Patrona la *Concepcion Inmaculada de María*.

Verdaderamente fué un gran rey el Señor Don Carlos III, porque grande es un monarca que fomenta la religion en sus estados, que alumbrá á sus vasallos con el buen ejemplo, y que atiende al mismo tiempo á labrar la felicidad de sus pueblos, y todo esto lo reunió dicho rey para gloria de Dios, honra de su Madre y bien de sus súbditos. ¡Loda sea para siempre su memoria! ¡Qué el Señor le haya dado un trono en el reino eterno de los justos! Ni los reyes sus sucesores Carlos IV y Fernando VII, dejaron de dar pruebas de que en sus corazones reinaban las ideas de sus mayores. El último de sus nuestros monarcas no dejó de

(1) Breve de 16 de Enero de 1761.

asistir año alguno en compañía de los infantes á las grandes fiestas que anualmente se han venido consagrando á la *Concepcion Inmaculada de María* en la parroquial de San Andrés de Madrid.

Dios, cuyos juicios son incomprensibles, ha dispuesto en sus eternos juicios premiar tanta fé y tanto celo: llegaron á su trono los clamores de todos los pueblos cristianos, y especialmente los repetidos de los españoles, y vimos nosotros lo que no vieron nuestros mayores, y tuvimos el consuelo de que ellos carecieron, y llegó á nosotros la voz del Vicario de Jesucristo, que elevó á dogma de fé lo que antes era una creencia piadosa. Resonaron las campanas de todos los pueblos católicos, celebráronse las mas suntuosas funciones en accion de gracias al Todopoderoso; y el violin, y el órgano y los demás instrumentos músicos, pagaron su tributo de honor á la Madre del Salvador, y en todas partes resonaron las alabanzas de María, y en muchas se levantaron columnas con la imágen de la Concepcion, para eternizar la memoria de tan plausible acontecimiento (1), y no hubo ciudad, ni pueblo, ni miserable aldea en nuestra nacion que no improvisase sus arcos de triunfo y quemase fuegos artificiales, viéndose rebosar en todos el gozo y la alegría.

Hoy te ha tocado á tí, religioso pueblo de N., á tu vez quieres mostrar tu amor y tus respetos á la Virgen purísima, que holló con su planta la cabeza de la serpiente astuta. Has escuchado como los demas pueblos

(1) En Roma, y á espensas del Sumo Pontífice Pio IX (que Dios conserve) se ha hecho construir una elevada columna, que se ha colocado en la plaza de España, con la imágen de la Concepcion. En España los valencianos han sido los primeros en concebir este pensamiento aprobado ya por el gobierno.

cristianos la voz que ha salido de Roma. Esta voz siempre veneranda no te ha puesto una nueva creencia; no ha hecho otra cosa que confirmar la que tan arraigada estaba ya en vuestros corazones. Siempre, mis amados hermanos, habeis sido creyentes, siempre ardentísimos devotos de María; vuestra religiosidad es proverbial; sois religiosos, y por esto la palabra del Vicario de Jesucristo os ha estremecido, y llenándoos de alegrías os ha impulsado á reunirnos para tributar solemne acción de gracias al Todopoderoso, por haber inspirado á su Iglesia la declaración dogmática que celebramos. Yo confieso, señores, y confieso con ingenuidad que al ver reunidos bajo las bóvedas de este hermoso templo á los individuos de todas las clases de la sociedad; cuando veo al venerable clero y los individuos de justicia, á las autoridades y al pueblo, al rico propietario como al mas humilde labrador, componiendo un solo cuerpo, una familia de adoradores de Dios y cantores de las alabanzas de María, me parece ser trasportado á aquellos siglos felices primeros del cristianismo, en los que reinaba en los corazones una fé pura, una grande esperanza y una caridad ardiente. Bendígate Dios ¡oh pueblo piadoso! bendígate Dios ahora y siempre en premio de tu fé y de tu constancia. Vá pasada una época funesta en los fastos de la historia, época que empezó en el siglo pasado, cuando el coronado sofista Federico, felicitaba al patriarca de la impiedad Voltaire por la ruina de la Iglesia de Jesucristo, que creía inevitable, convidándole para que compusiese su epitafio, como si la Iglesia no estuviera sostenida por el dedo de Dios. Hemos visto fluctuar la barca de Pedro en las tempestades que han agitado á la Europa, á esta Europa

barrenada en lo interior por el jansenismo y combatida de fuera por la filosofía; y en medio de tanto horror, y á través de la impiedad que escudada con el nombre de ilustracion ha estendido sus negras alas sobre nuestra patria, nada ha podido entibiar vuestra fé y vuestra devocion, y los pueblos comarcanos os han admirado por no haberos dejado seducir por el espíritu del siglo. Tal vez os habrán tratado de visionarios ó hipócritas, y en dias calamitosos, de funesta memoria, algunos de los que me escuchan, habrán padecido por gloriarse de ser hijos de la Iglesia; empero esa es vuestra mayor corona, el padecer persecucion por Jesucristo: en esto encontraban los Apóstoles su mayor gozo; en esto debeis encontrar vosotros vuestra mayor gloria. Seguid siempre por los caminos de la verdad; vuestra conmocion y las lágrimas que veo salir de vuestros ojos me muestran que así lo hareis; siendo buenos cristianos, amantes y devotos de María, esta Señora intercederá por vosotros. ¿Y creéis que sus súplicas no serán oidas de su Santísimo Hijo? Sí, hermanos míos: si María se digna interceder por nosotros, será oida en el momento. María es el áncora de salvacion á que debemos asirnos para salir ilesos de entre los escollos y peligros del mundo.

Enmudezcan, pues, los enemigos de la Madre del Redentor del mundo, esos blasfemos que no conocen mas religion ni mas Iglesia que el maquiavelismo. Desaparezcan de nuestra vista esos sofistas, que valiéndose de un estilo elocuente y á propósito para engañar, quieren arrebatarnos nuestras creencias religiosas. Nosotros, á Dios gracias, conservamos la fé que heredamos de nuestros mayores, y aun antes que la Iglesia hubiese hablado, declarando dogma de fé el

misterio de la Concepcion en gracia de María, hubiésemos gustosos vertido nuestra sangre por su defensa.

Habitantes todos del globo, venid y ayudadnos á cantar himnos y salmos al Todopoderoso que ha colmado nuestras esperanzas, haciendo que no bajemos al sepulcro sin haber visto el dia grande de los mayores triunfos de María, que es la mas preciosa margarita de todo el mundo, valiéndome de la espresion de un Padre (1); de María, que recibió tantas gracias y que fué participante de los atributos de las tres divinas Personas de la Trinidad Beatísima, porque ella recibió en verdad gracia de exencion de la culpa original, gracia de santidad, gracia de comunicacion íntima con Dios, gracia de perseverancia en las virtudes; gracia en suma y virtudes que la hacen hermosa y refulgente como un vaso sólido de oro en que está embutido el záfiro y el topacio, la esmeralda y el rubí (2).

Gloriate España, amada patria mia, porque defendistes siempre este delicioso Paraiso del Señor: tú fuistes la primera entre las naciones en celebrar á María Inmaculada; tú trabajastes cual ninguna por la definicion dogmática de este misterio, que ya ha tenido efecto. Seria imposible poder citar en este momento los votos, los juramentos de las academias, colegios, comunidades religiosas, hermandades y congregaciones, los enviados á la silla apostólica, las reales órdenes y cuantos esfuerzos hicieron nuestros reyes en favor del misterio de la Concepcion.

Acudid, pues, á María nobles hijos del reino mas católico del mundo; acercaos á esa Arca misteriosa del

(1) S. Ciril. hom. 6 in Sinod. Efes.

(2) Ricard, á S. Laur. lib. 4 de laud Virg.

Testamento, que conduciendo el terror, la desolacion y la muerte á los filisteos que la deshonran, llenará de bendiciones la casa de Obededon en que ha sido respetada (1). Pedidle y pedidle con fervor que alcance bendiciones de Dios para el gran pontífice, el inmortal Pio IX, elegido por la providencia para colocar la piedra mas brillante en la corona de María; que esté á su lado para librarle de las persecuciones de sus enemigos, de esos enemigos que, aunque en vano, maquinan contra la barca de Pedro: pedid á María Inmaculada por esta nacion católica, por su paz y prosperidad, por la estabilidad de su trono, y finalmente para todos y cada uno de nosotros la gracia de la santificacion y la gracia de la perseverancia en el bien obrar, para que de este modo nuestras almas merezcan ser conducidas á la patria de los justos por mano de María, criatura purísima que encontró tanta gracia delante del Señor. *Invenisti gratiam apud Dominum.* He dicho.

(1) I. Reg. c. V.

Tomo II.

SERMON 3.^o
DE LA INMACULADA CONCEPCION
DE MARIA SANTISIMA.

Opus namque grande est, neque enim homini preparatur habitatio, sed Deo.

Es obra grande, porque no es para un hombre para quien se dispone habitacion, sino para Dios.

I. Paralip. cap. XXIX, v. 1.

Dios que habia escogido á Israel para que fuese su pueblo propio y peculiar, haciéndole teatro de sus bondades y misericordias, ordenó le fuese edificado un templo suntuoso, en el cual habia determinado aceptar las ofrendas y sacrificios que le ofreciesen, teniendo sus ojos abiertos y sus oidos atentos á las oraciones que en aquel lugar le fuesen dirigidas. David, á quien Dios se habia manifestado, convocó á Jerusalem todos los príncipes de Israel, los caudillos de las tribus y los jefes de los cuerpos que le servian, juntamente con las demas personas notables de su reino y sus hijos, á todos los cuales hizo saber su pensamiento de edificar una casa en la que reposase el Arca de la Alianza del Señor, para lo que tenia

acopiado todo lo necesario, pero que Dios le habia ordenado no fuese él quien llevase á cabo la fábrica de aquel templo, porque habia manchado sus manos en sangre, siendo su voluntad que Salomon su hijo, á quien habia escogido para que se sentase en el trono de Israel, fuese el encargado de edificarle. A continuacion exhorta al pueblo á guardar con fidelidad los mandamientos del Señor, y despues de dar á Salomon los mas oportunos consejos para que supiese agradecer la eleccion hecha por Dios de su persona, le dá el diseño del templo, de sus átrios y de las habitaciones que habian de ocupar los sacerdotes y levitas, dándole oro del mas fino en abundancia para las diez mesas de la proposicion, candeleros y vasos que habian de servir para el culto del Señor (1).

David descansó en paz, y Salomon fué ungido rey, concediéndole el Señor la sabiduría que le habia pedido, y colmándole de inmensas riquezas para que pudiese llevar á cabo la fábrica del templo con la mayor grandeza y suntuosidad. En efecto, construyóse la casa del Señor, en cuya fábrica tomaron parte los artífices de mayor ingenio y de mas reconocida habilidad. Todo aquel edificio, dedicado al Dios de la santidad está cubierto de oro; piedras preciosas y escogidos metales le adornan y embellecen. El Arca santa es trasladada con la mayor reverencia, y la magestad del Señor llenó su casa. ¡Oh, qué espectáculo tan admirable! El armonioso eco de la música, dividida en dos coros, entona noche y dia las misericordias del Señor, y los sacerdotes de-

(1) I Paralip. cap. XXVIII.

güellan las víctimas, cuya sangre riega el pavimento. No hay que maravillarse al observar tanta suntuosidad y grandeza, al ver que no habia en aquel lugar cosa que no estuviese cubierta de finísimo oro. El mismo David lo habia dicho: No era una casa destinada para habitacion de un hombre, sino para Dios: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Ahora bien, M. A. O.; si tanta magnificencia plugo al Señor se desplegase para la edificacion del templo material que habia elegido para su morada en la tierra; ¿cuál seria la riqueza, el esplendor y la magnificencia que emplearia su Omnipotencia en la fabricacion del templo vivo donde se disponia habitar por espacio de nueve meses? ¿Cuántas gracias y privilegios otorgaria á la modesta y candorosa Virgen de Judá, en cuyas purísimas entrañas habia de verificarse el gran prodigio de la union hipostática de ambas naturalezas, divina y humana, en la Persona del Verbo? David no pudo tomar parte en la fábrica del templo material, porque habia manchado sus manos en sangre; no era, pues, posible que la destinada á ser Tálamo de la Divinidad, Templo vivo del verdadero Dios, hubiese sido ni por un momento presa del pecado, y ved aquí, señores, por qué para María, solamente y sin ejemplo, se suspende el decreto que envolvía á toda la humanidad en la culpa original. María fué concebida en gracia, por especial privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesus, Salvador del linaje humano. ¡Misterio de fé, que hace rebosar nuestros corazones en las mas dulces expansiones de amor! María, Tabernáculo santificado del Altísimo, fué en su Concepcion exenta de toda mancha.

¡Quién poseyera en esta mañana la elocuencia de los Crisóstomos y Agustinos! ¡Quién fuera tan melifluido como el santo abad del Claraval, Bernardo, para narrar dignamente la magnificencia con que Dios enriqueció á María en el instante mismo de su Concepcion en gracia! Ella es aquel signo grande que viera el estático Evangelista: una mujer vestida del sol, bajo sus piés la luna, y su cabeza adornada con una corona de doce estrellas (1).

Deseando, pues, corresponder á la confianza que de mí habeis hecho, voy á haceros ver á la Santísima Virgen en el instante mismo de su animacion, como una obra admirable de la diestra del Eterno, que dispónese sea concebida la criatura mas grande en el orden de la naturaleza, y en el orden de la gracia. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Imploremos ante todo los divinos auxilios etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Predestinado Jesus desde la misma eternidad para Reparador de la estirpe culpable, lo fué tambien María para que en su seno se revistiese de nuestra humana naturaleza. Asi fué ella, dice el Padre San Bernardo, la alta y digna ocupacion de todos los siglos: *Negotium omnium sæculorum*. En el mismo Paraiso fué ofrecida esta mujer venturosa, destinada á quebrantar la cabeza del dragon infernal, homicida de la raza humana (2), y el Señor que anticipadamente se complacia en

(1) Apoc. cap. XII, v. 1.

(2) Gén. cap. III, v. 15.

está obra admirable que habia de formar en la plenitud del tiempo, la da á conocer al mundo bajo los símbolos mas bellos y las alegorías mas sublimes. El arca en cuyo seno se libertara Noé y su familia del universal diluvio; la misteriosa escala que viera Jacob que apoyándose en el cielo desde el monte Moria, por ella subian y bajaban los ángeles iluminándola con celestiales resplandores; aquel monte que viera Isaias, cuya cumbre descollaba sobre las demas montañas que le circundaban: la zarza que observara Moisés presa del fuego, y sin reducirse á cenizas y otras mil figuras que pudiéramos entresacar de los libros del Testamento antiguo, no son otra cosa que representaciones anticipadas de María, como nos demuestran los Padres, con razones incontestables. Era necesario anunciar al mundo, en la série de los siglos esta obra á todas luces grande. Dios se recrea, digámoslo así, con las descripciones que de ella hace á los Profetas.

Llegada que fué la plenitud del tiempo, la época fijada en el Consistorio de la Trinidad Santísima, es concebida la feliz criatura, elegida entre todas las mujeres posibles, para Madre de Dios, y el Omnipotente agota en cierta manera los tesoros de su sabiduría y de su poder, para formarla la criatura mas grande en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. ¿Cuáles son, señores, las cualidades que hacen grande á una persona en el orden de la naturaleza? Nobleza, inocencia y hermosura. Nadie aventajó á María en estas cualidades.

No es posible buscar en la tierra una nobleza que sea superior á la de María. Abrid sino el Evangelio de San Mateo y en su primer capitulo encontrareis los nombres de sus ilustres ascendientes. Abraham,

Isaac, Jacob, David, Salomon, Ezequias; los Reyes mas íntegros y justos, los Patriarcas mas venerables, los mas ilustres conquistadores, los capitanes mas esforzados, forman la prosapia de esta vírgen singular. En vano, pues, el impío Fausto se propone privar á María de su ilustre ascendencia. Dios dijo que daria á su hijo la silla augusta de su padre David y que reinaria en la casa de Jacob para siempre, cosa que no hubiese podido verificarse sin que corriese por las venas de María la sangre de los reyes.

Fijémonos ya en la plenitud del tiempo, en la época en que el Omnipotente formara esta obra admirable digna de su supremo artífice. Jerusalem fué el lugar señalado por Dios para la edificacion del templo material: el templo vivo, dentro del cual habia de encerrarse; el Tabernáculo donde habia de reposar, es formado en la pequeña villa de Nazareth. Joaquin y Ana, son los destinados por el cielo para contribuir á los designios de Dios en la formacion de esta obra admirable. Un ángel que se presenta á Joaquin, dice San Gerónimo, le anuncia anticipadamente el nacimiento de María, con estas notables palabras: «Entiende, oh varon de Dios, que lo que nacerá del vientre de tu esposa, no es el fruto de la lascivia, sino don especial del que me envia (1)». Es decir, que nada impuro ni concupiscible se advierte en la accion immaculada y limpia de la Concepcion de María, llevada á cabo *cum animi et corporis tranquillitate*. En todo de ser perfecta, porque habia de ser, como escribe Tertuliano, como el trono de la Divinidad (2). Con razon la Señora esclamara un dia en presencia de su

(1) D. Hieron. Serm. de Nativ. B. M. V.
 (2) Tertulianus de Baptism. cap. III.

parienta Santa Isabel: «el que me formó hizo conmigo cosas grandes, sublimes y magníficas: *Fecit mihi magna, qui potens est* (1)». Y no podía ser de otro modo, señores, si tenemos en cuenta que no se trataba de preparar habitación para un hombre, sino para Dios: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*. Es la doctrina de San Pedro Crisólogo, el Damasceno, San Epifanio y otros muchos teólogos.

Quiso también el Señor fuese su Madre la criatura dotada de más hermosura que existiese sobre la tierra. San Dionisio, luego que hubo visitado á la Santísima Virgen, escribe á San Pablo una carta, en la que hablándole de la celestial hermosura de la Madre de Dios, le dice estas palabras: «Si la doctrina católica no me enseñara ser uno el Dios verdadero, la hermosura y belleza de María me haría caer á sus piés, y ofrecerle el culto de latria como al supremo Númen (2)». Si como dice el célebre teólogo español, Suarez, las sagradas expresiones en que está concebido el Testamento antiguo, todas fueron profecías claras ó figuradas de María, abramos el sagrado libro de los Cantares, y fijando nuestra atención en las bellas descripciones que hace el Esposo de su amada Sulamitis, y esto nos hará comprender en algún modo las perfecciones naturales, la incomparable belleza, con que plugo al Omnipotente adornar la augusta morada donde había de habitar.

¡Cuán hermosos son tus pasos, oh hija del príncipe!
Tu cuello blanco, liso y bien formado como torre

(1) Luc. cap. I. v. 49.

(2) Esta carta, es generalmente tenida por apócrifa, pero Ferriolo prueba que no lo es, en su libro de M. Augusto, lib. V. c. 6.

de marfil. Tu nariz se levanta fuera de tu graciosísimo rostro, como la hermosa torre del Líbano que mira hácia Damasco. Tu cabeza como el Carmelo y tus cabellos como púrpura destinada á adornar los mantos de los monarcas. ¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima, en las delicias! Tu estatura se asemeja á la palma. ¿Y las facciones de sus mejillas? ¡Ah! sus ojos embelesadores son de un color tan vivo y agradable, como los de las palomas de la Siria: sus labios llenos de gracia, delgados, sanguíneos y como cinta de carmesí: sus dientes en la más debida proporción, unidos y blancos como los copos de la nieve (1) ¡Ah señores! El cedro que descuella en el Líbano, el ciprés que corona el monte de Sion, la especiosa oliva que hermosea los campos, el plátano regado por la corriente de las aguas, la... ¡pero qué digo! cuanto de hermoso encontramos en los diversos cuerpos de la naturaleza todo se reúne en María, por que ella es la destinada para reclinatorio del autor de la hermosura. Abrid cristianos, los libros del Testamento antiguo, y vereis consignadas en sus páginas de oro las bellas cualidades que adornaron á las esclarecidas heroínas del antiguo pueblo. Esthér, Judit, Sara, Débora, Abigail fueron representaciones anticipadas de María, en quien habían de reunirse todas las perfecciones. Con razón Ricardo de San Víctor, admira en María un semblante agraciado y angélico (2), y Andrés Gerosolimitano, la llama, Estatua esculpida por el Supremo Artífice (3). No es María de una naturaleza superior á la nuestra, pero Dios quiso col-

(1) Cant. cap. I. el. VII.

(2) Ricard. á S. Vict. in Cant. cap. XXVI.

(3) And. Hierosol. Serm. de Asumpt.

marla de una hermosura que no marchitó la edad.

¿Creeis por ventura que en esto solo consistió el ser María grande en el orden de la naturaleza? ¿De que hubiera servido toda la hermosura de su cuerpo, todas sus bellezas naturales, toda la gracia que hermoseara su rostro sino le hubiese acompañado un alma tambien perfecta, ricamente adornada y proporcionada á la hermosura de su cuerpo? Pues ved aqui lo que hace Dios. Cuando formó al primer hombre, exclamó: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Al criar á María, se me representa la Santísima Trinidad exclamando: «Hagamos para nuestra amada un alma llena de perfecciones: adornémosla con grandes magnificencias, sea una obra digna de nosotros.» Así fué, señores, Dios forma un alma hermosa, para unirla á aquel cuerpo tan colmado de perfecciones. ¿Quién será capaz de comprender toda la hermosura del alma de María cuando sale de las manos de su Hacedor? ¿Quién podrá medir sus magnificencias y comprender suficientemente su belleza? Ella es la produccion mas fina, digámoslo así, del poder de Dios; que medita, que dispone, que traza esta obra admirable. Ved en ella el resúmen de las perfecciones, el centro de las bendiciones del cielo, la obra superior á cuantas ha producido la mano Omnipotente. Ya están unidas las dos partes que componen ó que constituyen el sér racional de María. Ya es la criatura mas grande en el orden de la naturaleza. Su origen es el más noble, su inocencia singular, su hermosura incomparable, su alma llena de bendiciones: pero si á solo esto se redujese la grandeza de María, seria desde el momento de su Concepcion, esclava del demonio, por hallarse envuelta

como las demas criaturas racionales en los velos de la culpa original. Pero no; el Señor que la ha escogido para que sea su Madre, le comunica en el instante mismo de su Concepcion la divina gracia, esta preciosa participacion de la Divinidad, haciéndola por este medio, no solo la mas grande en el orden de la naturaleza, sino tambien en el orden de la gracia.

SEGUNDA PARTE.

Todos tienen parte en la culpa primera de Adan, dice San Pablo (1), todos pecaron con él; *omnes enim peccaverunt*. ¿Y esta ley general envolverá tambien á María? No: que para ella se suspende, trastornándose el orden no interrumpido desde la caída del Protopadre de los humanos. Todos los hombres somos envueltos en la red del pecado, pero María no obstante ser hija de Adan como nosotros, queda libre, singularizándose entre todas las criaturas. Todos nacemos envueltos en la muerte de la culpa, pero María no sufrirá esta muerte. Sí, Virgen purísima: no morirás: porque esta ley no ha sido establecida para tí, sino para todos los demas: *Non morieris: non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est* (2).

Si Dios hubiese formado á María sin que se originase de Adan, no habria nada que pudiese maravillarnos; pero que procediendo de una raiz corrompida, no participase de la corrupcion, es lo que no puede

(1) Ad. Rom. cap. III. v. 23.

(2) Esther. cap. XV. v. 13.

menos de arrebatar nuestras atenciones. Dios la crió en el Espíritu Santo (1), esceptuándola de incurrir en el pecado de origen, y derramando sobre ella toda la plenitud de la gracia santificante, y todas las otras gracias llamadas por los teólogos, *gratis datas*. ¡Qué alma tan singularmente favorecida! Ella había sido predestinada desde la misma eternidad en la mente del Altísimo, cuando no había tierra, y por consiguiente no existían los abismos. Quiso el Señor que fuese Inmaculada, para que pudiese producir al que había de salvarnos, recibiendo de ella la carne purísima y la sangre que había de verter por nuestro rescate. Oid, cristianos, á la Santísima Virgen: ella misma nos narrará sus grandezas: *Venite et videte: narrabo quanta fecit Deus animæ meæ* (2). En mí está la gracia en toda su plenitud; en mí está la gracia de la vida y de la verdad: *In me omnis gratia viæ et veritatis* (3). Sí, todo el lleno de la gracia, dice San Gerónimo, infundió Dios en María: *Mariæ tota simul se infundit gratiæ plenitudo* (4). ¡Cuán hermosa se presenta en el instante de su Concepcion!

Contempla entusiasmado el Padre San Bernardo las magnificencias, las gracias con que plugo al Eterno enriquecer el alma de la candorosa doncella de Nazareth, y esclama: ¿Qué cosa mas gloriosa que el alma de esta Niña? El Eterno Padre, se responde, hizo ostentacion al criarla de toda su Omnipotencia contra la culpa (5). Jacob y Esaú lucharon en el vientre de su madre; la gracia luchó contra la cul-

- (1) Ipse creavit illam in Spiritu Sancto. Eccli. cap. I v. 9.
 (2) Ps. LXV. v. 16.
 (3) Eccli. cap. XXIV. v. 25.
 (4) S. Hieronim. serm. de Asumpt. Virg.
 (5) S. Bernard. serm. de Beat. Virg.

pa (1): pero en el vientre de la Bienaventurada Santa Ana, no hubo ni un solo instante de lucha, porque la gracia no se derramó poco á poco sobre el alma de María, sino en toda su plenitud. ¿Y cómo no había de ser así? Una mujer á quien por naturaleza y por oficio había de unirse estrechamente el Verbo Eterno: una mujer destinada para Tabernáculo de la misma divinidad, ¿había de haber sido ni por un solo instante esclava de la culpa? Imposible. ¿Cómo había de contraerla la Madre de Cristo, cuando es ella, como dice San Agustín, la Co-redentora destinada á borrarla con su sangre, que es la misma que el Redentor derrama (2)? ¿Es creíble que la sabiduría eterna, entrase en un alma manchada por la culpa, y en un cuerpo infecto por el crimen (3)? Temeridad sería pensarlo, escribe San Cirilo (4): imposible es que así Dios lo dispusiese, esclama San Bernardo (5). La ignominia de la Madre, sería comun al Hijo, dice San Gerónimo (6). Si María en una palabra, hubiese sido manchada por la culpa, no hubiese sido digna de ser Madre de Dios.

No ha habido, mis señores, ni podrá existir sobre la tierra, criatura alguna que halla recibido tanta gracia como María: Santo Tomás da la razon, diciendo, que Dios concede á cada criatura la gracia, segun la dignidad á que la destina: siendo así que no puede haber dignidad alguna que sea superior ni aun que iguale á la dignidad de Madre de Dios que lleva María,

- (1) Génes. cap. XXV. v. 22 y 23.
 (2) August. serm. LV. de Sanctis.
 (3) Sapient. cap. I. v. 4.
 (4) S. Ciril. Patriarc. Alexandrin. lib. cont. Nestor.
 (5) S. Bernard. serm. 13. inter 15 de cæna Domini.
 (6) S. Hieronim. ad Eustochium.

resulta que ninguna puede comparársele en gracia, y por lo tanto ni en santidad. Y que esta gracia la recibió en el instante mismo de su Concepcion Inmaculada, en la que fué libre y exenta de la mancha original, es un dogma de fé, que ha declarado la Iglesia maestra y depositaria de la verdad. No podia, mis hermanos, menos de ser así, toda vez que al criar á María no se trataba de formar habitacion para un hombre, sino para Dios. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

¿Y quién á vista de la justicia original de María, dejará de esclamar con el sábio, toda eres hermosa y sin mancha como la hija de Sion (1)? ¿Quién al fijar su consideracion en tanta belleza y hermosura, dejará de recordar aquella paloma inmaculada y perfecta, objeto de las complacencias del Altísimo? (2) María es la paloma singular, única en sus privilegios, toda santa, toda pura, toda Inmaculada, que habiendo salido del seno del Eterno, vino sobre la tierra, y encontrándola inundada por el diluvio de la culpa, eleva su vuelo al Cielo llevando en su pico la verde y frondosa oliva de la paz, como efecto de la justicia antigua. *Erit opus justitiæ pax* (3).

Reunid ahora, M. A. O., cuanto hemos dicho; la nobleza de María, que desciende por línea recta de los reyes de Israel, de los mas célebres patriarcas é ilustres conquistadores, su inocencia y la hermosura incomparable con que el Eterno la adornara: contemplad su alma tan llena de perfecciones, y la plenitud de gracia que recibe, siendo en virtud de ella libre y

(1) Cant. cap. VI. v. 7.

(2) Ibid. cap. II. v. 10.-cap. V. v. 2.-cap. VI. v. 8.

(3) Isai. cap. XXXII. v. 17.

exenta de la mancha original, y no podreis menos de comprender con cuanta razon dije que María fué la obra más grande y admirable del Omnipotente, así en el órden de la naturaleza, como en el órden de la gracia. Ella fué Tálamo perfecto, digna morada del Dios de la santidad. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Levantemos, pues, al cielo nuestras manos y bendigamos al Omnipotente, que no permitió que la destinada para ser Madre suya y corredentora de la humanidad, fuese manchada por la culpa original. Colmémosle de alabanzas porque con tantas magnificencias plugo adornar y embellecer el alma de María.

Y Vos, Virgen Inmaculada, Patrona escojida de las Españas, objeto de nuestro acendrado amor y de nuestra devocion constante y verdadera; rogad ante la Magstad del Señor á fin de que haga descender sobre nosotros su divina gracia, con la cual adornados atravesemos á pié enjuto el borrascoso mar de las pasiones mundanales: por vuestros ruegos y poderosa intercecion todo lo conseguiremos: estad siempre á nuestro lado, favorecednos; cubridnos con vuestro manto de piedad á fin de que llegue para nosotros el dia feliz, en que despues de haber experimentado vuestra proteccion en la tierra, en vuestra compañía, disfrutemos de las delicias del cielo. *Amen.*

SERMON

PARA EL DIA

DE LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

*De qua natus est Jesus qui vocatur
Christus.*

De la cual nació Jesus, que es llamado
Cristo.

Math. cap. I. v. 16.

Bendigamos á Dios, mis amadísimos hermanos, que ha determinado tengan cumplimiento las antiguas profecías. Aquella mujer ofrecida al mundo desde el paraíso, y cuyo destino era quebrantar la cabeza del mónstruo infernal, homicida de la humanidad; la que habia de venir á ser la contraposición de la primera Eva; la que habia sido predestinada desde antes que existiesen los siglos para producir al que habia de romper las cadenas de la esclavitud del hombre; aquella en cuyo favor se decretaron gracias extraordinarias á ninguna otra concedidas; el lucero hermoso que debía de preceder al Sol divino de justicia Cristo Jesus, ha aparecido ya en el horizonte del mundo, realizándose lo que formara la espectación de los humanos en la dilatada série de cerca de cuarenta siglos. No preguntéis por que la Iglesia celebra con tanto júbilo

la festividad de este día: si alegres cánticos resuenan bajo las bovedas de nuestros templos: si nubes de incienso se elevan ante los altares: si llenos de entusiasmo nos agrupamos en torno de la bella Imágen de María, es porque su bendito nacimiento que hoy recordamos, fué el preludio de la dicha de la humanidad.

Si es una verdad que por María vino Dios al mundo, lo es también que por ella hemos de merecer llegar á Dios: no se puede el hombre separar de María, sin separarse de Jesus; no se puede apartar de Jesus sin apartarse de Dios. El destino de María ha estado vinculado necesariamente al de su Divino Hijo. No tratamos ahora de sondear los senos de la Providencia; pero es necesario, es preciso creer que formado por Dios el proyecto de la redención del mundo, la Santísima Virgen estaba envuelta, estaba encerrada, digámoslo así, en ese decreto. El Verbo habia de hacerse hombre, para que los hombres pudiesen hacerse hijos adoptivos de Dios. Oigamos ahora unas preciosas frases de San Francisco de Sales. «Esto supuesto, dice el Santo, podía Dios hacer de muchas maneras la humanidad de su Hijo, haciéndolo verdadero hombre, como por ejemplo criándolo de la nada, no solamente en cuanto al alma sino también en cuanto al cuerpo: ó bien formando el cuerpo de alguna materia preexistente, como hizo el cuerpo de Adán y Eva; ó bien por vía de engendramiento extraordinario de una mujer sin hombre y deliberó hacerlo de esta última manera. Entre todas las mujeres que con esta intención podía escoger, eligió en fin la Santísima Virgen María, por medio de la cual sería el Salvador de nuestras almas, no solamente hombre, sino hijo del

«género humano (1).» En efecto, señores, María es el lucero que precede al Sol Divino de justicia: Jesucristo tenía que aparecer en el mundo, y antes tenía que presentarse María, porque en ella habian de llevarse á cabo los planes de la Providencia. El nacimiento de esta niña bienaventurada era la señal de la libertad del mundo; pero el mundo pasa desapercibido su natalicio, celebrado en el empíreo por los ángeles. Ha nacido la que ha de ser lecho florido del Salomon Divino, templo y trono de la sabiduría eterna. Ha nacido la que ha de quebrantar la cabeza al infernal dragon autor de nuestros males. Ha nacido, en suma, aquella Virgen sin par, cuyo natalicio habia sido significado por los Profetas bajo las mas brillantes figuras: cumpliéronse, pues, las esperanzas de los justos, realizándose las palabras de Isaías, que habia dicho: «Nacerá una Virgen, que concebirá y dará á luz un hijo cuyo nombre será Manuel (2).»

Contemplad por un momento, M. A. O., los grandes efectos del nacimiento de María: considerad con la fé que os distingue, todo el significado de las palabras que puse por cabeza de este discurso, y no dejareis de comprender cuán justo es el regocijo de la Iglesia al celebrar el natalicio de la escogida Virgen de Judá: *María de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*; María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo. Esta cualidad de Madre de Jesucristo dá á María una dignidad casi infinita, por el respecto que dice al órden hipostático. Su santidad, ó mejor diré, la santi-

(1) San Francisco de Sales en su tratado del Amor de Dios, lib. II, cap. IV.

(2) Isai. VII, v. 14.

dad que la acompaña en su nacimiento, puede concebirse por lo elevado de su grandeza. Santidad y grandeza de María Santísima: ved ya mi objeto.

Virgen Purísima, palma exaltada en el Cadés de la gloria: ignoro con que palabras he de seguir en tus alabanzas: tú eres la obra por todos títulos grande, que nacistes para servir de habitacion, no al hombre terreno, sino á Dios (1). ¿Qué pedirás á tu Santísimo Hijo, que no sea concedido en el momento? Pídele, pues, Señora del mundo, luz de las gentes y auxilio de los cristianos; pídele se digne iluminar mi entendimiento con un rayo de su divina gracia, capaz de disipar las tinieblas que me rodean, y hacerme apto para publicar tus alabanzas. Mientras tanto nosotros en prueba de nuestro afecto te saludamos, repitiendo las palabras del ángel, *Ave María*.

PARTE ÚNICA.

Si yo pretendiese probar la grandeza de la Santísima Virgen por su esclarecida estirpe, en este caso bastariame llamar vuestra atencion sobre el trozo del Santo Evangelio que se acaba de cantar por ese sagrado levita. La escelsa niña cuyo nacimiento celebramos, es descendiente de los mas altos y distinguidos personajes, y refiriendo San Mateo su genealogía nos nombra á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un Judas, á un Phares, á un Aram, á un Aminadab, á un Naason, á un Salmon, á un Booz, á un Obed,

(1) *Opus namque grande est neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*, I. Paralip. cap. XXIX, v. 1.

á un Jessé; seguiria haciendo mencion de un David, de un Salomon, de un Roboan, de un Abias, de un Joathám, de un Ezequías, y entre otros muchos de un Eliud y de un Eleazár. Empero la grandeza de María no la constituye seguramente lo elevado de su nacimiento ni su ilustre prosapia. Hemos insinuado en el exordio que María Santísima entró en los planes de la Redencion; y en efecto, cuando Dios maldijo á la serpiente y la dijo: «Pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar (1)» quiso decir, segun entienden estas palabras los Expositores: «Tú has vencido á la primera mujer: mas yo levantaré otra que se burle de todas tus asechanzas. De esta nacerá un Hijo, que será la cabeza de un nuevo pueblo, el cual te declarará perpétua guerra y enemistad.» Luego Dios tenia ya presente á María, y no solamente entonces sino aun antes que formara la tierra; pues que como Omnisciente ya sabia que el hombre habia de caer, y tendria formado el proyecto de la Redencion; y ved, señores, si con razon aplica la Iglesia á María Santísima estas misteriosas palabras del sagrado libro de los Proverbios: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que hubiese ejecutado cosa alguna en el orden de la naturaleza. Yo he sido predestinada desde la eternidad, y antes que la tierra fuese criada en los primeros dias. Todo yacia confundido en el caos de la nada: aun no existian los abismos; aun no habian brotado las fuentes de las

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Génes. III, v. 15.

»aguas, ni estaba asentada la grandiosa mole de los montes; antes que apareciesen los collados, los rios y los cuatro ángulos del orbe, ya habia yo sido dada á luz en la mente del Altísimo (1).»

El destino de esta augusta niña, era en verdad elevadísimo; su destino era el ser Madre de Dios y Co-redentora del mundo. Si fué escogida para Madre de Dios, claro es que ni antes ni despues de ella, ha habido ni habrá mujer de mas virtudes, mujer mas santa, porque no es de creer que para llevar á cabo el plan de la redencion hubiera escogido el Señor á una mujer menos santa que otra. Ved ya en lo que yo encuentro la grandeza de María: en sus virtudes. Ella en premio de las virtudes que Dios sabia habia de practicar en grado heroico, fué destinada para llevar á cabo los secretos del orden hipostático, y por esta dignidad á que habia de ser ascendida, la preservó en su Concepcion de la mancha original.

Empero dejemos discurrir sobre este asunto á un sábio de nuestros dias á quien ya podremos llamar apologista de la religion: escuchemos los elevados pensamientos del escritor que hoy arrebató las atenciones. «La destinacion de María, participa de la de su Divino Hijo, mas que de la destinacion del género humano. No es decir que no participe ella del destino del género humano, puesto que hasta su mismo Hijo participa y esto no es sino por ella. En todo la participa este, escepto en una cosa: el pecado; *absque peccato*. Ahora bien, esa abstencion del pecado, esa santidad que separa á Jesucristo del género humano, ha comenzado para Jesucristo en María como en un aurora, y ha sucedido así no solo

(1) Proverb. cap. VIII.

por favor para su Madre, sino, y es lo que he intentado decir, por la condicion de esa maravillosa maternidad, que á diferencia de todas las demas, es el efecto de una operacion espiritual que tiene su asiento en un alma dotada de todas las gracias que habian de hacerla no solamente digna, sino apta para ella (1).»

María, pues, ha sido hecha inmediatamente para Cristo: Cristo es Dios, es un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas: Dios no quiso que David tomara parte en la fabricacion del templo, tan solo porque habia manchado sus manos en sangre, y eligió á Salomon, entonces inocente cual un niño de pecho, y esto que en el templo fabricado por Salomon no habia de habitar en cuerpo y alma: y siendo María un templo verdadero, porque en su virginal vientre habia de habitar la santidad por esencia, el Verbo Eterno, ¿seria posible que no estuviese dotada de santidad aun antes de su glorioso nacimiento? No es posible: Dios, segun la espresion de un Padre, se hubiera deshonrado á sí mismo. Así pensarían seguramente los profetas, cuando la anunciaban al mundo bajo los tipos mas sublimes. Ellos contemplaban los sucesos futuros: veian iluminados sus entendimientos por Dios, á través de los siglos y los grandes sucesos que se preparaban: veian á Dios abandonar su trono de gloria, y descender á hacer que tuviera efecto el misterio de la Encarnacion: veian una criatura, una mujer en quien debian tener lugar tan extraordinarios acontecimientos; y arrebatados contemplaban su elevacion

(1) Augusto Nicolás. Nuevos estudios filosóficos sobre el Cristianismo. El Plan Divino y la Virgen María. Lib. I, cap. VII.

y grandeza; y considerando nosotros, hermanos míos, la dignidad de María, será imposible que podamos encontrar un tipo mas gracioso, y queriendo hacer comparaciones, dirigiremos nuestros pensamientos á las heroínas del Testamento antiguo, y no obstante que admiraremos sus proezas celebradas en las sagradas páginas, no veremos en ellas mas que tipos de María: contemplaremos á Esther ante el trono de Asuero pidiendo gracia para su pueblo perseguido, y en el momento conoceremos que es figura de María, que se emplea en pedir gracia ante el trono del Divino Asuero Jesucristo, en favor de los que somos hijos y componemos su pueblo. Contemplaremos á Judith, cortando la cabeza á Holofernes y presentándosela á su pueblo, y al escuchar las alabanzas públicas que le dirigen por todas partes al oír que se la llama, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de su pueblo (1) conoceremos que María es la acreedora á tales alabanzas.

¡Mas para que nos detenemos en hacer comparaciones, cuando María es la criatura mas privilegiada que ha salido de la mano de Dios! Despues de la Encarnacion del Verbo, María fué la obra mas grande y mas digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como se esplica el Damiano: *Opus quod solus Deus supergreditur*. David lo habia profetizado: la divina gracia no destiló poco á poco sobre María como sobre los demas santos, sinó que se derramó como la lluvia sobre el vellocino de lana (2). Si necesario era que así fuese, si atendemos al destino de María, pues

(1) Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi tui. Judith. cap. XV. v. 10.

(2) Sicut pluvia in vellus. Ps. LXXI. v. 6.

que segun la doctrina de Santo Tomás, á cada uno dá Dios la gracia proporcionada á la dignidad á que la destina (1). Consideremos, pues, si ha habido alguna criatura cuyo destino haya sido más elevado que el de esta augusta niña. Ni los príncipes que nacieron para ocupar un trono, ni los grandes capitanes cuyo valor y conquistas justamente celebra la historia, ni los héroes de la religion que reunieron á su santidad una profunda ciencia, con la que combatieron la impiedad é hicieron resplandecer las verdades dogmáticas, tuvieron un destino tan elevado: la Providencia los suscitó para llevar á cabo sus proyectos; pero las gracias que recibieran no pueden ser comparables con las de la Santísima Virgen, toda vez que su destino era inferior. Nació María para ser la contraposicion de Eva. La Madre del género humano trajo la pena al mundo; la madre de nuestro Señor trajo la salud: la inobediencia de aquella nos perdió: la obediencia de esta nos salvó (2). María es superior en santidad á todos los Santos, así como el sol es superior en luz á todas las las estrellas.

Mas yo no sé, señores, á que me detengo en hablaros de la santidad y grandeza de María, cuando con deciros que ella es aquella mujer privilegiada que fué destinada á ser Madre de Jesus, es suficiente para que vosotros conozcais que debió ser un elevado monte de santidad. *María de qua natus est Jesus qui vocatur Christus*. Estas palabras del Evangelista nos dicen se-

(1) Unicuique datur gratia, secundum id, ad quod eligitur. 3. p. 4. 27.

(2) Mater generis nostri pœnam intulit mundo genitrix Domini nostri salutem intulit mundo. Austrix pec ti Eva, austrix meriti Maria. Eva occidendo odvit. Illa percussit, ista sanavit. Pro inobedientia enim obedientia commutatur, fides pro perfidia compensatur. S. Aug. serm. 18 de Sanctis, qui est 2 de Anuntiat. Dominica.

guramente mucho mas que nos dijeran los Profetas en los tipos con que la anunciaron al mundo, mas que cuanto han dejado consignado como señal de su devocion ardiente á la Madre del Salvador, los Gerónimos, los Crisóstomos, los Gregorios, los Damascenos, los Bernardos y demas Padres.

¡Día dichoso sobre toda ponderacion! Día feliz aquel en que nace María para ventura de la humanidad, para consuelo y auxilio de los desgraciados hijos del padre prevaricador! No me voy á detener, hermanos míos, en presentar á María en su segundo destino de Co-redentora del mundo. Yo deseo haceros ver que en ella debemos los cristianos fundar toda nuestra esperanza, y para ello bastará tan solo que os recuerde lo mucho que siempre ha hecho en favor de la humanidad. Preguntad en todos los pueblos cristianos, en las grandes capitales como en las aldeas mas miserables y en todas os contarán maravillas. Aquí oireis hablar de un terremoto que amenazó destruir un pueblo, y que fué contenido por la proteccion de María, cuyo amparo impetraron sus devotos: allí escuchareis la relacion de unos marinos que debieron el no haber perecido entre las enrespaldas olas, á haber rogado con fervor á la protectora benéfica de la humanidad. ¿Quién hay que se esconda del calor de su caridad? ¿Quién ha dejado de experimentar sus favores? ¡Ah! Que si el mundo la colma de bendiciones: si el Cristianismo celebra entusiasmado el feliz momento en que se verifica el nacimiento de esta augusta criatura, es porque con ella nos vinieron multitud de bienes. Ella nos dió al Salvador, dándonos de este modo la vida, y hoy en la cumbre de su grandeza, no pudiendo desentenderse

de su maternidad espiritual para con nosotros, tiene su idea fija en favorecernos, en escuchar nuestras plegarias y alcanzarnos eternas bendiciones.

¿Y cómo no habia de ser así? ¿Cómo habia de cerrar sus oídos á nuestras súplicas? ¿Cómo habia de abandonarnos en el día de la desgracia? ¿Cómo habia de mostrarse indiferente á nuestras aflicciones, cuando nosotros componemos la herencia que su Divino Hijo le dejara en su último Testamento? Siempre que María ha pedido gracia para los pecadores, la ha alcanzado en abundancia de su Divino Hijo; ved aquí por qué la llama el venerable abad de Celes, Tesoro del Señor y tesorera de las gracias (1), y por qué asegura el devoto Ricardo de San Lorenzo que Dios ha depositado en María como en una tesorería de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyos tesoros enriquece él á sus siervos (2).

Estad persuadidos, hermanos míos, que así como Jesucristo es el único mediador de propia autoridad y excelencia interpuesto entre los hombres y su Eterno Padre, el mismo Jesucristo ha querido que su Madre sea medianera de intercesion interpuesta entre él y nosotros: esta consideracion ha hecho esclamar á un Padre, que María es el acueducto por donde vienen á nosotros los mas abundantes raudales de la misericordia divina. La grandeza y santidad que acompaña á María desde el momento de su nacimiento ya lo habreis comprendido por su destino de Madre del Salvador, y que ella es nuestra abogada y medianera, que

(1) *Thesaurus Domini, et thesauraria gratiarum. Prol. Cant. Virg. cap. I.*

(2) *Maria est thesaurus, quia in ea ut in gazophilacio, reposuit Dominus omnia dona gratiarum, et de hoc thesauro largitur ipse larga stipendia suis militibus et operariis. De Laud. Virg. lib. 4.*

de ella debemos esperar el remedio de nuestras tribulaciones, os lo dicen mas alto que mi voz, los grandes beneficios que de ella habeis recibido en todos tiempos. María está siempre dispuesta á favorecer á los que á ella se acojen, á interceder por los que invocan su hermoso nombre. Mil peligros, señores, nos rodean por todas partes: adonde quiera que volvamos nuestra vista no encontraremos mas que escollos y precipicios, y el comun enemigo de nuestras almas nos rodea y busca la ocasion de perdernos miserablemente. ¿Y á quién recurriremos á través de tantos precipicios? ¿Quién nos librará de tantos enemigos? ¿Quién nos entenderá una mano amiga, que sacándonos de este mar de angustias nos conduzca al puerto de salvacion? Quién, María, en la cual hallamos toda esperanza y toda gracia. El que halla á María, encuentra la salud y la vida y consigue del Señor la salvacion (1).

Vosotros, individuos de esta ilustre y venerable archicofradía, os habeis distinguido siempre por vuestra piedad y vuestra conocida devocion á la excelsa titular de este santo templo. Así lo habeis mostrado con vuestra piadosa asistencia á todos los actos religiosos, y con vuestros desembolsos porque no falte en esta Capilla el culto divino que en ella se viene practicando. Empero, deber mio es en esta mañana, antes de concluir, haceros ver el orden que debe llevar vuestra devocion para que sea aceptable á la Santísima Virgen. Una devocion esterna que no esté fundada en el cumplimiento de la ley de su Santísimo Hijo no puede ser bajo ningun concepto grata á los ojos de la Inmaculada Virgen. Es verdad constante, que ella

(1) *Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino, Prov. c. VIII. v. 35.*

nos ama como hijos, pero su amor es recto y ordenada la caridad que vivifica su alma: por eso ama con amor de preferencia á su Divino Hijo, busca su gloria y se propone como blanco de sus conatos esterminar el mónstruo de la culpa de la haz de la tierra: sabe muy bien que el pecado fué el medio de que se valió Sata-nás para afirmar su imperio, que por él despreció el hombre á su Criador, desconoció su autoridad, ultrajó su gracia, menospreció sus beneficios, y sacudiendo un yugo dulce, suave y benigno, se esclavizó bajo un ce-tro de hierro, y añadiendo eslabon á eslabon agravó la cadena de su infortunio: no ignora que el pecado condenó la justicia en el justo, y que dió muerte al Señor de la vida, y él es el mayor enemigo de Dios, y que para destruirle se humilló Jesucristo hasta la Cruz por nosotros; que no es posible amar al Señor y al pe-cado, pues no puede ser amar la luz y las tinieblas; y que por lo tanto ni Dios puede dejar de aborrecer la culpa, ni el hombre puede dejar de ser enemigo de Dios, mientras no la deteste y abomine.

Bajo estos inconcusos principios ¿cómo podrá ser ni llamarse devoto de María quien no quiere dejar el pecado y habita de asiento la region de la iniqui-dad? ¿Qué género de devocion se hallará en los que contentos en la ocasion de su ruina no se separan del lugar de perdicion y permanecen junto á la fiera que con su ponzoña pena su orgullo ó su impruden-cia? ¿Qué derechos tendrán á los saludables frutos de esta devocion, los que juzgan ligera la ofensa cometida contra Dios, califican de pasatiempo el pecado y con sus escándalos llevan tras sí á otros á la maldad?

¡Ah! No puede ser verdadero devoto de María

todo el que no odie el pecado, y este es el espíritu que vivifica nuestro afecto, y lo conduce á aquel gra-do de eficacia, que es menester para vivir á la gracia.

Apartad de vuestros corazones el espíritu de soberbia, y practicad la humildad: ejercitad la ca-ridad en órden á Dios y vuestros prógimos; detestad el pecado y entonces sereis verdaderos devotos de María. Esta Señora aceptará vuestras oraciones y presentándolas ante el trono de su Divino Hijo, os alcanzará gracias extraordinarias, gracias que os hagan llorar vuestras culpas, gracias que os santifiquen.

Asi lo esperamos de vuestra bondad, ¡oh dul-císima Madre de misericordia! postrados á vuestros piés y arrepentidos de las culpas con que hemos ofendido al autor de esa grandeza con que os hallais revestida, protestamos sériamente una total enmienda de costumbres. Corrije ¡oh Señora! el espíritu de impiedad que reina en nuestros dias, y danos fuerzas para que publiquemos vuestras alabanzas á pesar de vuestros enemigos: ilustra á los que yacen en la sombra del pecado, ayuda á los tentados, consuela á los tristes, cura á los enfermos, socorre á los ne-cesitados, redime á los cautivos, lleva á puerto de salvamento á los navegantes, y que no haya uno que se esconda del calor de vuestra caridad: dirige, perfecciona y confirma en la gracia á los individuos que componen esta piadosa archicofradía, que tanto se esmeran en tributaros cultos y en publicar vues-tras alabanzas: ora por el pueblo, intercede por el clero, ruega por el piadoso sexo, y alcánzanos á todos la divina gracia, á fin de que llegue un dia en que te acompañemos á dar loores eternos al Señor en la mansion feliz de la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA PRESENTACION DE MARIA SANTISIMA.

Quam pulchri sunt gressus tui filia principis.

Cuán hermosos son tus pasos, hija de príncipe.

Cant. cap. VII, v. 1.

No es posible, señores, leer la descripción del suntuoso templo de Salomón, que encontramos consignada en el segundo de los sagrados libros de los Paralipómenos, sin admirarnos á vista de su magnificencia y suntuosidad. Todo en él es hermoso, y lleno de sumo placer queda el que le contempla. El oro más puro, las piedras más preciosas, maderas incorruptibles, y los artífices de mayor ingenio y de más acreditada habilidad, se habían empleado en su construcción: los querubines con sus alas hermosas estendidas, manifiestan su respeto y sumisión al lugar santo; todo respira grandeza, gloria y santidad; el sumo sacerdote cubierto con sus magníficas vestiduras, se presenta para ofrecer los sacrificios: sus ritos y ceremonias prescritas por la voz omnipotente de un Dios,

constituyen la solemnidad de sus fiestas, las víctimas se miran preparadas para ser ofrecidas, y el olor del incienso y suaves timiamas, hacen conocer la magestad del Dios que en él habita. Los panes misteriosos, el candelero simbólico, la mesa que figuraba nuestros altares, y la presencia de Dios que había escogido aquel lugar para que permaneciesen en él sus ojos y su corazón, daban al templo un aspecto imponente y magestuoso.

No obstante tanto brillo y magnificencia: no obstante tanta grandeza, había decaído en parte el esplendor y santidad de aquel venerable lugar: el racional no despedía ya su luz brillante con que antes anunciara los triunfos y las victorias. Empero un día de gloria, un día cuya memoria pasará transmitida de generación en generación, va á brillar para el templo, porque en él va á tener lugar una ceremonia que formará la alegría y llenará de regocijo á los ángeles del Empíreo. ¡Qué incomprensibles son los juicios de Dios! ¡Cuán investigables los arcanos de la Providencia! En el átrio del templo se encuentran multitud de gentes, y allí se ven empleados del rey, fariseos, doctores y damas ilustres, que sin avisarse los unos á los otros y al parecer por casualidad, pero en realidad por secreta disposición de la Providencia, habían acudido bajo el pórtico de Salomón. Registrad, pues, con avidez, y observad si entre aquella multitud descubris la hermosa hija del príncipe. Conocerla podreis por las señales con que la manifiesta el sagrado libro de los Cantares. Ella es aquella criatura pura y santa que forma la alegría de su esposo, y arrebatada por su hermosura la atención de cuantos en ella fijan sus miradas. Sí, cristianos, allí está María, que conducida

en brazos de su madre Santa Ana, va á presentarse al templo y á ofrecerse á Dios, á quien va á pertenecer para siempre. Pero el destino de aquella Niña es todavía un secreto. Si los israelitas y extranjeros, si los guerreros y damas nobles que se hallaban en el pórtico del templo, hubiesen sospechado que aquella criatura bella sin semejante, era la mujer prometida desde el Paraíso, que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente: si hubiesen conocido que era aquella venturosa mujer en quien habian de tener cumplimiento las esperanzas del mundo, ¡oh cuán grandes hubiesen sido las demostraciones de júbilo y de alegría! Mas solo el sumo sacerdote, Zacarías, era el que veía á través de los misterios: él solo fué el conocedor del destino de María, el que penetró el misterio de la Presentacion.

Sube, pues, hermosa hija de Sion; no te detengas ni un solo momento en cumplir el voto que ofrecieran tus santos padres. El Esposo Divino te llama y sale á recibirte; el sacerdote santo con ansia espera este feliz instante, y tú serás la víctima agradable que el Señor recibe. Sí, cristianos, fijad vuestra vista en esa hermosa Niña que se encamina al templo, y exclamad: *¡Quam pulchri sunt gressus tui filia principis!* ¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe! ¡qué de felicidades anuncias á los mortales! Sí, señores; María hace hermosos sus pasos, cuando á la edad de tres años se descubre en ella consumada prudencia, sabiduría celestial, viva fé y ardiente caridad. Se descubre en María en este solemne acto de su Presentacion, que es la Madre del mundo todo, que va á instruir con su ejemplo á los mortales. ¡Oh feliz momento! ¡Oh instante venturoso! Lleguemos y contemplemos

el espectáculo que admira á los ángeles y forma la complacencia del mismo Dios.

Discurramos, pues, sobre esta ofrenda de María Santísima en su Presentacion, y observando las cualidades que la hacen hermosa de *pronta y constante*, aprenderemos el modo como nosotros deberemos ofrecernos al que por nosotros se ofreció Hostia inmaculada en el árbol de la Cruz. La leccion que hoy nos dá esta augusta niña, nos es del mayor interés: su estudio puede arreglar nuestras operaciones: su práctica nos conducirá por el camino de la felicidad eterna. Saludémosla ante todo, repitiendo la salutacion angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

¿Cuál es, señores, la primera obligacion del hombre luego que empieza á tener uso de razon? El Angel de las escuelas enseña que es hacer á su Dios un pronto homenaje de su mismo corazon. No tenia la hermosa hija de Joaquin y Ana la edad señalada para las presentaciones, empero el uso de la razon se habia anticipado en ella. Era un privilegio de los muchos que la habian de distinguir. Tenia tan solamente tres años de edad, y ya estaba dotada de una gran prudencia, de una humildad profunda, de una ciega obediencia, y en suma, de todas las virtudes. Por esto ella clama sin cesar y desea el momento y suspira por el instante de ser presentada en el templo para ofrecerse á Dios y dedicarse á su servicio.

Ana, mujer de Elcana, ofrecistes á Dios el hijo que este te concediera, y que habia de ser uno de los grandes Profetas del Altísimo: presentastes á tu que-

rido Samuel en manos del sacerdote Heli (1). Doncellas entregadas al servicio del templo; doctores y maestros destinados para instruir á estas dichosas criaturas, grandes fueron vuestras ofrendas, laudables vuestros desvelos, salid al encuentro y en medio de un numeroso concurso acompañada de los descendientes de la real estirpe de David, descubriréis aquella bienaventurada criatura, aurora suspirada y futura Madre del Dios de Abraham; los soberanos espíritus hacen corte á su Reina y Señora, y la acompañan con celestial armonía: se presenta al templo el tesoro de la virginidad como la llama el Damasceno. ¡Qué ceremonia tan augusta! ¡Qué ofrenda tan agradable al Señor!

La modestia, magestad y compostura con que entra en el templo aquella doncellita, no puede menos de arrebatar las atenciones. Día solemne fué en verdad aquel en que Salomon dedicó el templo, y como nos asegura la Escritura santa, la gloria del Señor había llenado la casa de Dios (2). Empero aquel día en que se ofrecen á Dios los primeros cultos en el templo, no fué tan glorioso como aquel en que entró María á consagrarse á su servicio: ni las víctimas que Salomon mandara sacrificar para la pompa de aquella solemnidad, fueron ofrendas tan agradables como lo fué la Presentación de María. Ella se liga á Dios de tal modo, que por estraordinario privilegio se le permite entrar libremente en el Santuario y hasta en el *Sancta Sanctorum*, lugar donde segun la ley, solo le era lícito entrar al sumo sacerdote; pero ¿qué lugar podia estar reser-

(1) Lib. I Reg. cap. I, v. 20 et seq.

(2) Compleverat enim gloria Domini domum Dei. II. Paralip. c. V. v. 14.

vado á la que estaba predestinada desde la eternidad, á la que habia sido preservada de la original mancha, á la mujer feliz y bienaventurada que habia de ser templo de Dios vivo? ¿A qué lugar no podia llegar esta nueva Arca de la alianza, formada de la madera incorruptible de Setin (1) que pasó sin mojarse el Jordán de la culpa? ¿Qué puerta pudiera no hallar abierta, la que segun el oráculo de un Profeta (2) es puerta cerrada por la que entró el Señor en el mundo?

David, tú pusiste en boca de María las palabras primeras que ella habia de pronunciar: tú digiste: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo: ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios?* (3) María llena de santidad repetía tus mismas palabras: su impaciencia se aumenta por momentos y espera con anhelo la hora en que debe consagrarse al servicio de aquel á quien ama su alma. No con tanta vehemencia busca el ciervo sediento la corriente de las aguas, como María busca á su amado para unirse á él para siempre. Ya me parece oírle esclamar con la esposa de los cantares: « Mi amado para mí y yo para él (4). » Me habeis llamado, diría María á su Dios, me habeis dicho que si quiero arrebatar el corazón de aquel que es rey de reyes, cuya hermosura es incomparable, me olvide de mi pueblo y de la casa de mis padres. *Audi filia et vide; obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum* (5). Ya, pues, he cumplido tus ór-

(1) Exod. cap. XXV, v. 10.

(2) Et dixit Dominus ad me: Porta hæc clausa erit... quoniam Dominus Deus Israel ingressus est per eam, eritque clausa. Ezech. capitulo XLIV, v. 2.

(3) Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum: ¿cuándo veniam et adparebo ante faciem Dei? Ps. XLI, v. 3.

(4) Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. c. II, v. 16.

(5) Ps. XLIV, v. 11.

denes, en las que me mandas que al sonido de tu voz esté pronto mi corazón. *Si vocem ejus audieritis nolite obdurare corda vestra* (1).

Empero tiempo es ya de que contemplemos lo que pasa en el templo, las ceremonias que tuvieron lugar en la Presentacion de Nuestra Señora. Esta ceremonia empezó por un sacrificio. Joaquin se habia provisto del cordero que debia sacrificarse. Los sacerdotes y levitas recibieron la víctima. El sacrificador cumplia su ministerio con la mayor exactitud, poniendo sobre la oblacion incienso y sal, y subiendo descalzo hasta el altar de los holocaustos, depuso la ofrenda pacífica sobre el fuego, dando despues la parte de costumbre al padre de María, quien siguiendo las costumbres del pueblo judío la repartió entre los parientes.

Concluido que fué el sacrificio, adelantóse Santa Ana, llevando á la bendita María en sus brazos, y presentándose ante el sacerdote le dijo con voz conmovida: *Yo vengo á ofreceros el presente que Dios me ha hecho* (2). Aceptó el sacerdote aquel precioso depósito, y dando su bendicion á los santos esposos Joaquin y Ana, y pidiendo al Señor luces y paz para el pueblo de Israel, terminó el acto de la Presentacion entre cánticos de gozo y de accion de gracias.

Ahora bien, señores, consagrada ya María á su Dios, y teniendo por morada su templo, dotada de una razon tan perfecta, ¿podremos nosotros contemplar, ni menos explicar el modo como se entregó á la práctica de las mas heroicas virtudes? ¿Podremos compren-

(1) Ps. XCIV, v. 8.

(2) Estas palabras las pone el abate Orsini en su preciosa obrita *Historia de la Madre de Dios*, y se apoya en una tradicion árabe que Mahoma mismo ha consignado en el *Alcorán*, edicion de Barcelona 1850, pág. 129 del tomo I.

der lo que pasaría entre Dios y ella? Pero estos son secretos impenetrables á los profanos. No obstante, dijo el ángel á santa Brígida, hablándole de este asunto: *Al instante nuestra Reina determinó sacrificar su voluntad á Dios con todo su amor por todo el tiempo de su vida. Y nadie es capaz de comprender cuánto se sujetó entonces su voluntad á abrazar todas las cosas de su gusto* (1). ¡Ay cristianos! ¡Qué hermosa está María en el templo! ¡Qué agradable ha sido al Señor esta oblacion! Que hermosos son los pasos con que la hija del príncipe ha caminado al monte santo, no reservándose nada para sí y entregándose toda á Dios. Sacrifica gustosa su libertad y se esclaviza con las hermosas cadenas que la hacen unirse á su Dios por medio del amor: su voluntad la deposita gustosa en manos de su Dios para estar siempre obediente á la voz de sus ministros. No me estraña, pues, que el padre San Ambrosio se admire al ver tantas virtudes reunidas en María, y nos exhorte á su imitacion en su libro de *Virginibus*.

¡Oh víctimas admirables! ¡Oh dignidad y santidad incomparables! esclamaré con San Bernardo: ¡oh portento de la diestra del Altísimo! qué gloria para María poder presentarse á su Dios, no como enemiga suya oprimida con el peso de una maldicion, sino como su amada Esposa, mas digna de sus finezas que ninguna otra criatura: entra en el templo, no como las otras hijas de Adan con el infame título de esclavas del infierno, sino victoriosa, llena de los mayores carismas, y de dones que jamás se ha concedido á criatura alguna; entra en el templo mas pura que los mismos ángeles, mas ilustrada que las mismas inteligencias, mas abra-

(1) Serm. ang. c. 14.

sada de amor que los mismos serafines, mas perfecta que todos los justos de uno y otro Testamento; todo el celo de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, los méritos de los confesores, la pureza de las vírgenes, resplandecen en María. Desde aquel momento, el silencio, el retiro, la mortificación, eran su cotidiano alimento, para adquirir las riquezas de su Dios ¡admirable santidad, esclama San Ambrosio, singular conducta la de María!

Maestros de la ley, vosotros estais destinados á instruir á las que se consagran al Señor en el templo, pero María en la corta edad de tres años es maestra consumada de virtud y santidad, siendo su ejemplo mas poderoso que vuestra sabiduría para instruir á los demas. Ella guarda una rigurosa circunspeccion en todas sus palabras: tiene conversaciones celestiales, que introducen en los corazones de las demas el fuego mas activo del divino amor: en su rostro se descubre una modestia celestial. Observad aquella inalterable paz con que sabe disimular todas las flaquezas, aquella continua aplicacion á leer en los sagrados libros que son el alimento de su alma. Admirad, en suma, en María presentada al templo, aquella prontitud con que adelantándose á sus padres sube sus hermosas gradas, mirad en ella el perfecto modelo de grandeza y santidad, y al ver que su presentacion fué pronta y constante, esclamar llenos de alegría, *quam pulchri sunt gressus tui filia principis*. ¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe! Veamos ahora como debemos aprovecharnos de los ejemplos que hoy nos da la Santísima Virgen.

SEGUNDA PARTE.

Hay por desgracia una escuela que enseña al hombre, que puede aun mismo tiempo servir á Dios y al mundo; dividir su corazon entre el Señor y los placeres mundanos. Contra esta enseñanza anticatólica, tenemos el testimonio del Espíritu Santo que nos dice: *que ninguno puede servir á dos señores; que no puede servir á Dios y á las riquezas* (1). Dos señores, nos dice San Juan Crisóstomo esponiendo estas palabras: dos señores tienes á quien servir: el uno te manda que robes los bienes ajenos, el otro que des los tuyos. El uno quiere que seas casto, y el otro que te entregues á la disolucion. El uno te conduce á la glotonería, y el otro te ordena la abstinencia. El uno te inspira el amor de las cosas presentes, y el otro te manda que desprecies.

¿Cómo podrás unir dos cosas tan opuestas (2)? Sin necesidad de recurrir en este momento á los ejemplos que nos dejaron Abraham, Jacob, Job y otros justos del Testamento antiguo, María Santísima en su Presentacion al templo nos ha hecho ver que no es dudosa la eleccion; que debemos entregarnos á la obediencia ciega de aquel Señor de cuyas manos penden los destinos del hombre. Nuestra entrega, ®

(1) *Nemo potest duobus dominis servire. Non potestis Deo servire et Mammonæ. Math. cap. XI, v. 24.*

(2) *Quando enim te unus Dominus propitiis quoque exui jubet, alter vero etiam alicui diripere, quando ille tibi imperat castitatem iste luxuriam; quando hic tibi castigationem ventris indicit, ille ebrietatem atque delitias; quando te alter omnia jubet despiciere, alter vero inhaerere atque inhiare presentibus... quemadmodum possibile est, tam contraria hæc pariter convenire? D. Joan. Chrysost. Hom. XXII in cap. VI Math.*

pues, no debe ser parcial sino total, como total fué la entrega de esta augusta Niña, destinada para ejemplo y modelo de los que habian de componer el rebaño de Jesucristo. Asi se nos ordenó cuando recibimos el santo bautismo. No nos dijo el ministro de Dios que diésemos culto al Señor y á Belial: díjonos que si queriamos ser participantes de la mansion de los justos; si queriamos gozar de la gloria eterna, observáramos los mandamientos y amáramos á Dios con toda nuestra alma, con todo nuestro corazon, con todas nuestras fuerzas. Segun esta doctrina el hombre debe ser todo de Dios, debe buscar á Dios en todo, no olvidando su dependencia del que le formara á su imagen y semejanza. María Santísima es el mejor modelo que podremos imitar. Considerémosla de nuevo en su Presentacion. ¿Qué reglas sigue en su conducta? ¿Qué deja en el mundo por su Dios? ¡Ay, señores! María, como vísteis en la primera parte, deseaba vivamente el momento de unirse á Dios para siempre; y al presentarse al templo no huye de unos padres que la trataran mal, y cuya compañía le fuera insoportable, antes por el contrario, deja á unos padres llenos de santidad, unos padres que la amaban sin medida y que la acariciaban continuamente; unos padres, en suma, para quien aquella tierna y singular criatura era el objeto santo de su amor y su ternura. María, que por estar adornada de una razon completa amaba tambien tiernamente á sus padres, no se para ni detiene en su propósito, pues que segun era debido, amaba á su Dios antes que á sus progenitores: nada le hace variar de propósitos; sacrifica su libertad y se ata con unas cadenas muy

dulces para su corazon; y al subir las gradas del templo se me figura oírle repetir las palabras del coronado Profeta: *Hæc requies mea... hic habitabo quoniam elegi eam* (1). Aquí será mi reposo, este lugar he escogido; aquí moraré para entregarme toda á las delicias de mi Dios. Apliquemos á María las bellas espresiones del Poema sagrado: *Cuando el rey estaba en su reclinatorio mi nardo dió su olor: haccito de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos morará* (2), diria la augusta Niña, y al tiempo mismo que los ángeles que la rodeaban esclamarían: *¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible cual un ejército en forma de batalla* (3)? Me parece oír la voz del que la habia elegido entre millares, que la llama así: *Ven del Libano, esposa mía... Llagastes mi corazon... El olor de tus perfumes es mas esquisito que todos los aromas* (4).

María, pues, hermanos míos, nos enseña la prontitud con que debemos entregarnos al servicio de Dios; empero no basta la prontitud y los buenos propósitos: el que pone la mano en el arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de los cielos; tan solo el que persevere hasta el fin será salvo (5). Observemos á la que es nuestra Madre y admiremos su perseverancia. Desde luego que se cuenta entre las siervas

(1) Ps. CXXXI, v. 14.

(2) Dum esset rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum. Fasciculus mirræ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur. Cant. c. I, v. 11 y 2.

(3) ¿Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata? Ibid. c. VI, v. 9.

(4) Veni de Libano sponsa mea... Vulnerasti cor meum... Odor unguentorum tuorum sicut odor thuris. Ibid. cap. IV, v. 8, 9 y 10.

(5) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. Mat. XXIV, versículo 13.

del Señor, empieza á dar á conocer á todas sus compañeras y á los mismos sacerdotes aquella caridad ardiente que tenia tan profundas raices en su tierno corazon; amaba á su Dios con un amor de predileccion, y amaba á sus prójimos como á sí misma: para ella todas las criaturas eran iguales; con ninguna gastaba preferencia, á todas igualmente trataba de aliviar: ella es inocente: pero no obstante encuentra su mayor placer en la penitencia y el ayuno, y queriendo aprovechar el tiempo santamente, se dedica con avidez á la lectura de los libros santos, cultivándose así aquel talento singular con que el Señor la habia adornado. Y aquellas virtudes, y aquel no querer nada para sí, y aquella disposicion para sufrir cuanto la Providencia le enviara, y aquella modestia y fortaleza que mostró mientras permaneció en el templo, vióse resplandecer en ella mas adelante en los grandes acontecimientos de su vida, en la huida á Egipto, en la pasion y muerte de su Divino Hijo, y en todos sus demas actos, hasta el momento mismo en que su gloriosa Ascension á los cielos vino á coronar todas sus virtudes.

Grande fué, señores, el sacrificio que ofrece el inocente Abel á su Dios, consiguiendo por él ser justo: el que ofreció Noé al salir del arca, nos dice la misma Escritura, sube al Cielo en olor de suavidad: el de Abraham es bastante para la promesa que le hace el Señor; Isaac consigue por ellos sus bendiciones, y el mismo Dios lo manda espresamente, les consagren víctimas de los animales prescriptos para el sacrificio. Empero ninguno de los sacrificios de que nos habla el Testamento Antiguo, fueron tan agradables á Dios como el que le ofrece María Santísima, de su corazon,

de su libertad, de todas sus obras. Los dones, valiéndose de la espresion de un sábio, cortan los ódios, concilian los afectos y cautivan los sugetos. Jacob manda de los mejores frutos de la tierra al príncipe de Egipto para conseguir la libertad de su hijo (1). La prudente Abigail sale al encuentro de David que venia contra la casa de Nabal, presentándole dones para desarmar su brazo (2). La reina Sabá viene á Salomon, pero trae consigo de remotas tierras, oro, plata, piedras preciosas y suavísimos aromas (3). ¿Y qué consiguieron con estos dones? Jacob ablanda el corazon de aquel que ignoraba fuese su hijo: Abigail hace las paces entre David y la casa de Nabal, evitando el derramamiento de sangre, y la reina de Sabá, logra la gracia y amistad de Salomon. Y entre todos estos dones de que nos hablan los libros santos, ¿encontramos uno que pueda tener punto de comparacion con el don que á Dios ofrece María en el templo? Los frutos de la tierra, el oro, la plata, los mas apreciables diamantes, ¿valen por ventura mas que el corazon de aquella purísima Virgen, que habia de ser Madre del mismo Dios? Y si tanto consiguieron con sus presentes los que hemos referido, ¿qué no alcanzará María en favor de los que somos sus hijos, elevados á tal dignidad por el mismo Jesucristo? Sí, señores; María mas prudente que Abigail ofrece al Dios de David los dones de una rectitud del juicio, con que siempre supo agradecerle. Le ofrece, no el oro

(1) Génes. c. XLIII, v. 11 y 12.

(2) I. Reg. cap. XXV.

(3) Et ingresa Jerusalem multo cum comitatu, et divitiis, camelis portantibus aromata, et aurum infinitum nimis, et gemmas preliosas, venit ad regem Salomonem, et locuta est ei universa quæ habebat in corde suo. III. Reg. c. X. v. 2.

ni las piedras preciosas, sino su amor constante, levantando el estandarte de la pureza, consagrándole esta preciosa joya tan aceptable á los divinos ojos.

Todo esto redundó en nuestro provecho: todo fué beneficioso para la humanidad. ¿Y por qué? porque aceptando el Señor el presente que le ofrece María, recibiendo su olor de suavidad, sus oraciones, ya no será posible que en adelante no escuche sus ruegos, y siendo así, que los ruegos de la Santísima Virgen siempre van dirigidos en nuestro favor, tenemos en la Señora una medianera de intercesion que presente nuestras oraciones y súplicas ante el trono de la Divinidad, y presentadas por tan bendita mano, tenemos la seguridad de que saldrán favorablemente despachadas.

Mas ay, hermanos míos, que si nosotros deseamos la verdadera y positiva felicidad; si nuestra devocion á María ha de reportarnos los frutos que á ella están pignorados, es necesario que procuremos imitar sus virtudes: que arrepentidos de nuestros pasados extravíos y lavadas nuestras almas en el tribunal de la penitencia, en esa piscina santa, cuyas aguas tienen tanta virtud para perdonar nuestros pecados, nos presentemos á Dios; pero procurando que nuestra presentación sea pronta y constante como lo fué la de la Virgen purísima. Es necesario dar de mano á los placeres del mundo, á las cosas terrenas que absorben todos nuestros cuidados, y dedicarnos tan solamente á Dios. Solo de este modo agradaremos al Dios por quien existimos, nos movemos y somos: solo de este modo nuestra devocion á María será aceptable, y esta señora, mas solícita que Esther estará pronta para alcanzarnos la vida de nuestras almas. ¡Qué desgracia de tan funestas

consecuencias! El hombre queriendo agradar á Dios, tal vez mas por temor que por amor, le entrega parte de su corazon, dedicando el resto al mundo y sus placeres. Ya lo dige y lo repito, esto no lo acepta el Señor, no consiente esta division ni cede en sus indisputables derechos: Dios es grande; su dominio universal, esenciales los títulos por que le pertenecemos, tan esenciales que sin perjuicio de ellos no podemos disponer de nosotros mismos. Verdad es que no podemos entregarle tanto como María, ni ofrecerle una oblacion tan perfecta como ella, pero podemos y debemos entregarnos enteramente á Dios, como á nuestro Señor, justo tributo de su dignidad y escelencia de su sér: somos siervos del gran padre de familia, del criador y conservador universal: el sér que tenemos, de él lo hemos recibido y nos lo conserva para que lo empleemos en su servicio. ¿Y lo hacemos así? ¿Acaso se acercarán á Dios esos hijos rebeldes de la Iglesia que siguiendo el camino contrario al que nos está señalado, y olvidando las promesas que hicieron en el bautismo, aplauden y siguen esas impías doctrinas que ya han sido condenadas por la Iglesia y que desgraciadamente han vuelto á aparecer en nuestros dias? ¿Se acercarán á Dios imitando á María, los que propalando y manifestando en su exterior que son buenos católicos, tratan con un jansenismo atrevido de perjudicar cuanto les es posible á la Esposa inmaculada de Jesucristo y á sus ministros, siendo de este modo escándalo de la misma Iglesia?

Reconozcamos de una vez este error, y vosotras almas cristianas, no apartéis vuestra vista del ejemplar que la Iglesia nuestra madre nos presenta hoy en María. Mirad y hacedlo segun el modelo que os ha

sido presentado en el monte (1). Sí, en el monte del templo donde María se ha mostrado ya maestra de los que habíamos de componer el rebaño de su Divino Hijo. Escuchad, y no olvidéis la ley de vuestra madre (2). Imitad sus virtudes, sed todos para Dios y nada para el mundo. Buscad, os diré para concluir, con el evangelista san Mateo, buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura (3). De este modo, María que nos ama como á hijos, nos alcanzará del Señor la gracia, con la cual adornados, seremos un día participantes de las delicias de la gloria. Amen.

(1) Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est. Exod. c. XXV. v. 40.

(2) Audi, fili mihi, ne dimittas legem matris tuæ. Proverb. capitulo I, v. 8.

(3) Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis. Math. c. VI, v. 34.

SERMON

PARA EL DÍA

DE LA ANUNCIACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ave gratia plena: Dominus tecum.
Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo.

Luc. cap. I, v. 28.

El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).» ¡Salve, descendencia del padre prevaricador! Humanidad desgraciada que llorabas sin consuelo al verte desheredada del cielo y cargada con las duras cadenas de la esclavitud, ¡salve mil veces! Ya puedes descolgar los instrumentos músicos, y en agradable armonía entonar himnos de bendición y alabanza al Dios excelso, porque es bueno y eterna su misericordia (2). Un día de gloria, un día grande esperaba el mundo, y este día esperado por los patriarcas y anunciado por los profe-

(1) Verbum caro factum est; et hábitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. Joan. cap. I, v. 14.

(2) Quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus. Esdr. c. III, v. 14.

sido presentado en el monte (1). Sí, en el monte del templo donde María se ha mostrado ya maestra de los que habíamos de componer el rebaño de su Divino Hijo. Escuchad, y no olvidéis la ley de vuestra madre (2). Imitad sus virtudes, sed todos para Dios y nada para el mundo. Buscad, os diré para concluir, con el evangelista san Mateo, buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura (3). De este modo, María que nos ama como á hijos, nos alcanzará del Señor la gracia, con la cual adornados, seremos un día participantes de las delicias de la gloria. Amen.

(1) Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est. Exod. c. XXV. v. 40.

(2) Audi, fili mihi, ne dimittas legem matris tuæ. Proverb. capitulo I, v. 8.

(3) Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis. Math. c. VI, v. 34.

SERMON

PARA EL DÍA

DE LA ANUNCIACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ave gratia plena: Dominus tecum.
Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo.

Luc. cap. I, v. 28.

El Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).» ¡Salve, descendencia del padre prevaricador! Humanidad desgraciada que llorabas sin consuelo al verte desheredada del cielo y cargada con las duras cadenas de la esclavitud, ¡salve mil veces! Ya puedes descolgar los instrumentos músicos, y en agradable armonía entonar himnos de bendición y alabanza al Dios excelso, porque es bueno y eterna su misericordia (2). Un día de gloria, un día grande esperaba el mundo, y este día esperado por los patriarcas y anunciado por los profe-

(1) Verbum caro factum est; et hábitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. Joan. cap. I, v. 14.

(2) Quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus. Esdr. c. III, v. 14.

tas llegó por fin. La carne había envilecido al hombre y el mismo Dios se reviste de nuestra misma carne, para que lo mismo que nos envileció sea lo que nos ensalce. Un ángel es el celestial mensajero que trae al mundo la nueva de su libertad: una hermosa israelita, una joven llena de virtudes, pura cual los ángeles del Empíreo, de quienes había de ser declarada reina, había sido escogida para reclinatorio del mismo Dios, y en el momento mismo en que está entregada á la oracion ve delante de sí á Gabriel, que la saluda diciéndola: *Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo.*

Sí, señores: cuanto nos dice el Evangelio de este día, todo es maravilloso; todo escede á nuestra limitada inteligencia; todo, en una palabra, es un misterio: por esto es superior á la razon del hombre, pues de otro modo no sería misterio. No vamos á entrar hoy en los senos de la Providencia, ni tratamos de investigar las admirables obras de la Omnipotencia. Un Dios que es eterno, tomando nuestra naturaleza para nacer en tiempo; una Virgen pura, que sin dejar de serlo concibe al Verbo en sus entrañas; un ángel que anuncia á la misma Virgen tal prodigio, son cosas capaces de arrebatarnos nuestra admiracion; son prodigios que nos hacen conocer á un mismo tiempo la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre.

En efecto, *Yo soy*, dice el Señor, *el alpha y el omega, el principio y el fin; que es, y que era, y que ha de venir, el Todopoderoso* (1). Y este Señor que no tuvo principio ni fin, se hace como uno de nosotros en la Encarna-

(1) Apocalip. cap. I, v. 8.

cion, se abate, se humilla, se anonada, y oculta su magestad y grandeza para ensalzar, para elevar al hombre, manifestando con esta obra maravillosa su poder, su sabiduría y su bondad, como sábiamente explica el Doctor angélico (1). Y al contemplar nosotros á la tierna Virgen de Judá en el momento en que el ángel le anuncia que ha concebido por obra del Espíritu Santo, vemos descubierto el pensamiento de Isaías que dijo: *Saldrá una vara de la raiz de Jessé, y de su raiz subirá una flor* (2): es decir, como quieren los sagrados Expositores, *y de María, vara fructífera brotará un vástago precioso, que es Jesucristo.* Vemos en fin tener cumplimiento aquel célebre vaticinio del mismo profeta: *Hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo y será llamado su nombre Emmanuel* (3).

Yo contemplo, señores, el gran misterio de este día, y al contemplarlo no quiero dirigir el pensamiento al Paraiso de nuestros primeros padres, ni quiero entristecerme al considerar la transgresion del primer precepto. Grande fué la ofensa cometida contra Dios, y el crimen de desobediencia reclamaba un castigo que hiciese conocer la enormidad del delito; empero cuando veo á la paz unida con la justicia; cuando contemplo ya al mismo Dios revestido de nuestra propia carne, que viene á desatarnos del carro de perdicion, redimiéndonos y elevándonos de un modo admirable, no puedo menos de llamar con la Iglesia feliz á la primera culpa que mereció tal Redentor.

(1) D. Thom. Opusc. 60.

(2) Et agredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet. Isaías cap. XI, v. 1.

(3) Ecce Virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isaías, cap. VII, v. 14.

Hoy, pues, que nos reunimos bajo las bóvedas de este santo templo, para celebrar las glorias de la bienaventurada Virgen María en el misterio de su Anunciación, me propongo haceros ver en el presente discurso *las grandezas de esta Señora, y la elevación de la humana naturaleza por su consentimiento en la Encarnación.* Necesario sería para tratar este asunto con dignidad un caudal de erudición y elocuencia que estoy muy lejos de poseer. El menos apto de cuantos ocupan la cátedra de la religión, y que se ve obligado á hablaros de uno de los mayores misterios del catolicismo, nada puede hacer de provecho, si el Dios de bondad y misericordia que nos preside no se digna concederme un rayo de su divina gracia. Ayudadme, pues, mis amados hermanos, á implorarla por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola con las mismas expresiones que el ángel la saludará en este día: *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Cuando saludamos á la Santísima Virgen diciéndola: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres,» dirigimos unas expresiones, una salutación cuyo origen no es terrenal, sino del cielo: repetimos las mismas palabras de que se sirviera el enviado de Dios para hacer saber á María toda su grandeza y exaltación, haciéndole conocer que ella había sido hallada digna, y por lo tanto, escogida para ser Madre del Hijo de Dios. Ved aquí como el mayor obsequio que podemos tributar á María, es dirigirla la oración del Ave María, que con tanta frecuencia hállase en los labios de los

cristianos: al amanecer de cada día, á la oración del medio día y á la del anochecer la repetimos porque esta salutación declara suficientemente la grandeza de nuestra Madre, y nos descubre su dignidad casi infinita por el respecto que dice al orden hipostático.

No pienso, señores, fundar la grandeza de María en lo que los elevados personajes de la tierra quieren hacer resaltar la suya. Si la verdadera grandeza se adquiriese por el brillo de la cuna, y la gloria de los antepasados, en este caso, María tampoco cedería á ningún otro la preferencia, pues que San Mateo nos hace ver su ilustre y real ascendencia; empero la grandeza que eleva al hombre, que le distingue y forma su verdadera gloria, es ciertamente la grandeza de la santidad. Y sentada esta verdad católica, ¿habrá una criatura en los cielos ni en la tierra, colmada de más santidad que María? Ella es superior á todos menos á Dios, y por lo tanto su grandeza no tiene semejante fuera del mismo Dios. No voy hoy á demostraros para probar su grandeza, el modo heroico con que se entregó á la práctica de las virtudes todas desde sus primeros días: mi objeto es tan solo hacerla resaltar en el misterio de este día. Para esto quiero que consideréis la dignidad á que María es hoy elevada. Al escuchar nosotros las palabras del Ángel, no podremos menos de comprender que la Santísima Virgen es admitida á un grande honor por su asociación con Dios para la obra maestra de su Omnipotencia. ¿Y sabéis, mis hermanos, cuál es la obra maestra del Hacedor Supremo? No es por cierto este mundo cuya hermosura nos encanta, ni ese firmamento tachonado de

brillantes estrellas, cuyo resplandor nos admira: hay todavía una obra mas perfecta á la que llamo maestra, y esta obra es Jesucristo. No necesitó el Criador mas que entrar en consejo consigo mismo para hacer la luz, para formar los cielos y la tierra, para hacer brotar cristalinas aguas de las fuentes, ni para formar al hombre hermoso y bello á su imágen y semejanza: empero cuando trata de llevar á cabo la union hipostática de ambas naturalezas, divina y humana, entonces se vale de María, y no solo se vale de ella, sino que exige su consentimiento, y dado este por María, vedla ya elevada á un grado de grandeza que no ha tenido ni tendrá semejanza en ninguna otra criatura. Esta grandeza nos la dá á comprender suficientemente el Evangelio que hace pocos momentos habeis oido. Veámoslo.

Siempre, y en todo tiempo, sirvióse el Señor del ministerio de los ángeles, así para mostrar su justa indignacion contra los pecadores obstinados, como para hacer conocer á los hombres su extraordinario amor y ardentísima caridad para con ellos. Quiso defender la ciudad santa de Jerusalem, y dispone que un ángel se presente en el campamento de los Asyrios, y quite la vida en una sola noche á ciento ochenta y cinco mil hombres (1). Este y otros pasajes que refiere el Antiguo Testamento, nos demuestra cómo el Señor se sirve á veces del ministerio angélico para hacer conocer su indignacion; empero otros muchos pasajes nos hacen conocer como ellos son tambien los embajadores celestiales, portadores de las nuevas mas gra-

(1) Egressus est autem angelus Domini, et percussit in castris Assyriorum centum octoginta quinque millia. Et surrexerunt mane, et ecce omnes, cadavera mortuorum. Isaias, cap. XXXVII, v. 36.

tas á la humanidad. Vése Agár afligida y llena de desconsuelo, errante por el desierto de Bersabé, y su afliccion sube de punto al conocer que su hijo Ismael iba á perecer de sed; mas hé aquí que un Ángel se le presenta de parte de Dios y le muestra un pozo de agua, con la cual podia aplacar la sed del muchacho y librarle de la muerte que le amenazaba (1). Varias veces se presenta Gabriel al Profeta Daniel para hacerle comprender las órdenes de Dios (2), y cuando se halla en el lago de los leones, un Angel toma por los cabellos al Profeta Abacuc, y trasportándole de Judea á Babilonia, proporciona el alimento de que carecia el jóven Daniel (3). Siendo, pues, los ángeles los protectores de los hombres, siendo su mision sublime la caridad, y siendo en una palabra los mensajeros de Dios, ved porque el Eterno se vale de uno de estos purísimos espíritus, del mismo Gabriel que se apareciera repetidas veces á Daniel, para que anunciase á María la altísima dignidad en que habia sido constituida por habitar en ella el mismo Dios. *Missus est angelus Gabriel á Deo in civitatem Galilea, cui nomen Nazareth, ad Virgi-*

(1) Exaudivit autem Deus vocem pueri: vocavitque Angelus Dei Agar de caelo, dicens: ¿Quis agis Agar? Noli timere: exaudivit enim Deus vocem pueri de loco in quo est. Surge, tolle puerum, et tene manum illius: quia in gentem magnam faciam eum. Aperuitque oculos ejus Deus: quæ videns puteum aquæ, abiit, et implevit utrem, deditque puero bibere. Géns. cap. XXI, v. 17, 18 y 19.

(2) Et audivi vocem viri inter Ulai: et clamavit, et ait: Gabriel fac intelligere istum visionem. Dan. cap. VIII, v. 16.

Adhuc me loquente in oratione, ecce vir Gabriel, quem videram in visione á principio, cito volans tetigit me in tempore sacrificii vespertini. Ibid. cap. IX, v. 21.

(3) Dixitque angelus Domini ad Habacuc: Fer prandium, quod habes in Babylonem Danieli, qui est in lacum leonum. Et dixit Habacuc: Domine Babylonem non vidi, et lacum nescio. Et apprehendit eum angelus Domini in vertice ejus: et portavit eum capillo capitis sui, posuitque eum in Babylone supra lacum in impetu spiritus sui. Ibid. cap. XIV, v. 33, 34 y 35.

nem despositam viro cui nomen erat Joseph de domo David, et nomen virginis Maria. Sí, señores, la bella, la pura, la sin par María, esa doncella de la tribu de Judá, ha sido el objeto de la tierna mirada del Altísimo: mas hermosa, mas prudente, mas esforzada, mas sufrida que Esther, Abigail, Judith y Débora, reunia todas las virtudes y resplandecian en ella en grado heróico. No habia habido hasta entonces ni producirán los siglos venideros mujer más santa: por esto fué predestinada desde el principio de los tiempos para Madre del Salvador: por esto hoy que es llegado el tiempo señalado en los consejos de la Trinidad beatísima, viene Gabriel á anunciarla la nueva que la engrandece de un modo admirable y que tambien ha de engrandecer á la humanidad entera: empero ¿cómo se presenta el Angel del Señor? ¿Cuáles son las palabras de que se sirve para cumplir la mision de que estaba encargado? ¡Ah! Que Gabriel usa de unas palabras sencillas pero elocuentes: lleno de un gozo celestial, se presenta ante la criatura mas bienaventurada de la tierra, y dejándose ver de ella en figura y traje corporal, la llama llena de gracia, la hace saber que el Señor es con ella, y que por lo tanto ella es bendita entre las mujeres. *Et ingressus angelus ad eam dixit. Ave gratia plena. Dominus tecum: Benedicta tu in mulieribus.*

Criatura privilegiada; Tabernáculo santificado del Altísimo (1), margarita la mas preciosa de todo el universo (2), alma gloriosa, en cuya creacion hizo ostentacion el Eterno Padre de toda su omnipotencia, como se espresa el devotísimo San Bernardo (3). ¡Salve mil

(1) Santificavit tabernaculum suum Altissimus. Ps. XI, v. 5.

(2) S. Ciril. Hom. 6 in Sinod. Efes.

(3) Pater in creatione Maria exhibuit omnipotentiam contra peccatum. San Bernard. serm. de Beat. Virgen.

veces! llena eres de gracia, porque el Criador del cielo y de la tierra, el autor de cuanto tiene sér, el que no tuvo principio ni tendrá fin, el que reina sobre todos los reyes y príncipes, y tiene su trono en el Empíreo, el Señor, el único que es (1) está contigo *Dominus tecum*: no obstante su eternidad está ya en tu vientre virginal para nacer en nuestra propia carne y redimirnos. Habeis oido, señores, las espresiones del ángel san Gabriel; pues bien, poneos de frente al misterio de nuestra salud, contemplad en la Encarnacion del Hijo de Dios y bien podreis conocer la grandeza que María adquiere en el momento de la Anunciacion.

Ni os admire que María se turbe al escuchar tan gran nueva, ni que se llene de confusion al oir las palabras á ella dirijidas. *Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus et cogitabat qualis esset ista salutatio.* La turbacion de María nació de ver al ángel en forma humana, y tambien de oir aquella salutacion tan nueva, que hería su profundísima humildad. Por esto el ángel se apresura á declarar el objeto de su venida, y á sacarla de su turbacion, diciéndola: *Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Qué es esto, singularísima doncella? ¿no habia mostrado Dios como su arrepentimiento de haber criado al hombre? (2) Y si bien es verdad que antes de la transgresion del primer hombre, todo hallaba gracia en sus ojos, ¿no lo es tambien que despues de la culpa estaba airado, y nada encontraba ya gracia en su divina presencia? Así es, señores, pero al leer en el sagrado Génesis anatemas fulminados por el divino lábio, tambien leo que el Señor ofrece al mundo una mujer, una segunda Eva,

(1) Ego sum qui sum. Exod. cap. III, v. 14.

(2) Génes. cap. VI, v. 6.

que quebrantando la cabeza de la astuta serpiente, repare todo lo que aquella habia perdido (1). Y esta segunda Eva, esta criatura rodeada de felicidad y bienandanza, que habia de encontrar gracia en los ojos de Dios, eres tú ¡oh María! tú signo grande y maravilloso á quien viera san Juan en su vision, vestida del sol, bajo tus piés la luna y sobre tu cabeza una brillante corona de doce estrellas (2). Tú, purísima María, que viniste al mundo para consuelo de los miserables hijos de Adán: el ángel te lo ha anunciado: *Inveniste gratiam apud Deum*: encontraste gracia ante Dios, y la consecuencia de esta gracia constituye toda tu grandeza y la grandeza de la humanidad. ¿Y cómo? El ángel va á declararlo pronunciando unas palabras, que anunciaron los profetas y desearon los justos: palabras que se escuchan en los cielos y llenan de regocijo á los espíritus angélicos, que se oyen en el limbo y hacen saltar de júbilo á las almas de los justos que en aquel lugar esperan el día de su rescate. *Ecce concipies in utero et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum*. Una Virgen Madre, es sin duda alguna el mayor de los milagros. María era esposa legítima del señor San José, pero vivian en castidad y no se habian conocido. ¿Cómo pues María podia ser madre? Ved aquí el gran secreto de la Providencia. *Concebirás un hijo y le darás por nombre Jesus. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el señor Dios el trono de David su padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin*. A

(1) *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semem tuum et semem illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Gén. III, v. 15.

(2) *Signum magnum apparuit in celo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim*. Apoc. cap. XII, v. 1.

pesar de estas esplicaciones del celestial Arcángel, María titubea todavía, y no comprende como puede ser Madre sin dejar de ser Virgen. De aquí el dirigirse al ángel con estas palabras: *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¿Cómo puede ser esto, toda vez que no conozco varon? ¿Cómo estando consagrada á Dios, y conservando la joya estimable de la virginidad podré llegar á ser Madre? No temás, no, Virgen purísima: tú te conservarás en tu estimable estado y no por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Santo, que obrará en tí un milagro de su Omnipotencia; concebirás en tu seno y darás á luz ese tierno infante deseado tantos siglos para la salud del mundo: el ángel te lo declara y te hace conocer tal maravilla por las palabras con que disipa tus dudas; *Spiritus Sanctus superveniet in te, en virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei*. Sí, tú ¡oh María! estás ya colmada de todos los dones del Espíritu Santo; tú estás llena de bendiciones y eres elevada á la cumbre de la mayor grandeza, y te hallas sublimada á la mayor de las dignidades, porque tus grandes virtudes te han hecho ser elegida entre millares para Madre del Verbo encarnado. Ea pues, ya que has penetrado el gran misterio, ya que comprendes de que modo puedes llegar á ser madre sin dejar de ser purísima doncella, tu consentimiento es lo que falta. ¿Y dejarás de darlo, cuando de él pende la salvacion de la humanidad? ¿Dejarás de dar el venturoso sí que romperá las cadenas que nos aprisionan al carro de la muerte? Triste y abatida la descendencia de Adán, llora inconsolable esperando el momento de su libertad, el instante venturoso en que ha de venir el Ángel del gran consejo, el Príncipe de

paz eterna, para vencer al fuerte armado y despojarle de todas las victorias que obtuviera por tantos siglos de la infeliz humanidad. Abre, pues, tus labios ¡oh María! dá el consentimiento que te se exige, y habrás hecho la felicidad del mundo. El ángel espera vuestra respuesta, dice San Bernardo, y mas la esperamos nosotros ya condenados á muerte (1).

Asi fué, cristianos; María cuya humildad era profundísima, no obstante que por las palabras del ángel conoce ya su altísima dignidad de madre de Dios, lejos de adelantar en su propia estimacion, reconoce por una parte su nada y por otra la grandeza del Dios que la ha elegido, y aunque no se creia digna de tanta grandeza, acata, respeta y venera las disposiciones del cielo y esclama: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. «¡Oh respuesta, esclama aquí San Alfonso de Ligorio, mas graciosa, mas humilde y mas prudente de cuantas pudiera inventar toda la sabiduría de los hombres y de los ángeles juntos aunque lo hubieran pensado un millon de años! ¡Oh respuesta poderosa que alegraste al cielo, y trajiste á la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes! Respuesta que apenas salida del humilde corazon de María, atrajiste desde el seno del eterno Padre al Unigénito Hijo á su purísimo vientre para hacerse hombre. Sí, porque apenas fueron pronunciadas aquellas palabras: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*, al instante, el Verbo se hizo carne, el hijo

(1) Expectat angelus responsum, expectamus et nos, ó Domina, verbum miserationis quos miserabiliter premit sententia damnationis. S. Bern. Hom. 4. sup. Missus.

de Dios, quedó hecho tambien hijo de María (1).»

El *fiat* pronunciado por los benditos lábios de María es una palabra de felicidad y ventura para la raza proscripta del padre prevaricador. En el momento que ella dá su consentimiento óbrase el gran misterio de la Encarnacion, llévase á efecto la union hipostática de ambas naturalezas divina y humana, en el seno de tan purísima doncella, y ella llega al mas alto grado de grandeza, siendo ya reina del cielo y de la tierra por ser madre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Empero cuando dijimos que el misterio de la Anunciacion formaba la mayor grandeza de María, por su consentimiento en la Encarnacion del Verbo, anunciamos la elevacion de la humana naturaleza.

Señores: los altos juicios de Dios son incomprensibles; nadie penetró jamás sus designios: por esto esclamaba San Pablo, dirigiéndose á los romanos, *¡O altitudo divitiarum sapientie, et scientie Dei! Quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus, et investigabiles vias ejus!* ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, é impenetrables sus caminos! Cuando repito aquí estas palabras del Apóstol, es porque no puedo menos de admirarme al contemplar el efecto de la primera culpa para la humanidad. No hay duda que Dios ha querido hacer sobreabundar la gracia en donde ha abundado el delito. *Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia.*

No tratamos en este momento de desenvolver la tésis de que si hubiera ó no venido Jesucristo, si Adan no hubiera pecado: dejemos á los teólogos que dispu-

(1) S. Alfons. de Ligorio, Glorias de María. Tom. II. Disc. 4.

ten el *pro* ó el *contra* de esta cuestion. Al criar Dios, dicen los teólogos, el cielo y la tierra; al formar cuanto de bello y hermoso nos presenta el admirable mapa de la naturaleza, se proponia al hombre, pues para su goce y regalo lo habia formado, y al criar al hombre se proponia al CRISTO. Siendo esto así, y supuesto que hubiese venido, no hubiera sido como Redentor, porque no habia culpa que redimir, y hubiera elevado al hombre á su gloria, sin haber tenido que sufrir tormentos ni morir en una cruz. Pecó el hombre, envileció su naturaleza, quedó grabada en su frente la señal de su ingratitud. El Señor dice: *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia* (1). Esta misericordia resplandece admirablemente en Dios, cuando á causa del pecado determina que la venida de su Unigénito sea como Redentor. El fin, pues, próximo de la Encarnacion, fué el rescatarnos del pecado original y abrirnos las puertas de los cielos, de cuya deliciosísima posesion estábamos ya desheredados. Ved, pues, en el misterio de este dia el principio de la rehabilitacion de la humanidad, Accediendo María y pronunciando palabras de consentimiento, vimos como se engrandeció y debemos ver con observacion como nos engrandeció á nosotros. El decreto fatal de nuestra condenacion fué revocado. El Verbo, es de fé, que unió en una sola persona ambas naturalezas divina y humana; y ved, pues, en esta union admirable revestido de nuestra propia carne á aquel que sin dejar de ser Dios era al mismo tiempo hombre verdadero. Hay mas: Jesucristo murió por nosotros, resucitando al tercer dia de entre los

(1) In charitate perpetua dilexi te: ideo attraxi te, misserans. Jerem. c. XXXI. v. 3.

mueertos, y cuando se elevó á la gloria para ocupar su trono magnífico al lado de su Eterno Padre, no se despojó de la humana naturaleza, sino antes bien la llevó consigo; y esta misma carne que fué el origen de nuestra antigua desgracia, hállase en el cielo y en el trono mismo de la Trinidad Beatísima. Luego consintiendo María en la Encarnacion, desató las cadenas de nuestro cautiverio, nos libró de la muerte eterna, y la humanidad se elevó á un grado de grandeza á que jamás creyera poder llegar el hombre.

Ahora bien, señores: por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del Cielo el Unigénito del Padre, se encarnó por virtud del Espíritu Santo en el vientre de María, y fué hecho hombre (1). ¿Cuál deberá ser por lo tanto nuestro agradecimiento á Dios por habernos dado tan extraordinaria prueba del grande amor que nos profesa? ¿Cómo agradeceremos suficientemente el habernos dado á su Hijo Unigénito en prueba de este amor? ¿Qué no deberemos estar dispuestos á hacer, por aprovecharnos de los grandes bienes que se nos dispensaran en la Encarnacion del Verbo? Y contemplando lo mucho que María hiciera en nuestro favor, escuchando el anuncio del ángel y accediendo gustosa y llena de humildad á concebir en su seno al Verbo Divino, ¿habrá quien deje de amar á esta Señora? ¿Habrá algun ingrato que desconociendo su altísima dignidad y cuanto ha hecho en nuestro favor, le vuelva las espaldas? No quiero creerlo. Los cristianos siempre han fundado su esperanza en la Santísima Virgen, la han venerado, la

(1) Qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis. Et incarnatus est de Spiritu Saucto ex Maria Virgine; et homo factus est. Simb. Apost.

han tributado con el mayor consuelo de sus almas un culto de *hiperdulia*, y por su intercesion han implorado en todos tiempos la misericordia de Dios.

En vano el protestantismo se burlará al vernos postrados ante las imágenes de la Santísima Virgen; en vano Daillé se esforzará en llamar al culto que la tributamos «la enfermedad de los cristianos del siglo IV (1)» pues que probado está que el culto y devocion de la Madre de Dios nació con la Iglesia, y que al tiempo mismo que los Apóstoles predicaban la ley de gracia y misericordia de Jesucristo, recomendaban la devocion de aquella mujer singular, en cuyo casto seno se revistiera de la naturaleza humana. «La Virgen, dice el erudito abate Orsini, la »Virgen que fué sobre la tierra el mas perfecto modelo de humildad, conserva en la cumbre de las »grandezas esa virtud modesta que la distingue de »todas las hijas de los hombres: esclava coronada »del Señor presenta fielmente á Dios las oraciones »que le dirijimos, uniendo á ellas las suyas propias »para que sean mejor atendidas; y el culto inferior »que le tributamos, se halla tan distante de disminuir en lo mas mínimo el de Dios, que por el »contrario lo aumenta en gran manera (2).»

Esta misma doctrina es la que siempre ha tenido presente el pueblo católico para venerar á María y esperar por su proteccion los mas abundantes raudales de la misericordia divina. Amad, pues, cristianos, y venerad cual es debido á esa criatura singular, que dándonos el fruto bendito de su vientre nos dió la

(1) El ministro Daillé pone estas palabras en su libro de las *Tradiciones de los latinos*, lib. 4, cap. 48.

(2) Orsini. *Historia de la Madre de Dios*, lib. XXIII.

libertad y la vida. No olvideis que ella, como la llama la Iglesia, es el auxilio de los cristianos, el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos. A ella acude el enfermo para alcanzar la salud, el atribulado la paz, el navegante la bonanza, el pecador el perdon y el justo su mayor justificacion: y hoy en que celebramos su Anunciacion, entonemos cánticos de alabanza en loor suyo, siquiera sea en reconocimiento de que en este dia empezó la era de felicidad y ventura para la humanidad, engrandeciéndose María por su alta dignidad y engrandeciendonos á nosotros. Alabando á la Santísima Virgen y cumpliendo la ley de su Divino Hijo, ella será nuestra protectora en la vida, y por su intercesion gozaremos un dia de la bienaventuranza de la gloria. Amen.

SERMON

DE LA

VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

El unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?

¿Y de dónde esto á mi, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?

Luc. cap. I, v. 43.

Hé aqui, señores las espresiones, con las cuales manifiesta su admiracion la esposa de Zacarías al recibir la distinguida honra de ser visitada por la Madre de su Dios. Los saltos de júbilo que en su seno dá el tierno infante destinado para señalar con su dedo al Sol divino de justicia, al cordero de Dios que quita los pecados del mundo, al tiempo mismo que la inspiracion divina, le hacen comprender el gran misterio, que aun era arcano impenetrable á las demas criaturas. Que el Mesías anunciado tan repetidas veces por los Profetas, y por cuya venida suspiraran los Patriarcas y demas justos, reposaba ya en el seno virginal de la bella doncella de Israel que con tanta dignacion la visitaba, era un misterio que ilustrada por Dios conoció con claridad. Por esto al ver á María en su presencia pronuncia unas palabras en un todo

semejantes á las que prefiriera el Parainfo celeste pocos dias antes y á la misma María al anunciarle el gran Misterio de la Encarnacion del divino Verbo; palabras que hace cerca de diez y nueve siglos vienen repitiendo los mortales y que formarán una de las glorias de la Iglesia, hasta la consumacion y el fin: son palabras que todos conoceis y que repetís diariamente con la boca y con el corazon: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.* Hé aqui, señores, reunidas en tan breves conceptos todas las magnificencias con que plugo el eterno enriquecer y adornar á la criatura feliz predestinada desde antes que existiesen los siglos para ser un dia reclinatorio de la divinidad ó como la llama elocuente y graciosamente San Bernardo, el mundo de la Santísima Trinidad.

Criatura privilegiada, margarita la mas preciosa que viera el universo, alma gloriosa en cuya creacion hizo ostentacion el Eterno Padre de toda su Omnipotencia, como se espresa el citado Padre San Bernardo: ¡Salve mil veces! Bendita eres entre las mujeres, porque mereciste ser astro de ventura y de singular belleza destinado á disipar las tinieblas de la humanidad. Tálamo de Dios; Firmamento maravillosamente formado: Torre de David de la que penden mil escudos; Paraiso delicioso del impecable Adan; Salve, la humanidad agradecida formará siempre un eco que unido al de Gabriel y al de Isabel la madre del Bautista, te aclamará siempre bienaventurada porque el Señor es contigo, porque mereciste concebir en tu seno y dar á luz á Cristo Jesus, que quitando la maldicion nos dió su bendicion, y nos constituyó de nuevo herederos de la gloria.

¡Qué mucho, señores, que entusiasmado el cristia-

nismo en toda la faz del universo, se agrupe en torno de los bellos simulacros de María: que se asocien los fieles formando congregaciones, para tributar con la mayor grandeza y la mas sincera devocion cultos reverentes á la que si no fué la causa primera y principal de nuestra salvacion, fué sí la escala por la cual Dios bajó á la tierra, para que el hombre mereciese subir al Cielo, como se espresa San Agustin! ;Qué mucho, no tenga interrupcion esa cadena de adoradores que viene sin cesar cantando las glorias de María, y llamándola como el Angel é Isabel, bendita entre todas las mujeres!

Si cumpliéndonos hoy fijar nuestra atencion en la morada de Isabel y contemplar el Misterio de la Visitacion de Nuestra Señora, examinásemos detenidamente el trozo del Evangelio en el cual se nos da cuenta de este pasaje, haríamos hoy un discurso interminable, porque todo él es un rico venero de doctrina y de santas enseñanzas, cuya esplanacion completa no es fácil reasumir en el corto tiempo que debe ocuparse en un discurso de este género. Ved aquí, mis señores, por que me he fijado en las espresiones de admiracion pronunciadas por la esposa de Zacarías al contemplar la honra que la Madre de Dios le dispensara al visitarla: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Examinemos pues la causa de esta visita y descubriremos que la caridad hizo á María atravesar con prisa las montañas de la Judea para visitar á su parienta Isabel y prodigarle sus cuidados, y que esta misma caridad la impulsa á permanecer con nosotros para escuchar nuestros clamores y dispensarnos su misericordia. Asi reconocemos la ternura de su corazon y llenos

de gratitud exclamaremos como Isabel al experimentar sus bondades: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Está suficientemente declarado el objeto del presente discurso. Dios Nuestro Señor se digne iluminarme por la intercesion poderosa de la Santísima Vírgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

La religion es, señores, el ejercicio de la caridad. San Juan nos lo demuestra por estas palabras: Dios es caridad: el que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él. La caridad es la contraposicion del amor propio y la condenacion del egoismo. El Dios Salvador; el que siendo eterno quiso nacer en tiempo y presentarse en el mundo como Legislador y Maestro, nos enseñó no solo con su palabra omnipotente sino tambien con su ejemplo á practicar la caridad que es la Reina y la Señora de las virtudes todas: la piedra fundamental que sostiene todo el edificio de la verdadera piedad y dijo terminantemente que queria fuesen conocidos en el mundo sus discípulos por el amor que mutuamente se profesasen. Ved, señores, en que clase de autoridades me fundaba para decir que la Religion es el ejercicio de la caridad.

Jesucristo, Maestro y modelo de la humanidad era Dios: era por consiguiente la santidad increada; pero en su misma familia, en la familia humana de Jesucristo, tenemos perfectos modelos de santidad creada. Abrid, señores, con el respeto debido el gran libro de oro, que llamamos Evangelio: leed con detenimiento sus bellas páginas que trazara el

dedo del Omnipotente y allí vereis la historia de la mujer, creada para ser tipo perfecto de la humanidad: penetrad con vuestro espíritu en la humilde morada de María y José, y encontrareis el modelo de la sociedad doméstica, de la sociedad conyugal. Salid de allí, seguid á María en todos los actos de su vida, y hallareis el modelo de la sociedad en general, de todos y de cada uno de los miembros que la componen.

¿Dónde se dirige, señores, la pudorosa Virgen de Judá, atravesando áridos caminos, erizados de montañas, cortados por torrentes y sembrados de desiertos? Y es mas: el Evangelio, en el cual no se halla palabra alguna ociosa, nos hace notar una circunstancia que no debemos dejar pasar desapercibida: «Fué María con prisa: *cum festinatione*.» ¡Cómo así! María que jamás obraba precipitadamente, sino con la tranquilidad y sosiego que siempre acompaña al justo en todas sus obras, camina con la mayor presteza: hed aquí lo que obra la caridad, ese fuego santo móvil de toda accion verdaderamente heroica. Verdad es que dice San Pablo: *charitas non agit perperam*: la caridad no obra precipitadamente; pero habla de esa precipitacion que no deja tiempo á conocer la bondad de la obra que se piensa ejecutar. María habia sabido por el ángel que le anunciara su exaltacion sublime, que Isabel su parienta, habia concebido en su vejez y que se hallaba en el sexto mes de su embarazo: en el momento se cree obligada á visitarla y á prodigarle sus cuidados. Dios la inspira porque en casa de Isabel debian encontrarse aunque en los senos de sus respectivas madres, el autor de la gracia, y el que habia de ser santificado antes de ver la luz del mundo.

Y fué así; fiel María á la inspiracion divina, impulsada por la llama de la caridad que ardia en su pecho, abandona su morada, y sin parar mientes en lo dilatado del camino de noventa millas que distaba de Nazareth la ciudad de Ain, que es segun la opinion de algunos escritores, en la que vivian los padres del Bautista, sale con la mayor presteza para dirigirse á la casa de su parienta. ¡Y cuánto tendria que sufrir en estas jornadas! Tenia que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Aquellos caminos, dice el poético Orsini, se hallaban entonces hundidos bajo las pesadas plantas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas que amenazaban á cada paso al viajero con una caida fatal. Llegaria la noche, y entonces se haria mas terrible el aspecto de aquellos lugares solitarios, por las densas tinieblas de que María y su compañero José se veian rodeados. Ni una de esas luces, que aunque se vean á gran distancia, sirven de consuelo al viajero, se presentaria á su vista. ¡Y tenia María tan cerca, dentro de su inmaculado seno al que era la luz verdadera que venia á iluminar al mundo entero!...

La Providencia velaba, y María llegó á la casa de Isabel: allí se encuentran, el que como acabamos de decir, era la luz y el que estaba destinado á dar testimonio de esta luz: dos niños, dice D'Argentan, el uno encerrado en el seno de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometía y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y Virgen, pero fecunda, que es imágen de la nueva ley, fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias.

¡Oh visita admirable! ¡Cuán extraordinarios fueron

sus efectos! La caridad ha conducido á María á aquella feliz morada: Juan es santificado é Isabel fué llena del Espíritu Santo. Ambas Madres se convierten en profetas y ven como de presente el porvenir.

Bienaventurada porque has creído, dice Isabel ante cuyos ojos se descorre el velo del Misterio.

Bienaventurada me llamarán desde ahora todas las generaciones, dice María, que penetra en espíritu por medio de las generaciones.

¡Cuánto pudiéramos ahora decir acerca del exacto cumplimiento de tan bellos vaticinios! Antes de concluir le dedicaremos cuatro palabras. Contemplemos ahora á María durante el tiempo de su residencia en casa de Isabel: duró tanto cuanto Isabel necesitó de sus cuidados. Asistiéndola con asiduidad, acompañándola, dándole santas instrucciones, allí permanece hasta tanto que se verifica el nacimiento del afortunadísimo varón que había sido santificado en el vientre de su Madre, del Profeta del Altísimo, y mas que profeta Juan Bautista, cuyo destino era señalar con su dedo al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Despues y concluido este ejercicio de caridad, María se dispuso á partir para su pobre morada de Nazareth, y lo verifica con harto dolor de Isabel y de Zacarías, que hubiesen querido disfrutar por siempre tan honrosa compañía. La caridad es prudente, y María debia atender al cuidado de su esposo. Empero la casa de Isabel quedaba santificada: Juan había recibido la gracia y Zacarías había participado de los dones celestiales. Justa fué tu admiracion ¡oh Isabel! al esclamar: ¿De dónde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme? *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Fué impulsada por la caridad,

á llenar tu casa de bendiciones y á que con la presencia de su divino Hijo fuese Juan santificado y tú llena del Espíritu Santo. Ya has experimentado el motivo de su visita.

Ahora bien, señores: ¿La Iglesia no es aun mas dichosa que la casa de Isabel? Sí; el que santificó al Bautista en el vientre de su Madre se halla no por tiempo limitado sino perpétuamente entre nosotros: en ese augusto Sacramento tenemos á Jesucristo tan presente á nosotros como en el cielo á los ángeles y bienaventurados. La Virgen purísima en cuyo seno fuera á casa de Isabel vive en la Iglesia, porque si su morada es el cielo donde reina sobre los ángeles y los hombres, tiene sus ojos misericordiosos fijos en nosotros y atentos sus oídos para escuchar nuestras necesidades. En todas partes nos encontramos con María: en nuestros infortunios la llamamos y nos escucha; en nuestras enfermedades la invocamos y conseguimos la salud: en medio del tempestuoso mar de las pasiones mundanales á ella nos acojemos y experimentamos la mas apacible bonanza. Asi al conocer que á pesar de nuestra ingratitude, siempre nos visita y nos consuela, siempre es para nosotros Madre de la Misericordia, no podemos menos de esclamar como Isabel. ¿De dónde á mí esto que la Madre de mi Señor venga á visitarme? *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?*

Madre de la Misericordia he dicho; y al pronunciar esta palabra me he colocado delante de un abismo inconmensurable que ciertamente no podré salvar. ¡La caridad de María, su misericordia para con las criaturas! ¿Qué podré yo decir acerca de esta cualidad de Maria, cuando no hay un solo sér

humano que no la haya experimentado? Dirijamos señores, una atenta mirada por la faz del universo. ¿Qué es lo que vemos por do quier? Monumentos impercederos que trasmiten de una en otra generacion la memoria de las misericordias de María. Esos templos magníficos que arrebatan nuestras atenciones, tanta multitud de altares, tantos y tan bellos simulacros que con una atraccion indefinible arrebatan nuestros corazones, haciéndoles rebosar en las mas dulces expansiones: tanto número de congregaciones dedicadas á tributar cultos á la simpática Madre de Dios y de los humanos, ¿qué nos dicen? Empero hablad vosotros, individuos que componeis esta ilustre hermandad: ¿por qué aclamais á María bajo el bello título de la Misericordia? ¿Por qué os unís para tributarla estos tan solemnes cuanto devotos cultos? ¿Qué significa ese entusiasmo con que venís á escuchar sus glorias y sus alabanzas? Es que sabeis que rodeados de miserias y espuestos entre mil peligros saltariamos de precipicio en precipicio hasta dar en el mayor de todos, si María no nos saliera al encuentro, y cumpliendo con su oficio maternal no nos guiara por las sendas de la rectitud.

María, señores, dejádmelo decir: María es una Providencia de la humanidad: maldicion al que diga lo contrario: maldicion al miserable que se atreva á ultrajarla: ¿Y por qué es una Providencia? Yo lo comprendo al fijar mi atencion en sus relaciones divinas y sus relaciones humanas. Partiendo del principio de fé de que Jesucristo es el solo mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre el Eterno Padre y la humanidad, hemos de

convenir con la Iglesia que así nos lo enseña que María es la medianera de intercesion interpuesta entre Jesucristo y los humanos: al lado del trono de Jesucristo hay otro trono en la gloria y es el de María: un lazo íntimo de amor los une. Para hallar á Jesus, es menester buscarle por María: oid á San Bernardo: *Ad Jesum per Mariam*. Ella es para el misero mortal perdido entre las escabrosidades de la culpa lo que el lucero de la mañana para el viajero que se vé perdido en un camino desconocido y sembrado de malezas: lo que es la vista de la playa para el infeliz navegante harto de luchar con el furor de los elementos en días aciagos de horrosas tempestades. Sí: lo repetimos: *Ad Jesum per Mariam*.

No hay entre los individuos que me escuchan uno solo que no haya clamado á María, que no haya invocado su nombre, que no haya acudido á ella en el dia malo de la aficcion y la desgracia. ¿Y no habeis experimentado los benéficos efectos de su proteccion? ¿No habeis salido consolados de su presencia? ¡Ah! Si no es así, yo consiento, sirviéndome de las mismas espresiones del Abad de Claraveaux, en que no la invoqueis mas, en que no volvais á celebrar sus alabanzas y sus glorias. Hablo én el concepto de que le hayais pedido con las disposiciones que deben acompañarnos al dirijirnos á María. Digámoslo sin temor de ser desmentidos: nadie acude á María que no experimente su misericordia.

Con justa razon, pues, la arquitectura se ha empleado en levantar á su honor los mas bellos monumentos; la música y la poesía le han dedicado las mas sublimes inspiraciones del génio, la pintura ha trasladado

sus Imágenes en el lienzo, y los varones mas eminentes en la ciencia le han consagrado el fruto de sus desvelos. Con razon en toda la estension del cristianismo, en los mayores centros de poblacion, como en la aldea mas pobre y miserable, corren en confusion el decrepito anciano, el tierno parvulillo que aun juguetea en el regazo materno, la apuesta doncella en cuya imaginacion bullen las ideas de los encantos sociales, como el hombre de negocios y el encanecido militar á quien no turbó jamás el ruido de las balas, ni el aspecto imponente del campo de batalla, todos digo, corren presurosos y con lágrimas de ternura á adornar con flores sus altares, á cantar sus alabanzas y á impetrar sus misericordias. Todos forman parte de esa cadena interminable de admiradores, que como el ángel Gabriel y despues la esposa de Zacarías saludan á la protectora de la humanidad diciéndola: «Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.»

¿Me preguntareis aun á vista de tantas misericordias y de los grandes y extraordinarios beneficios que á María debe la humanidad, como es que de tal modo nos visita y nos ampara? ¿Repetireis las expresiones de Isabel: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* La caridad, señores, que la hizo atravesar las montañas de la Judea, para prodigar sus cuidados á su prima Santa Isabel, la tiene en medio de nosotros para dispensarnos su misericordia, y el cristianismo agradecido que así lo reconoce la aplaude y la celebra, y colmándola de bendiciones no cesa de impetrar su proteccion.

Reasumiendo, señores, reunid bajo un solo punto de vista cuanto hemos manifestado. Contempladla

poco despues que en ella se ha obrado el gran Misterio de la Encarnacion del divino Verbo. Ha sabido el estado en que Isabel se encuentra, no obstante hallarse en la senectud y con la mayor preseteza corre á su lado para acompañarla y asistirle. La que se hallaba elevada á la cumbre de la mayor grandeza, pues que en su seno residia el monarca de las eternidades, no se desdeña de emprender un viaje molesto y sufrir las consecuencias necesarias, ni de asistir á su parienta. El autor de la caridad residia en su seno y la impulsaba.

Ahora que reina en los cielos, no olvida ni por un momento que es nuestra Madre, y tiene su vista fija en nosotros para atender á nuestras necesidades: madre de misericordia, su deseo es dispensárnosla á manos llenas, ejerciendo en nuestro favor el poder de intercesion que le ha sido concedido: en su constante anhelo por nuestra felicidad, nos llama á sí, diciéndonos. «Venid á mí, todos los que me deseais y saciaos de mis frutos (1).» ¿Y de qué modo podremos llegarnos dignamente á la protectora benéfica de la humanidad? No de otro que por la hermosa escala de las virtudes. La caridad sea nuestro norte: guiados por ella amemos á Dios sobre todas las cosas y á nuestros prójimos por Dios; cimentada nuestra regla de conducta en tan sólido fundamento, nos haremos gratos á la Purísima Virgen, tan interesada en nuestra Salvacion, y al modo que viviendo en carne mortal visitó á su parienta Santa Isabel, cuando creyó que necesitaba de sus cuidados, nos visitará á nosotros en el dia de la tribulacion, defendiéndonos de

(1) *Transite ad me omnes qui concupiscites me, et á generationibus meis implemini. Eccli. cap. XXIV. v. 26.*

todos nuestros, contrarios y guiándonos por los caminos de la rectitud que nos conducirán á la felicidad eterna de la Gloria.

Virgen Santísima; modelo perfecto de todas las virtudes, margarita preciosa, mas que cuantas encierra el universo; protectora benéfica de los humanos; sois nuestra Madre y tenemos derecho á esperar todo de vuestro amantísimo corazón: no nos desampareis en este valle de lágrimas y de miserias: sed la estrella que nos guíeis en la oscuridad del mundo: estad siempre á nuestro lado para ampararnos y favorecernos, y cuando llegue para cada uno de nosotros el momento terrible de nuestra partida del mundo, visitadnos impulsada por aquella caridad que os hizo atravesar las áridas montañas de la Judea, para visitar á la esposa de Zacarías. Si así lo haceis, nada tendremos que temer: con vuestro auxilio tendremos un fin dichoso: con vuestra protección conseguiremos el Cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron á Jesús al templo para presentarlo al Señor.

Luc. c. II, v. 22.

Todo es grande y misterioso en nuestra angusta religion: todo en ella respira magestad y grandeza. Si contemplamos el misterio de la Encarnacion del Verbo en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, por mas que sea tan limitado nuestro entendimiento, no dejamos de ver en él la gran bondad y misericordia de Dios, que dió á su Hijo unigénito por nosotros: si paramos nuestra consideracion en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, admiramos rostro en tierra la mayor de las maravillas, y la presencia real y augusta de Dios en nuestros altares nos da á conocer el gran amor que nos profesa. Arrebátase nuestra imaginacion cuando pensamos en el privilegio sin

todos nuestros, contrarios y guiándonos por los caminos de la rectitud que nos conducirán á la felicidad eterna de la Gloria.

Virgen Santísima; modelo perfecto de todas las virtudes, margarita preciosa, mas que cuantas encierra el universo; protectora benéfica de los humanos; sois nuestra Madre y tenemos derecho á esperar todo de vuestro amantísimo corazón: no nos desampareis en este valle de lágrimas y de miserias: sed la estrella que nos guíeis en la oscuridad del mundo: estad siempre á nuestro lado para ampararnos y favorecernos, y cuando llegue para cada uno de nosotros el momento terrible de nuestra partida del mundo, visitadnos impulsada por aquella caridad que os hizo atravesar las áridas montañas de la Judea, para visitar á la esposa de Zacarías. Si así lo haceis, nada tendremos que temer: con vuestro auxilio tendremos un fin dichoso: con vuestra protección conseguiremos el Cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Después que fueron cumplidos los días de la purificación de Maria, según la ley de Moisés, llevaron á Jesus al templo para presentarlo al Señor.

Luc. c. II, v. 22.

Todo es grande y misterioso en nuestra angusta religion: todo en ella respira magestad y grandeza. Si contemplamos el misterio de la Encarnacion del Verbo en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, por mas que sea tan limitado nuestro entendimiento, no dejamos de ver en él la gran bondad y misericordia de Dios, que dió á su Hijo unigénito por nosotros: si paramos nuestra consideracion en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, admiramos rostro en tierra la mayor de las maravillas, y la presencia real y augusta de Dios en nuestros altares nos da á conocer el gran amor que nos profesa. Arrebátase nuestra imaginacion cuando pensamos en el privilegio sin

igual de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios; empero esta misma cualidad de Madre de Dios, nos hace comprender la razon de aquel privilegio: la santidad misma no podia habitar en un Tabernáculo manchado aunque la mancha hubiese sido momentánea. Mas cuando la Iglesia en esta festividad nos hace ver á la hermosa Virgen de Judá, presentándose á la purificacion, y confundida por lo tanto en esta ceremonia con las mujeres impuras, ¡ah! entonces es cuando la imaginacion divaga, y casi no acierta á darse la razon de la purificacion de María: purificarse la pureza misma es cosa que admira. Mas no obstante, si estudiamos el misterio de la purificacion, si le vemos con los ojos de la fé, en este caso pronto comprenderemos el misterio.

¿Por qué razon la luz hecha para iluminar, ofusca la vista y deslumbra los ojos en ciertas ocasiones, de suerte que nada se vé y que todos los objetos se confunden? Es porque cuando los resplandores son muy vigorosos y excesivos, encuentran muy débiles é ineptos los ojos mortales, y no queda á estos mas recurso que cerrarse y permanecer abismados. Si esta verdad es infalible tratándose de todos los misterios de la religion, es eminentemente demostrada en el que hoy celebra la Iglesia santa.

Así es, pueblo católico; porque el misterio de purificarse María, de puro claro y resplandeciente que es, viene á ser tan oscuro á nuestra inteligencia, que es imposible resolver con la sabiduría humana mas profunda esta enigmática cuestion: ¿puede purificarse la pureza misma? El Evangelio dice que sí: el Evangelio asegura que cumplidos los dias de la Purificacion de María conforme á lo prescrito en la ley de

Moisés, se presentó en el templo con su Divino hijo Jesus, y llenó todas las ceremonias ordenadas á purificarse: pero la razon iluminada por la fé, que nos enseña que María fué pura y Virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, responde que es imposible, en rigoroso sentido, una purificacion en la que escede en pureza á todos los ángeles.

¿De qué sirve, pues, que se llame fiesta de Candelaria y se enciendan tantas candelas y luces, si todas no son suficientes á que veamos la incomprendible grandeza de tal misterio? ¿Qué nuevo poder ha reunido y desposado las tinieblas con la luz? Nos precisa recurrir al pensamiento delicado y sobrenatural de que siendo la pureza y la luz de María de una naturaleza y orden única y exclusivamente suya, tambien deben ser peregrinos y solamente suyos los efectos maravillosos de su purificacion, como lo es su causa y sus motivos. Yo considero dos clases de brillos ó resplandores, unos que disipan las tinieblas, otros que en medio de las tinieblas resplandecen, y triunfa en ellos la luz: el primer carácter es propio de la luz creada ó humana: el segundo solo corresponde á la luz increada ó divina. Así comprendo ya las palabras del Génesis cuando nos asegura que Dios, *divisit lucem á tenebris* (1), aquí la luz humana ó concedida á los hombres. Comprendo tambien, como hablando el Evangelista San Juan del inmenso esplendor del Verbo Eterno que es luz verdadera, dice de esta luz que *in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt* (2): no puede esplicarse con mas claridad el carácter de la luz divina.

(1) Génes. cap. 1, v. 4.

(2) Joan. cap. 1, v. 5.

A los brillos, pues, de esta luz, es donde podemos penetrar cuanto nos sea concedido lo que pasó en el templo de Jerusalem cuando se cumplieron los dias de la Purificacion de María, y esta divina Madre se purificó, llevando en sus brazos al candor de la luz eterna: á esta luz descubriremos si nos guia la devocion humilde, que aquel dia fué el dia de las grandes finezas de María Santísima, porque se nos presenta émula de su mismo Divino Hijo.

Tal es la única reflexion con que voy á ocupar vuestras atenciones en esta mañana, para cuyo desempeño espero me ayudareis á implorar los auxilios de la divinidad, que no dudo obtener por la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, á la que en prueba de nuestro cordial afecto, saludaremos con el ángel. *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Cuando al imperio irresistible de la voz divina la luz fué separada de las tinieblas, llamó Dios la luz *dia* y á las tinieblas *noche* (1), y cuando la Iglesia santa celebra la purificacion de María, creo ver descifrado el grande enigma, porque creo que jamás sobre la tierra se ha cumplido con tanta perfeccion como en el dia de la Purificacion aquel oráculo del Espíritu Santo, proferido por boca de David: *Nox sicut dies illuminabitur* (2). De hecho: si consideramos que Jesus, eterno Dios ó Hijo del Eterno Padre, hecho hombre por sola la inefable obra del Espíritu Santo, Jesus ino-

(1) Apellavitque lucem diem, et tenebras noctem. Génes. cap. 1, versículo 5.

(2) Psalm. CXXXVIII, v. 12.

cente por esencia, impecable por la union hipostática, se presenta en los brazos de María Santísima, inocente por la plenitud de gracias, é impecable por privilegio especial; el Hijo como si fuese un pecador, lo mismo que todos los descendientes de Adán, y la Madre como si fuese una madre vulgar, ocultándose á toda penetracion humana que es Virgen Inmaculada, Virgen de las Vírgenes, Virgen singular, que obtuvo ella sola sin ejemplo, sin primera y sin segunda los gozos de Madre con el candor y honor de la virginidad: *Gaudia matris habens, cum virginitatis honore; nec primam similem vissa est, nec habere sequentem.* Si reflexionamos, diré estos arcanos, juzgaremos que todo es una oscura noche para nosotros, pero noche en la que Jesus y María ostentan las mas brillantes luces á impulsos de los sacrificios que consuman por las finezas del amor hácia los hombres, y en cuyos sacrificios se descubre la santa emulacion con que María sigue en toda la estension y perfeccion de su divino Hijo.

Así elevados por la misteriosa luz de la fé, miramos el misterio y observamos brillantes luces en medio de las tinieblas. Permitidme que omitiendo mil profundas reflexiones sobre los sacrificios que Jesus y María ofrecen en el templo, que pasando en silencio la abyeccion del Hijo de Dios en forma de pecador y de siervo para ser redimido por un precio bajo, *par turturum*, etc., y el abatimiento de su divina Madre, ofreciendo como cualquier pecador el don ú ofrenda prescripta por la ley; ley á que no estaban obligados ni Jesus ni María: dispensadme repito, que fije mi pensamiento en las espresiones de mi tema, y dando á mi modo una explicacion de ellas y del motivo que tuve

para elegir las; os demuestre que cumplidos los dias de la Purificacion de María, desplegó ella tanta sublimidad y tanta fineza de amor, cual correspondia á una émula perfectísima de Jesus: no necesito para esto salir de la palabra y del significado de *dia*.

Y desde luego se ofrece la duda de que si los pasos de María al templo fueron dirigidos por las finezas del amor, ¿cómo tardó cuarenta dias en realizar sus ardientes deseos? ¿No dice San Ambrosio que el Espíritu Santo no conoce la demora ó tardanza? ¿No parece que el exceso de amor debia anticiparse al término que prefija la obligacion y el deber? ¿Cómo, pues, esperó al dia cuarenta? Parece tibieza y no ardor amoroso el aguardar el momento fatal y último cuando ya ejecuta un compromiso indeclinable, y no correr con anticipacion á practicar lo que dicta y estimula el amor con sus finezas. Discurso incontestable, pensando á lo humano, pero argumento malo y sin valor atendidos los designios divinos de Jesus, y los ferventísimos sentimientos divinizados de María. ¡Ah! *sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus*, repito sobre el misterio. El dia cuadragésimo es una prueba luminosísima del gran sacrificio de obediencia que prestan á la ley los que no estaban sometidos á ella, y este sacrificio no hubiera sido tan perfecto y tan completo si se hubiese cumplido un solo momento antes de que *impleti sunt dies*. La fineza del corazon de María fué anterior, sus anhelos eran eficacísimos, pero contenidos por la ley que le fijaba dia; su alma como tan amorosa, sufrió el tormento de los verdaderos amantes, que juzgan perezosos los momentos mas breves para la consecucion de sus justos y ardientes deseos: deduzco, pues, muy naturalmente, que si en María fué amor insigne cum-

plir y someterse á la ceremonia de la Purificacion, fué fineza de inestimable precio aguardar á los cuarenta dias prescriptos en la ley.

Si yo quisiese ahora detenerme en hacer algunas reflexiones, para hacer conocer á los fieles que me escuchan, que el dia de la Purificacion, fué uno de los mas solemnes para los ojos de Dios; si me detuviese en mostrar las lecciones que nos dá un Dios hombre descendido del Cielo por nosotros y por nuestra salud, y que siendo impecable, es presentado al templo para ser redimido de pecado; una Madre purísima que habiendo concebido por virtud del Espíritu Santo, se presenta á purificarse entre las mujeres impuras, y un venerable anciano que al tener entre sus brazos al deseado de los patriarcas y anunciado de los profetas, no puede contener el gozo, y entona cánticos sublimes; en este caso abusaria de la paciencia con que me escuchais.

Esto no obstante, yo no puedo dejar de tocar brevemente á algunos que atañen principalmente á la Santísima Virgen, y que demuestran toda la grandeza, toda la sublimidad de su Purificacion. ¿Cuál es la letra de la ley á que María se sujeta en este dia obediente y sumisa? Escuchadla. «La mujer que por concurso de hombre pariere varon, será inmunda siete dias, y el niño será circuncidado el dia octavo; mas ella permanecerá treinta y tres dias en la inmundicia de su sangre, no tocando ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario hasta que sean cumplidos los dias de su Purificacion (1).» Ved aquí por que dije al prin-

(1) Mulier, si suscepto semine pepererit masculum, imunda erit septem diebus, juxta dies separationis menstruæ. Et die octavo circuncideretur infantulus: ipsa vero triginta tribus diebus manebit in

cipio que á pesar de ser tan claro, parecia tan oscuro el misterio de la Purificacion de la Santísima Virgen. Habeis oido el espíritu y letra de la ley. ¿En qué podia ella obligar á María? Si ella no concibió por concurso de varon; si á sus virginales carnes hombre alguno habia tocado; si ella no sufrió los dolores y malestar de las parturientas; si su parto fué una maravilla por haber sido una obra de Dios, ¿por qué, preguntará la razon humana, por qué confundirse así con las demas madres que habian concebido por el modo ordinario? María, señores, conoce su grandeza y dignidad; sabe es madre en tiempo del que *ab aeterno* es Hijo del Eterno Padre; conoce que á ella no obliga de modo alguno la ley del Levítico. Empero humilde sin semejante, no se vale de estos títulos para eximirse de su cumplimiento. Jesucristo habia venido al mundo á redimirnos con su preciosa sangre, y se habia propuesto enseñar á los hombres la mas ciega obediencia á los preceptos de su Padre: no habia venido á abolir la ley, sino á perfeccionarla. María, dice un Padre, no debia apartarse un punto en su conducta de la de su Divino Hijo, de aquel Hijo á quien al presentarse al templo deposita en los brazos del venerable Simeon, de aquel profeta que no teme ya á la muerte, porque vé por sus ojos al que es la misma vida, cumpliéndose así la revelacion que habia antes tenido, de que no moriria hasta haber visto al Cristo, Redentor de la humanidad. Por esto lleno de gozo esclama: «Ahora, Señor, despide á tu siervo segun tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu sa-

sanguine purificationis suae. Omne sanctum non tanget, nec ingredietur in sanctuarium, donec impleantur dies purgationis suae. Levit. cap. XII, v. 2, 3 y 4.

lud (1).» Bien puede, pues, afirmarse que el dia de la Purificacion fué, como antes dijimos, de los mas grandes y solemnes á los ojos de Dios.

Tres graduaciones ó calificaciones de dias encuentro yo en las Santas Escrituras. *Breves, pocos y largos*. Unos se llaman *breves*, como dice Job: *son breves los dias del hombre* (2). Otros se denominan *pocos*, cuales fueron los catorce años que Jacob sirvió con tantos sudores y fatigas á su suegro Laban, por conseguir que le diese á su hija Raquel por esposa, y así nos dice el sagrado libro del Génesis, que todavia le parecieron para tanta dicha *pocos* dias los que habia servido en catorce años (3). ¿Y por qué? por su grande amor. Luego el amor, por mas mortificado que se vea, cuenta por pocos los dias aunque sean muchos; empero no los cuenta por cortos aunque sean pocos, sino que los cuenta por largos, larguísimos por lo que en ellos sufre: de esta longitud de dias, ó de estos dias largos habla el real profeta cuando dice: *Longitudine dierum replebo eum* (4). Es verdad que el padre San Agustin entiende aquí la vida eterna. ¿Cuál es, dice este Padre, la longitud de dias? La vida eterna. Pero resulta que para el que anhela á ella con todo el ardor de su alma, los dias y aun los instantes se le hacen insufribles por su duracion. Ved aquí lo que pasaba en el corazon de María.

Siendo pues, los dias, como hemos visto, ya breves, ya pocos y ya largos, es preciso conocer que

(1) Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum. etc. Luc. c. II. v. 29 et seq.

(2) Breves dies hominis sunt. Job. cap. XIV. v. 5.

(3) Et videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. Génes. cap. XXIX. v. 20.

(4) Ps. XC. v. 16.

son breves respecto á lo que se vive: son pocos respecto á lo que se ama y son largos respecto á lo que se espera con ansia: lo fugitivo de la vida hace los dias breves minutos: la fineza del amor hace que los muchos dias de trabajoso afan parezcan pocos: la ansiedad de la esperanza los hace y los experimenta de mucha duracion. ¡Oh! Cuán largos debieron parecer á María Santísima, cuarenta dias de esperanza anhelante y espectacion fervorosa! Se desvivía por cumplir la ley, á costa del sacrificio mas eminente y la misma ley le ponía obstáculo de tiempo, ocasionándole mayor pena el esperar, que el consumir holocausto tan costoso y sublime: decidid ahora si pudo ser pereza esperar el dia designado, cuando en esta misma demora está constituido su mayor mérito y la mas relevante prueba de su fineza de amor. *Impleti sunt dies purgationis Marie.*

Apareció pues para todos el dia santificado, no solo en el templo de Jerusalem sino en todo el orbe, porque *hodie descendit lux magna in terris*, aunque envuelta en la nube de unas apariencias que á los mortales parecen noche, pero noche de la que sin temor puede la Iglesia Santa esclamar con júbilo: «mi noche no tiene oscuridad.» Así puedo asegurar que no es solo la Iglesia la que tiene derecho á tanto gozo, sino que á nosotros nos asiste un motivo especialísimo para bendecir este dia, y recordarlo para siempre, mirándolo como el dia marcado desde la eternidad por aquel Dios que solo conoce lo que no nos es dado conocer á las criaturas, es decir los tiempos y los momentos (1).

(1) Non est vestrum nosse tempora vel momenta quæ Pater posuit in sua potestate. Act. Apostol. cap. 1, v. 7.

Si es una verdad que todos los misterios de la Santísima Virgen, son dignos de la mas alta admiracion, el que celebramos en este dia encierra sublimes lecciones que no debiamos perder de vista un solo momento durante nuestra vida. María se humilla, se abate por cumplir la ley, que estaba grabada en su corazon, sacrificando su honor, el honor inestimable de su virginidad. Enseñanza de gran precio para esa multitud de cristianos á quienes respetos humanos les hacen ser desobedientes á la ley de Dios. ¿Que nos ordena la ley con respecto á los que nos injurian? Perdonarlos con caridad: «Amad, dice Jesucristo, á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.» El cristiano tibio que ha recibido una ofensa, está pronto á esclamar: «No puedo cumplir este mandato; la sociedad se burlaria de mí; el mundo me trataria de cobarde; es preciso labar con sangre la ofensa recibida.» No hay valor para abandonar un trato criminal, para despojarse del lujo que trae en pos de sí las ruinas de las familias, para apartarse de la vanidad, de la usura, de la soberbia, y de los demas vicios reprobados y condenados en la divina ley. ¿Podrán llamarse verdaderos cristianos, hijos de Jesus y de María, los que de tal modo obran? ¿Tendrán derecho á la proteccion de la Santísima Virgen, tan obedientísima á la ley, los que con tanta facilidad la quebrantan?

¡Ah, cristianos! sirvanos de ejemplo y de noble estímulo esa Virgen purísima, Maestra de la humanidad: de ella aprendamos á practicar las virtudes que nos guiarán al Cielo. Hemos visto que el dia de la Purificacion de Nuestra Señora, fué el dia de sus

grandes finezas, porque se nos presenta émula de su mismo Divino Hijo. A la luz de este misterio, dirijámonos por las sendas de la rectitud, viviendo sometidos y obedientes á la divina ley.

Concluyamos, señores, con dos palabras sobre el origen de haberse establecido esta festividad de la Purificacion de Nuestra Señora. El profundo y erudito escritor Baronio asegura que habiéndose presentado una terrible y larga epidemia en Constantinopla, el emperador Justiniano ordenó que se celebrara la fiesta de la Purificacion, y que purificándose las conciencias, se lograra la purificacion del aire, y cesase la mortandad, como se verificó. De suerte que si el pontífice San Gelasio estableció esta solemnidad en el Occidente, y el emperador Justiniano la mandó observar en el Oriente, resulta un nuevo brillo, un resplandor inefable al misterio de la Purificacion, porque su pública solemnidad es un testimonio de las glorias de María, porque estos obsequios que se le tributan, son debidos en su institucion á los dos grandes, pontífice y emperador, que daban leyes al mundo, así en lo espiritual como en lo temporal. Hé aquí por qué este misterio, que parece todo oscuridad, es todo luz. Católicos; yo concluiré exhortándoos á que no cerreis los ojos á esta luz brillantísima que hoy se nos descubre. Que á imitacion de Jesus y de María, seais obedientes á las leyes divinas: que no pongais vuestros corazones en las tinieblas y oscuridad del mundo, pues solo por la observancia de los preceptos del Evangelio, llegareis un día á disfrutar de la verdadera y eterna felicidad, que no es otra que la de ver y adorar á nuestro Dios para siempre en su gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Et nomen Virginis Maria.
El nombre de esta Virgen es
Maria.

Luc. cap. 1, v. 33.

En medio de los grandes trastornos que agitan los estados, á través de los graves infortunios que por todas partes luchan con el hombre, que se ve de continuo rodeado de escollos, y espuesto entre mil peligros, ora sufriendo la adversidad, ora en medio de los mares donde vé amenazada su existencia por el ímpetu de las embravecidas olas, ya en el lecho del dolor, donde una mortífera enfermedad le va aminorando las fuerzas y haciéndole conocer que está cercano el momento de su partida del mundo, siempre encuentra un bálsamo de consuelo que cicatriza sus llagas, que aminora su afliccion, que mitiga sus penas, que le hace menos dolorosas sus enfermedades, que en fin, le hace adquirir una esperanza grande, y por lo tanto sufrir con resignacion y paciencia los trabajos que mira desde aquel punto

grandes finezas, porque se nos presenta émula de su mismo Divino Hijo. A la luz de este misterio, dirijámonos por las sendas de la rectitud, viviendo sometidos y obedientes á la divina ley.

Concluyamos, señores, con dos palabras sobre el origen de haberse establecido esta festividad de la Purificacion de Nuestra Señora. El profundo y erudito escritor Baronio asegura que habiéndose presentado una terrible y larga epidemia en Constantinopla, el emperador Justiniano ordenó que se celebrara la fiesta de la Purificacion, y que purificándose las conciencias, se lograra la purificacion del aire, y cesase la mortandad, como se verificó. De suerte que si el pontífice San Gelasio estableció esta solemnidad en el Occidente, y el emperador Justiniano la mandó observar en el Oriente, resulta un nuevo brillo, un resplandor inefable al misterio de la Purificacion, porque su pública solemnidad es un testimonio de las glorias de María, porque estos obsequios que se le tributan, son debidos en su institucion á los dos grandes, pontífice y emperador, que daban leyes al mundo, así en lo espiritual como en lo temporal. Hé aquí por qué este misterio, que parece todo oscuridad, es todo luz. Católicos; yo concluiré exhortándoos á que no cerreis los ojos á esta luz brillantísima que hoy se nos descubre. Que á imitacion de Jesus y de María, seais obedientes á las leyes divinas: que no pongais vuestros corazones en las tinieblas y oscuridad del mundo, pues solo por la observancia de los preceptos del Evangelio, llegareis un día á disfrutar de la verdadera y eterna felicidad, que no es otra que la de ver y adorar á nuestro Dios para siempre en su gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DEL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Et nomen Virginis Maria.
El nombre de esta Virgen es
Maria.

Luc. cap. 1, v. 33.

En medio de los grandes trastornos que agitan los estados, á través de los graves infortunios que por todas partes luchan con el hombre, que se ve de continuo rodeado de escollos, y espuesto entre mil peligros, ora sufriendo la adversidad, ora en medio de los mares donde vé amenazada su existencia por el ímpetu de las embravecidas olas, ya en el lecho del dolor, donde una mortífera enfermedad le va aminorando las fuerzas y haciéndole conocer que está cercano el momento de su partida del mundo, siempre encuentra un bálsamo de consuelo que cicatriza sus llagas, que aminora su afliccion, que mitiga sus penas, que le hace menos dolorosas sus enfermedades, que en fin, le hace adquirir una esperanza grande, y por lo tanto sufrir con resignacion y paciencia los trabajos que mira desde aquel punto

como regalos de la Providencia. Y este bálsamo saludable no es otro que María. Su Dulce Nombre, este nombre santo, magnífico é ilustre; este nombre que pronuncian con alegría los celestiales espíritus; este nombre que fuera el objeto de las esperanzas de los patriarcas y justos de la antigua ley; este nombre venerando, que forma las delicias de la Inmaculada Esposa del Cordero, y en cuya alabanza emplearon sus plumas los padres y mas eruditos ingenios de todos los siglos, y al que la Iglesia celebra hoy con tanta solemnidad, es ciertamente el lenitivo de todas nuestras penas, de todas nuestras tribulaciones.

Celebre en buen hora el Testamento antiguo los nombres siempre ilustres de aquellas heroínas, que ora por su hermosura y caridad para con su pueblo como Esthér, ora por su valor como Judith, ya por su prudencia como Abigail, ya por su sufrimiento como Respha, se hicieron dignas de una grata memoria, y de que sus nombres se trasmitiesen de una en otra generacion hasta la consumacion de los siglos en las doradas páginas de la Escritura santa. Celebre á su vez la historia profana los nombres de aquellas mujeres que merecieron los elogios de la posteridad por sus bellas prendas ó su grandeza de alma. Todos los nombres por mas que hayan sido esculpidos en el bronce ó en el mármol, son oscurecidos por el nombre augusto de María. ¿Y cómo así? La razon es muy óbvia; porque no obstante que fueron dignas de elogio las acciones de aquellas heroínas, manchadas en su origen, no pueden compararse con la que fué formada en la mente del Altísimo antes que existieran los siglos, y que por un privilegio del

Omnipotente Dios, fué preservada de la mancha de la original culpa. ¿Por qué mas? Porque las heroínas del Testamento antiguo no fueron en sus virtudes sino representacion de María, criatura singular que las habia de poseer todas en grado heróico. ¿Por qué mas todavía? Porque por muchos que sean los beneficios que aquellas dispensaran á sus pueblos, son muchos mas y sin comparacion mas estraordinarios, los que la bendita Virgen de Judá, Madre de nuestro Dios, ha dispensado y dispensa cada dia al pueblo cristiano. No ha habido, no hay ni habrá quien pueda competir el mérito de María: buscad una criatura mas elevada por su dignidad, mas llena de virtudes que María: buscad una humildad mas profunda que la suya, una obediencia mas ciega, una pureza mas perfecta, una fé mas viva, una esperanza mas ardiente y una caridad que se iguale á la suya, y buscareis un imposible. Bien podemos por lo tanto aplicar á María las palabras del inspirado Salomon en los Proverbios: «muchas hijas congregaron riquezas de virtud, mas tú las has sobrepujado á todas (1).» Cosas grandiosas hánse dicho en todo tiempo de esta ciudad santa de Dios (2), y las lenguas de un San Atanasio, de un Damiano, de un San Anselmo, de un San Cirilo, de un San Bernardo, de un abad Ruperto, y de otros muchos Padres y escritores piadosos hánse empleado en cantar las glorias y alabanzas de la privilegiada criatura cuyo misterioso nombre puede decirse que está grabado en todos los corazones católicos: y siendo el

(1) Multæ filæ congregaverunt divitias: tu super gressa es universa. Prov. cap. XXXI, v. 29.

(2) Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. Ps. LXXXVI, v. 3.

dulce nombre de María un áncora de esperanza para los cristianos, trató en esta mañana de exhortaros á que os congregueis y refugieis en esta ciudad fortalecida. *Convenite et ingrediamur civitatem munitam* (1), para que de este modo os libreis de las asechanzas de vuestros enemigos, porque *el Dulce Nombre de María es siempre un bálsamo de consuelo para los corazones católicos*. Y ved aquí el asunto que bajo una sola reflexion, va á ser objeto de vuestras atenciones al presente discurso.

Dulcísima María, una lengua manchada va á emplearse en cantar tus alabanzas y celebrar tu bendito nombre: la elocuencia de un Agustino y la dulzura de Bernardo necesaria yo para hacerlo con la dignidad debida; empero ya que tales dotes están muy lejos del mas indigno de los ministros de la divina palabra, espero que tú ¡oh madre de mi alma! me alcances los auxilios de la Divinidad, ínterin que nosotros como prueba del amor que te profesamos, te saludamos con las espresiones del celestial Paraninfo: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

El Dulcísimo nombre de María, dice el Damiano, fué sacado por Dios del tesoro de su divinidad, para darlo espresamente á su querida Madre (2). Basta esta autoridad para que conozcamos que este augusto nombre, objeto hoy de nuestra veneracion, es una obra de la Beatísima Trinidad. Qué quiera significar el

(1) Jerem. cap. VIII, v. 14.

(2) Statim de Thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur. Damian. Serm. 11 de Anunc.

nombre María, nos lo esplica San Ambrosio por estas palabras: «Dios es de mi familia ó de mi parentela (1)» y el melífluo San Bernardo nos dice que «María se interpreta estrella del Mar (2).» Tenga tan hermosas significaciones este augusto nombre, ó quiera decir, Señora ó Reina soberana ó dominadora, como quieren con otros, San Anselmo y el Crisólogo, ello es que la Madre del Redentor fué digna de llevar un nombre que diera á conocer al mundo su grandeza y sus virtudes.

El nombre de María resuena continuamente asi en la Iglesia militante como en la triunfante y purgante. Constituida María Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles; Reina de los mártires; de los confesores, de las vírgenes y de todos los bienaventurados, necesariamente todos los coros angélicos y con ellos todos los santos habrán de invocar en la gloria el nombre augusto de la que siendo constituida su soberana, tiene su trono tan inmediato al del Rey universal de los cielos y de la tierra. En la Iglesia purgante reconociéndose tambien el poder de María para alcanzar gracias de su Divino Hijo, es invocado su nombre por aquellas almas que desean entrar en el descanso eterno. Los motivos que tenemos los fieles que componemos la Iglesia militante para hacer resonar dentro y fuera de nuestros templos el nombre de María, son tantos y tan admirables que no bastarian muchos y dilatados discursos para esponerlos. Por esto me parece poder afirmar

(1) Speciale Mariæ hoc nomen inveni quod significat, Deum ex genere meo.

(2) Locuamur pauca, et super hoc nomine, Maria, quod interpretatum maris stella dicitur, et Matri Virgini valde conveniuntur optatur. D. Bern. Homilia 2 super Missus est, circa finem.

que, cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes mas poderosos y benéficos para sus pueblos, es en comparacion de María, lo que un miserable arroyuelo con el grande Océano.

Mas antes de entrar en el análisis de los motivos que nos impelen á invocar tan Dulce Nombre, demos una pincelada aunque ligera al cuadro de sus grandezas. Y desde luego, prevista por Dios la caída del hombre, formó en su entendimiento á María, predestinándola á una gracia y á una gloria singular entre todas las hijas de Adán. «En la creacion de esta Señora de los querubines, dice un autor tan sábio como espiritual, se interesan sobremanera las tres divinas personas de la inefable Trinidad. El Padre anhela tener una hija que le dé muchos hijos adoptivos, de los cuales se forme familia numerosa. El Hijo que tiene Padre, pero no madre segun su generacion eterna, quiere tenerla segun su humano nacimiento digna de él y de la alteza de su destino. El Espíritu Santo, única persona estéril dentro de Dios, desea una Esposa á quien deba en cierto modo esa misteriosa fecundidad, cuyo dulce fruto es el Divino Jesus. Por último, la adorable Trinidad quiere tener un templo bellísimo entre los hombres. Tal es su admirable designio en la predestinacion de la Reina de los cielos (1).» Jesucristo fué predestinado para redimir á la humanidad con su dolorosa pasion y afrentosa muerte, y María lo fué para dar en su casto seno nuestra humanidad al Predestinado, que era Dios, y para ser co-redentora del mundo, apurando la copa del

(1) Pensamientos acerca de la grandeza de la Santísima Virgen, por el P. Luis Francisco d'Argentan, cap. 1.

amargo cáliz de la tribulacion al par que su Divino Hijo: Jesucristo aceptando la obra magna de la redencion, se disponia á desatarnos las ligaduras que nos aprisionaban al terrible carro del fuerte armado; y aceptando María el ser Madre de un modo admirable de Jesucristo, cooperó á que se realizase aquel pensamiento de paz, que habia de abrirnos las puertas del Empíreo. Ved aquí su grandeza, y ved tambien uno y el mas principal móvil de los cristianos en invocar el augusto nombre de María: es muy natural tener gratitud á las personas que nos hacen bien, y nadie nos lo ha dispensado como esta Reina hermosa, que cooperó de un modo singular á nuestra salvacion. Por eso llena de júbilo y alegría la Iglesia santa al celebrar la Natividad de esta augusta Señora, esclama por voz de todos sus ministros: *Tu Natividad ¡oh Virgen Madre del Hijo de Dios! anunció la alegría al mundo entero, porque distes á luz al Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldicion ha dado la bendicion, y confundiendo la muerte nos dió la vida eterna (1).*

En verdad, señores, que el augusto y Dulce Nombre de María, cada vez que sale de nuestros lábios ó le escuchamos de otros, trae á nuestra imaginacion recuerdos capaces de hacer desaparecer en un momento todas nuestras tristezas: recordamos que así como Eva nos perdió dando oido á la serpiente astuta, María nos salvó hollando victoriosamente la cabeza de la misma serpiente; que si la primera nos trajo la muerte, María nos dió el Salvador, que es la vida; que si

(1) *Nativitas tua Dei genitrix Virgo gaudium anuntiavit universo mundo: Ex te enim ortus est sol justitiae, Christus Deus noster: qui solvens maledictionem, dedit benedictionem; et confundens mortem, donavit novis vitam sempiternam. Ex Offic. Nativ. B. M. Virg.*

as pasionos nos cercan y nos sitian los enemigos de nuestras almas, María está dispuesta á interceder por nosotros, para que alcancemos de su Divino Hijo gracias para no perecer en el dia de la tentacion ó del peligro: y al ser tantos y tan innumerables los beneficios que conseguimos por la invocacion del Dulce Nombre de María, no hay que estrañar que arrebatados los Padres de la Iglesia le hayan aclamado con las mas bellas espresiones. ¡Oh grande, oh piadosa, esclama el devotísimo San Bernardo, oh digna de toda alabanza, Santísima Virgen María! no se puede pronunciar tu Dulce Nombre, sin quedarse inflamado de amor hácia vos y hácia Dios, bastando que acuda al pensamiento de tus amantes para encenderlos mucho mas en tu amor y consolarlos (1). Ni el cielo, ni la tierra, ¡Oh bienaventurada Virgen María! (decia San Francisco) conocen otro nombre despues del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santísimo Nombre (2). Quiero en suma que escucheis á San Anselmo que dice: muchas veces se consigue la gracia y la misericordia con mas prontitud, invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus (3): y la razon de esto la comprendo muy bien, porque si muchas veces el Señor tardaria en concedernos la gracia y la misericordia que le pedimos, á causa de nuestros grandes

(1) ¡O magna, ó pia, ó multum laudabilis Maria, tu nec nominari potes, quia accendas; nec cogitari quia recrees affectas diligentium te. S. Bern. ap. S. Bon. Spec. cap. 8.

(2) Post singulare illud dilecti Filii tui, oh Maria, non aliud nomen coelum, et terra nominat, unde tantum gratiæ, tantum spei, tantum suavitalis piæ mentes accipiant. S. Franc. in Psalt. Virg.

(3) Velocior est nonnumquam salus, memorato nomine Mariae, quam invocato nomine Jesu. S. Anselm. lib. de excellen. Virg.

pecados, adelántase á efectuarlo si intercede María á quien nada le niega.

Siendo esto así, siendo cierto que esta Reina del Amor Hermoso, Madre del Juez y Madre de la misericordia, trata con gran cuidado el negocio mas interesante á nosotros, que es el de nuestra salvacion, como dice San Bernardo (1), ved si con razon decia que su Dulce Nombre es un bálsamo de consuelo para el católico: ved si en ella tenemos motivo para fundar nuestra esperanza; ved si tiene la Iglesia razon para aplicarle las palabras del eclesiástico: *Mater sancte spei* (2).

Y decidme, señores, ¿no ha sido siempre invocado el Dulce Nombre de María con felices resultados, como remedio en todas las tribulaciones? A la invocacion de este augusto Nombre, ¿no se han deshecho las mas horrosas tempestades? ¿No ha encontrado el affligido consuelo, el prisionero libertad, el enfermo salud? ¡Ah! ¿Cuántas veces viéronse los devotos de María en medio de los mares, amenazadas sus vidas por gruesas olas que movian cual á ligera pluma de una á otra parte las mas robustas naves, y al nombre de María, pronunciado con devocion y confianza, vieron milagrosamente suceder la calma y arribaron al deseado puerto? Y es un espectáculo terrible, hermanos míos: yo, á pesar de haber visto mi vida amenazada de muerte en medio de las aguas del Océano, no podré pintar con vivos colores lo que es una tempestad en los mares. Figuraos una noche oscura en

(1) Advocatam præmissit peregrinatio nostra, quæ tanquam Judicis Mater, et Mater misericordiæ, suppliciter et efficaciter salutis nostræ negotia pertractavit. Serm. 1. de Assumpt.

(2) Eccli. cap. XIV. v. 24.

que desde una débil y movediza casa de madera no veis ni el cielo que os cubre ni la inmensidad de las aguas sobre las cuales navegais: la tempestad se hace cada momento mas terrible, y cuando os hace estremecer el ruido sordo de las olas agitadas por los vientos, no podeis menos de espantaros al ruido del trueno que os agita mas que al soldado puede agitarle el eco del clarin que le llama á la batalla. El relámpago os deslumbra, y á la claridad momentánea que deja, mirais y solo descubris un horizonte encapotado de negras nubes. En estos momentos terribles, creedlo, mis hermanos; en estos momentos terribles, cuando á cada instante se espera una muerte desastrosa, no hay impíos; entonces no hay espíritus fuertes y hombres que se llamen despreocupados porque menosprecian la religion y sus ministros: en estos momentos no hay orgullo ni vanidad. Al conocer el hombre su pequeñez y su miseria, reconoce tambien la magestad y grandeza de aquel Dios que se vale de los elementos para que sean instrumentos de su bondad ó de su justicia, y aquel vano filósofo que poco antes dijera que todo salió del choque de las particulas, que Dios era la naturaleza, conoce que la naturaleza tiene su Hacedor y que de su voz están pendientes los destinos de la criatura. Contempla un solo momento y de una sola ojeada la profundidad del mar que le sostiene, su amenazador aspecto; el trueno y el relámpago, y ved en aquel momento convertido ese hombre en un contemplativo anacoreta: cae sobre sus rodillas, junta sus manos ante el pecho, eleva sus ojos al Cielo, y pide misericordia al Juez eterno de los vivos y de los muertos; pero ¡ah! ¿podrá Dios usar de misericordia con el que antes le habia negado y ofendido tanto?

¿Estenderá sus amorosos brazos para dispensar sus piedades, á aquel que abominó su vasallaje y dependencia, del que le criara á su imágen y semejanza? Estos pensamientos vienen en el momento á la imaginacion y entristecen: es verdad, dice el afligido; es verdad que mi Dios es un Dios de misericordia, pero el peso enorme de mis pecados, la voz de mi conciencia no me deja llegar hasta él. ¡Pero qué es esto, señores! ¿Qué trasformacion advierto en el rostro del que hacia tales reflexiones? ¡Ah! Pensamiento feliz. Se ha acordado de la Santísima Virgen. María, han pronunciado sus lábios: María, han repetido al momento los que le escuchaban: el nombre de María, ha resonado sobre la cubierta del buque, pronunciado con entusiasmo por tripulacion y pasajeros. Sí, hermanos míos, han recordado todos que ella es estrella del mar, que es Madre de afligidos, y al invocarla, han esperado que ponga en accion su poder, su intercesion, para que el Dios de las tempestades les saque ilesos de entre tantos peligros. Resultado: María cuyo corazón es todo piedad; María que es madre de los pecadores, les ha alcanzado la gracia de poder fijar sus piés en tierra firme, y cuantas veces he visto yo entrar descalzos y llevando el palo mayor de un buque entre la tripulacion y los pasajeros, sin exceptuar los mas ilustres, conduciéndole á un templo dedicado á María para cumplir con solemne accion de gracias los votos y las promesas que hicieran en el dia de la tribulacion, en los momentos del peligro.

Salve mil y mil veces, dulcísima María, yo no cesaré de cantar tus alabanzas, porque eres siempre una protectora de los miserables hijos de Adán. Gracias, Madre mia, os doy en nombre de toda la huma-

nidad por tantos beneficios como nos dispensas. Gracias por mí, y aprovecho esta ocasion oportuna para rendírtelas, pues que he recibido tambien pruebas de tu piedad, así entre las embravecidas olas de los mares, como en las tribulaciones de la tierra. ¡Bendito sea tu santo nombre! ¡Bendigan el nombre santo de María todas las generaciones! Sí, dulcísima María, bendígate toda lengua, porque tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.

Ni á esto solo se estendió la misericordia de María: no son solos los affigidos marinos los que en su bendito nombre encontraron el bálsamo de consuelo. ¿Quién recurrió á ella en cualquier clase de tribulacion que fuera desoido? ¿Quién invocó el Dulce Nombre de María, que no encontrara el consuelo apetecido? María: ved aquí la voz del enfermo en el lecho del dolor y la medicina mas eficaz para curar sus dolencias. María, clama el infeliz que se ve en necesidad, y ve enseguida la accion de la Providencia en su favor. ¡Qué efectos tan encantadores, los que produce el Dulce Nombre de María! Vosotros lo veis á cada momento, y como yo habreis experimentado un sentimiento que no sabeis explicar. Los negocios propios os llevan con precipitacion por una calle; en ella yace un pobre implorando la caridad pública; en su rostro se ve retratada su miseria, y tal vez está rodeado de pequeños hijos que lloran por un pedazo de pan que el padre no puede darles; el pobre padece, sufre y no sufre tan solo su miseria, sino la de sus pequeños: su corazon se traspasa de dolor y sentimiento. Vuestra prisa no os hace fijar la vista en aquel cuadro de infortunio, y á pesar que el pobre pide, seguís vuestro

camino: pero el indigente conoce el secreto de mover los corazones: invoca el nombre de María, pide por la Santísima Virgen, y entonces vosotros, sintiendo un movimiento de caridad inesplicable, deteneis el paso y estendeis vuestra mano y socorreis á vuestro prójimo. ¿No es así, hermanos míos? Tan grande es el efecto de la invocacion del Nombre dulcísimo de María. ¡Ah! Desgraciado de aquel que se muestre indiferente al escuchar tan Dulce Nombre: desgraciado el que no siente un movimiento de piedad cuando es escitada su caridad en el nombre de la Soberana Emperatriz de todos los serafines.

Si yo me propusiera en este momento referir las batallas que en diversas épocas ganaron los cristianos contra los infieles por la invocacion del Nombre dulcísimo de María, haria interminable el discurso y abusaria de la paciencia con que me escuchais. Pero no puedo desentenderme de la que dió motivo al Sumo Pontífice Inocencio XI á hacer estensiva esta solemnidad á todos los pueblos cristianos, que antes se celebraba tan solo en algunas provincias. Los turcos habian pretendido estender sus conquistas hasta mas allá de las márgenes del Danuvio y del Rhin, y con un ejército de doscientos mil combatientes se habian propuesto tomar la cristiana ciudad de Viena. En vano la sitiaron: en vano hacian llover balas sobre sus habitantes. No obstante que el emperador y su familia se ven precisados á huir de la córte y refugiarse en parte mas segura, Juan Sobieski, rey de Polonia, acude el 12 de setiembre acompañado del príncipe Carlos de Lorena á la capilla de San Leopoldo, asistiendo á la misa que ayudó el mismo rey. Comulgaron ambos y poniéndose bajo la proteccion

de la Santísima Virgen, levantóse el monarca y dijo en alta voz: *Ahora ya podemos marchar bajo la protección de la Santísima Virgen, con entera seguridad que no nos negará su asistencia.* Dijo y armándose de nuevo la pelea, se ven precisados á huir los turcos dejando en el campo hasta el estandarte del imperio otomano que se halló en la tienda del gran visir. El emperador Leopoldo Ignacio que inmediatamente volvió á Viena, noticioso del milagroso triunfo, mandó cantar un solemne *Te Deum*. El estandarte de Mahoma, mandó el emperador al papa Inocencio XI que como hemos dicho, atribuyendo á María tan señalada merced, ordenó que la fiesta de su Dulcísimo Nombre se celebrase en toda la cristiandad el domingo infraoctavo de su gloriosa Natividad. Por cuanto llevo dicho, habreis comprendido que tuve razon en proponer que *el Dulce nombre de Maria es siempre un bálsamo de consuelo para los corazones cristianos.*

He concluido, ilustre y venerable hermandad: sino he llenado vuestros deseos en elogiar cual se merece el nombre santo de nuestra Madre y protectora, he hecho cuanto me ha sido posible, segun mi poca inteligencia y escasísimas dotes oratorias. Réstame tan solo exhortaros, á que no dejéis de invocar con devocion el Nombre Dulcísimo de María. En este nombre encontrareis auxilios oportunos y consuelos abundantes en vuestras tribulaciones. Cuando os viéreis en la afliccion, cuando vuestra carne se revele contra vuestro espíritu, y el demonio con sus malignas tentaciones quiera haceros caer en el pecado, acudid á María, que ella como Madre amorosa, cubriéndoos con su manto, os librárá de vuestros enemigos. Unid á vuestra devocion el mérito

de buenas obras, y de este modo tendreis en esta Soberana Señora, una protectora benéfica, que despues de auxiliarnos en la vida, será la estrella hermosa que os guie á la posesion de la bienaventuranza.

Sea así, soberana María: tu nombre augusto sea el escudo que nos defienda de todas las tribulaciones y de todos nuestros contrarios. A la invocacion del Nombre hermoso de María que tan dignamente llevas, encuentre el marino la serenidad; el atribulado consuelo, el enfermo salud, y todos una Madre amante y cariñosa, que intercediendo con el Juez de vivos y muertos, sean perdonados nuestros pecados, y alcancemos la gracia, para en tu compañía ver y alabar á nuestro Dios en la patria de la gloria. Amen.

SERMON 1.^o

PARA EL DÍA

DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.



Spes mea tu in die afflictionis.
Tú eres mi esperanza en el día de la
aflicción.

Jerem. cap. XXII, v. 17.

En el momento mismo en que iba á consumarse la redencion del mundo en el árbol de la cruz, se abrieron los labios del agonizante Jesus, y pronunciaron unas palabras de consuelo que han formado y formarán siempre y en todo tiempo la felicidad del cristiano pueblo. La víctima sagrada que ya estaba pendiente del madero santo, iba á realizar las esperanzas del universo: aquel que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendiera del cielo á la tierra de nuestra peregrinacion, estaba próximo á exhalar el postrer suspiro, y antes dijo á María: *Mujer hé ahí tu hijo*, y dirigiéndose en seguida al discípulo amado y en él á todos los que habíamos de ser miembros de su Iglesia: *Hé ahí tu Madre* (1). Jesucristo,

(1) *Mulier, ecce filius tuus. . Ecce mater tua.* Joan, c. XIX v. 26 y 27.

pues, ha hecho ya cuanto tenia que hacer en favor de la desgraciada posteridad del padre prevaricador. No contento con quedarse entre nosotros hasta la consumacion de los siglos en el misterio por escelencia de su amor, y de redimirnos con el precio infinito de su preciosa sangre, nos ha dejado una Madre tierna y cariñosa, una Madre de misericordia como la llama la Iglesia (1), y con ella y los demas padres San Buena-ventura (2). ¡Qué dicha! ¡Cuánta felicidad! ¡Qué consuelo tan inesplicable! Ved, pues, si con razon podremos esclamar al invocar á María: *Spes mea tu in die afflictionis*. Tú eres mi esperanza en el día de la aflicción.

Y en efecto, cristianos, ¡qué seria de nosotros en medio de los escollos que nos presenta la sociedad, rodeados de peligros continuos, revestidos de una carne que se revela contra el espíritu, si nouviésemos en María una madre de misericordia, que nos amparase, nos librase de nuestros enemigos y fuese el consuelo y nuestra esperanza en la tribulacion y en el día de la aflicción. ¡Ah! Que seguramente nos embriagaríamos con la dorada copa del placer, y de precipicio en precipicio, de ruina en ruina, vendríamos á parar en la perdicion eterna. Convencidos los fieles de estas verdades, de lo benefico que les era la proteccion de la Santísima Virgen, procuraron en todo tiempo merecerla y para ello fundáronse órdenes religiosas y cofradías ilustres que propagándose con rapidez por todas partes, hacian que no faltase el culto de esta Señora y que sus alabanzas resonasen sin interrupcion en los templos católicos.

(1) *Mater misericordiae.* Eccli. in lit. lauret.

(2) *Maria plena unctioe misericordiae, et oleo pietatis, propterea unxit te Deus oleo letitiae.* D. Bon. in Spec. cap. 7.

Envidioso el enemigo de nuestras almas, conociendo las innumerables que se habian de salvar por la proteccion de María, suscitó desde los primeros siglos de la Iglesia herejes presuntuosos, verdaderos abortos del infierno, que cebando su ponzoñosa rabia en cuanto disminuía el imperio de Satanás, su príncipe, abominaban de esta escelentísima Señora, cuyas virtudes pasman el mundo todo. Empero nada importa que Cerinto y Ebion en el primer siglo, poniendo sus lenguas sacrílegas en la divinidad de Jesucristo, nieguen por consiguiente las escelencias de María, ni que el impío Nestorio despues y sucesivamente todos los secuaces del error, hayan querido deprimir el honor y devocion de María siempre de Virgen Madre del Dios humanado, pues sus imposturas, si bien llenaron de luto y dolor al mundo cristiano, atrajeron sobre sus cabezas terribles anatemas de la esposa Inmaculada del Cordero, quien declarando solemnemente las grandezas de esta augusta Señora, restituyó la alegría á los verdaderos fieles, los cuales repararon con usura los agravios que María habia recibido de aquellos viles y ciegos instrumentos del infierno, y desde entonces oyéronse resonar con mas vehemencia si se quiere, los himnos y cánticos en loor de la Madre bienaventurada del Salvador y Madre tambien de los cristianos.

Yo señores, tiendo mi vista por el campo hermoso de la católica Iglesia, y al ver tantas religiones y cofradías dedicadas al culto de María, no puedo menos de llenarme de un santo regocijo, porque el culto de María es verdaderamente el culto del amor, el culto del corazon. Reconociendo las virtudes de María como dones de Dios, referimos á Él todo el homenaje

porque se hace admirable en sus escogidos. Mas si todos los fieles son hijos de María, si todos tienen opcion á su misericordia é intercesion, si todas las cofradías Marianas se llenan de gloria y regocijo por tener tal y tan distinguida patrona, ninguna puede disputar á la cofradía del Cármen la gloria de su antigüedad, ni la abundancia de sus privilegios. El Carmelo, señores, es mas antiguo que la Iglesia, y cuando empezó á propagarse aquella ley de gracia y misericordia, que sancionada en la cruz se publicó con solemne pompa y aparato en el día de Pentecostés, y cuando los apóstoles y primeros discípulos empezaron á conquistar el mundo, ya María habia echado profundas raices en el Carmelo, ya María del Cármen habia sido venerada siglos antes que ella hubiera aparecido sobre la tierra. ¡Cuán felices sois hijos y cofrades del Carmelo! Vosotros sois y no lo dudeis la heredad predilecta de María. Con razon os gloriais en cubrir vuestros pechos con esa vestidura de salud que os ha sido entregada por ella misma, en señal de que como buena Madre, como Madre admirable y digna de la memoria de los buenos (1), está pronta para ampararos en el día de la afliccion: *Spes mea tu in die afflictionis.*

Por cuanto llevo dicho habreis comprendido qual sea el plan del presente discurso. *La cofradía del Cármen no cede á ninguna otra la gloria de su antigüedad y la abundancia de sus privilegios.* La celebracion de aquella debe ser humilde, la consecucion de estos se alcanza por las buenas obras. Tengo propuesto. Resta solo que me ayudeis á impetrar los auxilios divinos por la intercesion de María Santísima del Cármen, á la que

(1) *Supra modum mater mirabilis, et honorum memoria digna II. Mach. c. VII, v. 20.*

como prueba de nuestra devocion saludaremos con las espresiones del ángel: *Ave Maria*.

PARTE ÚNICA.

No permita Dios, señores, que por hacer resaltar mas las glorias del Carmelo y los grandes privilegios que gozan los carmelitas, rebaje en lo mas mínimo el mérito de tantas congregaciones erigidas para invocar la proteccion de la Santísima Virgen bajo este ó aquel título, bajo esta ó aquella advocacion. Fines santos y saludables son los de todas ellas, y todas pueden alcanzar particulares gracias y auxilios del Señor por la intercesion de aquella purísima criatura que le prestó el amabilísimo disfraz de la humanidad. Empero si yo he dicho que la cofradía del Cármen no cede á ninguna otra la gloria de su antigüedad y la abundancia de sus privilegios, no ha sido por un exceso de mi devocion, pues que no he hecho otra cosa que proponer unas verdades afirmadas por los Padres, autorizadas por la Iglesia y apoyadas por una no interrumpida tradicion. Las pruebas confirmarán mi aserto.

Si queremos buscar el origen de las piadosas congregaciones del Cármen, necesario es que nos remontemos á una época bien lejana. Mas de novecientos años faltaban aun para la venida de Jesucristo, cuando el Eterno suscitó á Elías, gran profeta á quien los carmelitas reconocen por su padre y fundador. Favorecido extraordinariamente del Eterno este justo, fué deudor á Dios de grandes prerogativas, no concedidas antes á ningun mortal. El fué el enviado para reprender por sus iniquidades

al rey Achab; el que levantando su voz solemnemente como ministro de Dios en la córte de aquel rey, exclamó: *Vive el Señor Dios de Israel en cuya presencia estoy, que no descenderá lluvia del cielo en estos años, sino segun la palabra de mi boca* (1). Elías fué el que hizo conocer con claro testimonio del cielo, que el Dios de Israel era el verdadero, y Baal un falso Dios, quitando la vida á todos los profetas del ídolo (2), despues que cayó fuego del cielo en el Carmelo y consumió la víctima ofrecida por el verdadero profeta del Señor. Pues bien, Elías manda á Achab que se retire, conociendo que aplacada la justicia del Señor, va á mandar grandes lluvias sobre la tierra; se arrodilla, poniendo la cabeza entre las rodillas, vió una nubecita pequeña que se elevaba del mar, y que estendiéndose instantáneamente oscureció el cielo, produciendo una abundante lluvia.

Inspirado Elías por Dios, conoció que aquella pequeña nube que viera desde el Carmelo, significaba á la Madre de aquel Mesias que habia de venir á satisfacer con nuestra naturaleza á la justicia divina por los pecados de los hombres. Ved aquí porque despues de otros muchos sucesos se retiró al Carmelo, testigo de los grandes prodigios obrados por el Señor por su ministerio y en compañía de su discípulo Eliseo, de Jonás, de Micheas y otros, se dedicó á practicar una vida de retiro y oracion en la que empezaron á venerar á *Cristo venturo* y á

(1) Et dixit Elias Therbites de habitatoribus Galaad ad Achab: Vivit Dominus Deus Israel, in cujus conspectu sto, si erit annis his ros et pluvia, nisi juxta oris mei verba. III. Reg. XVII, v. 1.

(2) Ibidem. c. XVIII.

aquella bendita Madre que le habia de llevar en su virginal cláustro, y cuyos pechos le habian de alimentar. Tuvo lugar este suceso en el año 3127 de la creacion del mundo, y antes de la Encarnacion del Verbo 926 (1). Esta fué la primera á quien podemos llamar comunidad religiosa, cuyos individuos tomaron el nombre de *Hijos de los Profetas*, y que siguió en aumento hasta la venida del Redentor.

Tal y tan respetable es el origen del Cármen, y supuesto estos fundamentos, descenderemos á buscar el origen ó principios de estas cofradías que para gloria de Dios, honor de su bendita Madre, utilidad propia y edificacion de las sociedades se han establecido por la piedad y se vienen sosteniendo en los pueblos católicos. No seré yo por cierto, señores, el que fije época, y solo podré decir que por algunos pontífices fueron confirmadas indulgencias que en el siglo IX habian ya concedido á los cofrades del Cármen Leon IV y otros sumos pontífices.

Simon Stock, sexto general que fué de los carmelitas, vertia continuamente lágrimas de dolor y desconsuelo, y no podia hacerse superior á la pena que le causaba el ver que el monte Carmelo y los lugares de la Palestina habian sido abandonados por los carmelitas á causa de las terribles persecuciones que experimentaban en siglo XIII. Hubiera deseado este humilde siervo de María del Cármen multiplicar su presencia, hallarse en todas partes, y á fuerza de predicacion y trabajos hacer triunfar á la heredad predilecta de María la familia carmelitana. Esto no era posible, y con el mayor desconsuelo, aunque

(1) Estas fechas las cita con relacion á otros autores, el de *Las Flores del Carmelo*. Edic. de Madrid 1678, pág. 378.

lleno de confianza, se postra ante la Santísima Virgen y la suplica, que pues ellos son sucesores de Elías y carecen de una señal que les distinga, y les dé á conocer por hijos del Carmelo se digne concederles un signo, que á mas de darlos á conocer, les haga triunfar de sus enemigos.

Oid para vuestro consuelo, cofrades del Carmelo; oid para animaros á alistaros en tan santas banderas, los que aun no perteneceis á ninguna cofradía del Cármen. María Santísima entrega un escapulario á su siervo Simon Stock, diciéndole estas palabras consoladoras que nunca deberiamos dejar de tener presentes: «*Recibe, hijo mio, este escapulario, que será en adelante el signo de mi cofradía, y para ti y para todos los carmelitas un excelente privilegio: cualquiera que muriere con él no padecerá el fuego eterno, porque esta es señal de salvacion, la salud en los peligros, el feudo de la paz, y de un pacto sempiterno.*»

¿Y qué podria añadir mi torpe lengua al elogio de este santo Escapulario, pronunciado por los mismos lábios de María! Abismaos, señores, al contemplar el don precioso de María á sus hijos los carmelitas, religiosos y cofrades, don por el cual pasamos á ser hijos y hermanos suyos. ¡Cuántas ventajas nos reporta el santo Escapulario del Cármen! *Ecce signum salutis, salus in periculis sedus pacis et pacti sempiterni*. Es un signo de salvacion, la salud en los peligros y un pacto de alianza eterna. El que muera con este santo hábito no padecerá en las llamas eternas: *in quo quis moriens aeternum non patietur incendium*.

La revelacion ó aparicion de la Santísima Virgen á Simon Stock, es un hecho que han aprobado muchos soberanos pontífices, que está autorizado por la Igle-

sia, y que en vano tratarán de contradecir los enemigos de nuestras glorias. ¿Y qué no tendrán derechos á esperar de tan santa protectora y tierna Madre, los cofrades del Carmelo, si cumpliendo con las obligaciones y deberes que les impone el Santo Escapulario, dirigen á ella sus votos y oraciones en las tribulaciones? Bien podemos decir que María del Cármen es nuestra esperanza en el día de la aflicción: *Spes mea tu in die afflictionis*. El carácter distintivo de la Santísima Virgen es la misericordia, pues cuando concibió al Verbo Divino en su seno y lo parió, dice Santo Tomás, que alcanzó la mitad del reino de Dios, siendo ella Reina de la misericordia, y quedándose Jesucristo Rey de justicia (1). Por esto se emplea de continuo en socorrer las necesidades de sus hijos: por esto, como dice el venerable Beda, está siempre rogando al Hijo por los pecadores (2). Y bien, señores, si esto hace María con todos sus hijos, ¿qué no estará dispuesta á hacer en favor de aquellos que se alistan en sus congregaciones, que cubren su pecho con esa vestidura de salud? Si ella misma ha ofrecido tanto amparo y tanta proteccion á los religiosos y cofrades del Cármen, ¿será posible que nos niegue su auxilio cuando nos vemos en la tribulacion? ¿No nos alargará su bendita mano para librarnos de caer en las tentaciones del enemigo de nuestras almas? ¿No rogará á su Divino Hijo para que sean perdonados nuestros pecados, y alcanzarnos la divina gracia? ¿Y siendo esto así, podremos ponderar cuánta es nuestra felicidad y dicha

(1) Quando Filium Dei in utero concepit; et postmodum peperit, dimidiám partem Regni Dei impetravit, ut ipsam sit Regina misericordiae, ut Christus est Rex justitiae. D. Thom. in. Praef. in Ep. canon.

(2) Stat Maria in conspectu Filii sui, non cesans pro peccatoribus exorare. Beda. in. cap. 1. Luc.

en ser contados entre los hijos y hermanos de María Santísima del Cármen?

¡Pero ah, señores! Yo no puedo menos de clamar contra un abuso en que por desgracia suelen caer no pocos cristianos. Creen muchos que por llevar siempre sobre su pecho el Santo Escapulario que recibieron al sentarse en la cofradía del Cármen, disfrutarán todas sus gracias y privilegios, sin poner nada de su parte para conseguirlo. Nada importa al maldiciente tener el Santo Escapulario, si su lengua está siempre dispuesta para ultrajar á Dios á quien tanto ama María. De nada servirá el Escapulario á los que contentos en la ocasion de su ruina, miran como pasatiempo las ofensas que cometen contra Dios, y viven envueltos en los torbellinos de sus pasiones. María Santísima del Cármen, es verdad que ha ofrecido á sus cofrades una proteccion especial, y que en esa vestidura les ha dado un signo de salud y una prueba de alianza eterna; mas para conseguir tales gracias, es necesario que nuestra conducta sea verdaderamente cristiana, que nuestra devocion esté fundada sobre el cumplimiento de la divina ley. Los que glorifican á María, obtendrán la vida eterna (1): pero yo os pregunto, ¿la glorifica el que apartado del cumplimiento de las obligaciones del cristiano, se emplea únicamente en obras de perdicion? Ni me objeteis que la esperanza de estos hombres es fundada, porque María es madre de pecadores. Yo bien sé, hermanos míos, que esta divina Madre, como dice San Bernardo, es para los pecadores la escala por la cual suben ellos de nuevo á la cumbre de la divina gracia. Esta era la mayor

(1) Qui elucidant me, vitam æternam habebunt. Eccli. XXIV, v. 31.
Tomo II. 20

confianza del citado padre, y esta la razon de su esperanza (1). Empero si bien María es madre de pecadores, debe entenderse de pecadores arrepentidos, de pecadores que reconociendo sus pasados extravíos, vierten lágrimas de dolor: pero bajo ningun concepto puede llamarse madre del pecador obstinado que sin remordimiento alguno permanece en la culpa, tal vez esperando que á pesar de sus muchos crímenes no perecerá por una falsa devocion que profesa á la madre de los pecadores, con cuyo Escapulario se escuda.

No permaneceré mas tiempo en la demostracion de esta verdad toda vez que dirijo mi voz á personas ilustradas, á unos cofrades religiosos, que están bien penetrados de ella, y que ponen de su parte quanto pueden por agradar á la Santísima Virgen, para ser participantes de sus magnificas promesas. ¡Oh Purísima María! ¡Cuánto te debemos! ¡Cuánto has hecho por nosotros, vistiéndonos esta santa librea que nos dá á conocer por esclavos tuyos! No contempleis, señores, en la túnica pequeña que forma Ana, para su hijo Samuel, con objeto que se vista con ella en los dias de gran solemnidad (2), ni en aquella de diferentes colores que da Jacob á su querido José, en prueba del grande amor que le profesaba (3). Estas donaciones no son otra cosa que figuras de lo que ha practicado la Santísima Virgen con los Carmelitas. Ella misma los ha vestido, vistiéndose

(1) Filioli, haec peccatorum scala, haec maxima mea fiducia, haec tota ratio spei meae. D. Bern. Serm. de Aquaed.

(2) Et tunicam parvam faciebat ei mater sua, quam afferebat statutis diebus, ascendens cum viro suo, ut immolaret hostiam solemnem. I. Reg. cap. II. v. 19.

(3) Israel autem diligebat Joseph super omnes filios suos, eo quod in senectute genuisset eum: fecitque ei tunicam polymitam. Génes. cap. XXXVII, v. 3.

tambien á sí misma del hábito que recomendaba, queriendo que así como las condecoraciones y diversos vestidos, dan á conocer los fieles servidores de los Reyes, y los leales defensores de su patria, así el Santo Escapulario distinga entre todos los hombres á los hijos predilectos de tan gran Madre, y leales servidores de su Divino Hijo.

Luzcan, pues, sobre sus pechos los grandes de la tierra las condecoraciones con que han sido remunerados sus servicios por la munificencia de los monarcas: por grande que sea el honor que á ellos les resulte, no tiene comparacion con el que nos resulta á los hijos del Carmelo de vestir esta condecoracion, concedida no por los monarcas de la tierra, sino por la que es reina de los cielos y Madre de nuestro Dios.

Reunid ahora, señores, quanto llevo dicho, considerad el origen respetable del Carmelo en tiempo del Profeta Elías; el celo con que este profeta se dedicó con sus discípulos al culto de Dios y á la veneracion de la Virgen de Judá, á quien simbolizara la misteriosa nubecita; la gran distincion con que habeis sido enriquecidos por María, y ved si tuve razon en decir que la cofradía del Cármen no cede á ninguna otra en la gloria de su antigüedad. Empero dije tambien que sobrepujaba á todas en la abundancia de sus privilegios.

Poco, señores, tendré que esforzarme para probar esta segunda verdad. Las palabras de la Santísima Virgen dirigidas á San Simon Stock, que ya habeis oido, constituyen uno de los mas singulares privilegios de los carmelitas: mas contrayéndonos tan solamente á las gracias concedidas por muchos sumos pontífices á los cofrades del Carmelo, ¿podria yo sa-

tisfacer vuestra religiosa curiosidad, refiriéndolas en los estrechos límites de un discurso? ¿Podría yo citar las Bulas, los Breves y demas documentos en los que consta el modo tan especial como han enriquecido con dones espirituales á tan santas congregaciones? No sería posible, hermanos míos. Ni yo podría tenerlas todas presentes ni podría hacerlo en el corto tiempo de que puedo disponer. Hagamos mención no obstante de algunas de ellas.

El sumo pontífice Sixto IV concedió que todos los cofrades del Cármen ganen todas las gracias é indulgencias que los anteriores pontífices habian concedido á los religiosos de la misma orden. Clemente X confirmó las indulgencias concedidas por mas de veinte y siete antecesores suyos, y agregando otras nuevas. Paulo V concedió para el día en que el cofrade recibe el Santo Escapulario y entra en la cofradía, indulgencia plenaria habiendo confesado y comulgado. El cofrade del Cármen que asista á las procesiones que hace la cofradía, el que con el Escapulario puesto recibiese la sagrada Eucaristía y rogare por los fines de la Iglesia, el que haga lo mismo en cualquiera de las festividades de la Santísima Virgen, á mas de las siete principales; el que acompañare al Santísimo Viático cuando se lleva á los enfermos: el que rezase el oficio de la Virgen ó ayune en su honor los sábados: el que visite la Iglesia ó capilla donde es venerada la Imágen de Nuestra Señora del Cármen, ó haga otra obra piadosa de las muchas que se indican en los breves Pontificios, gana innumerables indulgencias, así plenarias como parciales, que concedieron ó confirmaron Sixto V, el referido Paulo V, Nicolás IV, Inocencio VIII, los Julios II y III, Gregorio XIII, Urba-

no VIII, Honorio III y otros muchos sumos Pontífices, hasta el actual Pio IX que benignamente ha aumentado el catálogo de tantas gracias, concediendo indulgencia plenaria á los que asistan á la novena de nuestra Madre.

A propósito, señores, he dejado para concluir el hablaros del grande y estraordinario privilegio contenido en la Bula Sabatina, tan criticada por la impiedad. La Bula Sabatina es un don tan singular que no tiene segundo: es un don que enaltece, ensalza y no puede menos de llenar de gloria á los carmelitas. La Santísima Virgen se apareció visiblemente al cardenal Jacobo Osa despues de la muerte de Clemente V, cuando los cardenales estaban divididos sin dar sucesor á aquel pontífice, y dirigiéndole su angelical voz, le dijo cuando Jacobo estaba en oracion ferviente suplicándola concediese como Madre de Dios y de la Iglesia, el que se unieran las voluntades para que fuese ocupada por un digno sucesor la silla de San Pedro, que él sería pontífice, y llamándole no Jacobo sino Juan, por lo que tomó el nombre de Juan XXII, le encargó la confirmacion de su santo y devoto orden de los carmelitas, ofreciéndole entre otros privilegios que concedia á sus cofrades el bajar al purgatorio todos los sábados para llevarse al cielo las almas de los que allí encontrasen (1). Esta Bula fué confirmada por Alejandro V,

(1) Nos ha parecido oportuno copiar aquí la Bula Sabatina en lo que toca á los cofrades, para conocimiento de los que puedan ignorarla. Dice así: *Et si alii devotionis causa sanctam ingrediantur religionem, sancti habitus signum ferentes, appellantes se confratres, et consorores mei ordinis prænominati, liberentur a tertia eorum peccatorum portione à die, quo præfatum ordinem intrabunt castitatem si vidua est, promittendo virginitatis, si virgo est, fidem præstando: si conjugati, inviolati conservationem matrimonii adhibendo, ut sancta Mater impe-*

por San Pio V, Gregorio XIII, Clemente VII, VIII y X, y Paulo V.

¿Qué mas puede hacer María por vosotros, cofrades del Carmelo? Yo debo aplicar ahora á nuestra Santísima Madre y benéfica y protectora, aquellas palabras con que el Evangelista San Juan esplica el grande amor de Jesucristo para con sus apóstoles. Sí: como María hubiese amado á los suyos, los amó hasta lo sumo en el privilegio Sabatino. A vista, pues, de tales mercedes y tan singulares gracias, creo no haber exagerado cuando dije que la cofradía del Cármen no cede á ninguna otra la abundancia de sus privilegios, asi como quedó probado que tampoco cede la gloria de su antigüedad. Bien podeis á vista de esto levantar vuestra voz cada uno de vosotros y esclamar: *Spes mea tu in die afflictiones*. Tú, Virgen Santísima del Cármen eres mi esperanza y mi consuelo en el dia de la afliccion.

Necesario es, pues, devotos cofrades del Carmelo, que si deseais que el santo Escapulario sea para vosotros un signo de salvacion y una prenda de alianza eterna, trateis de cumplir exactamente los deberes que os impone el hábito que cubre vuestros pechos: no basta llevarlo y estar inscritos en el libro de la

rat Ecclesia: fratres prædicti ordinis supplicio solvantur et culpa. Et á die quo sæculo recedunt ab isto, properato gradu accelerant ad purgatorium. ego Mater gratiose descendam sabbatho post eorum obitum, et quotquot inveniam in purgatorio liberabo, et eos in montem sanctum vitæ eternæ redducam. Verum quod isti confratres et consorores teneantur horas dicere canonicas, ut opus fuerit secundum regulam ab Alberto datam. Illi qui ignari sunt, debeant vitam jejunam ducere in diebus, quos sancta jubet Ecclesia, nisi necessitatis causa alicui essent traditi impedimento, mercurio et sabbatho debent se à carnibus abstinere proterquam in Filii mei Nativitate.

Et hoc dicto, evanuit hæc sancta visio. Istam ergo indulgentiam accepto, roboro et in terris confirmo sicut propter merita Virginis gloriosæ Jesus Christus concessit in cælis.

cofradía, sino á mas tener una vida honesta, viviendo en castidad, rezar el oficio de la Virgen ó ayunar los sábados; y en premio de ello participareis de todos los bienes espirituales de la religion del Cármen, y de toda la Iglesia universal; alcanzareis la proteccion de la Señora, que despues de favoreceros en la tierra, no solamente librárá vuestras almas del fuego eterno, sino á mas las sacará del purgatorio el sábado inmediato al dia de vuestra muerte.

Hermosa carmelitana, Madre y protectora amantísima, haced que no sean perdidos para nosotros tantos bienes por el desarreglo de nuestra conducta. *Respice de cælo et vide et visita vineam istam, quam plantavit dextera tua:* mira desde el cielo por la familia carmelitana que te pertenece: haz que en ella se observen las leyes que tú misma has establecido. Tu Escapulario sea un fuerte escudo que nos defienda de todos nuestros enemigos, que nos haga resistir todas las tentaciones, y que nos saque triunfante de los peligros que el mundo nos presenta. Y cuando llegue aquella hora terrible en que tengamos que dejar este mundo para dar estrecha cuenta á la divina justicia, sed entonces nuestra especial protectora, y no os olvideis en un momento tan supremo de que somos tus hijos: intercede entonces por nosotros, pues estamos ciertos que con tu intercesion, tendremos la inestimable dicha de ser participantes de las delicias de la gloria. *Amen.*

SERMON 2.º

PARA EL DÍA

DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

*Non recedat laus tua de ore hominum.
Tu alabanza no se apartará de la boca
de los hombres.*

Judith. cap. XXII, v. 25.

Ilustre Congregacion: No es por cierto á la célebre heroína libertadora de Bethulia á quien yo dirijo en esta mañana el elogio contenido en las palabras que acabais de oír. Verdad es que á esta mujer tan hermosa como llena de valor é intrepidez, que con mano fuerte supo romper las cadenas que aprisionaran á su affligido pueblo, concluyendo con la vida del tirano Holofernes, fueron dirigidas por los agradecidos betulienses. Celebren en buen hora las páginas de la Escritura Santa á esta famosa criatura, de la que tan grandes beneficios recibió su patria. La que hoy es objeto de nuestro culto y devocion, es una mujer singular, favorecida de un modo extraordinario por la mano del Omnipotente, y cuya gloria oscurece la de todos los héroes que admiraron al mundo en todas las edades. Hablo de María, de aquella mujer escogida entre mi-

llares, que siendo Madre de Dios por un misterio del amor del Espiritu Santo, es tambien Madre de los hombres por otro misterio del amor de Jesucristo. A esta purísima y sin par criatura, es á quien dirijo mi voz, diciéndola con el mayor regocijo de mi corazon: *Non recedat laus tua de ore hominum.*

¿Y cómo han de faltar sus alabanzas de la boca de los hombres, cuando en todas partes déjense ver señales nada equívocas del amor que profesa á sus hijos adoptivos, y de la misericordia y bondad con que los acoge bajo su manto? ¿Cómo dejarán de resonar en nuestros templos, cánticos en su loor, cuando ella es el consuelo de la humanidad, el refugio de los pecadores y el auxilio de los cristianos? ¿Cómo dejarán los hijos de la Iglesia de implorar su proteccion, cuando saben que es la tesorera de la divina misericordia y el acueducto por donde se comunica á las criaturas? Sí, María, no ha faltado, no falta ni faltará jamás tu alabanza de la boca de los hombres, porque tú eres la frondisima palma, bajo cuyas sombras se refugia el pecador para no ser víctima de la ira divina; y tal es tu bondad y misericordia, que á ello convidas al miserable delincuente (1). ¡Cuán justo es que la oratoria, la música y la poesía se empleen en cantar tus glorias y publicar tus alabanzas!

En efecto, mis señores: el culto y la devocion de la Santísima Virgen María, no es una cosa nueva, debida á la piedad de los últimos tiempos, ni empezó en el siglo IV de la Iglesia, como quieren los protestantes de male fé. Para negar que la Madre de Dios, constituida por su Divino Hijo en el Calvario Madre

(1) *Virgo ramorum extensione se ubique expandit, ut filios Adæ ab aestu et turbine, umbro desiderabili protegeret. B. Amab. Hom. VIII.*

de los hombres, fué desde la cuna del cristianismo el tierno objeto del amor de los cristianos; es necesario no tener conocimiento alguno de la historia de la religion, de las antiguas tradiciones, y aun haber renunciado hasta el sentido comun. No seré yo el que afirme que la Santísima Virgen tuvo altares antes de dejar la tierra, porque esto no parece creible, por mas que lo afirmen antiguas historias, empero sí afirmaré dos cosas que la honran: lo primero que aun antes, mucho antes que Maria apareciese sobre la tierra, fué objeto de la espectacion de los justos que suspiraban por el Mesías. Instruidos como lo estaban por las profecías, de que el Salvador habia de ser el fruto bendito del vientre de una doncella, ¿cómo no suspirarian por la venida de la mujer venturosa que habia de producir al que habia de dar la salud al mundo? Lo segundo, que el culto que el cristianismo consagra á Maria, tuvo principio en su mismo sepulcro. Por una lamentable desgracia no son completos los documentos que nos han quedado del primer siglo de la Iglesia; mas sin embargo, yo creo poder fijar la época de que data el culto y devocion de la Señora, en el tiempo mismo de su preciosa muerte y gloriosa Asuncion á los cielos, como haremos observar; y si por haberse establecido por el mismo Jesucristo esta devocion en su Iglesia, al tiempo mismo que se establecia la religion cristiana en el mundo, como nota un piadoso cantor de las glorias de Maria (1), esta Señora fué el tierno objeto del amor, del acendrado afecto y devocion de todos los cristianos, y ella por su parte los ha acogido á todos como hijos adoptivos

(1) Pensamientos del P. Luis Francisco d' Argentan acerca de las grandezas de la Santísima Virgen, cap. XXXVI.

de su corazon, por espresa voluntad de su Divino Hijo; yo veo con admiracion en medio del cristianismo, una familia privilegiada y enriquecida, una familia honrada extraordinariamente por la Santísima Virgen, que ha hecho de ella una segunda adopcion de maternidad. Hablo, mis señores, de la familia Carmelitana, hablo así de los religiosos del orden del Carmelo, como de los individuos que componen sus cofradías, á los cuales ha adornado con el Santo Escapulario, vestidura de honor, llenándoles de privilegios y ofreciéndoles una particular proteccion en la vida y en la muerte.

Insensiblemente hemos insinuado el asunto del presente discurso. Voy á demostraros, contra el escepticismo que se rie de nuestra piedad, que *el Santo Escapulario del Cármen es la prenda de un amor mútuo y permanente, entre Maria y sus cofrades carmelitas*. Unica proposicion que nos demostrará claramente el amor de Maria Santísima del Cármen hácia nosotros, y nuestros deberes de gratitud para con ella.

Para el mejor desempeño de mi oracion, imploremos los auxilios de la divina gracia, que ciertamente conseguiremos, si dirigimos nuestras súplicas por la intercesion poderosa de nuestra Santísima Madre y Señora del Cármen, á la cual saludaremos reverentes repitiendo las espresiones del celestial Paraninfo. *Ave Maria*.

PARTE UNICA.

Existe desgraciadamente en medio de la sociedad cristiana una escuela, cuyas corruptoras doctrinas envenenan á la inesperta juventud, conduciéndola

por caminos estraviados cierta é indudablemente, al abismo de la perdicion eterna. Nuestra pátria ha sido un suelo privilegiado, y nada ha tenido que envidiar á otras naciones, en punto á verdadera piedad. Mientras pueblos desgraciados cerraban los ojos á la luz de la verdad, dejándose arrastrar por el torrente impetuoso de la impiedad; mientras las perniciosas doctrinas del apóstata Lutero, se estendian con rapidez aun en naciones en que el catolicismo habia producido frutos admirables: mientras que la Gran Bretaña y la Alemania, arrojaban de sus altares las imágenes de la Madre de nuestro Dios y las de los santos, abrazando la mal llamada reforma protestante, la España presentaba un espectáculo admirable á la faz de las naciones, y la piedad de los hijos de la Iberia era proverbial en todas partes.

No me hace exajerar el amor pátrio que arde en mi corazon: hablo lo que todos saben, y lo que demuestran y esplican con un silencio elocuente tanta multitud de suntuosos templos, y las ruinas siempre venerables de aquellos célebres monumentos cristianos, que la piqueta, diestramente manejada por las revoluciones de que ha venido siendo victima nuestra patria, ha destruido.

Empero, digámoslo con noble orgullo; los esfuerzos de propios ni estraños no han sido suficientes para arrebatár su piedad á los que tienen por Madre y reconocen por Patrona á la Madre de nuestro Dios: millares de lenguas, movidas por un mismo impulso é idénticos sentimientos de piedad, clamaron á grandes voces, cuando se hubo apercebido el católico pueblo español de que se trataba de levantar sinagogas y mezquitas al lado mismo de los templos

donde adoramos al verdadero Dios, y le tributamos nuestros respetos (1). ¡Quién lo creyera! Nunca ha sido mas suntuoso y grandioso el culto que se ha tributado en nuestros santuarios que en la época en que la Iglesia se ha visto mas empobrecida. Tended vuestra vista por todos los pueblos de nuestra Península, y fijándonos tan solamente en este dia, dedicado á celebrar á la Santísima Virgen con el hermoso y simpático titulo del Càrmen: ¡en cuántos templos se cantaràn sus alabanzas! ¡Cuántas luces arderán ante sus imágenes! ¡Cuántas voces é instrumentos músicos entonaràn himnos de alabanza! No hay que dudarlo, mis señores; España es el pueblo católico por escelencia y no naufragará en el borrascoso mar de la impiedad porque es tambien el pueblo Mariano: sí, porque María que es su Patrona la protege de un modo admirable.

Perdonadme, mis señores, que haya dado un momento de desahogo á los sentimientos de mi corazon, pues no puedo menos de regocijarme al observar la piedad y devocion que se advierte en las grandes

(1) Alude el orador á los debates sostenidos en las córtex de 1855 sobre si se habia de establecer en España la libertad de cultos. Son notables la exposiciones que de todos los puntos de nuestra Península se dirigieron á las mismas córtex, pidiendo que no se llevase á efecto una medida tan contraria á las ideas de la generalidad del pueblo español. Los prelados, los cabildos eclesiásticos, todas las corporaciones, y hasta el sexo piadoso de algunas capitales, se apresuraron á levantar su voz, y á protestar contra los representantes de la nacion, que abusando de su posicion querian arrebatarnos la unidad católica en que cifran sus glorias y su mayor timbre los hijos del pueblo de los Recaredos y Fernandos. A tantos esfuerzos por parte de todas las clases de la sociedad, y á la constancia de varios diputados, entre los que se hizo notable el Sr. D. Tomás Jaen, que ya habrá recibido en el cielo el premio de sus tareas en defensa del catolicismo, se debió el que se conservase en nuestra patria la unidad católica. La España dió en esta ocasion una prueba mas de que es eminentemente católica y que nada pueden conseguir en nuestra patria los esfuerzos del filosofismo impio.

(Nota del autor.)

conurrencias que acuden á nuestros templos y el amor y devocion que generalmente se profesa á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra.

Dijimos, mis señores, que el Santo Escapulario carmelitano con que adornamos nuestros pechos es prenda de un amor mútuo y permanente entre Maria y los carmelitas. Es una verdad clara á todas luces.

No pretendo decir que solo los religiosos y cofrades del Cármen, tengamos derecho á la proteccion de la Santísima Virgen, pues sé muy bien que en el Calvario aceptó en persona del amado discípulo la maternidad de todos los hombres. Ella es la madre de todos los pecadores, y ruega continuamente por los miserables delincuentes. En ella despues de Dios fija el cristiano su esperanza, de alcanzar misericordia y conseguir el remedio de los males y desgracias que le afligen: empero si todos los hijos de la Iglesia pueden llenarse de regocijo por tener en el cielo una Madre tan llena de misericordia, tú, congregacion illustre, puedes gloriarte porque eres la heredad predilecta de Maria. Ella te ha elegido para que seas su pueblo propio y peculiar, para que permanezcan en tí sus ojos y su corazon. No lo dudeis: Maria puede decirse que es dos veces nuestra Madre, porque si bien le pertenecemos por la adopcion que hizo de todos los hombres al pié del leño sagrado de la Redencion, ha hecho de nosotros una segunda adopcion particular, concediéndonos un distintivo que nos dé á conocer en todas partes como hijos predilectos de su corazon.

En efecto, mis señores; el Santo Escapulario del Cármen es una dádiva de manos de la Santísima Virgen, que apareciéndose á Simon Stock, general de

los Carmelitas, se lo vistió por sus mismas manos, dirigiéndole estas consoladoras palabras: «*Recibe, hijo mio, este escapulario, que en adelante será el signo de mi cofradía, y para tí y para todos los carmelitas un excelente privilegio: cualquiera que muriese con él, no padecerá el fuego eterno; porque esta es SEÑAL DE SALVACION; LA SALUD EN LOS PELIGROS, EL FEUDO DE LA PAZ Y DE UN PACTO SEMPITERNO.*» *Ecce signum salutis, salus in periculis, fœdus pacis, et pacti sempiterni.*

Cuando repito ¡oh Maria! esta promesa de tus benditos labios, no puedo menos de bendecir al Hacedor Supremo, que os crió para que fuérais el consuelo de la humanidad aflijida. Tú eres dos veces nuestra madre, y en esa promesa que hiciste á Stock y á todos los carmelitas, descubro claramente que tu santo escapulario es prenda de amor mútuo y permanente entre tí y los religiosos y cofrades.

Decidme, hijos de Maria, estirpe santa, ¿qué tendremos que temer, contando con el amor y la proteccion de Maria Santísima del Cármen? ¿Podrán intimidarnos los tiros de nuestros enemigos, teniendo en el escapulario un fuerte escudo de defensa, y una señal de salvacion y de un pacto sempiterno? Las tentaciones, arma cruel de que se vale el demonio para hacernos caer en el abismo del pecado, perderán con nosotros su fuerza, si el Santo Escapulario cubre nuestros pechos y nos hacemos dignos de las gracias que les están pignoradas. Podremos vernos rodeados de tribulaciones, pero ellas no serán suficientes para conducirnos á la desesperacion, porque este don de la Reina de los ángeles, nos infunde una fortaleza admirable y un valor extraordinario para sufrir no solo con resignacion, mas aun con alegría, todas las

aficciones. Si, mis hermanos: por mas que el escepticismo del siglo XIX, no vea en el Santo Escapulario del Cármen otra cosa que un adorno inútil y aun ridículo, nosotros sabemos que es un signo de salud, una salvaguardia en los peligros y una prenda de alianza eterna: *Ecce signum salutis, salus in periculis, foedus pacis et pacti sempiterni.*

¿Por qué el nombre hermoso de María Santísima del Cármen resuena á cada momento en nuestros oídos? ¿Por qué la invoca el pobre para implorar la caridad de sus prójimos, el afligido para conseguir remedio, el enfermo para alcanzar la salud, el afligido navegante para no perecer en medio de las embravecidas olas? ¡Ah! Porque es mas fácil contar las estrellas que brillan bajo la bóveda de los cielos, que los prodigios que esta Señora obra cada dia en favor de sus devotos, y principalmente de los que pertenecen á su cofradía y cubren sus pechos con el Santo Escapulario.

Y en efecto: el padre San Agustin, llama á María esperanza única de los pecadores, y el Damasceno pone en sus labios estas sublimes palabras: «Yo soy una ciudad de refugio para todos cuantos á mí se acercan (1).» El valimiento de la Santísima Virgen se funda en un poder real y positivo, y como su corazon es un corazon lleno de misericordia, empléase continuamente en pedir gracia en favor de los miserables pecadores: nadie acude á esta amantísima Señora que no consiga el objeto de sus peticiones, porque el Señor nada niega á su Madre. Y si esto hace generalmente con todos los cristianos, no hay que

(1) Ego civitas refugii omnium ad me confungientium. Sanc. Joan. Damasceno, Orat. 2 de Dormit.

extrañar que tan sensiblemente experimenten los carmelitas los efectos de su proteccion poderosa, puesto que ella, al hacerles la dádiva del Santo escapulario, los ha escojido por su porcion predilecta. Solemnemente nos ha ofrecido que el Santo Escapulario será siempre para nosotros un escudo de proteccion, un fuerte muro de defensa. ¡Ah! Cumplamos exactamente con las obligaciones que el Santo Escapulario del Cármen nos impone, y no solo nos librára de las llamas eternas, sino que será para nosotros la salud en los peligros, el feudo de la paz y de un pacto sempiterno. *Ecce signum salutis, salus in periculis foedus pacis, et pacti sempiterni.*

¡Cuánto te debemos, oh Madre y Señora nuestra! ¡Cuánto has hecho y haces cada día por nosotros! Si no fuera por la proteccion que nos dispensas, tal vez estaríamos á estas horas en el infierno, porque no otra cosa hemos merecido por nuestras culpas! Digna eres ¡oh hermosa Carmelitana! de que sin cesar cantemos tus alabanzas y bendigamos al Señor, por haberte criado para consuelo de la humanidad: siempre fuistes el regocijo de los cristianos, y pasarán siglos y más siglos, y hasta la consumacion de todos ellos no faltará tu alabanza de la boca de los hombres. *Non recedat laus tua de ore hominum.*

Congregantes ilustres, meditaad con despacio en los grandes privilegios que la Santísima Virgen ha concedido al Santo Escapulario con que nos honramos: leed el voluminoso catálogo de gracias é indulgencias con que la Iglesia le ha enriquecido, y conoceréis cuanta es nuestra dicha y felicidad, y no podreis menos de conocer que el Escapulario santo es la prenda de un amor mútuo y permanente entre María y los

carmelitas. Que el Leviatan soberbio ponga en juego todo su ardid maldito para hacernos perecer; que las pasiones se rebelen contra el espíritu; que el mundo trate de deslumbrarnos, poniendo ante nuestra vista el espectáculo de sus encantos, nada podrá vencernos si el escapulario del Carmen nos escuda. María, con esa solicitud y ternura que es propia de su corazón maternal nos dará la mano, y con su ayuda y protección conseguiremos la victoria.

Tal es, mis hermanos, el amparo que María Santísima del Carmen nos dispensa; ¿pero correspondemos nosotros cual debemos á esta tierna Madre, tan solícita por nuestra salvación? Las obras de María y su conducta para nosotros, son de una buena y cariñosa madre. Ahora os preguntaré: ¿nuestras obras, son propias de buenos y cariñosos hijos?

¡Ah! Si la familia carmelitana ha sido tan favorecida en todos tiempos, si ella ha presentado un espectáculo luminoso á la faz del mundo, es porque ha sido fiel en corresponder á su Madre. Tal vez algunos de vosotros os quejéis de que no obstante de pertenecer á la cofradía del Carmen y vestir el Santo Escapulario, acudís en vuestras tribulaciones á la que es nuestra Madre y protectora, y no habeis experimentado el socorro: no os quejéis; y si así ha sucedido, culpaos á vosotros mismos, porque habeis pedido en mal estado, ó no os habeis hecho acreedores á su protección por vivir de un modo contrario á la ley de su Divino Hijo: porque no hay que hacerse ilusiones, mis hermanos, para conseguir las ventajas del Santo Escapulario, es necesario mostrarnos por nuestras obras verdaderos hijos de María: pensad que á pesar de una vida criminal, se ha de conseguir la salvación por solo llevar el

Santo Escapulario, no solo es un atroz delirio, sino que á mas es injurioso á la Santísima Virgen, á quien se pretende hacer protectora de la maldad.

María es la estrella del mar, que nos conducirá con seguridad al puerto de salvación porque suspiramos, toda vez que nosotros nos hagamos acreedores á tamaño beneficio por nuestra conducta cristiana. Corramos, pues, mis hermanos, á refugiarnos á esta ciudad fortalecida. «Yo soy, nos está diciendo, la Madre del Amor Hermoso, y del temor y de la ciencia, y de la santa esperanza (1). ¿Deseais salir ilesos de los peligros del mundo? ¿Anhelais por llegar un día á la posesión de la gloria? Pues por mí se alcanza la gracia de conocer la verdad y de atinar con el camino que lleva á ella (2). No os dejéis arrastrar, hijos míos, por el torrente de la impiedad: esa felicidad que el mundo os ofrece es vana é ilusoria: ¿quereis ser verdaderamente felices? ¿Deseais veros libres de todos los enemigos que se opongan á vuestra felicidad? pues venid á mí todos los que amais, y saciaos de mis frutos (3).»

Sí, mis hermanos: acudamos á María y refugiémonos bajo su manto de misericordia, y procuremos merecer su protección por el exacto cumplimiento de los deberes que nos impone el Santo Escapulario, vestidura de honor que nos dá á conocer por sus especiales hijos y amadísimos esclavos. Si así lo hacemos, seremos verdaderos carmelitas, y seremos libres de

(1) Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. Ecll. cap. XIV. v. 24.

(2) In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Ibid. v. 25.

(3) Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini. Ibid. v. 26.

las llamas eternas: María Santísima del Cármen después de favorecernos en esta vida, intercederá con su Santísimo Hijo por nosotros en la hora de nuestra muerte, y después sacará nuestras almas del purgatorio para conducirnos á la gloria, según la promesa hecha por sus mismos labios al Pontífice Juan XXII, privilegio extraordinario contenido en la Bula Sabatina, aprobada por muchos soberanos pontífices y autorizada por la Iglesia. Privilegio singular, que junto con los demás concedidos, á los que visten el Santo Escapulario del Cármen, nos demuestran claramente la verdad de la proposición que senté al principio, á saber: que el Santo Escapulario del Cármen, es la prenda de un amor mútuo y permanente entre María y los carmelitas.

Virgen Purísima del Carmelo, protectora nuestra: los que vestimos la librea que nos da á conocer por esclavos tuyos, te suplicamos humildemente que no sean perdidos para nosotros por nuestras culpas los grandes privilegios que nos has concedido por vestir tu Santo Escapulario. Alcanzad para esta nación Mariana, paz estable y duradera: haz que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas, las guerras y las demás plagas con que el Señor castiga á los iníquos: cúbreonos con ese manto de piedad, defiéndenos para que no seamos víctimas del Leviatan soberbio que intenta devorarnos, y en suma, alcánzanos la divina gracia á fin de que muriendo con la muerte preciosa de los justos, llegue un día, en el que en tu compañía, cantemos eternas alabanzas á tu Santísimo Hijo Jesús nuestro Redentor, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas, vive y reina en la Sion Santa de la Gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON

PARA EL DÍA

DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

*Quæ est ista, quæ progreditur quasi
aurora consurgens, pulchra ut luna, electa
ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?

Cant. cap. VI, v. 9.

Venerable coro de Vírgenes del Señor, piadoso auditorio: La impiedad y la incredulidad, hánse propuesto desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros mismos días, sostener una lucha porfiada contra la Esposa Inmacula de Jesús, nacida de su divino costado, según la brillante expresión del grande Agustino. Deseosos de borrar el cuadro hermoso de sus glorias, y de hacer que la verdad sirviera de escabel al error y á la mentira, pusieron siempre en juego los más artificiosos medios, y desde aquel instrumento del infierno que por la oración del Príncipe de los apóstoles pagara su atrevimiento y osadía, estrellándose en lo mejor de su vuelo en presencia

las llamas eternas: María Santísima del Cármen después de favorecernos en esta vida, intercederá con su Santísimo Hijo por nosotros en la hora de nuestra muerte, y después sacará nuestras almas del purgatorio para conducirnos á la gloria, según la promesa hecha por sus mismos labios al Pontífice Juan XXII, privilegio extraordinario contenido en la Bula Sabatina, aprobada por muchos soberanos pontífices y autorizada por la Iglesia. Privilegio singular, que junto con los demás concedidos, á los que visten el Santo Escapulario del Cármen, nos demuestran claramente la verdad de la proposición que senté al principio, á saber: que el Santo Escapulario del Cármen, es la prenda de un amor mútuo y permanente entre María y los carmelitas.

Virgen Purísima del Carmelo, protectora nuestra: los que vestimos la librea que nos da á conocer por esclavos tuyos, te suplicamos humildemente que no sean perdidos para nosotros por nuestras culpas los grandes privilegios que nos has concedido por vestir tu Santo Escapulario. Alcanzad para esta nación Mariana, paz estable y duradera: haz que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas, las guerras y las demás plagas con que el Señor castiga á los iníquos: cúbreonos con ese manto de piedad, defiéndenos para que no seamos víctimas del Leviatan soberbio que intenta devorarnos, y en suma, alcánzanos la divina gracia á fin de que muriendo con la muerte preciosa de los justos, llegue un día, en el que en tu compañía, cantemos eternas alabanzas á tu Santísimo Hijo Jesús nuestro Redentor, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de Personas, vive y reina en la Sion Santa de la Gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON

PARA EL DIA

DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

*Quæ est ista, quæ progreditur quasi
aurora consurgens, pulchra ut luna, electa
ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?

Cant. cap. VI, v. 9.

Venerable coro de Vírgenes del Señor, piadoso auditorio: La impiedad y la incredulidad, hánse propuesto desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros mismos días, sostener una lucha porfiada contra la Esposa Inmacula de Jesús, nacida de su divino costado, según la brillante expresión del grande Agustino. Deseosos de borrar el cuadro hermoso de sus glorias, y de hacer que la verdad sirviera de escabel al error y á la mentira, pusieron siempre en juego los más artificiosos medios, y desde aquel instrumento del infierno que por la oración del Príncipe de los apóstoles pagara su atrevimiento y osadía, estrellándose en lo mejor de su vuelo en presencia

de todo un pueblo, hasta el siglo XVIII, padre y maestro de este en que vivimos, en que Voltaire, el patriarca de la impiedad, recibia felicitaciones por la eterna ruina de la católica Iglesia, y desde los dias del reinado del sofista Federico, hasta estos que vamos atravesando, siempre se han regocijado los enemigos de la Iglesia, siempre llenos de ilusiones han creído hallarse en la última época del catolicismo. Diez y ocho siglos y mas de perpetuidad no ha sido para ellos una prueba. Ciegos muchos soñadores de nuestros dias, y guiados por otros mas ciegos que ellos, unos y otros necesariamente caen en el precipicio, segun la espresion del Evangelio (1), y no cierran sus ojos para partir al sepulcro, sin conocer el error que les guiara.

Cada vez mas gloriosa vió la Iglesia caer los tronos, venir por tierra los imperios, hundirse en el polvo las dinastías, y vióse á veces víctima tambien de las revoluciones, despojada de sus bienes y hasta de los vasos sagrados. Empero esto es para ella momentáneo. Años y aun tal vez siglos no son suficientes para consolidar los tronos y volver la suspirada paz á las naciones, y la Iglesia entretanto en un momento se eleva y se ensalza, se presenta á las sociedades, si puedo decirlo así, mas santa y mas divina.

Cosa es de observacion, señores; mientras que como el humo desaparece la mundana gloria de los enemigos de la Iglesia, y por otros nuevos se corrompe á la sociedad proclamando una anarquía espiritual y política, ideas ciertas de perdicion, la Iglesia celebra sus solemnidades y sus fiestas con

(1) Cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt. Math. cap. XV, v. 14.

tanta tranquilidad y gozo, como celebrarlas pudiera en los dias de sus mayores triunfos. Y concretándonos á nuestra española nacion, aquella fé predicada por el apóstol Santiago y acogida con tanto entusiasmo por nuestros mayores, no se ha entibiado por fortuna en los nobles pechos de los hijos de la patria de los Recaredos y Fernandos. En vano se ha tratado en nuestros dias de destruir los cimientos de nuestra augusta religion: en vano se ha querido socavar nuestra unidad católica: lejos de enfriarse nuestra fé, el amor á Dios y á su Iglesia, la devocion ardiente á la Santísima Virgen, bajo cuyo patrocinio está la España, se aumenta cada dia de un modo maravilloso y providencial, á pesar de los esfuerzos de los enemigos de la religion y de la patria.

Esto que siempre es un consuelo para el orador evangélico, lo es muy extraordinario para mí al ocupar en esta mañana la cátedra de la religion, para hablaros de la Asuncion gloriosa de la Santísima Virgen á los cielos: al dirigir mi vista hácia ese coro de esposas de Jesucristo, doy gracias á la Providencia que ha permitido que á pesar de tantos trastornos, y á través de tantas persecuciones se hayan conservado entre nosotros estos jardines hermosos, estos plantales de virtudes, estos alcázares de santidad, desde los cuales tantas almas justas dirigen sus oraciones á Dios en favor nuestro. Y al estender una mirada sobre el numeroso auditorio que viene á escuchar las alabanzas de Maria, mi corazón se dilata de gozo al contemplar los triunfos del catolicismo.

Cristianos: vosotros que por conviccion huis de las pestilenciales cátedras de una filosofia errónea, no olvidéis que esa felicidad que os anuncian y ofrecen

los llamados reformadores es falsa: no hay felicidad fuera del rebaño de Pedro: ¿deseais vivir de tal modo que vuestra vida sea el camino de vuestra salvacion eterna, y vuestra muerte la puerta que á ella os conduzca? La Iglesia os presenta hoy el mejor modelo que podeis imitar: la Asuncion de la Santísima Virgen á los cielos es el libro donde podeis aprender la ciencia de la salvacion, que es sin duda el estudio mas interesante y de mayor utilidad. La Asuncion de la Virgen fué el premio de sus virtudes. Haciéndoosla ver en su muerte, en su Asuncion y en su coronacion, procuraré alentar vuestra devocion á esta gran Señora. Presenciando su muerte que no fué otra cosa que un sueño de amor, un tránsito apacible y gozoso, os resolvereis á practicar las virtudes para que vuestra muerte sea preciosa: *Primera Parte*. Considerando su Asuncion gloriosa á los cielos, adquirireis un vivo deseo de ser habitantes de la patria celestial y os resolvereis á evitar los obstáculos que para ello os oponga el mundo: *Segunda Parte*. Asistiendo en espíritu á su coronacion por reina de ángeles y hombres, se alentará vuestra esperanza por tener en el Empíreo, á mas altura que los ángeles y todos los bienaventurados protectora tan benéfica: *Tercera Parte*.

Virgen Purísima, angelical criatura, que te ves sublimada á tanta gloria; para hablar de tus mayores triunfos, necesita este indigno ministro de tu Santísimo Hijo especiales auxilios de la divinidad. Nada soy y ningun mérito tengo que poder presentar para conseguir mi demanda. A tí, pues, me acojo ¡oh, candidísima Maria! Presenta tus relevantes méritos ante el acatamiento divino, y alcánzame las gracias que necesito en esta mañana, para ser fiel

intérprete de la divina palabra. Mientras tanto nosotros en fuerza del amor que te profesamos te saludamos llena de toda gracia. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

¡Morir!... Tal es, venerable comunidad y cristiano auditorio, el destino del hombre. Aquel individuo á quien el orden de la Providencia ha colocado sobre un trono, y á cuya voz obedecen millares de vasallos; aquel gran conquistador que no puede ya contar el número de sus batallas, y que cubre sus sienes con coronas mil del laurel mas escogido; el que nada en la abundancia como el infeliz que no posee otro caudal que los miseros harapos con que cubre su desnudez, todos sin escepcion corren presurosos para la tumba. Están contados los pasos del hombre sobre la tierra, y no andará uno mas de los que les está señalado en el reló de la Providencia. No hay cosa mas cierta, ni que mas nos recuerda la esperiencia de cada dia, ni tampoco por desgracia hay cosa mas olvidada de la mayor parte de los cristianos. Por elevada que sea una criatura, por grande que sea su destino, tiene que pasar por el trance de la muerte. Empero yo distingo con la Escritura Santa, dos clases de muertes: muerte desgraciada y muerte feliz: muerte del pecador obstinado que es pésima en los ojos de Dios (1), y muerte del justo que es preciosa á los divinos ojos (2). Es la primera, efecto preciso de una vida desordenada, de una vida criminal, al paso que consiguen la segunda,

(1) Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.

(2) Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus. Ps. CXV, versículo 15.

aquellos que temerosos de Dios, ó bien conservaron sin mancha la blanca estola de la inocencia, ó bien borraron su infidelidad por una saludable penitencia. Por esto dice San Bernardo, que de la vida pende la muerte y de la muerte la eternidad.

¡Mas qué es esto! ¿El fatal decreto impuesto á toda criatura, ha de envolver tambien á María? ¿Habrá de pasar por la muerte la que no pasó por el pecado? Así como un privilegio singular la preservó del pecado original, ¿no podrá ser por otro igual, libre de la muerte? Así, hermanos míos, parece á la prudencia humana que debiera ser, puesto que la muerte es pena del pecado, del que María fué libre. Empero María debía ser semejante á su Divino Hijo, y Dios quiso por lo tanto que ella muriese como habia muerto Jesus. A mas de esto, María debía enseñar á los fieles que componen la Iglesia, y con su muerte debía enseñarnos á morir con la preciosa muerte de los santos. La muerte de la Señora no fué otra cosa que un tránsito dulce y agradable: tan santa como habia sido su vida, habia de ser su muerte. Es indudable, pues que nos lo dice el Espíritu Santo, que allí donde la criatura cree tener su tesoro, allí tiene fijo su corazón; y como el tesoro de María era su divino Jesus, su corazón no aspiraba á otra cosa que á unirse á él para siempre; por lo que sabiendo por revelacion divina el momento de su muerte, se llena de regocijo, y con la próxima esperanza de abrazarle, queda desfallecida de amor. Este amor fué su única enfermedad: su alma se separó de su cuerpo para volvérselo á unir, y que su bendito cuerpo, sin pasar por la corrupcion y sin esperar á la resurreccion de la carne, subiese á la mansion de la felicidad eterna.

¡Qué muerte tan feliz! ¡Qué tránsito tan glorioso el de la Madre de nuestro Salvador! Así como mirais con horror y espanto la muerte del malvado, porque veis tras ella con los ojos de la fé una eternidad desgraciada, no podeis menos de admiraros y bendecir al Señor, cuando presencias la muerte del justo. En aquellos momentos supremos, mirais con aborrecimiento el pecado, y deseais necesariamente que cuando os sorprenda el tránsito para la eternidad, os coja preparados por la práctica de las virtudes cristianas. Ningun modelo, pues, mas eficaz, os puede servir para ello que la preciosa muerte de la Santísima Virgen: su muerte fué mas preciosa que todas las muertes. ¿Y por qué? Porque su vida fué la mas pura, la mas santa de todas las vidas, escluyendo tan solo la de su Divino Hijo. Demos, pues, una pincelada al cuadro de sus virtudes, de esas virtudes heroicamente practicadas, efecto de las cuales fué la preciosidad de su muerte. Su consideracion os hará caminar por la senda de la justicia, y os hará acreedores á morir con la preciosa muerte de los justos.

Y desde luego el deseo de poseer todas las grandezas de la tierra, el apego á los bienes perecederos del mundo, es lo que hace amarga la memoria de la muerte á los mundanos, segun la espresion del Espíritu Santo (1). Nada hubo para la bienaventurada Madre del Salvador mas distante de su corazón que el apego así á las grandezas de la tierra como á las riquezas, móvil por lo comun de trastornos y de pecados. Hija de muchos reyes y soberanos pontífices, descendiente de tantos ilustres patriarcas, como nos

(1) ¡Oh mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis! Eccli. cap. XLI, v. 4.

refiere San Mateo en el capítulo primero de su Evangelio; no obstante estar elegida para un destino superior al de toda criatura, cual era el dar nuestra naturaleza en su purísimo vientre al que era Hijo del Eterno Padre, y alimentarle con el suavísimo nectar de sus pechos, nace hija de Joaquin y Ana, que pobremente vivían en la pequeña villa de Nazaret en Galilea. Lejos de hacer conocer María sus derechos á tener parte en la casa real, como quiera que estuvo dotada de un entendimiento superior, que no empezó á desarrollarse en ella cuando es comun venir la criatura al uso de la razón, sino que nació adornada con tan rica joya, apenas tiene tres años cuando mirando con desden el mundo y sus vanidades se propone atesorar, no esos bienes mundanos que corrompen la polilla y el moho, y están espuestos á la codicia de los ladrones, según la espresion del Evangelio (1), sino bienes que depositándose en el cielo, no están espuestos á tales contingencias; esto es, bienes de virtudes y santidad. Así es que abandonando los cuidados que con ella tenían sus santos padres, en alas del amor se dirige al templo, para entregar á Dios todo su corazón y emplearse en aquel santo lugar al noble ejercicio de la piedad. Dóciles y obedientes á la voluntad de Dios, Joaquin y Ana despréndense de su amadísima hija, y ella llena del mayor consuelo y regocijo dirige sus pasos en busca de su amado, sin volver la cara al mundo que se había propuesto abandonar. Dentro del templo María es ya verdaderamente una torre inespugnable, fuerte cual un ejército ordenado

(1) S. Math. cap. VI.

en forma de batalla, á la cual no vencerán los tiros del enemigo de las almas, y á cuyos lábios jamás podrá acercarse la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia. ¡Ah! Feliz el real profeta que á través de los siglos penetró divinamente iluminado la Presentacion de María al templo. Así debemos comprenderlo cuando le oímos cantar: *Adducentur Regi Virgines post eam* (1). Si queremos descubrir las ocupaciones de María en el templo y el objeto de sus oraciones, oigamos á San Buenaventura en su Vida de Jesucristo, donde nos dice que la Santísima Virgen estando en el templo, dirigía diariamente al Señor siete peticiones, cuales eran la gracia de amarle con un amor perfecto; de amar á todos sus prójimos del modo que Dios quiere que le amemos; de tener siempre aborrecimiento al pecado y á cuanto desagradara á su Divina Magestad, que la adornara de una humildad profundísima y de todas las demás virtudes; que tuviera la dicha de conocer á aquella Virgen que Isaías había anunciado que concebiría y daría á luz al Hijo de Dios; gracia que no dejó de pedir hasta que por revelacion supo que sería ella misma: pedía también al Señor espíritu de obediencia al sumo pontífice, á los sacerdotes y demás personas de quienes dependía, suplicándole por último que mirase á su pueblo con ojos de piedad, conservando su religion, dignándose mandar cuanto antes al prometido Mesías.

El voto de castidad con que María se consagra á Dios en el templo, no podría menos de llamar la atención de los mismos sacerdotes, toda vez que

(1) Ps. XLIV.

en aquellos tiempos estaba el matrimonio en gran estimacion y muy despreciada la continencia. «Des- cubrian ellos, dice á este propósito un sábio es- critor, tanta sabiduria en sus respuestas, tanta luz en su mente, tan nobles sentimientos en su corazon, tanta pureza en sus costumbres, tanta prudencia en su conducta, y un no sé qué de tan divino en su rostro, que con sobrada razon juz- garon que necesariamente debia encerrar alguna cosa muy extraordinaria. Leian en el profeta Isaias aquel oráculo, en el cual prometiendo Dios el Mesias, dice en términos espresos que le concebiria y daria á luz una Virgen: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium*; y que su nombre seria Emanuel, esto es, Dios con nosotros. Esta profecia no puede ser falsa, pues es promesa y palabra divina; la cual aun no se ha cumplido, porque nunca se ha hablado de una Virgen que haya engendrado, y aun no ha venido el Mesias. Mas hé aquí el tiempo indicado por los profetas. ¿Por ventura será esta aquella afortunada Virgen que se nos ha predicho, y que debe producir la felicidad del mundo (1)?»

A tales razonamientos daba lugar la conducta de Maria en el templo: tales eran sus virtudes que al vérselas practicar en tan tierna edad, hacia juzgar ya á los sacerdotes si seria ella la feliz criatura destinada para dignidad tan sublime, cual es la de ser Madre de

(1) El P. Luis Francisco D'Argentan. Pensamientos acerca de las grandezas de la Santísima Virgen, cap. X.

No es esta la sola vez que en esta seccion de la Santísima Virgen verán nuestros lectores extractados trozos enteros de este célebre cantor de las glorias de María. Es tal la piedad, la elocuencia y la poesia que en su obra resplandece, que el autor no ha tenido inconveniente en retirar algunos párrafos propios, para dar cabida en algunos discursos á las hermosas ideas del P. Argentan.

Dios. Si yo me detuviese en este momento á haceros ver el modo tan singular como resplandeció en ella cada una de las virtudes desde sus primeros dias hasta su casamiento con el bendito patriarca San José, y desde su enlace hasta su Ascension á los cielos, haria interminable el discurso. Prueba de su humildad profundísima son aquellas palabras que contesta al ángel mensajero de la nueva de su maternidad. *Ecce ancilla Domini fiat mihi secundum verbum tuum*. Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra. La misma Señora dijo á Santa Brígida: el motivo porque yo recibí tanta gracia, fué porque pensé y conocí que por mí nada era y nada tenia, porque deseché las alabanzas propias y no quise que fuese alabado sino el dador y criador de todas las cosas (1). Esta humildad fué la que hizo ocultar á los hombres su dignidad; pasar á visitar á su prima Santa Isabel para servirla; la que le hizo no presentarse al público el dia que su Divino Hijo fué recibido en Jerusalem con palmas y olivas, y correr despues presurosa por medio de las turbas cuando Jesucristo era tratado como malhechor y conducido con burla y escarnio de tribunal en tribunal.

¿Qué diremos, señores, de su obediencia, cuando el padre San Agustin nos dice que Maria con su obediencia remedió el daño que hizo Eva con su desobediencia (2)? Siempre pendiente de la voluntad de su Señor, le obedece en todo sin disgusto, como así

(1) *Ut quid enim ego me tantum humiliabam, aut promerui tantam gratiam, nisi quia cogitavi et scivi nihil a me esse vel habere? Ideo nolui laudem meam sed solum datoris et creatoris. S. Brig. Rev. lib. 2, cap. 23.*

(2) *Sicut Eva inobediens et sibi et universo generi humano causa facta est mortis; sic et Maria Virgo obediens et sibi et universo generi humano facta est causa salutis. Ad Paráb. part. 2, cap. 11.*

mismo á su bendito esposo. Obediente á la voz de Dios acepta la maternidad: obediente á las leyes, hace un penosísimo viaje para empadronarse: sumisa á la voz de su esposo emprende en su compañía y en la del divino recién nacido otro penoso viaje á Egipto para libertar á su Jesús de la tiranía del cruel Herodes. Amando á su Dios con todo su corazón, con toda su alma, como mandaba Moisés, no encontraba mas gloria que el estar retirada con él en la oración ferviente, probando su amor al prójimo aquella prontitud con que exige de su Divino Hijo, convierta el agua en vino en las bodas de Caná. Su pureza fué superior á la de los mismos ángeles: tan amante fué de la virtud de la castidad, que como dice San Alfonso Ligorio, citando á otro autor, por conservarla hubiera renunciado aun á la dignidad de Madre de Dios (1). Y esto se infiere, dice el mismo Santo, de las mismas palabras que respondió al arcángel. *¿Cómo ha de ser eso! cuando yo no conozco, ni jamás conoceré varón alguno;* y las palabras que añadió despues: *Hágase en mí segun tu palabra,* es decir, que daba su consentimiento segun se lo aseguraba el ángel, que llegaría á ser Madre, no por obra de otro que del Espíritu Santo.

En suma, señores, yo quiero guiar vuestras consideraciones al Calvario; quiero que observeis allí á la Santísima Virgen; que contempleis por un momento su resignación con la voluntad divina y su obediencia entregando á su Hijo... á su Hijo á quien hubiera ella misma crucificado sino hubiera habido verdugos, como dice San Ildefonso (2), pues sabía que

(1) S. Alf. Ligor. Glorias de María, tomo 1.º, párrafo de la castidad de María.

(2) Parata enim stetit, si deesset manus percussoris. Paráb. part. 2, capítulo 12.

era voluntad del Eterno Padre que fuese consumado el sacrificio, y no es de creer que María fuese menos obediente que Abraham. Viendo padecer al hijo de sus entrañas, ejercita de un modo la paciencia, que puede ser llamada Reina de esta virtud. Y Jesús sufre burlas en la calle de la Amargura, como las habia sufrido en los tribunales, es insultado y cae en tierra varias veces con el peso de la cruz, y María presencia los insultos y los golpes, y las caídas y la crucifixión, y asida con sus manos del árbol de la redención, ni se queja de su suerte, ni murmura de la Providencia: apura el cáliz de la amargura y aflicción: apura tambien el de su soledad amarga, sufriendo despues una continua amargura que le duró hasta el momento de su muerte. Amargura he dicho, y lo fué en efecto para su corazón el vivir apartada de su Divino Hijo despues que subió á los cielos el día de la Ascension. María miraba ya el mundo como un penoso destierro, clamando por el día en que habia de unirse con Jesús para no separarse jamás. Llegó al fin el día de su felicidad y su consuelo, y una muerte preciosa es el premio de tantas y tan heroicas virtudes: asistida por su mismo Hijo y rodeada de ángeles de paz, su alma se separa momentáneamente de su cuerpo.

Leed, cristianos, leed en ese libro hermoso de la muerte de María y no dudeis que hallareis el secreto de hacer que nuestra muerte sea suave, que ella sea para vosotros el principio de la verdadera vida, que es la eternidad de gloria. Vosotros que os quejais de la Providencia al mas mínimo contratiempo, que os llenais de orgullo por una posición que llamais feliz, y que tal vez por haberos robado la humildad será para vosotros la mayor infelicidad: libertinos que

haceis alarde de vuestra desobediencia á las leyes divinas y humanas, que habeis hasta aquí vivido sin mas Dios ni mas leyes que vuestros caprichos, tened presente que habeis de morir, y que al sepulcro no os acompañarán ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres, sino solo la virtud. Practicadla, pues, como único medio para hacer que vuestra muerte sea dichosa. En María teneis el mas perfecto modelo; imitad sus virtudes y no os dejéis engañar ni seducir por las razones de una filosofía que invade el mundo para perder las almas.

Ya que hemos contemplado la preciosa muerte de María, premio de sus virtudes, veamos ahora su Asuncion gloriosa á los cielos: su consideracion os hará remover los obstáculos que el mundo os oponga para vuestra salvacion.

SEGUNDA PARTE.

Os considero ya, hermanos míos, deseosos de tener una muerte feliz que sea preciosa á los ojos de Dios; creo que habiéndoos hablado de la muerte de la Santísima Virgen, os veo animados á practicar las virtudes, rompiendo cuantos obstáculos pueda presentaros en el mundo para el feliz éxito de vuestros santos deseos. Esto es muy natural. Yo que como ministro aunque indigno de Jesucristo, debo cooperar á la salvacion de las almas (1), deseo por mi parte alentaros en esos buenos deseos, y para ello quiero

(1) Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum. Dion. Areo. de eccles. hierar. cap. 3.

haceros ver mas claramente los premios y la recompensa de la virtud.

Y desde luego, nuestro sér racional lo constituyen alma y cuerpo; y ambos deben contribuir al mayor culto del Hacedor Supremo: el alma en espíritu y verdad, el cuerpo con homenajes sensibles. Y contribuyendo las acciones de ambas partes á la santificacion del individuo que no ha abusado de los dones de Dios el alma y el cuerpo reciben el merecido premio; pero con esta diferencia, que el alma entra en el Cielo en el momento que se separa del cuerpo, ó luego que se ha purificado en el purgatorio, si de ello tiene necesidad, y el cuerpo vuelve á la tierra de donde fué formado y donde permanecerá hasta el dia del juicio, en que unido al alma, será participante de la suerte de esta.

Ahora bien; como quiera que las virtudes de la Santísima Virgen, fueran mas heróicas que las que practicaron los justos de ambos Testamentos, y como su destino y dignidad, fué sin comparacion superior al de toda otra criatura, debia hacerse una escepcion en su muerte como se hizo en su Concepcion; en esta fué libre y preservada de la mancha original; en aquella debia serlo de la corrupcion. Ved aquí por qué dispuso el Señor, que el bendito cuerpo que habia sido templo de la Magestad Divina, que aquella carne que no habia conocido la culpa, no esperase al último dia del postrer siglo, sino que pocos momentos despues de habersele separado del alma, se le volviese á unir para entrar triunfante en la Jerusalem de lo alto, y esta Asuncion gloriosa de María á los cielos, es la que la Iglesia nuestra Madre celebra con tanta solemnidad quanto regocijo en este dia.

¡Oh Señor, que eres justo y tus juicios son rectos (1)! Tú, dador de todo bien, que disipas mi ignorancia, alumbras mis tinieblas (2) y comunícame tus luces para pintar el cuadro hermoso de la Asunción de la Santísima Virgen á los cielos. ¡Ojalá que á la elocuencia necesaria uniese una pureza de labios, que me hiciesen en este día un digno ministro de la Divina palabra!

Porque á la verdad, cristianos, ¿quién será capaz de pintar el regocijo de la Beatísima Trinidad, la alegría de los ángeles y el gozo de los bienaventurados, en el momento en que se abren las eternas puertas de la gloria, para que entre en ella la que va á ser coronada por reina de ángeles y de hombres? ¿Cómo expresar las bendiciones que en aquellos momentos lloverían sobre la feliz Madre del Redentor? ¡Ah! Que entusiasmados los mismos ángeles esclamarían: ¿quién es esta criatura cuya entrada en el Cielo alegra tanto á las tres divinas Personas? ¿Quién es esta mujer bella como el alba, cuya hermosura excede á la del sol, linda como la luna, terrible cual un ejército ordenado en batalla? *Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata* (3)? ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado (4)? Esta que sube del desierto del mundo á tomar posesión de un trono cercano al de Dios, es ¡oh spiritus angélicos! aquella criatura singular escogida

(1) Justus es Domine: et rectum judicium tuum. Ps. CXVIII, v. 137.

(2) Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine Deus meus, illumina tenebras meas. Ps. XVII, v. 29.

(3) Cant. cap. VI, v. 9.

(4) Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Ibid. cap. VIII, v. 5.

entre millares para dar la naturaleza humana al Verbo Eterno, es la que por un privilegio no concedido á ninguna otra criatura, fué concebida libre de la mancha original: es la elegida para Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Hijo y Esposa del Espíritu Santo; es en suma la que es templo y sagrario de la augustísima Trinidad. Postraos pues, ángeles de Dios, y vosotras almas justas que ya reináis en el Empíreo, postraos para recibir á María, y entonar himnos de alabanza y bendición á la que recibe en estos momentos el galardón de sus heroicas virtudes.

¿Mas quién podrá explicar lo que pasaría en el alma de María, al presentarse ante el trono de la Divinidad? ¿Quién podrá contemplar el gozo de la Señora, al ver á su Hijo, á aquel mismo Hijo que había visto pendiente de la cruz, con sus carnes cubiertas con su propia sangre, ahora revestido de magestad y de gloria, como Rey universal de los cielos y de la tierra? Sí, María no puede menos de recordar en aquellos momentos los insultos, las blasfemias, los azotes, los tormentos y la muerte ignominiosa de Jesús, y al verle sentado á la diestra de su Eterno Padre, adorado de todas las jerarquías angélicas, su alma se llena de un santo placer y quedan cumplidos sus deseos de gozar su dulcísima presencia después de tantos años de fervorosos deseos como había pasado en este valle de lágrimas.

Así es en efecto: el Eterno Padre ensalzó á Jesucristo, porque se humilló y le ha dado un nombre superior á todo nombre: todo se postra ante su presencia: todo reconoce su autoridad: todo le presta la adoración que le es debida: sus alabanzas resuenan bajo las bóvedas celestiales, y como Soberano da

leyes al mundo. Y María lo ve, y María escucha las alabanzas de su Hijo y ve su gloria, y contempla su dignidad y con tal vista queda suficientemente recompensada de los dolores y aficciones que hubo de padecer en su vida. ¡Ah, señores! Yo dirijo mi vista hácia el Empíreo, veo la gloria de que está revestido Jesucristo, y á su lado contemplo ya á María, esa criatura feliz y bienaventurada que en precioso trono y rodeada de ángeles, disfruta en cuerpo y alma el gran premio merecido á sus extraordinarias virtudes.

¿Y mirareis, cristianos, con indiferencia el triunfo de María, en su Asuncion gloriosa? ¿No dice nada á vuestro corazon? ¡Ah! ¿Hasta cuándo habeis de vivir sin practicar la caridad? ¿Hasta cuándo habeis de pasar vuestros dias en obras de perdicion? Es verdad que todos deseareis disfrutar de esa gloria á que María es exaltada en este dia; pero yo os pregunto para vuestro abatimiento, ¿hay alguna semejanza entre vuestras obras y las de la Santísima Virgen? ¿practicais sus virtudes? ¿huís como ella del pecado?... Bien sabeis hermanos míos, que cada paso que dais os acerca al sepulcro, que la muerte se adelanta, que no podreis libraros de su accion funesta, ora esteis revestidos de las mal altas dignidades, ora poseais los mas ercidos caudales. ¡Habeis de morir!... Esta es una verdad, en confirmacion de la cual no tengo que presentar mas pruebas que la esperiencia de cada dia. Pensar que puede disfrutarse gloria acá y allí, es decir, en la tierra y en el cielo, es una quimera: pensad en la muerte: no os valgais para vuestra aparente tranquilidad del miserable recurso de olvidar vuestro último fin: el camino de la humildad, el camino de la

tribulacion y de la Cruz, fué el que guió á María á la gloria á que hoy se vé sublimada. Ya os dije en la primera parte que estudiarais é imitarais sus virtudes, si la quereis imitar en su feliz muerte. Ahora os admira su gloria, os arrebatan sus triunfos, os admiran sus premios; pues tratar de remover cuantos obstáculos pueda presentaros el mundo para practicar las buenas obras; no acerqueis á vuestros lábios la dorada copa del placer; amad la penitencia; abrazaos como María al leño santo de la Cruz, seguid por el camino de las tribulaciones, y vuestra constancia en el bien obrar, os conducirá ciertamente por el sendero que guia á la mansion de los escogidos, á aquella mansion de felicidad, donde todo es gozo y consuelo, á aquella mansion donde en compañía de la Santísima Virgen, bendiciremos y glorificaremos á nuestro Dios.

Pero ¡ay! que ya os oigo esclamar! el mundo es un enemigo terrible, nuestras mismas pasiones nos cercan y todo cuanto nos rodea conspira á arrebatarnos tanta felicidad. Es verdad, hermanos, que como nos dice San Pablo, tropezamos á cada momento con peligros; peligros que nos asaltan asi en el mar como en la tierra, tanto en el silencio de la soledad como en medio de la sociedad (1). Pero recordad que tenemos en el cielo una intercesora, que es un acueducto por donde se comunican á los hombres los mas abundantes raudales de la misericordia divina: tenemos en el Empíreo una madre, que como dice San Bernardo, desea la salvacion de todos, y para la salud de todos ha cooperado (2). Contemplemos su coronacion por

(1) II ad Corinth. cap. XI.

(2) Constat pro universo genero humano fuisse sollicitam. D. Bern. Hom. 2 super Missus.

reina de ángeles y hombres, y nos alentaremos á practicar la virtud con la ayuda y amparo de protectora tan benéfica. En la esplicacion de este último punto seré tan breve, cual exige mi pasado detenimiento.

TERCERA PARTE.

Discurriendo el P. San Juan Damasceno sobre el asunto que nos ocupa, esclama entusiasmado al hablar del tránsito de María: «Fué verdaderamente bienaventurada, porque dió oídos á la palabra de Dios y salutacion del ángel; en virtud de la cual sin concurso de varon concibió al Hijo de Dios, le parió sin dolores y se consagró toda á Dios; y siendo así, ¿cómo la muerte habia de apoderarse de ella? ¿Cómo el inferno habia de tener parte en ella? ¿Cómo la corrupcion ha de invadir aquel cuerpo, en el que tomó carne el que es la verdadera vida (1)? Así comprende este Padre las razones que movieron á la Beatísima Trinidad para ordenar en sus altos consejos la Asuncion en cuerpo y alma de la Santísima Virgen á los cielos.

Y en efecto, hermanos míos, las virtudes que María unió á su altísima dignidad de Madre de Dios, fueron tan gratas á los divinos ojos, que todo le parecia poco, digámoslo así, á la Divinidad, para premiarla. Entre las mas suaves armonías y sonoros himnos que entonaran los coros celestiales, entra

(1) Hanc autem vere beatam quæ Dei verbo aures præstitit, et Spiritus Sancti operatione repleta est, atque ad Archangeli spirituales salutacionem, sine voluntate et virili consortio, Dei Filium concepit, et sine dolore aliquo peperit, ac totam se Deo consecravit, quoniam modo mors devoraret? Quomodo inferi suscipere? Quomodo corruptio invaderet corpus illud, in quo vita suscepta est. D. Joan. Damasc. Orat. 2 de Dormit. B. Mariæ.

María en los cielos revestida de tal hermosura, tan colmada de gracias y primores, que al verla no pueden contener su gozo los dichosos moradores de la mansion celeste, y llenos de gozo saludan y bendicen á la que entra reclinada en los brazos del celestial Esposo. ¡Bien haceis, espíritus soberanos y almas justas!... Redoblad vuestros afectos y alegres cánticos, porque esa pura criatura que veis entrar en los cielos con tal grandeza, va á ser coronada Reina vuestra por el mismo á quien vosotros aclamais tres veces Santo: postraos, pues, en su presencia y rendirle el hemanaje debido á su soberanía.

Y fué así, señores, y María se remonta á mas altura que la que corresponde á cada uno de los angélicos coros; llega hasta donde no es dado penetrar ni á los mas encumbrados serafines; pone sus plantas sobre el mismo trono del Excelso y adora allí al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; la córte celestial presencia en silencio aquel tierno espectáculo, y á mí me parece oír la voz de Jesucristo, que dirigiéndose á su Eterno Padre, le dice: «Padre mio amadísimo, aquí teneis á María; esta es la mujer afortunada á quien tú elegistes entre millares para que yo tomase en su casto seno la humana naturaleza; esta es la que me alimentó con el suavísimo néctar de sus pechos; la que me libró en mi infancia de la persecucion de Herodes; la que pasó horribles dolores, y apuró el cáliz de la amargura en mi pasion y muerte: ha vivido en el mundo corrompido, y sin embargo ha conservado su gran pureza y ha sido una heroína de virtudes: yo os pido, pues, ¡oh Eterno Padre! que si lo teneis á bien, sea por nosotros coronada, pues deseo que así como yo soy el solo mediador de propia autoridad y escelencia

entre tí y los hombres, mi Madre sea una mediadora de intercesion para los pecadores.» Y aprueba el Eterno Padre la peticion de su Hijo, y abre sus brazos y la recibe en ellos diciéndola, cuando aun la que siempre fué humildísima permanecía postrada ante la divina presencia: «Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven: ya pasó el invierno de las tribulaciones y amargura; ven á mis brazos (1).» Al mismo tiempo el Espíritu Santo, ven, esclama; ven del Líbano, Esposa mia, y serás coronada (2). Y en el momento María aparece coronada por la Beatísima Trinidad en presencia de todos los habitantes del Empíreo. Un poder sin igual se le ha comunicado, y María desde aquel instante es la corona y el gozo de la triunfante Iglesia de los cielos, el alivio y consuelo de la purgante, y la esperanza de los fieles que componen la Iglesia militante.

Sí, cristianos, María ha sido coronada Reina: además de ser nuestra Soberana es nuestra Madre: el primer título lo ha recibido en el Cielo de la Trinidad augustísima; el segundo se lo habia dado ya su Divino Hijo en el Calvario. Y decidme, ¿no será un consuelo para nosotros saber que la que es nuestra Madre está en el Empíreo tan cerca de la Divinidad, y que goza de un poder de intercesion suficiente para alcanzarnos la gracia y el perdon? Por mas que sean innumerables los peligros que el mundo nos presenta para perdernos, ¿podremos temer, toda vez que pongamos nuestra esperanza en la Santísima Virgen? ¿Y serán sus peticiones dirigidas á nuestro favor menos escuchadas

(1) Surge, propera, amica mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transiit, imber abiit et recessit. Cant. cap. II, v. 10 y 11.

(2) Cant. cap. IV, v. 8.

que las peticiones de Esther por su pueblo? No, hermanos míos. Coronada por Dios y aclamada por los ángeles Reina de los cielos y de la tierra, María, cuyo corazon es todo piedad, se emplea en pedir continuamente por los miserables pecadores. ¿Y qué temor, esclama San Bernardo, pueden tener los miserables de acudir á esta Reina de la misericordia, cuando el que acude á ella no halla nada de terrible, nada de austero, sino todo dulzura y suavidad (1)?

¡Ah! Que yo no puedo menos de regocijarme al contemplar el fin desastroso de aquellos herejes, que negando las grandes prerogativas de la Madre de nuestro Dios, se propusieron hacer desaparecer el culto de *hiperdulia* que le tributan los cristianos. ¿Qué consiguieron Cerinto y Ebion, que atrevidos pusieron sus lenguas sacrílegas en la divinidad de Jesucristo, negando por consiguiente las esclencias de María? ¿Qué consiguió el hipócrita Arrio al querer echar un tupido velo sobre las glorias de María, combatiendo su mayor grandeza? ¿Qué frutos recogió el abominable Nestorio? ¿Cuál fué el recogido por Lutero, por sus discípulos, por los Ecolampadios, Bucero, Calvino y otra multitud de herejes que declararon guerra á muerte á la Santísima Virgen? ¡Ah! Que mientras ellos experimentan hoy un castigo eterno en el infierno en justa expiacion de su impiedad, María es aclamada con júbilo en la Iglesia universal, y á ella acuden los fieles todos como á ciudad de refugio, donde esperan salir ilesos de los tiros del enemigo de las almas.

(1) Quid ad Mariam accedere trepidat humana fragilitas nihil austerum in ea, nihil terribile, tota suavis est, omnia una offerens lac et lanam. S. Bern. super sign. magn.

Yo debería reconcentrar ahora las fuerzas que me quedan para exhortaros á la constante devocion de la Santísima Vírgen como signo de predestinacion: pero en la consideracion de que me dirijo á un coro de vírgenes ejemplares, esposas de Jesucristo, y á un auditorio tan amante de María, tan solo me concretaré á amonestaros que no perdais de vista sus virtudes, que trateis de imitarla en cuanto sea posible, para que de este modo consigais una muerte que sea preciosa á los divinos ojos; contemplad la gloria á que María es sublimada en el día de su Asuncion gloriosa, y esta consideracion os hará remover cuantos obstáculos os presente el mundo para practicar las virtudes: no olvidéis por último su coronacion por Reina de los ángeles y de hombres, y adquirireis una ardiente esperanza por tener en los cielos protectora tan benéfica.

Vírgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre y Señora nuestra: lleguen á tí en este día los ecos de mi voz: nos hemos reunido en este Santo templo para celebrar con la Iglesia la solemnidad de tu Asuncion á los cielos; por esto esperamos que como buena Madre oigas nuestras peticiones, reducidas á que alcances de tu santísimo Hijo paz y tranquilidad para esta trabajada nacion, siempre Mariana: extiende tu manto de proteccion sobre esta comunidad de religiosas, y ya que hemos tenido la suerte de que á través de tantos trastornos políticos se hayan conservado en nuestra España estos asilos de virtud, ampáralas, Madre mia, socórrelas en sus necesidades espirituales y temporales: ruega por nosotros y por todo el cristiano pueblo, á fin de que cumpliendo todos con la ley de tu santísimo Hijo, merezcamos un día en tu compañía verle y adorarle en la Gloria. *Amen.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Thronus meus in columna.

Mi trono sobre una columna.

Eccli. cap. XXIV, v. 7.

Ego Mater....

Yo Madre....

Ibid. v. 24.

Venerable clero, pueblo cristiano: cuando en este día de verdadero gozo para los nobles y católicos hijos de la Iberia, observo con placer la devocion y compostura con que los individuos de toda edad, sexo y condiciones asisten al templo del verdadero Dios, con el objeto de celebrar las glorias de la Purísima María, por la notable proteccion que ha vinculado á esta afortunada nacion, confieso que olvidándome por un momento de todas las desgracias que nos han afligido en el presente siglo, me creo trasportado á aquellos felices tiempos en que unidos todos los españoles en identidad de sentimientos, y no habiendo alcanzado triunfo alguno en nuestro suelo las absurdas teorías de un filosofismo impío, veíase la Iglesia hispana en

Yo debería reconcentrar ahora las fuerzas que me quedan para exhortaros á la constante devocion de la Santísima Vírgen como signo de predestinacion: pero en la consideracion de que me dirijo á un coro de vírgenes ejemplares, esposas de Jesucristo, y á un auditorio tan amante de María, tan solo me concretaré á amonestaros que no perdais de vista sus virtudes, que trateis de imitarla en cuanto sea posible, para que de este modo consigais una muerte que sea preciosa á los divinos ojos; contemplad la gloria á que María es sublimada en el día de su Asuncion gloriosa, y esta consideracion os hará remover cuantos obstáculos os presente el mundo para practicar las virtudes: no olvidéis por último su coronacion por Reina de los ángeles y de hombres, y adquirireis una ardiente esperanza por tener en los cielos protectora tan benéfica.

Vírgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre y Señora nuestra: lleguen á tí en este día los ecos de mi voz: nos hemos reunido en este Santo templo para celebrar con la Iglesia la solemnidad de tu Asuncion á los cielos; por esto esperamos que como buena Madre oigas nuestras peticiones, reducidas á que alcances de tu santísimo Hijo paz y tranquilidad para esta trabajada nacion, siempre Mariana: extiende tu manto de proteccion sobre esta comunidad de religiosas, y ya que hemos tenido la suerte de que á través de tantos trastornos políticos se hayan conservado en nuestra España estos asilos de virtud, ampáralas, Madre mia, socórrelas en sus necesidades espirituales y temporales: ruega por nosotros y por todo el cristiano pueblo, á fin de que cumpliendo todos con la ley de tu santísimo Hijo, merezcamos un día en tu compañía verle y adorarle en la Gloria. *Amen.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Thronus meus in columna.

Mi trono sobre una columna.

Eccli. cap. XXIV, v. 7.

Ego Mater....

Yo Madre....

Ibid. v. 24.

Venerable clero, pueblo cristiano: cuando en este día de verdadero gozo para los nobles y católicos hijos de la Iberia, observo con placer la devocion y compostura con que los individuos de toda edad, sexo y condiciones asisten al templo del verdadero Dios, con el objeto de celebrar las glorias de la Purísima María, por la notable proteccion que ha vinculado á esta afortunada nacion, confieso que olvidándome por un momento de todas las desgracias que nos han afligido en el presente siglo, me creo trasportado á aquellos felices tiempos en que unidos todos los españoles en identidad de sentimientos, y no habiendo alcanzado triunfo alguno en nuestro suelo las absurdas teorías de un filosofismo impío, veíase la Iglesia hispana en

el apogeo de su gloria, y los lazos de la mas pura fé y los vínculos de la caridad cristiana, hacian que se tributase un culto grandioso al par que magestuoso y continuado.

Mas fijándonos aunque de paso en los tiempos de mayores revueltas políticas, en las tristes épocas que hemos atravesado, en que hombres cuya moral era la licencia, y su fin la anarquía espiritual y política, se habian propuesto descatolizarnos, dirigiendo en su obcecacion sus tiros contra la Iglesia de Jesucristo, yo no puedo menos de admirar el orden de la Providencia. ¿Cómo es que á pesar de tantos esfuerzos por parte de la impiedad, la Iglesia hispana se ha conservado tan gloriosa? ¿Cómo es que no obstante haberse visto privada de aquellos planteles que produjeran varones ilustres en ciencia y en virtudes, y de verse combatida por la incredulidad y el filosofismo, no ha interrumpido la solemnidad de sus cultos? ¿Por qué la gran mayoría de los españoles ha permanecido fiel á su Dios y á su religion? La razon la descubro yo al parar mi consideracion en el origen de la festividad que hoy nos congrega ante las sagradas aras. El reino de las Españas, es la porcion privilegiada de la Madre de nuestro Dios: María por lo tanto podemos decir que es el ángel tutelar de los españoles. Ella habia sido constituida por su Santísimo Hijo madre de todos los que abrazasen la doctrina evangélica; pero parece que conociendo la Señora la gran devocion que habian de profesarle los españoles, quiso fijar un trono particular entre nosotros y sobre una columna, para que tuiésemos un testimonio de que nos tenia vinculado su amor y su corazon. *Thronus meus in columna.*

En efecto, cristianos, á Maria que nos dispensa

tan singular y extraordinario favor, aun antes de subir á reinar con su Divino Hijo en las alturas, me parece oír pronunciar estas bellas y consoladoras expresiones: *Ego Mater...* Españoles, yo soy vuestra Madre: establezco mi trono entre vosotros, y este pilar, esta columna desde donde os dirijo mi voz, será en adelante y para siempre un recuerdo de que os he elegido por mis especiales hijos. *Ego Mater...* En todas vuestras tribulaciones acudid á mí, pues que recogiendo yo vuestras oraciones y súplicas, las presentaré ante el trono de la Magestad Divina, y uniré mis ruegos á los vuestros para que seais prontamente socorridos. *Ego Mater...* Llegarán dias terribles en que vuestra religion sea combatida, en que vacile el trono de vuestros monarcas, en que con los trastornos de las leyes civiles se pretenda trastornar las divinas: cuando llegue este caso no temais; permaneced firmes, pues todas las olas de la impiedad por encrespadas que sean, vendrán á estrellarse sobre este Pilar donde he establecido mi trono. *Ego Mater...* Yo velaré porque se conserve entre vosotros en toda su pureza la religion: velaré igualmente por la defensa de vuestros monarcas, y en una palabra, seré una madre cariñosa, que vinculándoos mi especial proteccion, os haga conocer cuan grande es el amor que os profeso. *Ego Mater.*

Españoles, ó somos mas insensibles que las mismas piedras, ó hemos de verter una lágrima de gratitud al escuchar tan consoladoras palabras. Y estas promesas de la Santísima Virgen se han cumplido al pié de la letra. Abrid sinó la historia de nuestra patria, y enterados que seais de los grandes acontecimientos en ella trasmitidos, yo os preguntaré:

¿Quién salvó veces mil el trono de nuestros reyes? ¿Quién sostuvo entre innumerables trastornos triunfante nuestra religion augusta? ¿A quién se debió el triunfo de las armas españolas en sus repetidos combates contra los infieles? ¿Quién salvó á nuestra patria en Covadonga y en Lepanto? ¡Ah! Que vosotros no podreis menos de contestarme; todo se debió á María, á la Purísima María, que habia fijado su trono en el Pilar de Zaragoza: *Thronus meus in columna*. A la sin par, á la angelical María que es nuestra tierna Madre y amantísima protectora: *Ego Mater...* Sí: ella es la que siempre interpuso sus ruegos con el Eterno en favor de los hijos de esta nacion venturosa, y si Dios se ha mostrado siempre tan misericordioso para perdonar nuestros estravíos y dispensarnos sus bondades, ha tenido en ello mucha parte la que es nuestra Madre, que no ha cesado ni cesa de pedir gracias en nuestro favor al dador de todo bien. Ordenemos las ideas del discurso, y demos á conocer su objeto y division. *Son innumerables los grandes favores que nuestra patria ha recibido de la Santísima Virgen desde el momento de su Presentacion al Apóstol Santiago en el Pilar de Zaragoza:* Primera parte. *Segun la especialidad de sus favores debe ser el tributo de nuestra gratitud:* Segunda parte.

Señora, cuando tan dispuesta habeis estado y estais para dispensar vuestras bondades á todo el que ha invocado vuestro nombre, no dudo que me conseguireis en esta mañana los auxilios de la divina gracia, que tan necesarios me son para emplear mi lengua en publicar vuestras alabanzas. A este fin os saludamos con las espresiones del ángel. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La venida del apóstol Santiago á España para alumbrarla con la luz del Evangelio, y el aparecimiento de la Santísima Virgen en el Pilar de Zaragoza, son hechos que en vano tratarán de contradecir escritores extranjeros, que mal avenidos con tan singulares favores recibidos por los hijos de este afortunado suelo y constantes enemigos de nuestras glorias nacionales, han querido disimularlos valiéndose para ello de miserables sofismas.

Si en vez de hallarme yo ahora predicando al religioso pueblo que me escucha, que tantas pruebas tiene dadas de su fé, y tan devoto se ha mostrado siempre de la Santísima Virgen, me encontrara rodeado de esos escritores extranjeros que han querido borrar la página mas brillante de la historia de nuestra patria, yo me esforzaria en presentar pruebas que no dejaran duda alguna de la verdad de nuestras piadosas tradiciones. Mas no creo oportuno tratar hoy este punto en forma de controversia, pues para vosotros fieles hijos de la Católica Iglesia, basta saber, que ello es una tradicion de nuestra patria, que viene de padres á hijos desde hace mas de diez y ocho siglos, y que la Iglesia, columna y fundamento de la verdad, que está regida y gobernada por el Espíritu Santo, ha aprobado esta festividad, para que humildes y sumisos la celebremos con el mayor gozo de nuestros corazones, y defendamos un hecho que forma toda nuestra ventura.

Y desde luego, piadosas tradiciones y el consentimiento de todos nuestros pueblos, nos aseguran que

apareciéndose al Apóstol Santiago la Santísima Virgen, cuando aun no habia subido á reinar con Jesucristo en la gloria, en el Pilar que hoy se conserva en Zaragoza, y que forma su blason mas apreciado, le mandó le edificase un templo donde ella fijaria su corazon y atraeria sobre los españoles las bendiciones y misericordias de Dios. Y allí en aquella columna, monumento glorioso, le hizo magníficas promesas en favor de nuestra España.

Abramos, señores, la historia de nuestra patria, leamos una por una sus páginas, y descubriendo lo mucho que la Santísima Virgen María ha hecho en su favor, los extraordinarios favores que dispensara en varias épocas á nuestros reyes, salvándoles el trono, y la abundancia de beneficios que por su mediacion dispensara Dios á nuestros padres, vendremos á tropezar con mil pruebas que á *posteriori* nos demuestren la verdad de su aparicion y sus promesas, y no nos quedará duda que estableció su trono en el Pilar de Zaragoza, para que siempre recordásemos y tuviésemos presente que nos ha vinculado su amante corazon, eligiéndonos por sus especiales hijos: *Thronus meus in columna... Ego Mater...*

¿Nos seria posible, señores, contar las estrellas del cielo, ó numerar los granos de arena que existen debajo de los mares? Pues tan imposible nos seria querer reducir á guarismos los beneficios dispensados por la Santísima Virgen á nuestro reino en general, á los monarcas que ocupan nuestro hispano trono, y á los individuos en particular desde el momento de su aparicion en el Pilar de Zaragoza. Ni todos podemos saberlos, aunque con la historia en la mano podemos hacernos cargo de los mas notables.

Poco hace que María ha dado á nuestra patria la solemne prueba de su amor y proteccion, cuando coaligadas naciones estrañas se proponen hundir para siempre la monarquía goda, y arrojándose sobre nuestras ciudades siembran por todas partes la confusion y el espanto. No quiero recordar en estos momentos los nombres de los Witizas y Rodrigos, cuya perfidia fuera funesta para nuestra patria. ¿Y quién salvará á España? ¿Tendrá por ventura que rendirse Zaragoza? ¿Tendrá que entregar sus llaves en manos del bárbaro Tarif? ¿Tendrá?... Pero no temais: ni grandes y formidables ejércitos necesita para salvarse, ni tendrá que mendigar el socorro de los estraños. Basta María: basta la proteccion de esa augusta y purísima reina que habia dicho á los españoles: *Ego Mater...* Basta el auxilio de la Madre de nuestro Dios, que para librar-nos de todos los peligros habia establecido su trono sobre el Santo Pilar: *Thronus meus in columna.*

¡Ah! Fijemos la vista en Covadonga: ¿Quién dió ánimo y valor al inmortal Pelayo? ¿Quién puso el cetro en sus manos? ¿Quién libertó á la España? María, cuyo nombre mágico fué invocado con fervor por aquel monarca. María que es la defensora de nuestra patria. Dirigid ahora vuestra vista hácia Lepanto y contemplad á quien invoca el invicto don Juan de Austria. A María, y María le alcanza auxilios especiales, con los que consigue memorables triunfos en el año de 1571. Tan cierto, es señores, que jamás faltó á la España el auxilio y la proteccion de aquella que le habia dicho á sus hijos: *Ego Mater.*

Empero aunque trastornemos el orden de los sucesos, volvamos ahora nuestra vista y dirijamos nuestra imaginacion á siglos anteriores, á aquellos

tiempos en que la doble corona de Leon y de Castilla, descansara sobre las sienes del hijo de San Fernando, á quien la historia en recuerdo de su ciencia y perspicacia apellida *el Sábio*. El valor, la serenidad y la confianza de San Fernando en la Santísima Virgen habia hundido en el polvo toda la preponderancia y orgullo del audaz sarraceno. Sevilla se habia salvado, y el dia de San Clemente será en ella memorable mientras duren los siglos. La Imágen de Nuestra Señora de los Reyes que aun se conserva en aquella metropolitana y á la que tanta devocion profesan aquellos habitantes, y en cuya misma capilla se venera el incorrupto cuerpo del santo monarca, fué á quien se encomendó para sus conquistas y quien le sacó victorioso y triunfante de ellas. Empero Fernando es llamado por el Señor á mejor vida; su alma sube á ocupar otro trono en el Empíreo, trono á que le habian dado derecho sus virtudes. El árabe recibe con placer la nueva de la muerte de aquel que le habia despojado en mil batallas: de nuevo cobra valor, se arman sus soldados, y el grito de rebelion resuena en la mayor parte de Andalucía. Nuevas guerras. ¡Qué espanto! Nuevas calamidades. ¡Qué afliccion! ¿Por ventura volverán á gemir nuestros padres entre las duras cadenas de la esclavitud mas insoportable? Acaso..... pero no temais. Alfonso ha heredado de su padre la corona y con ella sus virtudes y su valor: con este saldrá al encuentro de los enemigos de Dios y de nuestra patria; con aquellas implorará la proteccion de Dios por la mediacion de María, porque ¿de qué sirve el valor y toda la fuerza humana, cuando falta la asistencia del Dios de las batallas?

Esto conocia muy bien el piadoso Alfonso, y por eso no confia en sí mismo: confia sí en la proteccion de María: aunque novel en el trono, no le eran nuevas las fatigas de la guerra: su espada habiase teñido en sangre sarracena en las conquistas de su padre. Asi es que lleno del mayor celo abandona la córte, cúbrese con la vestidura del guerrero y corre presuroso á medir sus armas con los infieles; y añadiendo cada dia nuevos laureles á su corona, logra ver libre de la altanera morisma todas aquellas ciudades que habian visto ondear en ella el estandarte de la media luna.

¿Y á quién atribuiremos tan señalados triunfos? ¿Se nos tachará de escesivos en nuestra devocion si decimos que María fué el instrumento? No: toda vez que presentemos un hecho acaecido á tan feliz y dichoso monarca. Era el año 1264, hacia 552 que se habia hundido el cetro de la monarquía goda, cuando hallándose el rey Alfonso en las playas del Guadalete apareciósele la Santísima Virgen, segun venerada y respetada tradicion, al modo que se presentara á Santiago en el Pilar de Zaragoza, y renovando las promesas que allí hiciera, le ofrece su proteccion maternal, diciéndole que corria á su cuidado la suerte de nuestra patria.

Y en efecto, tales desgracias, tan fatales cautiverios no han vuelto á espermentarse en nuestra España. Hundióse para no levantarse mas entre nosotros la media luna, y á la proteccion de la que nos habia dicho, *Ego Mater*, debióse que el estandarte de la Cruz volviera á hondear triunfante en nuestra patria.

Gracias, pues, os sean dadas, Purísima María,

por tantos beneficios como nos habeis dispensado en todos tiempos. Siempre sereis amada de los fieles españoles. Pero, señores, ¿concluyeron por ventura en la época de Alfonso los favores de María? Sin detenernos en otros sucesos de que nos habla la historia, yo quiero llamar vuestra atencion á sucesos bien recientes y que deben estar en la memoria de todos los que me honrais con vuestra atencion. ¿Quién ha salvado en nuestros mismos dias la religion y la moral de nuestra España? Cuando la Europa toda ha sido minada por el filosofismo, cuando la impiedad estendió sus negras alas por todas partes é hizo vacilar los tronos, teniendo que buscar asilo en suelo extraño hasta el mismo vicario de Jesucristo, nuestra España no obstante los esfuerzos de algunos hijos espúreos, permaneció tranquila, y no se vió obligada á suspender ni por un dia su culto y sus prácticas religiosas. Verdad es que años atrás habiamos presenciado escenas de dolor que permitió el Señor por sus altos juicios..... El cielo abrió sus puertas á nuevos mártires..... Las paredes de algunos templos viéronse tintas en la mas inocente sangre..... Los ministros del Dios de paz..... pero apartemos nuestra vista de espectáculos tan terribles y decidme: ¿Quién nos salvó en medio de tanta calamidad? ¿Quién conservó nuestra religion? Y en dias bien cercanos, cuando visteis que se pusieron en discusion las cosas mas sagradas y se nos queria arrebatar la unidad de nuestra fé, cuando se pretendia por hombres que calificará la historia, que se levantase una mezquita al lado de nuestros templos do reside el verdadero Dios, ¿quién nos libró de tanto mal? ¿Quién rogó por nosotros y por la conservacion de la unidad ca-

tólica? ¡Ah! María que es nuestra Madre. *Ego Mater...* María que estableció su trono entre nosotros y en el Pilar de Zaragoza, para ser nuestra benéfica protectora. *Thronus meus in columna.*

Entrad, señores, por todas las ciudades de nuestra España, por todos los pueblos, por la mas mísera aldea y encontrareis multitud de templos y monumentos, que consagrados á Dios, están erigidos á nombre de María. Preguntad, y raro será el pueblo que no tenga algun acontecimiento notable que referirnos en orden á beneficios dispensados por la Virgen Santísima; aquí os referirán un portentoso que arrebatará vuestra atencion, allí os mostrarán alguna imágen suya aparecida milagrosamente; en otras partes os dirán que por su proteccion no fué aquel pueblo sepultado bajo las olas del mar, ó destruido por un temporal horroroso. ¡Pero qué mas! ¿No será suficiente cuanto llevo dicho para que conozcais la proteccion de la Santísima Virgen á nuestra España? Por estos maravillosos efectos, ¿no vendremos en el conocimiento de la causa que los motiva, que es el aparecimiento de la Señora en el Pilar de Zaragoza, y la oferta de su hermosa proteccion?

Veamos ahora como la especialidad de tan extraordinarios favores, reclama el tributo de nuestra gratitud.

SEGUNDA PARTE.

No hay duda, señores, que tanto cuanto son mayores los beneficios recibidos, debe ser extraordinaria la gratitud á aquel que los dispensa; pero es una verdad que si el hombre está pronto para recibirlos,

no lo está menos para olvidarlos, Satisfecha ó socorrida su necesidad, rara vez da pruebas de una noble gratitud. ¡Desgraciada condicion de la humana naturaleza! Despues de los extraordinarios motivos de gratitud que nos ligan para con Dios desde el principio de la creacion, en la que se mostró benéfico en sumo grado, formándonos de la nada y haciéndonos á su imágen y semejanza, y esceptuando tambien al Verbo Dios que nos rescató con el precio de su preciosísima sangre, pasion y muerte, es indudable que á nadie debemos mas beneficios, que de ningunas manos hemos visto descender á nosotros mayores gracias que de la Virgen María; y si esta es una verdad que pueden afirmar todos los cristianos, ¿qué podremos decir los españoles que tan palpablemente hemos experimentado los efectos de su produccion? ¿Qué podremos decir los privilegiados españoles á quienes María nos ha elegido para establecer entre nosotros su trono?

No seré yo el que diga que los hijos de esta nacion no han honrado á María, ni le han dado muestras de su devocion y gratitud. Por el contrario, tantos suntuosos templos erigidos á su nombre, tantas ilustres hermandades y cofradías establecidas para tributarle cultos bajo esta ó aquella advocacion, ese continuo clamor con que los pobres imploran la caridad pública, valiéndose de la invocacion de su nombre, pruebas son suficientes de que el amor de María tiene profundas raices en los corazones de los españoles. Por consiguiente, debo advertir que cuando ofrecí hablaros en esta segunda parte del discurso, de la gratitud, no fué mi ánimo persuadiros una verdad que conoçais, sino fijar las reglas en que la gratitud debe fijarse.

Y desde luego un júbilo que tenga principio al preparar estos cultos anuales, y concluya con ellos, una devocion manifestada con entusiasmo en este dia, y que quede fria ó indiferente en el resto del año, no es la que agradar puede á nuestra Santísima Madre María.

En el mismo Pilar donde á las orillas del Ebro firmó María, digámoslo así, la escritura de su proteccion hacia nosotros, allí nació tambien nuestra obligacion de tener siempre presentes sus bondades, y de cumplir sagrados deberes de gratitud; deberes que aunque siempre se han llenado cumplidamente por la mayor parte de los fieles españoles, no obstante se hallan muy descuidados en otros por desgracia. Mientras tanto resuenan en los templos los cánticos de alabanzas con que la devocion mas pura rinde homenajes á la Madre de nuestro Dios, mientras tanto almas piadosas y llenas de fé promueven estas solemnes funciones, purificando sus almas para asistir á ellas, nutridos con el pan Eucarístico, y emprenden las mas grandiosas obras de caridad en su nombre, existen entre nosotros muchos que no dando culto mas que al oro, ídolo á quien miran como á su Dios, y quemando olorosos perfumes ante deidades de barro, no tienen un momento libre para dedicarlo al recuerdo del Dios que les criara, de Jesucristo que les redimió con su sangre, ni de la amabilísima Virgen que despues de haber cooperado á la redencion, nos ha mirado á los españoles con ojos de predileccion especial, fijando su trono sobre el misterioso Pilar de Zaragoza. Navegando estos ilusos por el golfo de sus pasiones, tranquilos no obstante la multitud de peligros que les rodean, no advierten que caminan

con pasos agigantados al sepulcro, donde no pueden llevar el fruto de sus afanes. ¿Dónde está en estos la muestra de su gratitud á los beneficios recibidos de Dios por las benéficas manos de María? ¡Ah! Desgraciado mil veces el que vive de este modo, sin cumplir ni en todo ni en parte sus deberes religiosos. Desgraciado de aquel que llegue por sus culpas á desmerecer la proteccion y el amparo de la Santísima Virgen. Dios por su misericordia infinita nos libre de caer en semejante estado.

A vosotros, amadísimos hermanos; á vosotros que conservando vuestro espíritu de piedad, venís llenos de regocijo á postraros ante las aras del Dios Omnipotente para dirigirle vuestras súplicas por la poderosa intercesion de María: á vosotros que la invocais de continuo y que esperais de ella el remedio en todas vuestras necesidades, es á quienes me dirijo y debo haceros ver las reglas que deben ordenar vuestra gratitud hácia la purísima Virgen que nos ha elegido por sus especiales hijos. ¿Quereis que María esté pronta para escuchar vuestras súplicas, y presentarlas ante el trono de su Divino Hijo? ¿Quereis que por su mediacion lleve sobre vosotros la divina gracia? ¿Deseais, en suma, que vuestra devocion le sea aceptable? Pues es muy sencillo el que podais ver cumplidos vuestros deseos. Lo diré en pocas palabras. Observad los mandamientos de la ley de Dios: ¿deseais saber cómo os aplicareis al cumplimiento de todos ellos? Es mas sencillo todavía, pues aunque sean diez los preceptos de la divina ley, los cumplireis todos con amar á Dios sobre todas las cosas, y á vuestros prógimos como á vosotros mismos: el que observa estos dos preceptos, el que tiene caridad en

orden á Dios y al prógimo, cumple toda la ley. Mas yo oigo que decís: somos tan miserables y estamos revestidos de una carne tan enferma, que nos hace á veces faltar á nuestra ley y ofender á Dios por el pecado. Ved en esto resplandecer la misericordia de Jesucristo, que nos ha provisto de las saludables aguas de la penitencia, para que tantas cuantas veces tengamos la desgracia de caer nos lavemos y quedemos purificados.

La ley de Dios no es por cierto un yugo pesado ni una carga irresistible; antes por el contrario es un yugo suavísimo, dulce y benigno, muy fácil de soportarse ayudados con la divina gracia. Si para que pudierais conseguir la salvacion, si para que vuestra devocion fuese aceptable á la Santísima Virgen, os dijese yo que era necesario que abandonarais vuestras familias y con ellas vuestros bienes; que cubiertos de un toscó sayal volviéseis las espaldas al mundo y sepultados en un desierto os dedicáseis al rigor de la penitencia, ayunando diariamente y macerando vuestros cuerpos, en este caso podiais decirme que no todos podian emprender el camino de la salvacion. Empero esto que se llama santidad heroica y que Dios exige de ciertas almas privilegiadas, no es ciertamente lo que pide á la multitud de sus hijos: basta solo que practiquemos la santidad esencial que consiste en el cumplimiento de los deberes que nos ligan con respecto á Dios, á nuestros prógimos y á nosotros mismos. Ved, señores, si esto presenta gran dificultad, y si no está en vuestra mano el practicarlo. Si así lo haceis, si vuestra devocion á la Santísima Virgen María tiene por principio y fundamento el cumplimiento de la ley de Dios, en este caso no temais á cuantas batallas

pueda presentaros el infierno. Acudid á María, á esta purísima Virgen que es nuestra Madre de un modo especial. *Ego Mater...* Presentadle vuestras necesidades, hacedle presente vuestras aflicciones, y cuando deseis alcanzar misericordia de Dios, dirigid vuestras súplicas y peticiones por María, que esta Señora que olvidar no puede la promesa de su proteccion, que hizo solemnemente cuando estableció su trono entre nosotros en el Pilar de Zaragoza, *Thronus meus in columna*, estará pronta para cubriros con el hermoso y brillante manto de su misericordia, é intercediendo por vosotros y acompañándoos en la hora de vuestra muerte, subireis á los cielos conducidos en los brazos de la que nos ha dicho: *Ego Mater...* Yo soy la Madre especial de los españoles.

Purísima María: no sean vuestras infidelidades las que hagan que desmerezcamos vuestra proteccion benéfica, y esas promesas que nos hicisteis en el Santo Pilar de Zaragoza, cúmplanse siempre con los que somos vuestros hijos. Si vos nos volviéseis vuestro rostro ¿á quién recurriríamos en este valle de lágrimas y de miserias? ¿Quién nos ampararía? ¿Quién intercedería por nosotros? No nos abandonéis, pues, Madre mía, y aceptando la cordial devocion que os profesamos, alcanzadnos la divina gracia, asistidos de la cual seamos un dia participantes de la gloria. *Amen.*

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

DE VALENCIA.

In me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.

En mí está toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me amais y llenaos de mis frutos.

Eccli. cap. XXIV, v. 25 y 26.

Una criatura privilegiada de un modo extraordinario, cuyas alabanzas vienen repitiéndose continuamente por la Iglesia, que le consagra durante el año eclesiástico diversas festividades, y que recuerda á los cristianos con el tañido de las campanas al amanecer, al medio dia y al ocaso del sol, la piadosa costumbre de invocar su nombre: una criatura en cuyo honor ostenta el cristianismo suntuosos templos y magníficos monumentos, y cuyas imágenes que forman las delicias así de las grandes capitales, como de la mas mísera aldea, se ven continuamente rodeadas de fieles que invocan su patrocinio, y adornan sus altares: una criatura, en

pueda presentaros el infierno. Acudid á María, á esta purísima Virgen que es nuestra Madre de un modo especial. *Ego Mater...* Presentadle vuestras necesidades, hacedle presente vuestras aflicciones, y cuando deseis alcanzar misericordia de Dios, dirigid vuestras súplicas y peticiones por María, que esta Señora que olvidar no puede la promesa de su proteccion, que hizo solemnemente cuando estableció su trono entre nosotros en el Pilar de Zaragoza, *Thronus meus in columna*, estará pronta para cubriros con el hermoso y brillante manto de su misericordia, é intercediendo por vosotros y acompañándoos en la hora de vuestra muerte, subireis á los cielos conducidos en los brazos de la que nos ha dicho: *Ego Mater...* Yo soy la Madre especial de los españoles.

Purísima María: no sean vuestras infidelidades las que hagan que desmerezcamos vuestra proteccion benéfica, y esas promesas que nos hicisteis en el Santo Pilar de Zaragoza, cúmplanse siempre con los que somos vuestros hijos. Si vos nos volviéseis vuestro rostro ¿á quién recurriríamos en este valle de lágrimas y de miserias? ¿Quién nos ampararía? ¿Quién intercedería por nosotros? No nos abandonéis, pues, Madre mía, y aceptando la cordial devocion que os profesamos, alcanzadnos la divina gracia, asistidos de la cual seamos un dia participantes de la gloria. *Amen.*

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

DE VALENCIA.

In me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.

En mí está toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me amais y llenaos de mis frutos.

Eccli. cap. XXIV, v. 25 y 26.

Una criatura privilegiada de un modo extraordinario, cuyas alabanzas vienen repitiéndose continuamente por la Iglesia, que le consagra durante el año eclesiástico diversas festividades, y que recuerda á los cristianos con el tañido de las campanas al amanecer, al medio dia y al ocaso del sol, la piadosa costumbre de invocar su nombre: una criatura en cuyo honor ostenta el cristianismo suntuosos templos y magníficos monumentos, y cuyas imágenes que forman las delicias así de las grandes capitales, como de la mas mísera aldea, se ven continuamente rodeadas de fieles que invocan su patrocinio, y adornan sus altares: una criatura, en

fin, que es Madre de Dios por un misterio de amor del Espíritu Santo, y Madre de la humanidad por otro misterio de amor de Jesucristo, y á cuya gloria han contribuido en todo tiempo los genios mas sobresalientes en la ciencia, en la música, en la poesía y en el arte del buen decir, es señores, el actual objeto de estos cultos.

Confieso con la verdad que es propia del sagrado lugar que ocupo en este instante, que el cantar las glorias de la bendita Virgen de Judá, de la mujer sin par, de la Bienaventurada Madre de nuestro Dios, de la que forma las delicias de los cristianos que en el desamparo del mundo reciben un bálsamo de consuelo al invocarla Madre, no es asunto capaz de ser tratado dignamente por un orador en quien no resplandecen los rayos de la ciencia, ni los dotes de la retórica. En María todo es grande: grandes sus privilegios, grande su destino, grande y extraordinaria su gloria, puesto que siendo mas que todas las criaturas sin exceptuar las angélicas, tan solamente es menos que Dios. Las mas brillantes lumbreras de la Iglesia emplearon sus plumas en bendecir su nombre y cantar sus alabanzas: un San Atanasio, un San Efrén, un San Cirilo de Alejandría, como los Crisóstomos y Damascenos, los Gerónimos y Agustinos, los Justinianos y el meliflúo San Bernardo, con otra infinidad de Padres y escritores sagrados ¿qué no han dicho en honra de la Madre de Dios? ¡Ah! Todos ellos valiéndose de las mas bellas y sublimes espresiones han desahogado en sus impercederos escritos los tiernos afectos de sus corazones á la Madre del Amor Hermoso, á quien la humanidad es deudora de inesplicables beneficios.

La Señora mismo lo habia dicho, cuando aun vivia entre nosotros: «*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (1)»; es decir, en todas partes se cantarán mis alabanzas, en todas se bendecirá mi nombre. Y en efecto, mis señores: desde la cuna misma del cristianismo, María fué siempre aclamada con entusiasmo, por los adoradores de su divino Hijo, y seguidores de su doctrina: por la mediacion de esta soberana criatura, dirijieron siempre los cristianos sus oraciones á Dios, esperando por su proteccion conseguir del dador de todo bien el remedio de sus males.

Señores, deseo decirlo: á nosotros los hijos de esta venturosa nacion, en vano tratarán de disputarnos los émulos de nuestras glorias, la que nos cabe con haber santificado con sus plantas la Santísima Virgen nuestro privilegiado suelo, dándonos á comprender con su aparicion al apóstol Santiago en el misterioso Pilar de la feliz Zaragoza, que nos escogia por su pueblo propio y peculiar. ¡Ah! María, que iluminada por luz superior veia á través de los siglos, conocia el entusiasmo y tierna devocion que le habian de profesar los católicos españoles; empero devocion y entusiasmo que no habia de desaparecer, ni por las guerras desoladoras, ni por las convulsiones políticas, ni por las demas calamidades que afligen y agitan los Estados: y si por los altos juicios del Señor, incomprensibles á las criaturas, al hundirse el cetro de la monarquía goda, nuestra patria cae en poder de los infieles; los españoles, en prueba del amor que profesaban á la Santísima Virgen es-

(1) Luc. cap. I. v. 48.

conden sus imágenes en las entrañas de la tierra con el objeto de que no fuesen profanadas, piedad agradable á los ojos de la Señora, y que premiando que dichas imágenes apareciesen despues de la reconquista, para que siguiesen siendo el objeto de nuestra ternura y filial amor.

Cuando hablo, señores, de la cordial devocion que siempre han profesado los españoles á la Santísima Virgen, no es mi ánimo por cierto hacer sobresalir en este punto unas provincias de otras: sé muy bien que en todas es como innato este amor y esta devocion. En todas nuestras ciudades, en todos nuestros pueblos, celébranse sus diversos misterios y advocaciones con el mayor regocijo, aquí bajo un título misterioso y significativo, allí bajo otro diferente y bello, formando las delicias de los hijos de nuestra patria: empero no puedo menos de celebrar la oportunidad de los valencianos, que fundando en época remota, por los años de 1416 una cofradía de la Santísima Virgen, en la que resplandecía el espíritu de caridad, por ser destinada al auxilio de los desgraciados dementes, y habiendo recibido la imagen que allí es objeto de la mayor veneracion, y que fué fabricada por manos de tres misteriosos peregrinos que la piedad y tradicion aseguran eran ángeles de Dios, le dieron el hermoso título de María Santísima de los Desamparados; y constantes en su devocion los hijos de aquella religiosa ciudad residentes en esta corte, formaron esta ilustre y venerable hermandad, proporcionándose esa preciosa imagen copia de la que se conserva en Valencia, para desahogar en su presencia los efectos de sus corazones.

Justificar los motivos que movieron á los valen-

cianos para invocarla con el título de Desamparados, fundándome en el poder que de Dios ha recibido, y en lo tierno y amante de su corazon immaculado, va á ser el asunto del presente discurso y objeto de vuestras atenciones.

Comunicadme, ¡oh mi Dios! el talento de la palabra para desempeñar con acierto esta parte de mi sagrado ministerio. Os lo rogamus por la intercesion de la Santísima Virgen, á la cual saludamos devotamente con las espresiones que le dirijiera el celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Aquella admirable Virgen de Judá anunciada al mundo desde el paraíso, representada en el fondo de casi todas las teogonías, en los anales religiosos de los antiguos pueblos; aquella que debia ser un dia coronada por Reina de los ángeles, y habia de ser el consuelo de los aflijidos, el refugio de los pecadores, la Madre misericordiosa de los Desamparados, se levanta sobre el horizonte de la Judea precediendo al que habia de dar la salud al mundo, así como el lucero de la mañana precede al sol que viene á disipar las tinieblas de la noche. Era el tiempo marcado por las profecías, y debian concluir las sombras de la antigua ley.

Esta feliz criatura llena de gracia y de virtudes, y que mereció el gran privilegio de ser esceptuada de las ligaduras del pecado original en que todos nacemos envueltos, era la ofrecida por Jehová en el lugar mismo donde fué cometido el crimen que arrastró á la humanidad á la mayor desgracia. Los siglos no

existían, no eran los abismos, y ya había sido concebida en la mente del Altísimo: los montes no se habían sentado sobre sus pesadas masas; aun el Criador no había hecho la tierra ni los ríos, ni las fuentes brotaban sus cristalinas aguas, cuando ya acompañaba al Señor, ya existía en su divino pensamiento, porque como por su Omnisciencia todo le es presente, veía la ingratitud del hombre, y concibiendo pensamientos de amor hacia la humanidad, viendo que una mujer había de causar nuestra desgracia, dispone la formación de otra tan privilegiada, tan llena de virtudes, tan enriquecida de gracias y singulares carismas, que fuese digna de producir de su castísimo seno á su Unigénito Hijo, á quien había determinado enviar para que revistiéndose de nuestra propia carne, padeciese en ella y le ofreciese un sacrificio de valor infinito, suficiente para reconciliar al hombre con su Dios. ¡Cuán grandes, cuán magníficos fueron los designios de Dios sobre María!

Esta purísima criatura, palacio augusto donde había de residir la Magestad divina, es la obra más admirable, la fábrica más bella y más hermosa que ha salido de las omnipotentes manos. Os admirarán todas las bellezas que descubris en el panorama del universo, la brillantéz de los astros, los campos cubiertos de olorosas flores que nos encantan y embelesan en las hermosas mañanas de la deliciosa primavera; pero este mundo ha sido formado para habitación del hombre, y María fué criada para habitación del Autor de los cielos y de la tierra. Con razón, pues, esclama el devotísimo San Bernardo: que María es propiamente el mundo de la Santísima Trinidad. *Eam tanquam specialissimum mundum Deus sibi creavit*; porque en efecto,

su destino era ser Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. ¡Oh ínclita Virgen de Judá! ¡Oh bellísima María! ¡Oh ciudad mística del Eterno! ¡Cuánto nos regocijamos al veros sublimada á tanta grandeza, á tanta dignidad, á tanta gloria!

Consideremos, mis señores, el destino de María; traigamos á la memoria cuanto ella ha hecho por la humanidad, y prontamente vendremos en conocimiento de su poder, y contemplando despues la bondad de su corazón y su segundo destino de Madre de las criaturas, comprenderemos la razón que nos asiste para invocarla como Madre y Señora de los Desamparados.

En efecto, si Jesucristo fué la causa primera y principal de nuestra salvación, María fué la causa segunda é instrumental; si Jesucristo fué nuestro Redentor, María es nuestra corredentora; y si el Hijo apuró por nosotros el amargo cáliz de los más crueles tormentos, María en cuyo corazón mira el Justiniano el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo, padeció en su alma cuanto su Divino Hijo en todos los miembros de su cuerpo, y á través de tanto padecer se conformaba humildemente con la voluntad del Omnipotente; identificada en sentimientos con su Hijo, tenía precisamente que amar lo que El amara y aborrecer lo que El aborreciera. Ahora bien, Jesucristo amaba entrañablemente á la humanidad, y este amor le hizo tomar la cruz y morir en ella; ¿cómo, pues, no había de amarnos María? ¿Cómo no se había de interesar en nuestra salvación? ¿Cómo había de rehusar el padecer por el hombre, cuando por él padecía el hijo de sus entrañas?

El cristianismo, agradecido desde su misma cuna,

empezó á invocar con el nombre de Jesus el de María, y por la intercesion de esta Augusta Madre del Redentor, ha dirigido en todos tiempos sus oraciones al Señor, conociendo el gran poder de intercesion que le ha sido comunicado.

En verdad, mis hermanos, que yo no quisiera entristeceros en este dia, que es todo de gozo y regocijo, porque le teneis dedicado á celebrar las glorias de la Santísima Virgen; pero sin embargo, y aunque sea por breves momentos, no puedo prescindir de guiar vuestra consideracion al santo monte, sobre el cual se llevara á efecto nuestra Redencion. Sí, la cima del Gólgatha llama mi atencion en este momento. Humanamente hablando, el sacrificio de María igualó casi (dice un escritor) al de su divino Hijo (1). ¿Cómo no le fué consentido el seguir á su Jesus á la tumba? ¿No parecia natural que tras los acerbos dolores que sufrió, que tras tanto padecer, entrase acompañando á su Hijo en las mansiones del Empíreo? ¡Ah, mis hermanos! María hubiera deseado morir con el Hijo de sus entrañas crucificada en la misma cruz, pero así como convenia que el Hijo muriese, convenia que la Madre permaneciese por mas tiempo entre los hombres. ¡Cuánto amor! Jesus consentia voluntariamente en morir por nosotros y ella en no morir. ¡Humanidad desgraciada! ¡Hijos del padre prevaricador, estais de enhorabuena! ¡Necesitábais un Redentor y Jesus os ha salvado! Llorábais en el desamparo del mundo y ya teneis una Madre, contraposicion de la primera, que revestida de gran poder os cobijará bajo su manto. Oid al agonizante Jesus.

(1) Orsini. Historia de la Madre de Dios. Lib. XVI.

¡Hé ahí á tu Madre!... Voz divina de los lábios del que siendo nuestro Dios y nuestro Redentor es ya tambien nuestro hermano, por que esa bendita mujer que nos lega por Madre por un misterio de su amor, lo es tambien suya! ¡Cuánta felicidad! ¡Qué dicha tan inesplicable! Y esta Virgen purísima, despues de instruir á la naciente Iglesia, sube al Empíreo á colocarse á mas altura que todos los coros angélicos al lado de su Divino Hijo.

¡Amor!... ¡Poder!... ¿Qué lengua será capaz de esplicar el amor que María profesa á los que son sus hijos por voluntad de su Unigénito Jesus y el poder de intercesion que les ha sido comunicado? Unamos ambas ideas y veremos con cuanta razon la invocamos los cristianos con el consolador título de Madre y Señora de los Desamparados. Hablemos primero de su poder.

No hay, mis hermanos, mas mediador de propia autoridad y esclencia interpuesto entre el Eterno Padre y los hombres que es Jesucristo nuestro Redentor; pero este quiso que su Madre, que fué corredentora de la humanidad, fuese una medianera de intercesion para que por su mediacion le dirigiésemos las criaturas nuestras oraciones. Y si tanto hizo la Santísima Virgen en nuestro favor mientras vivió entre nosotros, si resignada con la voluntad divina tanto padeció por nosotros en la pasion y muerte de su Hijo, ¿qué no estará dispuesta á hacer ahora que reina en los cielos? Una insinuacion suya, bastó para que su divino Hijo, convirtiese el agua en vino en las bodas de Caná: ¿qué le pedirá ahora en los cielos que no consiga? Angeles y hombres y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, dice San Bernardino

de Sena, están todas bajo el imperio de Dios, y también bajo el dominio de María: y si á los santos, que todos tienen poder de intercesion concede ó niega el Señor el objeto de sus peticiones, á María jamás le niega nada. Esta consideracion hace el Damiano, y entusiasmado de afecto y devocion, prorrumpe en estas valientes espresiones: «María acude á Dios, no rogando, sino mandando. *Accedit imperans, non rogans.*»

¡ Ah! Que yo repito con placer estas palabras que me llenan de consuelo y regocijo. Viadores en este valle de lágrimas y de miserias, no nos atrevemos á dirijirnos por nosotros mismos al Eterno, en demanda del remedio de nuestros males, y la Iglesia nos enseña con su práctica á dirijirnos á Dios por Jesucristo: por esto concluye todas sus oraciones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum.* Nos dirijimos á Dios Hijo, por que se asoció á nuestra naturaleza por el misterio de la Encarnacion: pero aun tenemos temor por nuestras culpas, y recordando que este Dios Hijo nos legó á su Madre, que si bien no tiene *la Omnipotencia que manda*, si tiene *la Omnipotencia que suplica*, como dice un sábio contemporáneo (1), á ella nos dirijimos, y en Madre tan amante fundamos nuestra esperanza. La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, pone en lábios de la Santísima Virgen, estas palabras de tanto consuelo para los infelices pecadores: «Yo soy la Madre de la Santa Esperanza. *Ego Mater sanctæ spei* (2).»

El lenguaje de todos los padres de la Iglesia es idéntico en este punto. Todos reconocen el gran poder

(1) Muñoz Garnica, refiriéndose á *Genoude*, cita estas palabras. Sermon del Patrocinio de la Virgen María.

(2) Eccli. cap. XXIV, v. 24.

que á María ha sido comunicado, y parando mientes en lo tierno y amante de su corazon, aconsejan á las criaturas todas que acudan á ella con la mayor confianza, seguras de que sus ruegos no serán desatendidos por esta Madre del Amor Hermoso. Es encantador el lenguaje de San Bernardo, dirijiéndose á los que desamparados y aflijidos se ven próximos á naufragar en el mar tempestuoso de este valle de lágrimas. Compara á la Santísima Virgen con la estrella de Jacob, y dice: ¡ Oh pecador! si te vieres amenazado por la tempestad no apartes los ojos del resplandor de esta estrella. Si te vieres combatido por fuertes tentaciones, si la soberbia, la murmuracion, la envidia trata de apoderarse de tu corazon, mira á esta estrella, invoca á María. Si te turbasen los crímenes con su gran magnitud, la conciencia con sus remordimientos, el juicio con sus terrores, el infierno con la tristeza que inspira y el abismo con su desesperacion, mira á esta estrella, invoca á María.

¡ Cuán dulces son, mis hermanos, estas bellas espresiones del devotísimo capellan de la Santísima Virgen! Ellas son suficientes para hacernos adquirir una grande confianza en su proteccion. ¿Quién ha invocado á esta Soberana Señora que no haya experimentado los efectos de su proteccion? ¿Quién la llamó en su auxilio que no saliese socorrido? ¿Quién invocó su nombre en la afliccion, en el desconsuelo ó desamparo que no viese remediada su necesidad? Recordad, señores, todas las ciudades y los pueblos y no habrá uno donde no os refieran algun beneficio particular recibido de Dios, por la intercesion de su Santísima Madre. Innumerables volúmenes se llenarian

si nos fuese posible referir las lágrimas que enjugó, las tempestades que serenó, las necesidades que remedió, las pruebas que en todos tiempos dió á la humanidad del amor que la profesa. ¡María! ¡Oh que nombre tan encantador y delicioso! ¡María!.... Asi esclama el desgraciado navegante que vé su buque combatido por gruesas olas que intentan sumergirle, y á la invocacion de este nombre augusto ve sucederse la bonanza y logra entrar en el suspirado puerto. ¡María! Asi repite el cautivo y ve rotas sus cadenas. Este nombre invoca el enfermo y consigue la salud; el infeliz mendigo, y logra mover los corazones en su favor. ¡Oh! Yo no concluiría nunca, porque confieso, mis hermanos, que cuando fijo mi vista en esta estrella brillante, cuando invoco su nombre, por grandes que sean mis aflicciones, todas se me convierten en dulzuras.

Sí, Reina de los cielos y de la tierra, criatura felicísima, mi corazon se liquida cual la blanda cera, cuando contemplo que siendo tan pura, tan santa, tan inmaculada, siendo madre de Dios, tambien lo sois mia. Permitidme, Señora, que lo repita para desahogar los afectos de mi amor. ¡Madre mia! ¡Madre de mi corazon!!

Sí, cristianos: María nos ama, y no puede ser por menos: ella fué exactísima siempre en el cumplimiento de sus obligaciones todas: sabe que somos sus hijos adoptivos por espresa voluntad de Jesucristo, y aceptacion suya: ¿podrá ignorar las obligaciones de una madre? ¿Y no estará siempre dispuesta á llenar estos deberes amándonos y protegiéndonos? Sí: basta llegar á la Señora para quedar abrasados en el fuego de su caridad.

Mas yo no deberé concluir este mal trazado boceto del cuadro que nos representa su poder y su amor hácia nosotros, sin preguntar: ¿dónde está la encendida gratitud que debemos á esta Madre de Dios y nuestra, que de tal modo nos favorece? ¿Dónde está la devocion tierna y verdadera que debemos profesarla? Porque no todo el que la invoca es su verdadero devoto. Para serlo, para merecer su proteccion, se hace necesario estudiar sus virtudes é imitarlas. El que está dominado por la soberbia, el avaro, el lascivo, deteste sus vicios y llórelos antes de presentarse á implorar la proteccion de la mas pura, de la mas humilde, de la mas santa de todas las criaturas. Es un deber nuestro el que su amor crezca incesantemente en nuestros corazones, y nuestro mayor deseo debe ser el morir pronunciando su dulcísimo nombre, entregando el alma en sus manos, á fin de que la presente á Dios, interponiendo á favor nuestro su mediacion.

María, como habeis visto, tiene mas poder de intercesion que todos los santos: sus súplicas siempre son atendidas por su Divino Hijo, sus peticiones concedidas: ella nos ama y desea emplear en nuestro favor su valimiento: nadie acudió á ella que no saliese socorrido; por eso nos llama á sí, diciéndonos: En mí está toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que amais y saciaos de mis frutos. *In me omnis spes vite et vitutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.* Ved, pues, con cuanta razon podremos llamarla con el hermoso y consolador título de Madre y Señora de los Desamparados.

Sí, cristianos: en todas nuestras tribulaciones, en

las desgracias y aflicciones del mundo, cuando la tentacion nos cerque, imploremos á esta Madre de misericordia, seguros de no ser desamparados. Tan cierto es esto que San Bernardo decia: si hay alguno ¡oh Bienaventurada Virgen! que habiéndoos invocado, haya visto defraudadas sus esperanzas, no vuelva á elogiar vuestra misericordia (1).

Si Virgen purísima, amabilísima madre nuestra: grande es el poder que el Omnipotente os ha concedido, y grande tambien el tierno amor que nos profesáis. Por esto, llenos de la mayor confianza acudimos á vos en este dia, haciéndoos presentes nuestras necesidades, que vos Madre mia las sabeis. La España Católica, la España Mariana; esta España cuyo suelo feliz santificásteis un dia con vuestras plantas: esta nacion que os reconoce por Patrona en el misterio de vuestra original gracia, y en donde siempre y en todo tiempo habeis sido amada con entusiasmo, espera de vos, Madre mia, el remedio de los males que la aquejan. Que de una vez tengan término nuestras discordias, que reine entre nosotros la paz, que unidos todos los españoles en identidad de sentimientos trabajemos de consuno por el engrandecimiento de nuestra religion divina y verdadera y por la felicidad de nuestra patria. Cubrid con vuestro manto de misericordia y amor á nuestros monarcas, que se esfuerzan por aumentar vuestros cultos. Mirad como Madre benéfica con ojos de piedad á todos los individuos que componen esta Real Congregacion, cuya piedad y celo por vuestra gloria, os son bien conocidos: rogad, Señora, por el clero, interceder por el de-

(1) San Bern. Serm. I de Assumpt.

voto sexo, y haced que ardiendo en nuestro pecho la llama de vuestro amor, os invoquemos en todos los actos de nuestra vida y principalmente en la hora de nuestra muerte, diciéndonos: «Refugio de los pecadores, ruega por nosotros: Madre de los Desamparados, ruega por nosotros». De este modo viviremos por la gracia, para despues vivir eternamente y alabaros por siempre en las mansiones de la gloria. Amen.

anciano, y descubro tanta afluencia de gentes de pueblos comarcanos, que guiados por un mismo instinto vienen á tomar parte en esta solemnidad, que la piedad de los hijos de Fuencarral dedica á esa hermosa imágen de la Reina de los ángeles y de los hombres por su aparicion milagrosa en este mismo sitio, no puedo menos de recordar el triunfo que consiguiera el escogido pueblo de Dios, que no obstante las maquinaciones del pérido Aman, logró libertarse de la muerte por los ruegos y súplicas de la hermosa Esther, dirigidas al rey Assuero. Agradecido el pueblo judío al extraordinario favor recibido por la intercesion de Esther, celebró aquel dia con espléndidos banquetes, donde reinaba la mayor animacion y alegría, y el mismo Assuero en la carta que escribe por la salud de los judíos y esterminio de sus enemigos en todas las provincias del reino revocando la carta de Amán (1). ordena á sus vasallos no olviden el dia de su triunfo y le tengan por muy solemne entre los dias festivos, para que asi conste á las generaciones futuras el motivo de sus aplausos. *Unde et vos inter cæteros festos dies, hanc habetote diem, et celebrate eam cum omni lætitia, ut et in posterum cognoscatur.*

Señores: cuando yo me he valido de estas espre- siones, para formar sobre ellas el discurso que debo pronunciar en elogio de la Divina Esther que quiso dar al pueblo de Fuencarral señales visibles del amor que le profesa con la aparicion de esa su milagrosa imágen, no he tenido otro objeto que haceros conocer que mas digna que la primera es acreedora á los cultos con que la celebramos, y la gratitud y devocion con

(1) Encuéntrase esta carta en el capítulo último del libro de Esther.

SERMON

DE LA INVENCION

DE NUESTRA SEÑORA DE VALVERDE (1)

Unde et vos inter cæteros festos dies, hanc habetote diem, et celebrate eam cum omni lætitia, ut et in posterum cognoscatur.

A consecuencia de los beneficios que debeis á vuestra libertadora, tened su dia por muy solemne entre los dias festivos y celebradle con toda alegría, para que asi conste á la posteridad el motivo de vuestros aplausos.

Esther. cap. XXVI, v. 22.

Venerable clero, ilustre ayuntamiento, devoto concurso; cuando estiendo mi vista y observo reunidos bajo las bóvedas de este antiguo y venerable santuario á los individuos de todas las clases de la sociedad; cuando veo que han abandonado su hogar el tierno infante, la delicada doncella y el decrepito

(1) Predicábase este discurso el 23 de abril de 1857 en la iglesia propia de la misma Señora y antiguo y religiosísimo convento que fué de Padres Dominicos en el término de Fuencarral, á dos leguas de Madrid. La fama de los grandes prodigios obrados por Dios en favor de los que se encomiendan á tan célebre imágen, es el impulso que atrae á innumerables almas, no solo de todos los pueblos inmediatos, sino de la misma corte, á concurrir á la fiesta que anualmente se celebra en igual dia.

que debemos asistir al aniversario del prodigioso hecho por el cual se halla entre nosotros.

Grandes son en verdad los conflictos que vienen sufriendo los oradores evangélicos del siglo XIX, llamado de las luces, pero que en verdad podemos llamar de tinieblas y de errores. Si para combatir la impiedad y el filosofismo y confortar á los débiles en la fé, es necesario probar los dogmas, ¿qué no tendremos que hacer cuando tratamos de una tradicion? No os enojeis, apasionados del siglo en que vivimos, si quiera sea por los adelantos que se han hecho en las ciencias naturales, y que yo estoy lejos de combatir. Cuando yo aventuro una espresion, lo hago con la historia en la mano y sin temor de poder ser reprochado. Vosotros, ancianos que me escuchais, y que conocisteis los principios turbulentos de este siglo, ¿qué habeis visto desde sus principios? No hemos visto otra cosa, me responderéis, que cadalsos inundados con la sangre de los reyes, la religion combatida por todas partes, la moral despreciada, los vicios con altares, la filosofía, el racionalismo y últimamente el socialismo, que naturalmente se desprende de la inicua doctrina sembrada por Lutero, estendiéndose y buscando prosélitos por toda la Europa, y en nuestros mismos dias y en nuestra propia patria puesta en discusion la religion, la unidad católica de los hijos de los Fernandos y Recaredos, y esa plaga de novelas asi extranjeras como nacionales, que derramando un sutil veneno han tratado de corromper y desmoralizar á la juventud, y todo esto con el objeto de acabar con la Iglesia católica y sus ministros. No obstante tanto esfuerzo por parte del filosofismo, nos cabe el consuelo de que nada pueden los combates de la im-

piedad contra la fundacion de Jesucristo, que ofreció rogar á su Eterno Padre para que no faltase la fé de Pedro, y primero faltarán los cielos y la tierra que su palabra. Pasaron las grandes persecuciones de los primeros siglos; nada han podido las de los siguientes, y á través del error y la impiedad la Iglesia aparece siempre gloriosa, siempre triunfante: caen los tronos, desaparecen los imperios, se mudan las leyes de los estados, y la Iglesia, oid impíos, y la Iglesia siempre poderosa, siempre con firmeza extraordinaria, siempre hermosa, vírgen, invencible en medio de tantos asaltos, de tantos y tan encarnizados enemigos, siempre, en suma, venerados sus dogmas por la multitud, siempre respetadas sus antiguas tradiciones.

Tradiciones he dicho, y no es de las menos antiguas y menos respetables la que hoy nos congrega, tal vez censurada por la crítica mordaz, espuesta á la contradiccion del moderno filosofismo. Mis deseos son el llenar dignamente mi ministerio en esta mañana, á pesar de conocer mi insuficiencia. Deseo escitar vuestra devocion á la Vírgen Santísima de Valverde, y combatir la impiedad que censura vuestro afecto. Poco trabajo me costará lo primero por vuestra proverbial piedad y religiosidad; mayores esfuerzos me costará lo segundo, porque la impiedad cierra por lo regular sus oidos á la verdad.

Separemos, pues, las ideas para mostrar con claridad la division del discurso. Para combatir la impiedad y arraigar en vuestros corazones vuestra creencia, yo deshare los cargos en que aquella se funda para su crítica: Primera parte. Para escitar vuestro amor, yo os recordaré lo que esta Señora ha hecho por vosotros, y os estimularé á la gratitud que la mos-

trareis siempre que cumplais los deberes á que su proteccion os empeña: Segunda parte. Por todo el discurso llegareis á convenceros de que por los beneficios que os ha dispensado esta Señora, debeis tener su día por muy solemne entre los días festivos, para que asi conste á la posteridad el motivo de vuestros aplausos. *Unde et vos inter cæteros festos dies, hanc habetote diem, et celebrate eam cum omni lætitia, ut et in posterum cognoscatur.*

Supliquemos al Señor se digne comunicarme las luces necesarias para cumplir lo prometido, y al efecto interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen, á la que saludaremos con las palabras del ángel. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El crimen del entendimiento es la soberbia, que naturalmente engendra el crimen del corazon que es la irreligiosidad, la apostasía. ¿Qué desórdenes no ha traído al mundo el primero de estos vicios, unido con la ambicion y la codicia? ¿Qué otro principio ha tenido en todos tiempos la heregía que la soberbia y la ambicion? ¿Por qué Arrió se apartó de la Iglesia Católica? ¿Qué móvil le impulsó para hacerse jefe de una nueva Iglesia, negando la divinidad de Jesucristo? No otro que la soberbia que se apoderó de él al verse postergado á San Alejandro para la silla episcopal de Alejandria. Si venimos repasando y examinando el origen y principio de todas las heregías que llenaron de luto á la In-

maculada Esposa de Jesucristo, siempre hallaremos el mismo. Apolinar, Nestorio y Euthiques fueron arrastrados á sus errores por la misma causa, y sin detenernos con los Monotelistas, Albigenses, Wicelitas, Husitas, Sacramentarios y demas turbas semejantes, consideremos tan solo en la caída de Lutero, que apóstata escandaloso de la religion, lleno de inmoralidad y atrevimiento, hizo una guerra á muerte á la Católica Iglesia, á esa misma Iglesia que le habia recibido como ministro suyo. ¿Quién que esté medianamente instruido, ignora que la soberbia y la ambicion, fueron las causas de que olvidase sus solemnes votos, y emplease su pluma en contradecir ó negar los principales dogmas de la religion? Y en prueba de que es una verdad innegable que la soberbia es la que ha guiado en todos tiempos á los heresiarcas, parad mientes en el patriarca de la impiedad que no dudó afirmar que era mas sábio y poderoso que el mismo Jesucristo (1). ¡Palabras sacrílegas que causa horror el repetir las!

Cuando digo esto, es para haceros comprender que la impiedad que censura las tradiciones religiosas, está siempre fundada, ó mejor dicho, nace necesariamente del crimen del entendimiento, que como venimos diciendo es la soberbia. ¿Y qué tendrá que oponer la piedad á los falsos argumentos de los enemigos de nuestras gloriosas tradiciones? Y concretándonos á vosotros, hijos de Fuencarral, y heredad predilecta de María, ¿callareis, por ventura, cuando

(1) Tal fué el orgullo de Voltaire que tenia envidia á Dios mismo. ¿Creeis, decia, que Jesucristo tuvo mas talento que yo? *Vie de Volt.* citada por Mr. de La-Mennais, tom. I. de su Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion, pág. 333.

el falso filosofismo censure vuestra piedad y el motivo de vuestra asistencia á este Santuario? ¡Ah! Que vosotros siempre fieles á las tradiciones que recibisteis de vuestros padres y mayores, creéis y respetáis cual es debido la de la aparición milagrosa de esa Imágen.

Mil pruebas podríamos presentar para hacer ver que la España, ha sido siempre y en todo tiempo la nación por excelencia protegida y favorecida por María; protección que empezó á mostrar cuando viviendo aun en carne mortal se apareció el Apóstol Santiago nuestro patron, mandándole edificar un templo desde el que se proponía escuchar las súplicas de los fieles para presentarlas ante el trono de Dios, y alcanzar para ellos los mas copiosos raudales de la misericordia divina. Los españoles á su vez no fueron nunca ingratos á esta Señora, y su amor tomó grandes incrementos en sus corazones. Todas las ciudades y aun muchísimos pueblos gloríanse en esta venturosa nación por los preciosos santuarios que encierran erigidos bajo títulos ó advocaciones diferentes de la Santísima Virgen, y este religioso pueblo puede con no menos razon que ningun otro gloriarse por la posesion de este santuario, y por conservar en él la Imágen de Nuestra Señora de Valverde.

Necesario será, señores, si hemos de averiguar el origen de esta imágen que nos remontemos á registrar la historia de los pasados siglos. Desde que vino á España la primera imágen de la Santísima Virgen, que segun se cree fué enviada por el papa San Gregorio Magno á San Leandro, por los años de 590, empezaron á formarse otras muchas que, en las ciudades y

en los pueblos eran recibidas con las mayores muestras de afecto y religiosidad. Nada podemos decir con certeza que satisfaga vuestra religiosa curiosidad con respecto al origen de la imágen de Valverde. Hubo una época para España que podemos llamar época de sangre y de devastacion. Nuestra patria al principio del siglo VIII vióse dominada por los sarracenos, cayendo por tierra el signo de la Santa Cruz, que triunfante ondeara sobre nuestras mas altas torres. Los juicios de Dios son incomprensibles; nadie penetró jamás sus designios. Y digo esto, porque de nada sirvieron entonces las luchas de los cristianos: en vano Pelayo de imperecedera memoria combato cuerpo á cuerpo con la altanera morisma, acompañado de otros españoles refugiados en las montañas de Asturias, pues que Dios tenia dispuesto el triunfo de los moros, y entraron vencedores en nuestra nacion.

Perdian gustosos los españoles sus haciendas y sus vidas en defensa de su fé, empero el pensamiento de que las imágenes de María, su Madre, pudiesen ser profanadas por los árabes, les hacia estremecer, y por un sentimiento unánime diéronse priesa en todas partes á esconder en las entrañas de la tierra aquellas imágenes venerandas para libertarlas del furor de la desenfrenada morisma. Los límites que el uso ha fijado á esta clase de discursos no me permiten el detenerme á referir los grandes acontecimientos de que nos habla la historia, las grandes desgracias acaecidas por mas de quinientos años á nuestra patria, desde que se hundiera el cetro de la monarquía goda.

Trasladémonos al siglo XV, en que compadecido el Señor de la infausta suerte de España, dispuso los acontecimientos de tal modo, que el cetro de la opre-

sion fué destruido, los templos del verdadero Dios, que la supersticion habia arruinado, levantados de nuevo y cayendo avergonzado el estandarte de la media luna, fué sustituido por el signo de salud, por la Santa Cruz del Redentor. Un rey Santo, Fernando III de Castilla y su hijo Alfonso, conocido por el *Sábio*, reconquistaron nuestra patria para Jesucristo, y acordándose la Reina de los cielos de esta su heredad predilecta, como quiera que quinientos años antes hubiese aceptado el afecto y celo de los españoles en ocultar sus imágenes, de modos diversos y con hechos milagrosos, va haciendo que estas se presenten de nuevo á recibir el culto de los nobles hijos de esta nacion católica.

La misma Señora se aparece al Rey don Alfonso en las playas del Guadalete, en Andalucía, mi pátria (1), y dícele que no le aflija la suerte de la España, pues que ella la ha tomado bajo su proteccion, y le presenta aquella hermosísima imagen de los *Milagros*, conservada tantos años bajo las ruinas y tan venerada desde entonces en el Puerto de Santa María. Por esta misma época aparecieron ó fueron halladas las de Atocha y Almudena de Madrid, la de los Santos de la Humosa y otras muchas. Empero hablemos de esta Señora de Valverde y veamos si hay razon en afirmar que tambien fué escondida por los cristianos en la época de que se ha hecho mencion.

Corria el año de 1242, en tal dia como este 25 de abril, cuando unos pastores encontraron esta milagrosa imagen que tenemos á la vista, en un retamar situado en este mismo sitio donde años despues se

(1) En el año de 1264.

edificó este hermoso templo y convento que fué de padres dominicos. No tan brillante se presenta el lucero de la mañana que viene á disipar las tinieblas de la oscura noche, como brillante y hermosa se presenta esa imagen á los ojos de aquella sencilla gente, que corre presurosa á noticiar á los vecinos de Fuencarral su hallazgo. Hombres y mujeres, grandes y pequeños, todos corren á porfia por ver por sus propios ojos allaja de tal valor, y con la mayor compostura y devocion la conducen á nuestra Iglesia parroquial para que allí reciba un culto perpétuo. ¿Mas podrá yo descubrir la sorpresa que se apoderó de todos los corazones, cuando habiendo ido á la mañana siguiente á visitarla, se hallaron sin la imagen? ¡Ah! No podemos comprender los designios de Dios. La Señora se volvió al sitio donde habia aparecido el dia antes repitiéndose el prodigio segunda vez, hasta que conocida su voluntad de permanecer en este sitio le edificaron los de Fuencarral una ermita que se convirtió luego en este hermoso templo, donde desde entonces viene siendo el objeto de las adoraciones, no solo de los hijos de Fuencarral, sino tambien de los de otros pueblos que vienen á impetrar la misericordia del Señor, por la intercesion de la divina Esther María, y ved si tuve razon en deciros que debeis celebrar su dia con gran regocijo y solemnidad para que así conste á la posteridad el motivo de vuestros aplausos. *Unde et vos inter cæteros festos dies hanc habetote diem et celebrate eam cum omni lætitia ut et in posterum cognoscatur.*

Aparicion tan milagrosa en este sitio, dió á comprender y así lo creyeron vuestros mayores, que esta hermosa imagen fué ocultada por los vecinos de este pueblo al tiempo de la invasion sarracena, estando

escondida en ese pozo (1), por espacio de mas de quinientos años. Sirva, pues, de escándalo á los detractores de vuestra piedad, el que por solo una tradicion, se afectúen estas solemnidades, y os congregueis con tanto regocijo. Por ventura, estrañareis tal conducta, de esos para quienes ni aun los dogmas son respetados? En vano tomarán por argumento los enemigos de vuestra gloria el silencio de la historia. ¿Cómo es posible, dirán, que siendo este un hecho tan portentoso no ocupase una página en la historia de nuestra patria? Este argumento es, señores, de poca ó de ninguna fuerza. En primer lugar, no fué por cierto aquella época la época de las letras, pues que solo se conservan de entonces mal formados fragmentos de los cuales puede sacarse mas bien dudas que verdades. Y en segundo, porque piadosos y llenos de religiosidad vuestros abuelos no creerian ser mas conveniente el trasmitir el milagroso hecho á las generaciones futuras por medio de la historia, que de la tradicion de padres á hijos.

Empero ¿deberé insistir en la demostracion de una verdad que vosotros creéis porque la creyeron vuestros padres, que estos acataron porque la acataron los suyos, que en suma viene siendo respetada y creida desde el mismo dia en que se apareciera? No, señores: yo no debo esforzarme mas para escitar vuestra piedad, y deshacer los cargos en que la incredulidad se funda para manejar las armas de su crítica. Solo, pues, debo emplear el tiempo que me resta en escitar vuestro amor, recordándoos lo que esta

(1) En la nave principal del templo donde se predicaba este discurso, se conserva el pozo donde es tradicion estuvo escondida la venerable imagen.

Señora ha hecho por vosotros en todo tiempo, y en estimular vuestra gratitud, demostrándoos los deberes á que su proteccion os empeña.

SEGUNDA PARTE.

Si pretendiese en esta mañana, hablaros de los grandes beneficios que en todos tiempos ha dispensado la Santísima Virgen á todos cuantos la han invocado en sus aflicciones y necesidades, sin hacer otra cosa que presentar un débil y mal trazado bosquejo, haria interminable el discurso. Bien sabeis que María es Madre de misericordia como la llama la Iglesia. *El Señor tiene los ojos sobre los justos*, dice el Real Profeta (1); pero los ojos de la Señora, esclama Ricardo de San Lorenzo, están vueltos, tanto sobre los justos como sobre los pecadores, pudiéndose afirmar que continuamente se emplea en pedir á su Divino Hijo gracias para los hombres. Oyó Santa Brígida que Jesucristo decia un dia á su Madre: Pídeme Madre mia cuanto desees: y á la Madre que le contestaba, *pido misericordia para los miserables* (2). Tan cierto es que esta Señora está dispuesta para abogar continuamente en favor de los que la invocan. «María, esclama el devoto San Bernardo, se ha hecho toda para todos, y para todos abre el seno de su misericordia; para que todos reciban de él, el esclavo la redencion, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdon, el justo la gracia, el ángel alegría, y toda la Trinidad glo-

(1) Oculi Domini super justos. Ps. XXXIII, v. 16.

(2) Misericordiam peto pro miseris. Rev. lib. 1. cap. 16.

»ria... á fin de que ninguno se esconda de su calor (1).»
 ¿Y qué sería de nosotros, pobres y miserables hijos de un padre prevaricador, sino tuviésemos esta Madre de misericordia que intercediese por nosotros? Viviendo en este valle de lágrimas y miserias, espuestos entre mil escollos, rodeados de innumerables peligros, con una naturaleza inclinada al mal, sino tuviésemos á María, que vé nuestras miserias y compadeciéndose de ellas nos alcanza el perdón? Repasemos, señores, con imparcialidad los días de nuestra vida, y al ver que nuestro corazón ha sido inclinado á la envidia y á la codicia, que la soberbia ha presidido siempre á nuestras obras, al ver que no hemos llenado los deberes que nos ligan con respecto á Dios, á nosotros mismos y á nuestros prógimos, contemplemos cuantas veces hemos merecido el infierno. ¿Y por quién nos habremos librado de tan cruel castigo? Por María.

Yo ofrecí escitar vuestro amor y gratitud por el recuerdo de los muchos beneficios recibidos de la Santísima Virgen siempre que la invocásteis ante su milagrosa imagen de Valverde. ¿A quién debieron la salud tantos enfermos como entraron en este templo que salieron sanos? A María. ¿A quién debió la corte de nuestra España la fuga de los grandes males que la afligian en tiempo de Felipe II? A María de Valverde, llevada á Madrid y colocada por orden del monarca en su iglesia mayor. ¿A quién recurrieron vuestros padres y habeis repetidamente recurrido vosotros, cuando una sequía espantosa anunciaba

(1) *María omnia omnibus facta est... omnibus misericordiae simul aperit, ut de plenitudine ejus accipiant universi. Captivus redemptionem, aeger curationem, tristis consolationem, peccator veniam, justus gratiam, angelus latitiam, denique tota Trinitas gloriam... ut non sit qui se abscondat a calore ejus.* S. Bern. Serm. in sign. mag.

años de esterilidad y de hambre? A María de Valverde. ¿Y cuántas veces acudisteis á esta Señora saliendo desconsolados? Ninguna. Pues si esta es una verdad tan conocida de vosotros, si habeis experimentado tantos beneficios, ¿necesitaré registrar los archivos para buscar en ellos actas que acrediten que nunca han sido desoidas por la Virgen de Valverde la súplicas de sus devotos? No, señores: el pueblo fiel y religioso que me escucha no necesita pruebas, y si hay en mi auditorio algun incrédulo que pida una señal, un milagro visible para creer, atienda á lo que dice Jesucristo á aquellos que pedian milagros para creer en él: «*Esta generacion mala y adulterina pide señal, mas no le será dada otra que la de Jonás profeta* (1).» Es decir, no se le dará otra señal que el castigo de su incredulidad.

Pues si tantos beneficios habeis recibido en todo tiempo de la proteccion de esta Señora, si ella es vuestro refugio en la adversidad, vuestro consuelo en las desgracias, si á ella recurris en la afliccion, ¿cuáles serán vuestros deberes para con María? ¿Bastará una devocion tibia que no os conduzca á su santuario mas que en el dia de su festividad, ó en los momentos de la tribulacion? No, señores: María no acepta un culto que no sea verdadero y que no esté cimentado en la observancia de la ley de su Santísimo Hijo. Es verdad que es Madre de pecadores, pero al pecador que María ampara, no es al rebelde y obstinado sino al pecador contrito, al pecador que arrepentido acude á ella suplicándole le alcance la gracia y el perdón. Procurad por lo tanto, amados fieles, que cuando imploreis

(1) *Generatio mala, et adultera signum quærit: et signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophetæ.* S. Math. c. XII, v. 39.

el auxilio de la Santísima Virgen, estén de acuerdo vuestro corazón y vuestros labios; la imitación de sus virtudes, de esas virtudes que María practicó en grado heroico, os debéis proponer imitar y esta imitación os llevará al mas alto grado de felicidad. No podemos llegar al padre sino por Jesucristo, único mediador de propia autoridad y excelencia: pues á este modo no podemos llegar á Jesucristo sino por María mediadora de intercesion interpuesta entre nosotros y su Divino Hijo. Tengamos, pues, verdadera devocion á María por cuya intercesion esperamos alcanzar nuestra salvacion. Si mi Redentor, exclamaba San Buenaventura, me arrojase de sus piés por mis pecados, me arrojare entonces á los de su santísima Madre, allí permaneceré postrado hasta que me alcance el perdón (1). Tal es la confianza que siempre han tenido los padres y justos en alcanzar los mayores favores de Dios por la invocacion de su Santísima Madre.

Ahora bien, amadísimos hermanos, si la Iglesia llama á María *Madre de la Santa Esperanza* (2), y por lo tanto todos los fieles esperan confiados en su amparo y proteccion, ¿con cuánta mas razon debereis esperar vosotros y consagrarle vuestro amor, cuando llena de bondad y misericordia os ha elegido por su pueblo propio y peculiar y os ha vinculado su corazón, haciendo aparecer entre vosotros esa su hermosa imagen, como prenda de indisoluble alianza con los hijos de este pueblo? ¿Y no habeis considerado vuestros deberes para con esta señora, y los homenajes que exige de vosotros? Pues no son otros que homenajes de fé,

(1) Ad Matris suae pedes provolutus staho, ut mihi veniam impetret. D. Bon. part. 3. Stim. Div. Amor. cap. 13.

(2) Mater sanctae spei. Eccli. cap. XXIV, v. 24.

homenajes de gratitud. Los primeros los ofrecereis toda vez que no contaminándoos con las ideas de un filosofismo pirrónico que viene contaminando la sociedad, permanezcais firmes en las creencias que heredasteis de vuestros mayores, cerrando siempre vuestros oídos á los blasfemos ecos de la impiedad. Los homenajes de gratitud, los ofrecereis á María Santísima de Valverde, no olvidando los grandes beneficios que os ha venido dispensando desde el dia feliz de la invencion ó hallazgo de esa imagen. No, no mostrareis esos hermosos homenajes de vuestra fé y gratitud, si tan solo la invocais con un corazón tibio ó indiferente: si su nombre solo se halla en vuestros labios y no en vuestro corazón. Sean vuestras obras la muestra de vuestra fé, y continuos cánticos de accion de gracias las señales de vuestra gratitud. Convenceos, católicos, de que sin buenas costumbres, sin virtudes, no hay piedad ni verdadera religion. La devocion mezclada con los vicios no puede ser jamás del agrado de María, la criatura mas colmada de virtudes que ha existido.

La acreditada tradicion de vuestros mayores está fuera de toda duda y nada podrán lograr de vosotros la impiedad é incredulidad, y la sola presencia de esa imagen que celebrais, es suficiente para afianzar vuestra fé y escitaros á la gratitud: corresponded fielmente á María, con pureza de costumbres, con obras de verdaderos cristianos, y á consecuencia de los grandes beneficios que de ella habeis recibido tened su dia por muy solemne entre los dias festivos, y celebrarle con toda alegría, para que asi conste á la posteridad el motivo de vuestros aplausos. *Unde et vos inter caeteros festos dies, hanc habetote diem, et celebrate*

eam cum omni letitia ut et in posterum cognoscatur.

Y vos, Virgen purísima, á quien bajo el título de Valverde celebramos, no os olvideis de esta vuestra heredad predilecta, que siempre os ama, que siempre os bendice y os aplaude. Es verdad que nuestras culpas han irritado la justicia divina y han motivado vuestro enojo, pero sois Madre de pecadores y por lo tanto esperamos que presentando vos ¡oh Madre de misericordia! nuestro arrepentimiento á vuestro Santísimo Hijo, á fin de que alcancemos la gracia y el perdón, y muriendo con la muerte de los justos, seamos un día participantes de las delicias de la gloria. Amen.

SERMON

DEL

DULCÍSIMO CORAZON DE MARÍA SANTÍSIMA.

Convenite et ingrediamur civitatem munitam.

Congreguémonos y refugiémonos en la ciudad fortalecida.

Jerem. cap. VIII, v. 14.

Religioso coro de Vírgenes del Señor: pueblo católico: Cuando contemplo lo grandioso del objeto que reuniéndonos hoy bajo las bóvedas de este augusto Santuario, nos agrupa en derredor de la imagen de la mas pura, de la mas santa, de la mas perfecta y privilegiada de todas las criaturas, al par que mi corazón se llena de júbilo y alegría, un sentimiento de temor me abate y me confunde. La oratoria desplegó en todos tiempos sus galas en loor de la bendita Virgen de Judá, escojida entre millares, para que se efectuára en ella el gran misterio de la Encarnacion del Verbo: y cuando los Padres de la Iglesia y los mas sublimes ingenios de todos los siglos han sido los panegiristas de sus virtudes y los cantores así del poder que por Dios le ha sido comunicado, como de la ternura y piedad de su corazón amante, ¿qué os podrá

eam cum omni letitia ut et in posterum cognoscatur.

Y vos, Virgen purísima, á quien bajo el título de Valverde celebramos, no os olvideis de esta vuestra heredad predilecta, que siempre os ama, que siempre os bendice y os aplaude. Es verdad que nuestras culpas han irritado la justicia divina y han motivado vuestro enojo, pero sois Madre de pecadores y por lo tanto esperamos que presentando vos ¡oh Madre de misericordia! nuestro arrepentimiento á vuestro Santísimo Hijo, á fin de que alcancemos la gracia y el perdón, y muriendo con la muerte de los justos, seamos un día participantes de las delicias de la gloria. Amen.

SERMON

DEL

DULCÍSIMO CORAZON DE MARÍA SANTÍSIMA.

Convenite et ingrediamur civitatem munitam.

Congreguémonos y refugiémonos en la ciudad fortalecida.

Jerem. cap. VIII, v. 14.

Religioso coro de Vírgenes del Señor: pueblo católico: Cuando contemplo lo grandioso del objeto que reuniéndonos hoy bajo las bóvedas de este augusto Santuario, nos agrupa en derredor de la imagen de la mas pura, de la mas santa, de la mas perfecta y privilegiada de todas las criaturas, al par que mi corazón se llena de júbilo y alegría, un sentimiento de temor me abate y me confunde. La oratoria desplegó en todos tiempos sus galas en loor de la bendita Virgen de Judá, escojida entre millares, para que se efectuára en ella el gran misterio de la Encarnacion del Verbo: y cuando los Padres de la Iglesia y los mas sublimes ingenios de todos los siglos han sido los panegiristas de sus virtudes y los cantores así del poder que por Dios le ha sido comunicado, como de la ternura y piedad de su corazón amante, ¿qué os podrá

decir el menos elocuente de los oradores evangélicos? ¿De qué espresiones deberé valerme para persuadir de las grandes ventajas que resultan á los fieles de abrazar la devocion hermosa del Corazon dulcísimo de la Reina del Amor Hermoso, Madre del Redentor, y Co-redentora de la humanidad? Empero bien conozco que necesitaré hacer pocos esfuerzos, porque el amor á la Santísima Virgen María tiene profundas raíces en los pechos españoles. ¿En qué rincon de nuestra Península no tiene altares? ¿Dónde dejan de resonar diariamente sus alabanzas? ¿Qué católico no la invoca cada dia esperando por su mediacion conseguir del dador de todo bien el remedio de sus males?

María, mis señores, desde que la religion estaba en su cuna fué el tierno objeto del amor de los cristianos, y apenas esta misma religion salió de las catacumbas y empezó á estenderse por toda la tierra, empezaron á dedicarse muchos templos á su nombre. Ni podia ser de otro modo: instruidos en el Evangelio los cristianos de los primeros siglos, comprendieron todo el valor de aquella manda y precioso legado con que Jesucristo nos enriqueció, cuando pendiente del árbol de la cruz, se desposeyó del título de Hijo de María y nos la dejó por Madre á todos los hombres, siendo su voluntad que así como El es el único mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre los hombres y su Eterno Padre, fuese su Madre medianera de intercesion para con El, siendo el conducto, como dice San Bernardino de Sena, por donde se comunicasen á los hombres los mas abundantes raudales de las divinas misericordias.

Acaso ¿servirá de mofa al moderno escepticismo

el que nosotros veneremos y consagremos culto al Corazon de la Santísima Virgen? Riase en buen hora el impío: nosotros que autorizados por la Iglesia consagramos á la Madre de nuestro Dios culto de *hiperdulia*, veneramos con regocijo su Corazon amante, porque él es el depósito del divino amor y de las eternas misericordias. Es, despues del de su Divino Hijo Jesus, el Corazon mas digno de ser amado: sus dulces pulsaciones son siempre de caridad para sus hijos: el Corazon de María es el espejo del Sacratísimo Corazon de Jesus. ¿Quién ignora que fueron grandes sus relaciones con la Divinidad? Elegida en los consejos de la Trinidad Beatísima para Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Verbo y Esposa del Espíritu Santo, no hubo jamás, ni habrá en los tiempos futuros, criatura mas colmada de gracia, porque esta, segun la doctrina del Angélico Maestro, la concede el Señor á las criaturas, segun la dignidad á que las destina. ¿A qué grado de bondad llegará, pues, el corazon de esta Santísima Señora?

Muchas son las festividades con que la Iglesia celebra á la Bienaventurada Madre del Salvador, pero yo confieso que la que hoy nos reúne en este Santuario, es la que regocija y llena de ternura mi Corazon. María es nuestra reina y es nuestra madre, ¿qué cosa mas propia y natural que dirigir obsequios al corazon purísimo de una Soberana y una Madre, que nos ampara, nos defiende y protege en medio de un mundo en que vivimos rodeados de peligros? Recordad tan solamente que el Corazon de María, suministró la sangre de que fué formado el Cuerpo Sacrosanto de Jesucristo, sangre preciosísima que derramó por nosotros en el árbol sacrosanto de la cruz, y conoceréis que el

Corazon de esta bendita Madre es digno de nuestro amor y del culto que la tributamos.

Mi objeto es, pues, en esta mañana, en la que me habeis honrado con vuestra confianza, que os alenteis en vuestra devocion al Corazon dulcísimo de la Santísima Virgen, y para ello os demostraré las perfecciones de que ha sido adornado, y el grande amor que nos profesa. De este modo se alentará nuestro amor y gratitud, y conociendo cuanto podemos esperar de tan cariñosa Madre, trataremos por nuestra devocion de refugiarnos en ese Corazon precioso, ciudad fortalecida, dentro de la cual nada tendremos que temer de nuestros enemigos: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

Alcanzadme ¡oh Madre del Redentor! la gracia que nos es indispensable para hablar dignamente de ese Corazon amante, de ese templo vivo del Espíritu Santo. De este modo supliendo la gracia lo que á mí me falta de elocuencia, mis palabras serán saetas de amor que inflamen los pechos de mis oyentes. Atended, Señora, á nuestras súplicas, ínterin nosotros os saludamos respetuosamente con las palabras mismas que os dirijiera el celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Concluida la grande obra de la creacion, el Omnipotente contemplaba desde la altura de los cielos las obras admirables que habian salido de sus manos, y no se dispensó á la complacencia en sus efectos. Esos brillantes globos de luz que adornan la bóveda del firmamento; los anchurosos mares con sus preciosidades, los rios, las fuentes, los árboles, la variedad de

animales que estaban esparcidos por la tierra; el ave-cilla que suspendida sobre débil rama entonara himnos armoniosos, todo hallaba gracia en sus divinos ojos. Empero el hombre, obra maestra de la creacion, digámoslo así, era el objeto mas amado para el Soberano Artífice. Al formarle habia dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (1).» Y en efecto, el hombre fué la obra mas perfecta de la creacion: adornóle el Señor de un alma racional con potencias que le ennoblecen y le separa de los irracionales, y dióle un corazon sensible; de suerte que sus sentimientos nobles pudiesen ser su guia en un mundo donde era constituido rey, porque todo estaba por voluntad de Dios sujeto á su dominio. Así el hombre, á diferencia de los demas seres creados, era capaz de conocer á Dios, amarle y rendirle homenaje de adoracion y gratitud.

¿Qué ha sucedido, mis señores, que así ha trastornado los planes de la Providencia? ¿Qué nube es esa que ha oscurecido el cuadro de la naturaleza? ¿Por qué Adán se esconde presuroso entre los arbustos del jardin de Eden? ¿Por qué aquel Dios que poco há se complacia al contemplar sus obras, ahora deja oír su voz airada y muestra estar arrepentido de haber hecho al hombre (2)? ¿Mas qué digo! Pecó el hombre, y ya nada podia hallar gracia en los divinos ojos del Hacedor: multiplicanse los hombres; pero inficionados todos en su origen, no habia un solo corazon tan puro y tan perfecto como era el del primer hombre antes de su caída. ¿Y habrá de perecer la humanidad? ¡Ah! cuán grandes é incomprensibles son los tesoros

(1) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

(2) Génes. cap. VI, v. 7.

de la divina misericordia! La redencion del hombre es decretada, y en los altos consejos de Dios Trino y uno determinase la Encarnacion del Verbo, y que esta Encarnacion se verificase en el vientre de una Virgen Purísima, dotada de un corazon immaculado, y en la que ni por un solo instante tuviese parte el demonio.

Ved aquí, mis señores, una segunda obra mas sublime que la primera: se trata de formar la criatura singular que ha de producir al Salvador del linaje humano, y cuyo corazon ha de ser templo de la Divinidad. Ser Hija, Madre y Esposa de Dios es su destino, tener encerrado por nueve meses en su claustro virginal al que no abarca el cielo ni los cielos de los cielos; comunicarle la sangre emanada del su corazon; alimentarle despues con el nectar de sus pechos; sostenerle entre sus brazos y estrecharle en su corazon, tales son los officios de la Maternidad á que ha de ser elevada y esta mujer sin semejante es esperada con anhelo y anunciada al mundo con símbolos y figuras misteriosas por aquellos mismos justos del Testamento Antiguo que vivian en la fé de Cristo venturos. Meditad por un momento tan elevado destino: considerad que fué hecha por la mano del Omnipotente para que fuese su Tabernáculo; contemplad que es el tálamo augusta del mismo Dios, y que en sus brazos cayó desfallecido de amor el Verbo Eterno y conoceréis cuán incomprensible es su grandeza y cuántas perfecciones están depositadas en su dulcísimo corazon. No hay virtud ¡oh Reina del cielo! esclama el Padre San Bernardo, que no resplandezca en tu corazon, y tú sola posees en todo su grandor cuantas virtudes se hallan repartidas en la multitud de los santos.

En efecto, mis señores: predestinada María á la gloria antes que ninguna otra criatura, sin esceptuar á las angélicas, es santificada no solo en su nacimiento, sino aun en su misma concepcion, en la que fué llena de toda gracia. Ella pertenece al género de las criaturas humanas, empero por un privilegio singular, á ninguna otra criatura concedido, fué libre y exenta de la mancha original en que todos nacemos envueltos: su corazon immaculado ni por un instante conoció la culpa. Ni podia ser de otro modo, puesto que debiendo ser el reclinatorio de la Divinidad y el mundo, como dice el Santo Abad del Clarabal, de toda la Santísima Trinidad, debia poseer un corazon que pudiese identificarse con el de su Hijo Jesus. ¿Deseais conocer toda la perfeccion de ese dulcísimo Corazon, que es hoy objeto de nuestro culto? Pues demos algunas pinceladas en el cuadro de su admirable vida: mas antes para desahogo de nuestra devocion, citaremos algunas de las glorias ó figuras con que fué anunciada al mundo en las sagradas páginas del Testamento Antiguo. Dificil tarea seria ciertamente, y muy superior asi á mi inteligencia como á los límites del discurso, el ir registrando cada uno de los sagrados libros, para ir entresacando los sublimes anuncios de la bienaventurada Madre del Salvador. Fijémonos, pues, tan solo en los libros de los Proverbios y del Eclesiástico. En el primero, la hace hablar el inspirado Salomon de este modo: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fui ordenada, y antes que la tierra fuese hecha en los primeros dias. Aun no existian los abismos, ya habia sido concebida: aun no habian brotado las fuentes de las aguas: aun no se habian sen-

»tado los montes sobre su pesada masa, antes que
 »apareciesen los collados, los rios y los cuatro ángulos
 »del orbe, ya habia yo sido dada á luz en la mente
 »del Altísimo. Cuando preparaba los cielos, estaba yo
 »presente: cuando con ley cierta cercaba los abismos:
 »cuando afirmaba la rejion etérea y equilibraba las
 »fuentes de las aguas: cuando circunscribia á el mar
 »su término y ponía ley á las aguas para que no pasa-
 »sen sus límites: cuando establecía los cimientos de
 »la tierra, con El estaba yo concertándolo todo (1).»

Sí, Virgen purísima: Tú eres la predestinada á la
 Gloria antes que ninguna otra criatura; y no podia ser
 menos, puesto que tu altísimo destino era encerrar en
 tu cláustro virginal al que no cabe en los cielos por su
 grandeza y Majestad. *Quem cæli capere non poterant,
 tuo gremio contulisti.* Leed, mis señores, el sagrado libro
 del Eclesiástico y la vereis comparada al cedro del
 Libano en su exaltacion, y tambien al ciprés del
 monte de Sion (2). Me he elevado, dice despues, como
 la vistosa oliva de los campos, y como plátanos en
 las plazas junto al agua: como cinamomo y bálsamo
 aromático de fragancia, y como mirra escogida de
 suavidad de olor (3).

Empero no nos detengamos, mis señores, y si
 hemos de conocer la perfeccion del Corazon amante
 de esa criatura escogida y privilegiada de un modo
 singular y maravilloso, contemplémosla ya desde el
 momento en que cual lucero hermoso que precede al
 Sol Divino de Justicia, aparece para felicidad de la
 humanidad entre nosotros.

(1) Prov. cap. VIII.

(2) Eccli. cap. XXIV, v. 17.

(3) Ibid. v. 18, 19 y 20.

Y desde luego, Jesucristo fué el primer predesti-
 nado: María fué la segunda, y si como dice San Pa-
 blo, los predestinados deben ser hechos conforme á la
 imágen de Jesucristo, para que el sea el primogénito
 entre muchos hermanos (1), María fué una verdadera
 imágen de aquel que la habia escogido para tomar
 nuestra naturaleza y recibir la sangre de su mismo
 Corazon. Despues del de su Divino Hijo, no hubo, ni
 habrá un corazon mas perfecto, y unas virtudes mas
 sólidas que las de María: ora la contemplemos humil-
 dísima en su mayor elevacion, ora reducida á la mayor
 pobreza, ya atribulada en los padecimientos del Hijo
 de sus entrañas, ya sufriendo así los crueles dolores
 del Calvario como la amargura de su soledad, siem-
 pre descubriremos las perfecciones con que el Eterno
 adornó su Corazon. Discurramos con orden.

María, templo escogido, donde habia de habitar
 la Majestad del Verbo, habia sido criada en la inocen-
 cia original: la culpa no podia inficionarla, y sin em-
 bargo, su corazon, que es todo de Dios la hace huir
 del mundo, cual si el mundo pudiera prenderla en
 sus funestos lazos. Aun se halla en la edad de la ni-
 ñez; no cuenta mas que tres años de edad, y obrando
 en ella la reflexion con más perfeccion que pudiera
 obrar en una otra persona de madura edad, dirige
 sus pasos al lugar de la santificacion, al templo,
 para allí entregarse, sin ningun género de estorbo,
 al servicio del Señor. ¡Qué es esto, angelical criatu-
 ra! ¿Asi te apartas de las caricias de unos padres que
 te aman y que en poseerte encuentran su dicha y su

(3) Nam quos præavit et prædestinavit conformes fieri imaginis
 Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus. Ad Rom. capi-
 tulo VIII, v. 29.

consuelo? ¿Así abandonas sin volver la cara atrás á tus santos progenitores? ¿Pero qué pregunto? María, mis señores, tiene un alma grande, un corazón recto y purísimo: sus obras son inspiraciones de la Divinidad: seguid sus pasos y vereis que en el templo es la admiración de los mismos sacerdotes. La esterilidad era en aquellos tiempos una deshonra; María se consagra á Dios y nada le importa el mundo y cuanto pueda juzgar de ella: su corazón es el más puro, el más casto de todos los corazones, y solo por obedecer los decretos de la Providencia, lleva á efecto su matrimonio con el bendito José. ¡Pero qué matrimonio! Un hombre virgen se une á una mujer inmaculada; un corazón puro, á otro más perfecto; el más santo de los hombres, se une á la más santa de las mujeres: y José que es verdadero esposo de María, es el protector, el guardian y custodio de su virginidad. Cielos y tierra, dice el canciller de París, no vieron alianza más feliz.

Aun he dicho poco, mis señores, para haceros comprender toda la castidad y pureza del Corazón de la Santísima Virgen. Entremos con nuestra consideración en el retrete donde la Esposa de José se entrega al fervor de la oración, en aquellos momentos en que iba á recibir la nueva de su maternidad. Un ángel es el embajador de Dios: sin embargo, María se turba á su vista, y sus ojos se fijan en la tierra. Se le anuncia que va á ser Madre del Verbo Eterno, pero ella no vacila un momento en preferir su virginidad á tanta honra. ¿Cómo puede ser esto cuando no conozco varón (1)? Y solo al descubrirle

(1) P. D'Argentan: Grandezas de la Virgen, cap. XIV.

el mensajero celeste el gran misterio que por obra del Espíritu Santo iba á verificarse en sus entrañas, es cuando dá el consentimiento, cuando pronuncia aquel *fiat* que los Padres comparan al *fiat* del Omnipotente en la creación. Palabra admirable, que pronunciada por Dios, sacó al universo del caos de la nada; y pronunciada por María, sacó al Hijo de Dios del seno de su Padre.

Empero no apartaremos nuestra vista del alcázar de María sin admirarla primero hecha un prodigio de humildad: precisamente un corazón casto ha de ser también un corazón humilde: llénanse los hombres de orgullo por haber nacido hijos de padres opulentos y haberse mecido en dorada cuna, ó tal vez por cubrir sus pechos con esas distinciones inventadas por la vanidad humana, cual sino fuesen del mismo género que los demás hombres, y no estuviesen sujetos á las miserias de nuestra flaca naturaleza, á las enfermedades y la muerte; miran con desden y tratan con desprecio á aquellos de sus semejantes, cuyo nacimiento fué humilde. ¡Triste condición de la humana naturaleza, que revela toda la pobreza y miseria de las criaturas!

¿Qué es, comparada con la de María, toda la grandeza de la tierra? Si registramos su noble ascendencia, veremos que desciende de reyes, profetas é ilustres capitanes, y en su árbol genealógico, vemos entre otros no menos célebres, los nombres de un Isaac, un Jacob y un Judas: siguen á estos Phares, Esron, Aram, Aminadab, Naasson, Salmon y Jessé, con David, Salomon, Roboam, Josias y Eleazar. ¡Ah! ¡Qué cuadro más sublime! Y María que se vé obligada á vivir en la oscuridad y pobreza, no obs-

tante tener parte en la sucesion del trono, que con su divino y tierno infante, y acompañada de su casto esposo, tiene que emprender el penosísimo viaje del Egipto, ni recuerda siquiera su grandeza: su Corazon era de Dios y en Dios solo encontraba sus delicias. Apenas recibe la noticia de su exaltacion á la mayor de las dignidades, se humilla, se abate, y al tiempo mismo que los coros angélicos la saludan reina, ella se considera como la esclava y como la esclava mas humilde del Señor: *Ecce ancilla Domini.* » Hé aquí la esclava del Señor.

¡Oh María! Digna fuisteis de ser elegida por el Señor para que en tí se obrase el gran misterio de la Encarnacion del Verbo: no ha habido un corazon semejante al tuyo, una criatura que te esceda ni aun que se asemeje en santidad: muchas hijas juntaron riquezas de santidad: pero tu ¡oh Madre mia! las ha sobrepujado á todas: *Multæ filia congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.*

Contemplad, mis señores, las virtudes que resplandecieron en los héroes que celebran las páginas de la Escritura Santa, y vereis que todos ellos brotan como de copioso y abundante manantial del Corazon immaculado de María: la fé que distinguió á un Abraham, la obediencia de su hijo Isaac: la pureza de José, la piedad de un David y la sabiduría de un Salomon: prudente mas que Abigail: mas llena de valor que Judith y de intrepidez que Jael y mas laboriosa que Ruth, María es el resumen de todas las virtudes.

Yo deberia ahora dirigir vuestras consideraciones al Calvario y presentaros á esta Soberana Reina al pié del patíbulo de la cruz, y allí observar podriais toda la fortaleza de su corazon amante. Pero yo renuncio

hoy á describir las tristes escenas del monte de las Calaveras, porque no quiero entristecer vuestros corazones en dia de tanto regocijo. Confesemos, mis señores, que María demostró en todos los actos de su vida, así en su niñez como en su juventud, y muy particularmente en la pasion y muerte de su Hijo, que su corazon fué un abismo insondable de virtudes, perfecciones y prodigios: ved, pues, probada mi primera proposicion de que el corazon de María es digno de todo nuestro amor, por sus altísimas perfecciones. Empero lo es tambien, y es lo segundo que propuse, por el gran amor que nos profesa.

SEGUNDA PARTE

Quando me propongo hablar del amor que la Santísima Virgen tiene á la humanidad: cuando debo llamar vuestras atenciones hácia las finezas de su corazon amante para con los miserables hijos del padre prevaricador, confieso que desearia poseer las mejores dotes oratorias y la gracia del buen decir. Bien se que no necesito buscar muchas pruebas que confirmen mi proposicion, porque el cristianismo todo aplaude y bendice á una voz á la immaculada Co-redentora de la raza proscripta, conociendo que su corazon es todo de las criaturas, y que ella es, como la llaman los Padres, la tesorera y dispensadora de las divinas misericordias: empero mi lengua es asaz torpe para publicar las bondades de la mas tierna Madre para con los mas ingratos hijos.

Desde los primeros siglos del cristianismo, los Padres de la Iglesia, y los mas sublimes ingenios, empleáronse gustosos en cantar las alabanzas á la reina

de los ángeles, y en animar á los fieles á acudir á ella en todas sus tribulaciones, asegurando que es el mejor conducto por donde el Señor comunica sus bondades á las criaturas. San Efren la llama abogada única de los pecadores, y San Juan Damasceno la hace hablar de este modo: «Yo soy una ciudad de refugio para todos cuantos á mí se acercan (1).» Ved aquí con cuanta razon os llamo en este dia, exhortándoos á que os refugiéis en esta ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

¿En qué fundamos nosotros nuestra esperanza en la proteccion de la Santísima Virgen? ¿Acaso será esto efecto de un exceso de nuestra piedad y del amor que la profesamos? No, mis señores: tres causas descubro yo que justifican nuestra confianza: su poder, nacido de su altísima dignidad; la maternidad de todos los hombres que recibiera en el Gólgota, y lo tierno y bondadoso de su corazon. Discurremos con orden.

Al decir yo que nuestra confianza en la Santísima Virgen nace del poder que en ella reconocemos, estoy muy lejos de atribuir á la Señora ninguno de los atributos que son esenciales de la Divinidad: María es mas que todas las criaturas, pero es menos que Dios, no es Omnipotente; pero ¿podrá negarse que ha recibido tal poder de Dios, que los Padres no han dudado llamarla casi Omnipotente? Léese en las sagradas páginas que el Señor ha favorecido á algunos justos, en los que por una disposicion de su Providencia ha hecho resplandecer su poder. Decidme, mis señores: ¿ha habido ni podrá existir

(1) Ego civitas refugii omnium ad me confugentium. San Juan Damasceno, Oral. 2 de Dormit.

una criatura mas colmada de santidad que María? ¿Ha habido una que haya tenido mas estrechas relaciones con la Divinidad? Contemplad tan solo que registrando el Eterno con una mirada escudriñadora todas las generaciones que habian de poblar la tierra hasta la consumacion de los siglos, solo María fué hallada digna de ser elevada á la altísima dignidad de Madre de Dios; que para ser sublimada á tanta dignidad, hizo el Eterno una honrosa exencion en ella del decreto que envolvía á todas las criaturas en el pecado original, siendo concebida en gracia y recibiendo desde el instante mismo de su animacion purísima no solo toda la inmensidad de la gracia santificante, sino tambien todas las gracias *gratis datas*. El Verbo Eterno habíase hecho hombre en sus purísimas entrañas: la sangre que hiciera latir su corazon la habia recibido del corazon de María; habíase alimentado de sus pechos, y durante su peregrinacion sobre la tierra vivió sujeto á ella, obediéndola en todo. Ahora, pues, os diré yo valiéndome de las mismas espresiones del Padre San Agustin: que no es concebible que el que protestó no haber descendido á la tierra á quebrantar la ley, sino á cumplirla en toda su estension, dejase de honrar á su Madre aun estando en el cielo (1).

Si la oracion del justo es siempre eficacísima delante de Dios, ¿qué deberemos pensar de las peticiones de María? ¿Acaso se negará alguna peticion en el cielo á aquella criatura que es Hija, Madre y Esposa de Dios? Jesucristo, que como hemos insi-

(1) ¿Numquid non pertinet ad benignitatem Domini, Matris honorem servare qui legem non veni solvere, sed adimplere. D. Aug. Apud Lig. Glor. Mar. t. 1, c. 6.

nuado vivió en la tierra obediente á su Madre, ¿cerrará en el cielo sus oídos á las súplicas que le dirija? Si en la tierra bastó una insinuación de la Madre, para que en las bodas de Caná efectuara Jesucristo el milagro de convertir el agua en vino para remediar el apuro de los desposados, ¿qué efecto no tendrán ahora en el Empíreo sus ruegos dirigidos en favor de la humanidad? Esta consideración hizo esclamar á San Bernardino de Sena que todo obedece al imperio de María, sin exceptuar al mismo Dios. *Imperio Virginis omnia famulantur, etiam Deus* (1).

Escandalicense los herejes de que nosotros pongamos nuestra esperanza en María, diciendo que solo Dios debe formar la esperanza del hombre. De dos modos, dice el angélico doctor Santo Tomás, podemos nosotros poner nuestra esperanza en una persona: como causa principal ó como causa media. ¿Qué sucede en la tierra? El monarca es el que concede gracia y distinciones, y sin embargo cuando el hombre quiere conseguir algun favor especial del rey, no acude á él directamente y se vale del ministro por quien se distribuyen; y aunque conoce que solo del trono puede salir la gracia que solicita, pone su esperanza en el ministro como causa media. Ved aquí lo que hacemos los cristianos, sin perjudicar en nada los derechos de la Divinidad. Sabemos que solo Dios es el dispensador de todo don perfecto: solo El puede remediar nuestras necesidades y socorrernos en nuestras aficciones; solo Dios puede perdonarnos de nuestras infidelidades, y así es la causa principal de

(1) S. Bern. de Sen, t. II. Serm. 16.

nuestra esperanza; empero al dirijirnos al Señor temblamos á la consideración de nuestras culpas y consideramos nuestra indignidad, y por esto nos acojemos al amparo de María, esperando que pondrá en juego toda su influencia y su poder para alcanzarnos de su Divino Hijo el buen despacho de nuestras peticiones.

Asi es, mis hermanos, y fundada la Iglesia en estos sanos principios nos enseña en la piadosa costumbre de invocarla, con el dulce nombre de esperanza nuestra y los hijos de la Iglesia siempre y en todo tiempo, alcanzarán de Dios por la intercesión de la Señora los mas grandes y extraordinarios favores: y no puede ser de otro modo puesto que dotada la Señora de un corazón amable, de un corazón compasivo y lleno de bondad nos ama con un amor, que como dice el Damiano, no se deja vencer de ningun otro amor (1).

Otra consideración nos hará comprender cuán fundada es nuestra esperanza en la Santísima Virgen. ¿Cuáles son nuestras relaciones con la que es Madre de Dios? ¡Ah! ¡Qué consuelo tan inexplicable para nuestras almas! La que es Madre de Dios, lo es también nuestra no carnal, sino espiritualmente. No digamos nada nuestro, y dejemos hablar al celoso cantor de las glorias de María, S. Alfonso de Ligorio. No en vano, dice, los devotos de María Santísima, la llaman madre y parece que no saben invocarla con otro nombre, ni se sacian de llamarla siempre Madre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es de nuestras almas y nuestra salud. Cuando el pecado privó de la

(1) Scio, Domina, quia amantissima es et amas nos amore in-
vicibili. D. Petr. Dam. Serm. 1 de Nat. B. Virg.

divina gracia á nuestras almas, las privó tambien de la vida. Por lo cual habiendo quedado ellas miserablemente muertas, vino Jesus nuestro Redentor, por un exceso de misericordia y de amor, á recobrar para nosotros con su muerte en la cruz la vida que teniamos perdida como él mismo lo declaró: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en mas abundancia* (1). *En mas abundancia*; porque dicen los teólogos, nos trajo Jesucristo mas bienes con su redencion, que daño y males Adán con su pecado. Por lo cual, reconciliándonos su Divina Magestad con Dios, se hizo Padre de nuestras almas en la nueva ley de gracia, como profetizó Isaias, llamándole Padre del siglo venidero, príncipe de paz (2). Mas si Jesus, concluye el Santo escritor, fué el Padre de nuestras almas, María fué la Madre, por que dándonos á Jesus nos dió la vida verdadera, y ofreciendo despues en el Calvario la vida del Hijo por nuestra salud, vino á darnos á luz entonces á la vida de la divina gracia. » Hasta aquí el sublime razonamiento de San Alfonso de Ligorio.

Jesucristo, mis señores, quiso que nos confirmáramos en esta verdad consoladora y fué su voluntad que la Santísima Virgen fuese para nosotros una medianera de intercesion, y para que mas se alentara nuestra confianza nos la dejó por madre á todos los mortales, diciéndonos en la persona de Juan, á cada uno de los que habiamos de ser en adelante miembros de su Iglesia: *«Hé ahí á tu Madre.»* ¿Seré yo capaz de desenvolver el divino énfasis que encierran estas sublimes palabras? *«Hé ahí tu Madre!»*

(1) *Veni, ut vitam habeant et abundantius habeant.* Joan. cap. X, vers. 10.

(2) *Maria plena unctioe misericordiae, et oleo pietatis propterea unxit te Deus oleo laetitiae.* D. Bon. in Spec. cap. 7.

Oídlo, justos, para vuestro consuelo: escuchadlo pecadores que llorais vuestros estravios. La Madre de Dios es nuestra Madre. ¿Qué tendrá pues que oponer la impiedad á nuestra confianza? ¿Dónde encuentra consuelo el tierno parvulillo sino en el regazo materno? ¿Y una Madre qué gozo no tiene al recibir entre sus brazos y estrechar en su corazón á sus amados hijos? Y si una madre es siempre bondadosa para con sus hijos ¿faltará esta bella cualidad á la que es reina de todas las virtudes? De ningún modo: María, mis señores, es la Madre mas tierna y cariñosa; su corazón está rebosando piedad, porque es el corazón mas tierno y mas amante: su ocupacion continua en el Empíreo es pedir gracia en favor de los infelices mortales. Llenémonos de regocijo por tener en el cielo una Madre toda llena de unción, de misericordia y de bondad hácia nosotros, como dice San Buenaventura. Alegrémonos y bendigamos á nuestro Dios, porque concedió á la que es nuestra Madre y protectora un corazón tan lleno de bondad en nuestro favor.

Poco os he dicho, mis señores: porque poco permite mi insuficiencia: lengua de Serafin seria necesaria para hablar dignamente de las finezas de ese corazón amante. No me estraña á vista de cuanto llevamos espuesto, que tan rápidamente se haya estendido en todos los países católicos la devoción del inmaculado Corazón de María, y que tantas archicofradías se erijan de nuevo cada dia, para darle culto y rogar por la conversion de los pecadores, objeto santo y laudable que se propusieron los propagadores de esta devoción.

Sí, pues, el Corazón de María es un abismo de perfecciones, como demostramos en la primera parte del

discurso, y es un corazon que rebosa caridad en nuestro favor, venid cristianos y refugiémonos en ese corazon amante, en esa ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. Todos encontraremos en ese corazon dulcísimo el reposo y el descanso. Acudid, vosotras, mujeres fuertes, santas religiosas que en el retiro del cláustro os dedicais al santo ejercicio de la oracion: ni en ese santo albergue os dejará tranquilas el cruel enemigo de nuestras almas; empero no temais á sus malignas sugerencias: acudid al corazon de María, puerto seguro de salvacion, y os llenareis de fortaleza: *Convenite et ingrediamur civitate munitam*. Individuos de esta congregacion ilustre, y vosotros todos cristianos que me escuchais: en vuestras aficciones y necesidades, en vuestras tribulaciones y enfermedades acudid al corazon dulcísimo de María, porque es un corazon bondadosísimo, dispuesto á interceder por sus devotos: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. ¿Qué otra cosa deseamos sino conseguir del Señor el perdon de nuestros pecados? Pues por María podemos conseguirlo: acudamos á ella, pues á todos alcanza el calor de su caridad.

Sí, Virgen Sacratísima: somos vuestros hijos y por eso nos atrevemos á esperar de Vos, Madre amantísima, que intercedereis en nuestro favor para que seamos perdonados. Habeis recibido de Dios un poder grande y extraordinario, y vuestros deseos son de que nos salvemos. Asistidnos, pues, Señora, á fin de que, resistiendo al mundo, al demonio y á la carne, vivamos con rectitud, y logrando la preciosa muerte de los justos, tengamos un día la inestimable dicha de ser participantes del reino de la inmortalidad, que es la Gloria. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

Fecit mihi magna, qui potens est.

El que es poderoso, hizo conmigo cosas grandes.

Cántic. Magnificat.

No lo extraño, ni creo descubrir un fenómeno inesplicable, al observar que cuando se tributan cultos á la Madre de Dios, cuando se trata de celebrar sus glorias y cantar sus alabanzas, sea cualquiera la advocacion ó título bajo el cual la veneremos, acuden presurosos á ocupar un lugar bajo las bóvedas del templo, así el jóven cuya imaginacion bulliciosa le guia de continuo en busca de distracciones y placeres, como el decrepito anciano que se halla agoviado bajo el peso de los años: tanto el niño que aun juguetea en el regazo de una tierna madre, como el hombre de negocios ó de estudios que voluntariamente suspende sus tareas: todos se creen obligados á pagar justo tributo de veneracion, de respeto, de amor á aquella criatura singular, que fué el lucero brillante que precedió al Sol Divino de jus-

discurso, y es un corazon que rebosa caridad en nuestro favor, venid cristianos y refugiémonos en ese corazon amante, en esa ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. Todos encontraremos en ese corazon dulcísimo el reposo y el descanso. Acudid, vosotras, mujeres fuertes, santas religiosas que en el retiro del cláustro os dedicais al santo ejercicio de la oracion: ni en ese santo albergue os dejará tranquilas el cruel enemigo de nuestras almas; empero no temais á sus malignas sugerencias: acudid al corazon de María, puerto seguro de salvacion, y os llenareis de fortaleza: *Convenite et ingrediamur civitate munitam*. Individuos de esta congregacion ilustre, y vosotros todos cristianos que me escuchais: en vuestras aficciones y necesidades, en vuestras tribulaciones y enfermedades acudid al corazon dulcísimo de María, porque es un corazon bondadosísimo, dispuesto á interceder por sus devotos: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. ¿Qué otra cosa deseamos sino conseguir del Señor el perdon de nuestros pecados? Pues por María podemos conseguirlo: acudamos á ella, pues á todos alcanza el calor de su caridad.

Sí, Virgen Sacratísima: somos vuestros hijos y por eso nos atrevemos á esperar de Vos, Madre amantísima, que intercedereis en nuestro favor para que seamos perdonados. Habeis recibido de Dios un poder grande y extraordinario, y vuestros deseos son de que nos salvemos. Asistidnos, pues, Señora, á fin de que, resistiendo al mundo, al demonio y á la carne, vivamos con rectitud, y logrando la preciosa muerte de los justos, tengamos un día la inestimable dicha de ser participantes del reino de la inmortalidad, que es la Gloria. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

Fecit mihi magna, qui potens est.

El que es poderoso, hizo conmigo cosas grandes.

Cántic. Magnificat.

No lo extraño, ni creo descubrir un fenómeno inesplicable, al observar que cuando se tributan cultos á la Madre de Dios, cuando se trata de celebrar sus glorias y cantar sus alabanzas, sea cualquiera la advocacion ó título bajo el cual la veneremos, acuden presurosos á ocupar un lugar bajo las bóvedas del templo, así el jóven cuya imaginacion bulliciosa le guia de continuo en busca de distracciones y placeres, como el decrepito anciano que se halla agoviado bajo el peso de los años: tanto el niño que aun juguetea en el regazo de una tierna madre, como el hombre de negocios ó de estudios que voluntariamente suspende sus tareas: todos se creen obligados á pagar justo tributo de veneracion, de respeto, de amor á aquella criatura singular, que fué el lucero brillante que precedió al Sol Divino de jus-

ticia Cristo Jesus: á la que sola y sin ejemplo, mereció reunir los gozos de Madre con el candor y la hermosura de la virginidad. Yo descubro fácilmente las razones que militan para tanto entusiasmo y tanto afecto, y al contemplar que en todos los rincones del mundo, en las ciudades populosas, como en la aldea mas miserable y pequeña, allí donde resuenan las alabanzas de Dios, bendicese el nombre tambien de María, se invoca su patrocinio y se adornan sus altares, no puedo menos de recordar unas espresiones de San Ireneo, las cuales me dan á conocer la justicia y necesidad de esa devocion universal á la Santísima Virgen. *Universo generi humano causa salutis effecta est.*

Es una verdad innegable que todos nuestros homenajes, nuestro culto vá dirigido á Dios, á quien es debida la gloria, el honor y la adoracion de todas las criaturas, y el cristianismo, por mas que digan nuestros detractores no defraudó jamás los derechos de la Divinidad con su amor á María. Por el contrario adoramos al Salvador en su Madre, y venerando á la Santísima Virgen damos gloria á Dios, que se dignó elegirla entre millares para darla los hermosos títulos de Hija, Esposa y Madre; que la formó para hacerla Arca viva y Tabernáculo donde por espacio de nueve meses habia de habitar aquel para quien es estrecho el cielo y los cielos de los cielos, y sabemos que así como Jesucristo que es la causa primera y principal de nuestra salvacion, es el solo medianero de propia autoridad y excelencia interpuesto entre nosotros y el Eterno Padre, María Santísima que es la causa segunda ó instrumental de nuestra salud, es medianera de intercesion para con

su Divino Hijo, que deseando que ella fuese el acueducto de las Divinas Misericordias, nos la dejó por Madre al consumir el Sacrificio de la Cruz; razon por la cual nos dice el angélico maestro Santo Tomás, que así como los navegantes son conducidos al puerto por la estrella, así los cristianos son conducidos al cielo por María. *Ita christiani per Mariam diriguntur ad gloriam.*

Señores: si siempre es para mí un placer inespliable el recomendar desde la cátedra del Evangelio la devocion constante y verdadera de la Madre de Dios y Co-redentora de la humanidad, el admirable suceso á cuya memoria dedicamos esta fiesta religiosa, me presenta un dilatado campo de reflexiones que espuestas con orden y método, no dudo servirán para afianzaros mas y mas, en vuestro amor y devocion á la Soberana Emperatriz de los Serafines.

Dios que hizo siempre en favor de su Madre cosas grandes como ella misma afirma, *fecit mihi magna qui potens est*, verificó el gran prodigio de que la santa casa donde en las entrañas de María se verificara la Encarnacion del Verbo fuese trasladada por dos veces por ministerio de los ángeles, para que fuese libre de las profanaciones á que hubiese estado espuesta permaneciendo en Nazareth, cuando la Palestina fué presa de los hijos del falso profeta de la Meca por los años de 1291. Tal es el origen de esta festividad en la que celebramos á la Santísima Virgen con el título de Loreto, por ser en la ciudad de este nombre, en Italia, donde hoy se halla la Santa morada de la Sacra Familia. Deduzco, pues naturalmente, que el suceso prodigioso de la tras-

lacion de la casa Lauretana es una demostracion clara á todas luces del amor y veneracion que el Señor quiere que profesemos los hijos de su Iglesia, á la Virgen Purísima que fué su Templo y Tabernáculo. Tal es la proposicion del presente discurso. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

No hay duda, señores, que el mundo en que habitamos es hermoso en todas sus partes: el hombre observador y reflexivo, eleva sus ojos y al contemplar la azulada bóveda del firmamento, al distinguir en ella esos globos de luz que la hermosean y son la guia de nuestros pasos, no puede menos de admirar la sabiduría del Eterno y celestial artífice que le formara. Los collados y los prados, los mares, los rios, las fuentes de las cristalinas aguas, el curso de los astros, la sucesion de las estaciones, la reproduccion admirable del grano que arrojamos sobre la tierra, todo nos encanta y nos admira. El mismo Dios al criar la naturaleza la contempla, y todo lo criado merecè su aprobacion. *Viditque Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona.* ¿Y cómo no habia de merecer su aprobacion soberana un conjunto tan perfecto y tan admirable? Ahora os preguntaré yo, mis señores, ¿para quién fué formado este palacio de magestuoso aspecto? ¿Quién era en la divina mente el escogido para habitarle y disfrutar de sus bienes? ¡Ah! El hombre y por eso el hombre fué el último en el orden de la creacion, por eso luego que fué formado de la tierra y hecho á la imágen y semejanza de Dios, encontró admirablemente decorada su habitacion. Todo para el hombre que pobre y misera-

ble, rebelde á aquel que le criara y le concediera tantos bienes, habia de hollar su divino mandato.

Ahora bien: si tanto se esmeró, digámoslo así, la divina sabiduría para formar el mundo que habia de ser habitacion y morada de la criatura ¿cuál será la perfeccion y escelencia de la criatura privilegiada, que fué, valiéndome de una espresion de San Bernardo, el mundo de la Santísima Trinidad? ¿Cuáles serian los desígnios de Dios, acerca de María, ¡Ah! Desde antes que hubiese hecho cosa alguna en el orden de la naturaleza, ya la habia predestinado para que fuese el palacio, la habitacion augusta donde habia de habitar por espacio de nueve meses, el Verbo Divino hecho carne, y el mundo no habia aun salido del caos profundo de la nada, cuando ya la Trinidad augustísima fija sobre ella su pensamiento eligiéndola por Hija el Eterno Padre, por Madre el Hijo y el Espiritu Santo por Esposa.

El mundo enfermo, el mundo que impaciente esperara por espacio de cuatro mil años al que habia de darle la salud perdida, tenia fijas sus esperanzas en la tierna vírgen que le habia de producir, en la mujer feliz que habia de ser madre de tan deseado Hijo: y mujer tan venturosa, es anunciada al mundo con alegorías sublimes, con figuras significativas en las páginas del Testamento antiguo. La vara de Aaron, el Arca de la Alianza, el trono de Salomon, el Tabernáculo del Altísimo, el lirio entre las espinas, los cedros del Líbano y las palmeras de Cades. ¿No son todas estas figuras anticipadas de la Madre de Dios? Registrad mis señores, los anales de todas las religiones del mundo, aun de aquellos que mas distaban de la del verdadero Dios y encontrareis á María en el fondo de

casi todas las teogonías, y esa Virgen anunciada tan repetidamente, vino al mundo en la plenitud de los tiempos, cual aurora brillante que anunciara el claro y hermoso día de la gracia y del perdón, cual arco iris de verdadera paz que anunciara la conclusión del diluvio de calamidades que aquejara á la humanidad.

¡Ah! Fijemos nuestra vista en Nazareth, nuestra imaginación en aquella humilde habitación, morada de la familia mas feliz y mas santa que conocieran los siglos. La Santísima Virgen que habia recibido de Dios la plenitud de sus gracias y el castísimo José su Esposo, viven en ella ejercitándose en toda su perfección todas las virtudes. Bajo aquel humilde techo, resonó la voz del arcángel San Gabriel, cuando anunció á María, que era bendita entre todas las mujeres, y que Dios la habia escogido para que fuese su Madre: allí pronunció María aquel *fiat*, aquella palabra de felicidad y ventura para la raza proscripta del padre prevaricador. Conocer podeis, mis hermanos, cuan digna de respeto y veneración debia ser aquella santa casa, consagrada con el gran misterio de la Encarnación del Divino Verbo, y en la que habitaron por muchos años Jesus, su Madre y el bendito Patriarca San José. Así lo conocieron los cristianos de los primeros siglos, y por eso la hacian objeto de su veneración, así como veneraban los demás lugares donde se efectuaran los demás misterios de nuestra religion santa y adorable.

Llegó el siglo XIII, en el cual los mahometanos se apoderaron de la Palestina, y haciéndose señores de los Santos Lugares, cayó en su poder por consecuencia, la casa de Nazareth, que hubieran segura-

mente profanado con solo saber el respeto y veneración en que la tenían los cristianos. Pero Dios en su alta sabiduría dispuso efectuar un prodigio para evitarlo. Por ministerio de los ángeles, hizo levantar y trasladar la santa casa desde Nazareth á la Dalmacia que dista de aquel lugar ochocientas leguas, repitiéndose el prodigio tres años despues, en que fué trasladada de nuevo á la célebre ciudad de Loreto en la Marca de Ancona, reino de Italia, donde hoy es continuamente visitada con el mayor respeto y veneración por multitud de viajeros y peregrinos. ¿Y qué extraño es que aquella humilde casa sea visitada con muestras de la mas acendrada devoción, por fieles de todas partes del mundo, cuando ella fué la habitación del Dios de la Magestad, y de la Purísima Virgen que le concibiera en sus entrañas? ¿Qué extraño es que muchos Sumos Pontífices entre ellos Paulo IV, Julio II, S. Pio V, Urbano VIII y Celestino V, hayan autorizado tan piadosa creencia, señalando un día en el año para que en toda la Iglesia Católica se celebre la memoria de suceso tan admirable y prodigioso? ¡Ah! Dios que ensalzó á su Santísima Madre elevándola sobre todas las criaturas, que la enriqueció admirablemente con la plenitud de la gracia, que la eligió para constituirla casa ó habitación suya, dignóse disponer para gloria suya, honor de su Madre y consuelo de su Iglesia, que se conservase en el cristianismo aquella casa donde se obró la mayor de las maravillas, que fué la Encarnación del Verbo.

Ahora bien: si de tal modo honró siempre el Señor á María Santísima, si tal prodigio efectuó por que no fuese profanada por los infieles la casa que le sirvió de habitación en la tierra, ¿cuál será la reverencia, el

amor y el respeto que exige de nosotros para con tan gran Señora? No hay duda mis hermanos, que el Señor mira como suya propia la honra que damos á su madre y que se complace en que nosotros le tributemos homenajes continuos de amor y de respeto. ¿Y cuáles son las ventajas que pueden resultarnos de ser verdaderos devotos y amantes de la Santísima Virgen? Son ciertamente innumerables, y si consideramos en ellas atentamente, procurariamos que la devocion que le profesamos fuese cordial y verdadera. Decidme sino ¿cuál es el destino de María? Su destino ú oficio es el salvarnos por la gloria que de este resulta á su Divino Hijo: su ocupacion en el cielo es pedir gracia en favor de los miserables pecadores y lo hace así porque ama con amor de preferencia á su Hijo Divino, y desea que su preciosa sangre vertida en el árbol de la Cruz no sea infructuosa para ningun hombre: ama tambien á la humanidad, pues que aceptando con la mas profunda obediencia el legado que le hiciera Jesucristo al consumir la redencion del mundo sabe que es nuestra Madre y por lo tanto su deber es procurar nuestro bien y positiva felicidad que es nuestra salvacion.

Yo confieso, mis hermanos, que la idea de la Madre de Dios, causa en mi ánimo una impresion tan dulce que encuentro imposible el describirla: conozco mi rebeldía é ingratitud para con Dios: mis pecados se presentan delante de mis ojos y no puedo menos de confundirme: empero recuerdo á María, fijo mis ojos en el poder de intercesion que le ha sido concedido, pienso en lo benéfico y amante de su corazon purísimo, y el mio se dilata cuanto permite mi pecho, aletándose mi esperanza tanto cuanto es posible, conociendo que por su mediacion me es fácil conseguir mi salvacion.

Vosotros lo sabeis: el nombre de María conmueve y ablanda al pecador mas obstinado, y su invocacion es un bálsamo de consuelo. En vano procurareis muchas veces suavizar la affixion y angustia que padece un cristiano, con saludables reflexiones y consejos: empero por pecador que sea, por mas que esté desgraciadamente envuelto en los errores de una filosofía grosera y carnal, presentarle ante su vista una imagen de la hermosa, de la simpática Madre del Salvador, habladle de María, y vereis como sus ojos se bañan en lágrimas, y como su corazon se tranquiliza por momentos. ¡Ah! Si se quitasen de nuestros templos las imágenes de la Santísima Virgen, concluiria nuestro consuelo, nuestra alegría, la tranquilidad de nuestras almas ¿á quién acudiriamos en nuestras affixiones? ¿A quién presentariamos nuestras necesidades? Es verdad que podiamos dirigirnos á Dios por nosotros mismos, pero el peso enorme de nuestros pecados nos agoviaría y no nos atreveriamos á fijar nuestra vista en el Santo de los Santos. María tiene íntimas relaciones con nosotros, que son suficientes á alentar nuestra confianza. ¿Por qué confian tanto los pecadores en la misericordia de Dios? Porque aun en medio de sus extravíos son devotos de María. ¿Qué significa ese sentimiento que es como innato en los corazones cristianos que nos hace amar á la Santísima Virgen y fijar en ella, despues de Dios nuestra esperanza? ¿Por qué en todas nuestras tribulaciones, en nuestras necesidades, en las enfermedades y en los contratiempos todos de la vida, nuestros lábios repiten sin cesar el nombre de María? ¿Por qué la invoca en medio de los mares el infeliz náufrago, el enfermo en el lecho del dolor, el mendigo al implorar la caridad pública,

el cautivo entre las cadenas y cada uno de los cristianos en todas sus aficciones? ¿Por qué sus altares se ven rodeados de fieles que imploran su patrocinio? ¿Por qué tanto entusiasmo en cantar sus alabanzas? ¡Ah! porque el cristianismo conoce que ella es la tesorera de las divinas misericordias: porque sabe que su mediación es eficaz, su corazón compasivo, el amor que nos profesa como de tierna Madre. ¡Qué palabra acaban de pronunciar mis labios! Madre he dicho, y esta expresión justifica el motivo de nuestro amor y de nuestra confianza. ¡Madre! ¡Oh que dulce nombre! ¡Oh que título mas halagüeño y consolador.

¡Qué ideas tan sublimes se agolpan en este momento á mi imaginación! Cierto es que la incredulidad ha extendido en nuestros días sus negras alas por medio de las sociedades cristianas: el orgullo y las demás pasiones han creado esa filosofía de la carne, que combatiendo la sana moral del Evangelio y queriéndola sustituir, con una moral de crímenes y corrupción, conduce á los hombres por caminos estraviados que les pierde. La filosofía del siglo XIX que es un remedo de la filosofía pagana, ha combatido nuestra fé y nuestras creencias: los esfuerzos de la impiedad no han sido perdidos por completo y nuestros ojos han presenciado escenas que bien quisiéramos ver borradas de nuestra historia. Apesar de tanta desmoralización, de tan solapadas persecuciones á la Iglesia: no obstante los esfuerzos de los encarnizados enemigos de la Esposa Inmaculada de Jesús, yo espero con fiadanza la cercana época de la regeneración: espero paz, ventura, felicidad para nuestra patria, tan trabajada desde los primeros años del presente siglo ¿y sabeis

por qué tan con fiadanza lo espero? Porque veo con gozo que la devoción de la Santísima Virgen toma de día en día nuevos incrementos: porque observo á porfía que los pueblos se esmeran en tributarla homenajes de respeto y de gratitud, y no puede ser infeliz ni desgraciado el pueblo que ama á María y se hace acreedor á su benéfica protección.

¿Por qué España fué tan feliz en siglos que pasaron? ¿Por qué la religión se conservaba en ella en todo su brillo y esplendor? ¿Por qué su dominio se extendía admirablemente, hasta enriquecerse con un nuevo mundo? ¿Por qué la paz y la ventura reinaba en nuestra patria? Porque la España era la nación Mariana por excelencia y se hacia acreedora á la protección de la Madre de Dios.

No la desmerezcamos nosotros por nuestros pecados, y antes por el contrario sea cada día mas ardiente la devoción que la profesamos. Así como Dios la glorificó colmándola de sus gracias y elevándola á la mas alta de las dignidades, constituyéndola Madre suya, procuremos nosotros conformarnos con los designios del Señor, amándola y venerándola, reconociendo los muchos favores que nos dispensa. El mismo prodigioso suceso que hoy recordamos de la traslación de la Santa casa Lauretana, es un nuevo motivo para que bendigamos al Señor, que quiso que en medio del cristianismo se conservase la que fué humilde morada de la Santísima Virgen.

Procuremos pues, hacernos acreedores á la protección de esta Virgen Soberana, que si es Madre de Dios por un misterio del amor del Espíritu Santo, es también Madre nuestra por otro misterio del amor de

Jesucristo. No olvidemos que su idea acariciada es dispensarnos sus favores: por ella busquemos al divino Salvador teniendo presente que el que á María encuentra halla la vida y la salud en el Señor: *qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.*

Pidámosle ahora al Señor que así como envió á los ángeles para que trasladasen aquella casa, donde habitó la Santísima Virgen, se digne enviarlos á la hora de nuestra muerte para que trasladen nuestras almas al templo de la verdadera inmortalidad que es la Gloria. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA ⁽¹⁾.

Ego Mater pulchræ dilectionis..... et sanctæ spei.

Yo soy la Madre del amor hermoso.....
y de la santa esperanza.

Eccli. cap. XXIV, v. 24.

Real y muy ilustre Hermandad: Cuando Jesucristo decia á sus discípulos: *Yo soy la verdad* (2), curaba la mortal herida que el error habia abierto en el corazon por efecto del pecado. Cuando á continuacion añadía: *Nadie viene al Padre sino por mí* (3), les enseñaba que por sus méritos, por su muerte y por su sangre obtenía la humanidad la dicha de la reconciliacion, siendo El, único mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre el Dios ofendido y el hombre delincuente. En suma, cuando pendiente de la cruz, y próximo á exhalar el postrimer aliento, esclama: *Mujer, he ahí á tu Hijo. Discípulo, ahí tienes á tu*

(1) Predicó el autor este sermón á la Real é ilustre Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, establecida en la Iglesia Parroquial de Santiago de Madrid, año de 1864.

(2) Ego sum veritas. Joan. cap. XIV. v. 6.

(3) Nemo venit ad Patrem, nisi per me. Ibid.

Jesucristo. No olvidemos que su idea acariciada es dispensarnos sus favores: por ella busquemos al divino Salvador teniendo presente que el que á María encuentra halla la vida y la salud en el Señor: *qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.*

Pidámosle ahora al Señor que así como envió á los ángeles para que trasladasen aquella casa, donde habitó la Santísima Virgen, se digne enviarlos á la hora de nuestra muerte para que trasladen nuestras almas al templo de la verdadera inmortalidad que es la Gloria. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA ⁽¹⁾.

Ego Mater pulchræ dilectionis..... et sanctæ spei.

Yo soy la Madre del amor hermoso.....
y de la santa esperanza.

Eccli. cap. XXIV, v. 24.

Real y muy ilustre Hermandad: Cuando Jesucristo decia á sus discípulos: *Yo soy la verdad* (2), curaba la mortal herida que el error habia abierto en el corazon por efecto del pecado. Cuando á continuacion añadia: *Nadie viene al Padre sino por mí* (3), les enseñaba que por sus méritos, por su muerte y por su sangre obtenia la humanidad la dicha de la reconciliacion, siendo El, único mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre el Dios ofendido y el hombre delincuente. En suma, cuando pendiente de la cruz, y próximo á exhalar el postrimer aliento, esclama: *Mujer, he ahí á tu Hijo. Discípulo, ahí tienes á tu*

(1) Predicó el autor este sermón á la Real é ilustre Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, establecida en la Iglesia Parroquial de Santiago de Madrid, año de 1864.

(2) Ego sum veritas. Joan. cap. XIV. v. 6.

(3) Nemo venit ad Patrem, nisi per me. Ibid.

Madre (1), dá á la bendita Virgen que le habia concebido en sus entrañas un título, origen de los mas bellos sentimientos, y al hombre un áncora de ESPERANZA, asido al cual pueda salvar con felicidad el embravecido mar de los peligros mundanales, á través de las furiosas olas de la sensualidad y las demas pasiones. Nadie ha explicado mejor el precioso legado del Salvador, que San Bernardo al pronunciar estas palabras: *ad Jesum per Mariam*. Y hé aqui, señores, explicado el gran misterio de amor que desconocen los que por sistema combaten el espléndido culto que en la universal Iglesia se ofrece á la Virgen-Madre, y la esperanza de salvacion que en ella fundamos los cristianos. Encadenamiento magnífico de eternas verdades, cuya sola consideracion hace rebosar los corazones en las mas dulces expansiones de amor y fiel correspondencia. Jesucristo es la verdad; luego la profesion y observancia de su doctrina nos aparta del error, homicida de la humanidad. Al Padre se llega por Jesucristo: ¡ah! en este caso la Iglesia de Jesus es el arca de salvacion que nos hará descansar en los altos montes de la Gloria. La que es Madre de Dios, lo es tambien de los humanos: escala celestial por donde Dios bajó á la tierra, por ella los hombres pueden subir al cielo. Si antes de la plenitud del tiempo fué objeto de la Expectacion de los Patriarcas y demas justos, hoy es el consuelo de los afligidos, como la llama la Iglesia, y la esperanza de los delincuentes, segun el idioma del Justiniano.

Nestorio se propuso arrancar de la corona de María la mas bella flor que la engalana, y combatiendo su

(1) Joan. cap. XIX. v. 26 y 27.

Maternidad divina, se mofó de los que la llaman su esperanza. Un Concilio general reunido en Efeso, declara que María es verdadera Madre de Dios. San Cirilo de Alejandría pronunciando en la santa asamblea una Homilia en defensa de la ultrajada Virgen, deleita el espíritu al par que inflama el corazon. Los católicos de todas las localidades unieron sus voces á la del inmortal Cirilo y demas obispos allí congregados, y cantaron á voz en grito las glorias de María. Desde entonces han transcurrido catorce siglos. Nos hallamos en pleno siglo XIX, y no aparece un nuevo Nestorio para el que servirian de sarcasmo las citadas palabras de San Bernardo, *ad Jesum per Mariam*, pero en cambio nos encontramos con un Renan que de una plumada pretende arrancar á Jesucristo la aureola de su divinidad. El pirronismo disputa el trono á la fé. No dejaré, señores, de llamar vuestras atenciones hácia un fenómeno curioso por demás. En el siglo V hemos visto un hereje henchido de soberbia, y un Concilio pulverizando sus funestas novedades: en aquel Concilio resonó la elocuente voz de un San Cirilo, denodado campeón de la verdad. En el siglo XIX, se adelanta la verdad que parece salir al encuentro del error. Pio IX rodeado de obispos de todos los paises católicos, declara dogmáticamente que la Bienaventurada Virgen María fué exenta en su Concepcion de la mancha original, por especial gracia de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesus, Salvador del linage humano. Ocho años despues de esta declaracion aparece el nuevo heresiarca diciendo: «Jesucristo no es Dios, por consiguiente María no es Madre de Dios.» Mas las impías proposiciones del desgraciado Renan, quedan ahogadas por la voz unánime de todo el cristia-

nismo que adora á Jesus Redentor y bendice á María Co-redentora en cuyos lábios pone la Iglesia estas palabras: Yo soy la Madre del amor hermoso y de la santa Esperanza. *Ego mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.*

Señores: cuando por una parte la devoción que profeso á la bella imágen objeto de los presentes cultos, y por otra, motivos de gratitud y debida correspondencia á esta Real é ilustre corporación me han hecho ocupar en la presente mañana la cátedra de la Religión, para hablar de MARÍA Esperanza de los pecadores no será modestia en mí el confesar mi insuficiencia, ni demasiada condescendencia en vosotros el dispensármela, conociendo en vuestra superior y privilegiada inteligencia, que asunto tan sublime como el que ha de ser objeto de la presente oración, reclama un orador de mas talla, mas diestro en manejar los recursos oratorios, y mas conocedor del arte del buen decir, que el que al presente tiene la honra de dirigir la palabra.

No creo pueda causar estrañeza la protesta de mi insuficiencia, puesto que de todos es sabido que los asuntos sublimes deben ser tratados por grandes oradores. Empero ya que pesa sobre mí el cargo de desempeñar este ministerio sagrado, estamos ya en el caso de presentar la proposición sobre la que ha de basar este, que no sé si llamaré discurso ó dulce expresión de mi amor á la benéfica Madre de Dios y de los humanos. Oídla: *si la sociedad actual ha de curarse de la herida mortal que en ella ha causado la incredulidad, no tiene otro medio que volver á Jesucristo, por María Madre del amor hermoso y de la santa Esperanza. Ego Mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.*

Para el mejor desempeño, imploremos los auxilios del Señor, por medio de esta su Madre Santísima. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La sociedad actual está herida de muerte: un malestar que priva del sosiego y la tranquilidad de alma aqueja á todos sus individuos: la juventud como la ancianidad, agítase en un continuo movimiento: todos buscan una cosa que parece huir de los que caminan en pos de ella, y esta cosa no es otra que la verdad.

No negaré yo al siglo XIX el título que se le ha dado de siglo del *progreso*. Hombres dotados de claro talento y rara invectiva hanse propuesto mejorar la condición humana. Así admiramos cada día nuevos descubrimientos, y hacemos justos elogios de los que sorprendiendo á la naturaleza sus secretos se hacen benéficos á la familia humana, dando continuos empujes á las ciencias y á las artes, al par que los hombres de estado, pasan penosas vigiliass discurriendo los medios de perfeccionar la sociedad haciéndola dar pasos agigantados en la senda de la civilización. Sin embargo, y á través de tantos adelantos, el mal-estar sigue, la enfermedad se dilata y se agrava, puesto que la verdad no se encuentra. Si al progreso en las artes y en las ciencias; si al progreso en el perfeccionamiento de las leyes, se hubiese añadido el progreso en la religión, entonces el mal que lamentamos hubiese terminado, porque se habria hallado la verdad porque anhelamos. La electricidad, señores, nos pone en comunicación continua con

nuestros hermanos que habitan en apartadas regiones. El vapor convierte en un paseo ó reunion de familia, lo que antes fuera un penoso y dilatado viaje: pero el vapor ni la electricidad, esos motores cuyo invento arrebatan nuestras atenciones, tendrán jamás fuerza para conducirnos al fin último para que hemos sido criados. ¡Oh! ¡Qué esto es lamentable! Dios ha favorecido de un modo extraordinario á la actual generacion, dotando la inteligencia humana de superiores luces y de útil invectiva, pues que nada tenemos que nos debamos á nosotros mismos: desconocido este principio por nuestros grandes hombres, rechazan á Dios del seno de sus juntas, adjuran de El, y créense suficientes. ¡Qué delirio! Como si pudiera haber mejora verdadera sin la mano de Dios. ¿Conoceis ya la causa de los males de la sociedad presente? ¡Ah! Que Jesucristo pronunció una gran verdad, una verdad de la mayor importancia para la sociedad como para el individuo, al contestar al tentador maldito: *No con solo pan vive el hombre...* (1).

Para que conozcais, señores, que la civilizacion, el progreso, la libertad son vanas quimeras, separados de la religion, fijad vuestra atencion en el horrible drama de la revolucion francesa: hombres esclarecidos anunciaban una era de felicidad y ventura: las artes y las ciencias progresaban visiblemente, la civilizacion en una palabra hacia rápidos progresos; pero era una civilizacion sin Dios, porque los que amaban al progreso adjuraron de la Divinidad, dando por resultado tal conducta, que la nacion cuyos monarcas llevan el honroso título de

(1) Non in solo pane vivit homo... Math. cap. IV. v. 4.

cristianísimos, viniese á retrogradar hasta los últimos límites de la barbárie y de la impiedad.

¿Quiénes fueron los padres y guias de esa espantosa revolucion que forma una página de sangre en la historia del pueblo de San Luis? El coronado sofista Federico, que desde sus estados daba los planes á Voltaire inícuo, patriarca de la impiedad, al que invitaba para celebrar las exequias de la Iglesia de Jesucristo, diciéndole que tendria el consuelo de componerla el epitafio, pues que ya solo podia salvarla un milagro (1). Así lo creía Voltaire, este hombre henchido de sátnica soberbia que se tuvo á sí mismo por mas sábio y poderoso que el mismo Jesus. La escuela filosófica capitaneada por aquel inmundo apóstol del cinismo, y de la que salieron discípulos tan aventajados como Diderot, D'Alembert y otros sus secuaces, logró el fin que se propusiera, y no se valió de otro medio que el de apartar la sociedad de Dios. Civilizacion sin Dios! Civilizacion arrancando á la sociedad sus creencias religiosas! Hé aquí el resultado preciso, y que se vió en la época y en el reino á que nos referimos. Viles palaciegos que se gloriaban en hollar todo principio de autoridad, y en no reconocer otra ley que los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasía, hicieron sumergir el trono en un mar de sangre con tiros parricidas: la cabeza del mejor de los reyes, del desgraciado Luis XVI rodó por el cadalso: la virtud fué escarnecida, el vicio denominado virtud, y arrastrada aquella sociedad por el mas escandaloso cinismo á un estado de funesta anarquía, así en el orden religioso como en el político, convirtió el ateísmo en re-

(1) Correspondencia entre Federico II y Voltaire. Carta 5.^a

ligion, y al par que apagaba la lámpara del santuario, paseaba en triunfo á la diosa de la razon, cortesana impura á la que honraba con las mas horribles hecatombes. En vano, señores, buscaremos en la funesta era á que nos referimos costumbres con pudor, moral con sólidos fundamentos, derechos respetados, propiedad con garantías, vínculos en las familias, ni dignidad en los individuos. Todo era confusion, desorden y trastornos. Y no falta (admirar las aberraciones de la menguada inteligencia humana) quien llame á este estado de cosas, civilizacion, progreso, libertad.

Fijar ahora, señores, vuestra vista en los primeros años del presente siglo, hijo y discípulo aventajado de su anterior el siglo XVIII. La Europa que inútilmente habia querido resistir al auxiliador y heredero de la revolucion filosófica se postró ante un conquistador tan audaz como afortunado, y el torrente impetuoso arrastró tras sí, príncipes, reyes, ejércitos y naciones. En los dias mismos en que las naciones se hallan agitadas, Dios efectua un prodigio admirable en favor de su Iglesia, y que forma un nuevo eslabon en la interminable cadena de los innumerables que habia verificado desde el nacimiento del cristianismo. ¿Y cuál fué este prodigio? Bien sabeis, señores, que contra la Iglesia eran dirigidos los tiros del filosofismo: que el conquistador que sostenia las riendas de la Europa, y que miraba con desden los rayos del Vaticano, hizo verter lágrimas de desconsuelo al augusto sacerdote que ceñia en sus sienes la triple diadema. Pio VII, digno sucesor del inmortal Pio VI, fué perseguido y espatriado; pero si registráis la historia, vereis que el Vicario de Jesucristo, sin mas auxilio que

el de Dios, sin otras armas que el poder de su palabra y las oraciones de los fieles, despues de resistir con valor las persecuciones y animar á los buenos fundándose en las promesas de Jesucristo, entra triunfante en la capital de Roma entre los vítores y aclamaciones de sus fieles súbditos. ¿Y qué se hizo del coloso que quiso eclipsar la gloria del gerarca supremo de la Iglesia? Desapareció confundido y concluyó sus dias, no rodeado de la pompa y magestad real, ni á la vista de su denodado ejército, sino en el rincon de su confinamiento. Todo esto quiere decir, señores, que los males que viene experimentando la Europa, que los continuos trastornos que vienen agitando sus destinos, que las espantosas revoluciones que cual torrente devastador ha arrastrado en pos de sí la más florida juventud, todo es efecto de haber querido prescindir de Dios y de su religion al pretender arraigar la civilizacion en los pueblos.

¿Qué esperais vosotros, reformadores de la época, hombres que os decís amantes de la Sociedad, de esa juventud á la que enseñais á no temer á Dios, á despreciar su divina ley, á vivir en suma sin mas regla de conducta que el capricho? ¡Ah! Que tal vez sin conocerlo vosotros contribuís al desquiciamiento de la sociedad. ¿Creis por ventura que podrá jamás respetar las leyes humanas, el que menosprecia las divinas? ¿Qué será buen ciudadano el que se precie de mal cristiano? No os quejeis, ni os lamenteis cuando siendoos adversa la fortuna, os veais humillados y tal vez hechos la mofa de aquellos mismos que os adulaban cuando estabais en el apogeo de vuestra grandeza. Serán los frutos necesarios de vuestra doctrina y enseñanza.

Desengañémonos, señores, la sociedad está resentida, digo poco: la sociedad está herida de muerte: el cáncer de la incredulidad corroe sus entrañas: perniciosas y anticatólicas doctrinas vienen estinguendo la fé en los corazones, y la sociedad viciada, la sociedad corrompida, la sociedad sobre la cual el ángel de las tinieblas y de la impiedad cierne sus negras alas, tiene un solo medio de salvacion, y este medio no es otro que volver á Jesucristo, del que se ha apartado: Jesucristo es el camino, la verdad y la vida: si la sociedad, pues, sigue este camino, acepta esta verdad y ama esta vida, se consolidarán los tronos de los monarcas, porque será respetada la palabra de Dios que ha dicho: Que por Él reinan los reyes, y los legisladores decretan lo que es justo: será respetado todo principio de autoridad, porque estará en la conciencia del hombre, que toda potestad viene de Dios, y que á la ordenacion de Dios resiste, el que resiste á la potestad. ¡Oh! ¡Que aspecto tan brillante y encantador, presenta una sociedad verdaderamente cristiana! Pues siendo así, si el bien de nuestra patria deseamos, si aspiramos á ser verdaderamente felices, trabajemos por nuestra parte á fin de que la sociedad, vuelva de nuevo á Jesucristo por la observancia de su divina ley: entonces sanará del malestar que le aqueja, y habremos encontrado la verdad por que nuestro corazon anhela, puesto que Jesucristo es la verdad. Jesus es tambien el camino ¿pero por donde nos llegaremos á El? Os repetiré las citadas palabras de San Bernardo: *ad Jesum per Mariam*. Por María encontraremos á Jesus, si la amamos, si nos acogemos bajo su manto de proteccion pues que ella es la Madre del Amor Her-

moso y de la Santa Esperanza. *Ego Mater pulchrae dilectionis... et sanctae spei*. Veamos, pues, cuan fundada es la confianza que en ella depositamos.

SEGUNDA PARTE.

El decreto de Dios en orden á la Encarnacion del Divino Verbo, tuvo por objeto rehabilitar á la humanidad. La carne y la sangre envilecieron al hombre y le hicieron caer de la altura de su dignidad degradándole hasta el término de hacerle semejante á las bestias. Hed aqui porque el Señor no señala otra causa para que no permanezca su espíritu en el hombre, sino que es de carne (1): y San Juan no se vale de otros términos que los de carne y sangre para distinguir los hijos de Dios, de los hijos de los hombres (2). Pues bien: Dios decreta que su Unigénito Hijo, se revista de nuestra carne para que lo mismo que nos habia envilecido sea lo que nos ensalce y nos eleve. Jesucristo hecho hombre se sacrifica por el hombre, satisfaciendo sus deudas, redimiéndole y haciéndole merecer la adopcion de Hijo de Dios. Bien podemos decir con un célebre contemporáneo, que la Encarnacion del Divino Verbo, fué el primer éstasis del amor del Omnipotente: pero yo veo desarrollarse, digámoslo así, y consumarse este amor en el Calvario, desde cuya cumbre magestuosa el mundo entero quedó envuelto en las nubes de la eterna misericordia.

No podemos fijar, señores, la vista en el Cal-

(1) Non permanebit spiritus mens in homine in æternum, quia caro est. Gen. cap. V. v. 3.

(2) Qui non ex sanguinibus. Joan. cap. I. v. 13.

vario, sin fijarla antes en el Paraiso: y puesto que este fué el lugar de nuestra perdicion y aquel el de nuestro rescate, observemos los puntos de contacto que existen entre ambos lugares. En el Paraiso descubrimos tres objetos que llaman nuestra atencion: un hombre, una mujer, un árbol. Un hombre desobediente; una mujer que interviene y tiene una parte directa en el crimen, y un árbol cuya fruta es un funesto veneno que envuelve á la humanidad en los densos velos de la muerte. En el Calvario vemos tambien un hombre, pero un hombre que es tambien un Dios y que como hombre padece, siendo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz: una mujer que llena de fidelidad ofrece al Eterno el Hijo de sus entrañas, interviniendo y tomando una parte directa en la reparacion de la humanidad, y en suma, un árbol, cuya fruta es de bendicion pues que en él se ofrece la Redencion del mundo.

Jesucristo que se sacrificó por nosotros, es la causa primera y principal de nuestra salvacion, pero María es la causa segunda é instrumental: y por lo tanto el cristianismo no defrauda de modo alguno los derechos de la Divinidad al fundar en María la Esperanza de salvacion. Observemos ante todo los designios de Dios para con esta Virgen escogida, y el orden de pruebas que establezcamos demostrará con cuanta razon os decimos que es justa la confianza que en ella depositamos, y que no tenemos otro medio para volver á Jesus que acogernos á la proteccion de María. *Ad Jesum per Mariam.*

Fijemos atentamente nuestra vista en la humilde doncella de Nazareth, en esa Virgen predestinada desde la eternidad, enriquecida con la plenitud de

la gracia santificante y con todas las llamadas *gratis datas*. En su favor se habia suspendido (gracia extraordinaria no concedida á ninguna otra criatura), el decreto que envolvia á toda la humanidad en la culpa original. ¿Veis esa tierna doncella llena de candor y de gracia, cuya suavidad escede á la que despide la rosa en la risueña primavera? ¿Veis esa criatura, cuya pureza escede á la de los mismos Angeles, en la que resplandece la escelencia de los Arcángeles, la magestad de los Tronos, la actividad de las dominaciones, la grandeza de las Potestades, la ciencia de los Querubines y el abrasado amor de los Serafines? ¿Veis esa Virgen singular en la que resplandece la fé con que Dios adornara á los Patriarcas, el espíritu de los Profetas, el celo de los Apóstoles, la constancia de los Mártires, la modestia de los Confesores y el candor de las Vírgenes? Pues bien: de ella penden los destinos de la humanidad: ni el Eterno Padre enviará á su Unigénito, ni este se revestirá de nuestra carne, ni el hombre dejará de ser esclavo del demonio, ni la tierra verá aparecer sobre ella el Sol divino de justicia, si esta Virgen no consiente en ser Madre de Dios. Luego aun no se ha verificado el gran prodigio de la humanacion del Verbo y ya es la Virgen de la Esperanza, la candorosa Virgen que por entre los velos del tiempo viera Isaías, divinamente inspirado.

En efecto, cuando hubo llegado el tiempo determinado en los consejos de la Trinidad Beatísima, el ángel del Señor se presenta á María: descorre ante ella el velo del misterio, le hace saber su elevacion incomparable, y espera su consentimiento. No pasemos adelante sin escuchar al Santo Abad

de Claraveaux, que dirigiéndose á María en fervorosa meditacion esclama: «El ángel espera tu respuesta, pues que es tiempo de que vuelva á Dios que le ha enviado. Tambien esperamos nosotros una palabra de misericordia; pues pesa sobre nosotros una sentencia de condenacion. Hé aquí se ofrece el precio de nuestra salud: si consentes seremos libres. Esto te pide Adan, desterrado del Paraiso con su desgraciada posteridad: esto te pide Abraham, David y los demas padres que son tambien padres tuyos, y que habitan en sombras de muerte: esto te pide el universo entero porque de tus lábios pende el consuelo de los afligidos, la redencion de los cautivos, la libertad de los condenados á muerte, la salud de los hijos de Adan, que son tus hermanos. No tardes, pues, en responder. El mismo Dios, el mismo Rey y Señor de todas las cosas, espera tu consentimiento para salvar al mundo... Dí una sola palabra, y recibe en tu seno al Verbo de Dios, que quiere tenerte por Madre.

Los lábios de María se abrieron pronunciando aquel *fiat* de ventura que los Padres han comparado al *fiat* del Omnipotente al llevar á cabo la creacion. «Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra (1).» Dijo, y se regocijó el cielo, y se alegró la tierra, y resonó aquella voz hermosa hasta en el Limbo dó reposaban las almas de los Santos Padres esperando el dia de su libertad. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros para salvarnos.

Salve, Tálamo escogido de la Divinidad, Raiz incontaminada de Jessé, Torre de David de la que penden mil escudos, Rosa plantada por la Divina

(1) Luc. cap. I, v. 38.

mano, encarnada y sin espinas: Salve, escelso Tabernáculo, fabricado para morada del Dios que se propuso hacerse hombre para salvar al hombre. Has consentido, Virgen Purísima, en ser Madre de Dios. Pues bien, por tí recibimos la vida, tú nos das al Redentor, por tí el mundo recibe tantos bienes, ¿por qué pues no hemos de invocarte, ¡oh Eva Divinal como Madre de la Esperanza? Si por tí recibimos al Redentor, ¿cómo no hemos de esperar por tí, el aprovecharnos de los frutos de la Redencion?

No creais, señores, que me he olvidado del asunto principal que debemos probar en esta parte del discurso, pues que el orden de pruebas que vamos presentando nos conducirá á demostrar que por María curará la sociedad actual de la herida que en su corazon ha abierto la incredulidad.

Hemos visto á María siendo el instrumento de la misericordia Divina á la venida del Redentor. Trasladámonos ahora en espíritu al Gólgotha, donde la veremos aparecer como Co-redentora del mundo.

La divina víctima que se ofrece al Padre por nosotros pende de la Cruz y se halla entre las agonías de la muerte. El que lleno de misericordia ha tomado sobre sí todas nuestras iniquidades, se compadece de los mismos que le han hecho sufrir tantos tormentos: su pecho se levanta, su voz se enronquece, sus lábios cárdenos, todo anuncia que dentro de breves instantes debe exhalar su postrimer aliento: pero antes pide perdon para los que le habian crucificado, «Padre: perdónalos, que no saben lo que hacen» y cual si no fuese bastante este nuevo rasgo de misericordia, ofrece el Paraiso al buen ladron que le reconoce en el suplicio.

El Gólgota, señores, presenta en aquellos instantes supremos un aspecto imponente. Allí entre el huracan que gita las cruces, y el confuso desorden que reina en la naturaleza, aparece María. María, señores, á la que siempre vemos asociada á Dios al llevar á cabo sus obras de misericordia. ¿Y qué hace María en aquel lugar de sangre? Obedientísima á las órdenes de la Providencia, se resigna en ver padecer al Hijo de sus entrañas: he dicho poco: conforme en todo con la voluntad divina, dice San Anselmo, está dispuesta á descargar ella misma el golpe sobre la víctima, si le hubiese sido ordenado. ¿Se espera por ventura, que sus labios virginales pronuncien otro *fiat* como el que antecedió á la Encarnacion, para que Jesus consume su sacrificio? Pero atended á una nueva manifestacion de la misericordia. Siendo Jesucristo Omnipotente, no podia dar á las criaturas cosa de mas precio, que la que les habia dado, dándoles su vida, y efectuando la maravilla de la Eucaristía, en cuya admirable invencion agotó las aguas de su poder, de su amor y de sus riquezas. Pues aun le parecia poco. Asi que cuando se dispone á exhalar el último aliento, hace un nuevo esfuerzo y esclama dirigiéndose á María y fijando sus ojos en el discípulo amado: «Hé ahí tu hijo» y en seguida dirigiéndose á Juan y fijando su vista en María: «Hé ahí tu Madre.» ¡Oh! Legado singular. ¿A qué fin dispone el Salvador esta maternidad espiritual de María? Os he dado mi vida, rescatándoos con ella, y rompiendo las cadenas que os aprisionaban al terrible carro del fuerte armado: ya sois de nuevo hijos de Dios: en mi Iglesia teneis el arca de salvacion: os dejo en ella las fuentes

de los santos sacramentos: pero sois flacos y miserables, y necesitais un guia en la oscuridad del mundo: pues bien: os lego á mi Madre para que sea Madre vuestra: si yo soy el solo mediador de propia autoridad y escelencia interpuesto entre mi Eterno Padre y vosotros, quiero que mi Madre sea medianera de intercesion de vosotros para conmigo: por su mano os dispensaré en adelante mis bondades, pues que será desde ahora la tesorera de las divinas misericordias. *Ecce Mater tua.*

Digamos, pues, de una vez con el Damiano que en María, con María y por María, plugo al Señor realizar los designios admirables de su misericordia sobre la humanidad. Así, asociada María con su hijo Jesus en la grande obra de la Redencion, y constituida en el orden espiritual Madre de todos los humanos, ella es la que puede intervenir entre nosotros y el Salvador, ella la única despues de Dios en la que podemos fundar nuestra esperanza.

Las ilustres heroínas cuyos hechos han quedado consignados en las páginas de la Escritura Santa, no fueron otra cosa que figuras anticipadas de esta bella Virgen de Judá. Judith esforzada que cortando la cabeza al tirano Holofernes salva de su esclavitud á Betulia, figuraba á María quebrantando la cabeza al infernal Holofernes que por tantos siglos venia esclavizando á la posteridad del padre prevaricador. Esther tan solícita como llena de hermosura se presenta ante el trono de Asuero, haciéndole revocar la orden de exterminio que por consejo de Aman habia espedido contra los judíos, es una representacion de lo que hace María continuamente en favor de los mortales, alcanzándoos el perdon de la justicia divina.

Si registramos la historia, si preguntamos por todos los pueblos cristianos, si registramos la tradicion, veremos que por la mediacion de esta Virgen venturosa, cuya idea fija, cuyo pensamiento culminante es dispensar beneficios á las criaturas, han llovido sobre la tierra las misericordias divinas. ¿Quereis en una palabra, saber cuánto podeis esperar de María? Pues prestad atencion á las palabras del devotísimo san Efrén: «María es la única esperanza de los desesperados.» La desesperacion es el mayor de los males: pues bien, si aún en la misma desesperacion llamamos á María, la encontramos, y el que encuentra á María halla la vida. Por ella, como dice la Iglesia, han sido estirpadas todas las heregias. Por ella los católicos españoles consiguieron el triunfo en mil combates contra las huestes agarenas: por ella, se vieron confundidos y no consiguieron su objeto los que hace pocos años quisieron arrancarnos nuestra unidad católica en la que fundamos nuestra dicha, pretendiendo levantar mezquitas y sinagogas al lado de nuestros templos donde adoramos al verdadero Dios.

Necesario es, pues, que si la sociedad moderna, la actual generacion ha de curar de la herida mortal que en ella ha abierto la incredulidad, vuelva á Jesucristo por María que es la celestial escala que á él nos ha de conducir. Ella es la estrella misteriosa de Jacob, como la llama San Bernardo: á la claridad de ese astro de ventura nos libramos de los males que á un estado de abyeccion lastimosa vá reduciendo la familia humana. España, el pueblo Mariano por excelencia, tiene suficientes pruebas de la proteccion que visiblemente le ha dispensado en todos tiempos la bendita Madre de Jesus: ella fortalecerá nuestra fé, inflamará en nues-

tros pechos el fuego de la caridad; nos sacará á salvo del encrespado mar de la incredulidad, y como siempre afianzará el trono de nuestros monarcas, defensores de la verdad católica y protectores de la santa Iglesia; hará que sean respetadas nuestras leyes y que esta nacion envidia un dia de las demás naciones, vuelva á ocupar, por el poder de sus reyes, por el valor de sus soldados, por lo floreciente de su comercio y por la hidalguía de sus hijos, el grado de esplendor que la corresponde. Amemos á María; por ella dirijámonos á Jesus y se habrá salvado nuestra patria: fundemos en su Patrocinio nuestra confianza, sin olvidar que ella es la Madre del amor hermoso y de la Santa Esperanza. *Ego Mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.*

He concluido señores, y ojalá que mis palabras hallan producido saludables frutos en el corazon de todos mis oyentes. No bajaré de este lugar santo sin elogiar cual es debido á los piadosos señores que han llevado á cabo el pensamiento de reorganizar esta Real Congregacion de Nuestra Señora de la Esperanza, felicitando al celoso individuo que habiendo trabajado con asiduidad y constancia hasta verla en el grado de esplendor en que hoy se encuentra, ha merecido el galardón de los buenos.

Virgen purísima, Madre y Señora de la Esperanza, seguid favoreciendo como hasta aquí á esta nacion, de la que sois especial Patrona en el Misterio de vuestra Concepcion en gracia: libradnos de la incredulidad y haced que se conserve siempre en nuestros pechos el depósito de la fé que heredamos de nuestros mayores.

Esperimente vuestra especial proteccion la Reina nuestra Señora que tanto se esmera por el engrande-

cimiento del culto católico, y que tanta devoción os profesas: cubridla con vuestro manto y á toda su Real familia. Sostened firme el trono de las Españas, destruyendo á todos sus enemigos y que esta nacion modelo de catolicismo, se eleve al grado de esplendor que siempre ocupó entre las demas naciones. Bendicidnos á todos ¡oh Esperanza de los pecadores! para que viviendo en la observancia de la divina ley y siendo vuestros verdaderos devotos, tengamos la inestimable dicha, despues de haberos alabado en la tierra, de ver y adorar en vuestra compañía á nuestro Dios en la Gloria. Amen.

SERMON 1.º

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

*Virgam hanc sume in manu tua in qua
facturus est signa.*

Toma en tu mano esta vara, con la cual
harás prodigios.

Exod. cap. IV, v. 17.

¿Qué es esto, pueblo feliz? ¿Conque se han cumplido en tí aquellas magníficas promesas anunciadas ya tantos años por los Profetas y deseadas de los antiguos Patriarcas con tantas ansias? ¿Conque ya ha levantado el Señor aquella gloriosa señal que habia de reunir á los dispersos hijos de Israel y congregar á los que arrastraban pesadas cadenas de servidumbre en las naciones estrañas? ¿Conque llegaron ya aquellos felices tiempos en que los ejércitos del Señor alcanzaron cumplida victoria de todos sus enemigos, y quedaron apercebidos con las mismas armas, para conseguir tantos triunfos, cuantos fuesen sus choques y batallas? ¿Conque sentado ya Israel en la hermosura de la paz, descansa en los tabernáculos de una dulce esperanza, coronado de laureles, lleno de riquezas y de gloria? Asi es: tuvieron es verdad tan

cimiento del culto católico, y que tanta devoción os profesa: cubridla con vuestro manto y á toda su Real familia. Sostened firme el trono de las Españas, destruyendo á todos sus enemigos y que esta nación modelo de catolicismo, se eleve al grado de esplendor que siempre ocupó entre las demás naciones. Bendicidnos á todos ¡oh Esperanza de los pecadores! para que viviendo en la observancia de la divina ley y siendo vuestros verdaderos devotos, tengamos la inestimable dicha, despues de haberos alabado en la tierra, de ver y adorar en vuestra compañía á nuestro Dios en la Gloria. Amen.

SERMON 1.º

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

*Virgam hanc sume in manu tua in qua
facturus est signa.*

Toma en tu mano esta vara, con la cual
harás prodigios.

Exod. cap. IV, v. 17.

¿Qué es esto, pueblo feliz? ¿Conque se han cumplido en tí aquellas magníficas promesas anunciadas ya tantos años por los Profetas y deseadas de los antiguos Patriarcas con tantas ansias? ¿Conque ya ha levantado el Señor aquella gloriosa señal que habia de reunir á los dispersos hijos de Israel y congregar á los que arrastraban pesadas cadenas de servidumbre en las naciones estrañas? ¿Conque llegaron ya aquellos felices tiempos en que los ejércitos del Señor alcanzaron cumplida victoria de todos sus enemigos, y quedaron apercebidos con las mismas armas, para conseguir tantos triunfos, cuantos fuesen sus choques y batallas? ¿Conque sentado ya Israel en la hermosura de la paz, descansa en los tabernáculos de una dulce esperanza, coronado de laureles, lleno de riquezas y de gloria? Asi es: tuvieron es verdad tan

ilustres vaticinios exacto cumplimiento en el antiguo pueblo de Israel, á quien el Señor por ministerio de Moisés dispensó grandes favores, libró de la esclavitud de Faraon y condujo obrando milagros estupendos á la tierra prometida. Mas ¿quién duda que se han cumplido en vosotros, pueblo escogido de Dios, tan magníficas promesas con mayor exactitud y fidelidad? ¿No sois vosotros, ilustres devotos del Santísimo Rosario, entre quienes ha levantado el Señor el original de mayores señales y prodigios mas asombrosos que los antiguos? Porque si allá Moisés con el contacto de aquella prodigiosa vara que le entregó el Señor trastornó la naturaleza toda, para defender á su nacion, secando los ríos á su vista, dividiendo los mares á su tránsito, aruinando muros, derrotando Egipcios, Amorreos, Filisteos, Asirios, ¿qué no ha obrado la devocion del Santísimo Rosario en beneficio y defensa del Cristianismo? ¿qué victorias no ha conseguido la católica Iglesia, con la práctica de devocion tan saludable? ¡Qué estension de nuestra santa fé! ¡Qué estirpacion de vicios! Bien sabeis que el Rosario de María rezado con devocion ha sido en todos tiempos el escudo de defensa del pueblo cristiano, el imán que ha atraído á la tierra las bendiciones del cielo, la señal de reconciliacion que ha ajustado las paces entre Dios y los pecadores, la llave que ha abierto las puertas del cielo cerradas por nuestra ingratitud y perversidad.

¿Y os parece que con tales circunstancias no podré yo decir que se han cumplido gloriosamente en vosotros los oráculos de los Profetas, los deseos de los Patriarcas, las misericordias suspiradas de los antiguos justos con tantas ansias? Si, pueblo feliz, si, ama-

dos devotos de María. El Santísimo Rosario es la gloriosa señal de vuestra graciosa predileccion, él es un nuevo compendio de aquellas maravillas obradas por Moisés, por espacio de cuarenta años, con el contacto solo de una vara que le entregó el Señor cuando le eligió caudillo de su pueblo *Virgam hanc*. Yo os propongo una vara mística superior á la antigua puesta en manos del gran Padre y Patriarca Domingo, de sus hijos, cofrades y devotos y ved todo el plan de mi discurso y la materia de vuestra piadosa atencion. El Rosario de María Santísima, la vara mística de la militante Iglesia.

Imploremos, ante todo, los auxilios de la gracia, por la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, saludándola reverentes con las palabras del ángel. *Ave Maria*.

PARTE ÚNICA.

¡Cuán dura é insoportable era la esclavitud del Pueblo de Israel en Egipto! Faraon temeroso de que le usurpasen el cetro y quitasen de sus sienes la corona si se multiplicaban los descendientes de Jacob en sus estados, despues de condenarlos como esclavos al ejercicio de las obras mas pesadas y serviles, despues de imponerles cargas superiores á sus fuerzas, despues de agravarles con tributo, y oprimirles con preceptos y leyes impracticables, mandó con execrable crueldad quitar la vida á cuantos varones naciesen en sus familias. En tan penosa esclavitud, en tan miserable cautiverio clamaban los Israelitas á su Dios para que se cumpliesen las promesas tantas veces hechas á sus padres y mayores: acórdaos, Señor, decian, que juras-

teis por vuestro Santísimo nombre á Abraham, Isaac y demas Patriarcas de vuestro pueblo, prometiéndoles librarlos de tan penosa servidumbre y conducirnos á una tierra de descanso. Compadecido Dios de la afliccion de su pueblo, llama á Moisés á lo interior del desierto y le habla con estas mismas espresiones. Moisés, no temas, yo soy el Dios de tus Padres: han ablandado mi corazon los clamores de mi amado Pueblo, quiero librarles de tantos males y conducirles á la tierra prometida, tú eres quien has de confundir á Faraon y á todos mis enemigos. Toma en tus manos esta vara, la que á tu arbitrio se convertirá en serpiente, abrirá los mares, endulzará las aguas y obrará las mas estupendas maravillas. *Virgam hanc sume in manu tua in qua facturus est signa.*

¿Y no es esto, cristianos, lo que aconteció al nuevo Moisés de la ley de gracia Santo Domingo de Guzman, en un tiempo en que la Iglesia se hallaba en la época mas lamentable que habian conocido los siglos? ¿En un tiempo en que todo eran escándalos, abominacion, relajacion, perversidad de costumbres? ¿En un tiempo en que la soberbia, la avaricia, la deshonestidad, el desprecio de los augustos y sacrosantos misterios la tenian en tal extremo de afliccion y amargura, que á no tener asegurada su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, hubiera creído ser llegada la época de su total destruccion y esterminio? ¿En un tiempo en que los Albigenses, aquellos perversos herejes á mas de esparcir por todas partes el veneno y ponzoña de sus errores, vomitaban execrables blasfemias contra Cristo y su gloriosa madre María Santísima, sin que el rigor de la Iglesia, ni el temor de sus anatemas, ni el infatigable celo de sus ministros fuesen bastante para

contener su perversa malignidad, difundida ya por toda la ciudad y provincia de Tolosa, por casi toda la Francia, y gran parte de la Italia? Santo Domingo retirado en una cueva en las cercanías de Tolosa llora las desgracias de su pueblo, y no cesaba de interponer la poderosa intercesion de María, para detener la espada de la Divina justicia que iba ya á descargar el golpe y acabar con todo el mundo. Compadecida María Santísima de las suplicas de Domingo, se le aparece en aquella humilde cueva y le habla con las mismas espresiones que en otro tiempo habló Dios á Moisés; hijo mio Domingo, no temas, le dice, aliéntate, que en mí ha fiado Dios la reforma del mundo y yo te elijo á tí para que desempeñes mi palabra; toma este Rosario, arma hasta ahora ni conocida, ni manejada por los cristianos, pero la mas poderosa para vencer al mundo y al infierno; solo con que le rezes con devocion y le prediques con fervor, lograrás la reforma de las costumbres, la estirpacion de los vicios, la destruccion del error.

En efecto, señores, asi como Moisés armado con aquella prodigiosa vara se presentó á Faraon, le pidió la libertad de su pueblo, le aterró con amenazas y aun le confundió con castigos, asi este nuevo Moisés armado con la mística vara del Rosario de María, se presentó animoso en la ciudad de Tolosa, á cuya entrada se tañeron por sí mismas las campanas y una imagen de marmol de María Santísima levantó la mano con ademan de castigar á los habitantes de aquella ciudad si no recibian tan santa devocion; una deshecha tempestad manifestó las iras de Dios con horrosos truenos y luminosos relámpagos, y todo se convirtió en lamentos, terror y consternacion: pero luego

al punto que resonaron por las calles y plazas de Tolosa los ecos de las Ave-Marías del Rosario que predicaba Domingo, el cielo aplacó sus rigores, Maria Santísima bajó la mano otorgando el perdón á los compunidos, los demonios huyeron al infierno con precipitada fuga, los hereges quedaron confundidos, el error disipado y destruida la impiedad.

Qué os parece, cristianos, ¿hizo mas maravillas la prodigiosa vara de Moisés para confundir á Faraon, que el Santísimo Rosario para defensa de la Iglesia y confusión de todos sus enemigos? Yo bien sé que me direis que aquella prodigiosa vara abrió paso franco á los hijos de Israel entre las olas del mar, sepultando en ellas todo el poderío de Egipto. Mas que, ¿acaso no son mas plausibles las victorias que ha conseguido la fé cristiana por el Rosario de María? Díganlo si no aquellas famosas cruzadas en que coligados tantas veces los Príncipes católicos, han derrotado y enteramente destruido los fuertes enemigos, mas por la virtud del Rosario que por la fuerza de sus armas. Díganlo los Monarcas de España, Francia, Italia, Bretaña, y demas Príncipes de Europa, en cuyos ejércitos al mismo tiempo de la pelea se vieron escuadrones de ángeles y á veces esa soberana reina por ser el Santísimo Rosario la insignia de los que se habian salvado. Un Simon de Monfort, aquel insigne conde capitán de las milicias de la Iglesia, ¿qué victorias no consiguió en la guerra contra los hereges Albigenses por la práctica de esta santa devoción? Y ¿qué diré de un Alonso de Aragon, Príncipe tan desgraciado en los principios de su reinado, pero feliz desde que se alistó en la cofradía del Rosario? ¿qué de aquel Príncipe Británico, que se asoció á la cruzada contra la Provenza, contra Albi y demas pueblos

de su distrito? ¿qué finalmente de aquel invicto capitán D. Juan de Austria en la victoria que consiguió en el Golfo de Lepanto en el año 1571, la cual dió motivo para que todos los años se solemnizase la fiesta del Santísimo Rosario por todo el orbe cristiano con plausibles demostraciones de júbilo y regocijo? Al Rosario han recurrido en todos tiempos los cristianos como al remedio mas seguro de todas sus necesidades. Al Rosario han recurrido los enfermos y han recobrado la salud. Al Rosario los paralíticos y han logrado movimiento. Al Rosario los cautivos y han conseguido libertad. Al Rosario los pecadores y han alcanzado el perdón de sus pecados. Al Rosario acudió aquel cautivo que gemía entre grillos y cadenas y habiéndose dormido en una oscura mazmorra despertó libre á las puertas de su casa. Al Rosario aquel pecador á quien la imagen de Jesus negaba el perdón de sus enormes culpas volviéndole el rostro cuando se arrojaba en su presencia, y por rezar el Rosario mereció que bajando Maria Santísima de su altar se arrojase á su lado y le ayudase á implorar la divina misericordia, la que por último consiguió por intercesion de tan poderosa medianera.

¡Oh poder maravilloso del Santísimo Rosario! Con razon los romanos Pontífices han acudido al Rosario en las públicas y privadas necesidades de la Iglesia: con razon los Emperadores y Reyes, los Arzobispos y Obispos y demas Príncipes de la Iglesia y del Estado, se han alistado en las cofradías del Rosario para asegurar la quietud y felicidad de su gobierno: con razon Pio V, Paulo V, León X, Urbano VIII, Gregorio XIII, Benedicto XIII y otros muchos sucesores de San Pedro, han mandado se practicase esta de-

vocion en la Iglesia, se predicase en los púlpitos y se celebrase en todo el orbe cristiano, como el medio mas poderoso para alcanzar las divinas misericordias. Con razon han concedido á los que recen el Rosario tan extraordinario número de indulgencias plenarias y parciales, que un sermón de solo este punto no bastaria para referirlas, las mismas que confirman ser la devocion del Santísimo Rosario el compendio de todas las devociones y el asilo de la católica Iglesia.

Pues qué decís ahora, cristianos, ¿fueron mas plausibles las mavarillas que obró Moisés con aquella prodigiosa vara? ¿Fué mayor el poder y eficacia de aquella que la virtud de esta? ¿Hizo aquella mayores prodigios en favor de los hebreos que el Rosario de María en beneficio de sus devotos? Porque al fin si Moisés con sólo su contacto dulcificó las aguas de Marat, hizo saltar copiosas fuentes de las piedras, suministró el alimento á los Israelitas en el desierto, les hizo llover milagrosamente el maná y por último si Moisés les dió la posesion de la tierra prometida, son mucho mayores que estos los prodigios que en todos tiempos ha obrado la devocion del Rosario.

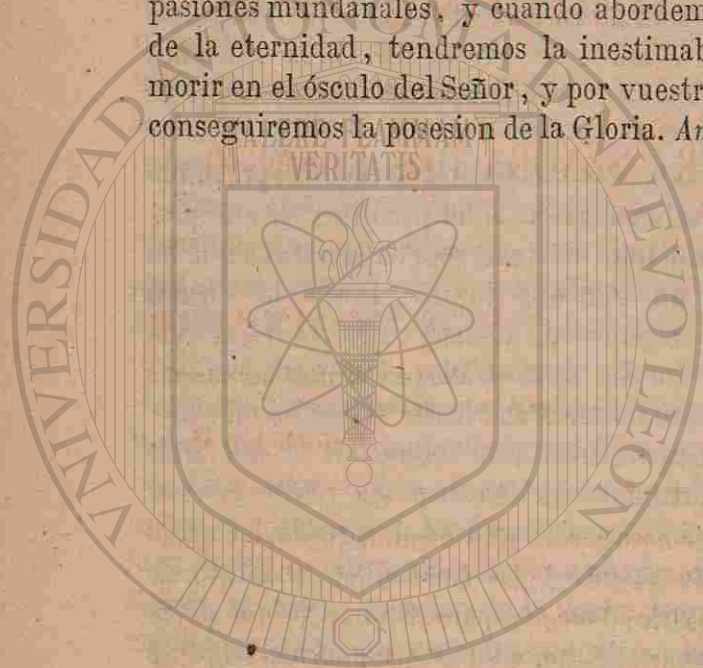
El es aquella gloriosa señal bajo de la cual os habeis de reunir para lograr descanso en los dulces Tabernáculos de la paz. Es el original de mayores maravillas que las que obró Moisés por medio de aquella vara prodigiosa. Aquella por espacio solo de cuarenta años fué la defensa de los hijos de Israel: esta Santa devocion ya muchos años es el asilo de los cristianos y lo será hasta la consumacion de los siglos. Aquella confortó á los Israelitas en el cuerpo; esta corrobora nuestro espíritu alcanzándonos la gracia y las virtudes: aquella les aplacó la sed en el desierto, esta fecunda

nuestras almas inundándolas con los raudales de las divinas misericordias. Aquella les dió la posesion de la tierra prometida, esta nos conduce y abre las puertas de la gloria. Circunstancias todas que al paso que realzan el poder, la virtud y la eficacia de esta santa devocion, prueban ser la vara mística de la militante Iglesia; *Virgam hanc sume in manu tua in qua facturus est signa.*

He concluido, mis amadísimos hermanos, probando segun mi insuficiencia me lo ha permitido lo que propuse en el principio. Réstame solo exhortaros á que no dejéis pasar un solo dia sin dirigiros á la Virgen Santísima, rezando su Rosario. Las ventajas que conseguireis quedan demostradas. Cuando habia mas piedad, cuando no era moda hacer alarde de un estúpido despreocupamiento, raro era encontrar una familia que se entregase al descanso sin rezar antes el Santo Rosario. Hoy el espíritu del siglo lo ha arreglado de otro modo, y las costumbres piadosas de nuestros mayores van desapareciendo. No nos dejemos arrastrar por la incredulidad moderna: hijos de la Iglesia, demos oído á sus enseñanzas, y conseguiremos labrar nuestra felicidad eterna. Si somos verdaderos devotos y amantes de María; si á las plegarias de nuestros lábios unimos los afectos de nuestro corazón, por ella conseguiremos no solamente la felicidad del tiempo sino lo que aun nos es mas importante, la felicidad de la eternidad.

Sí, Virgen purísima, sea tu Rosario el escudo que nos defienda de todos nuestros enemigos, y el fuerte baluarte donde nos libremos de los tiros de la incredulidad. Cuando el mundo con sus encantos, el demonio con sus tentaciones y nuestra carne rebelde traten de

hacernos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado, sed vos la que nos alcanceis fortaleza para alcanzar el triunfo en los combates. De este modo atravessaremos á pié enjuto el proceloso mar de las pasiones mundanales, y cuando abordemos al puerto de la eternidad, tendremos la inestimable dicha de morir en el ósculo del Señor, y por vuestra mediacion conseguiremos la posesion de la Gloria. Amen.



SERMON 2.^o

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

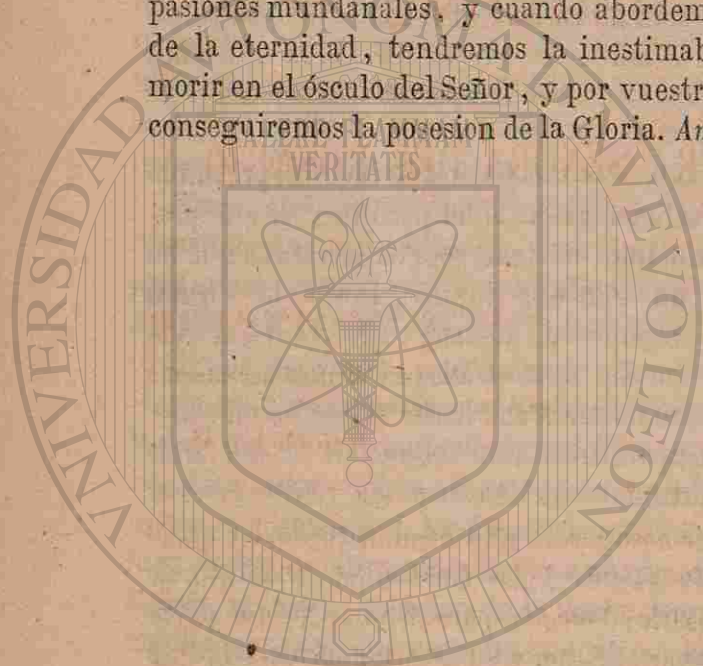
Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Desde ahora me dirán bienaventurada todas las naciones.

Luc. cap I, v. 48.

En el hermoso jardín que forman las devociones cristianas, no hay flor mas bella y odorífera que la del Santo Rosario, devocion eficacísima para interesar en nuestro favor al Señor y á la Santísima Virgen. En efecto, M. A. O., si fijamos nuestra atencion en las dos oraciones de que se compone, cuales son el *Padre Nuestro* y el *Ave María*, no podremos menos de convencernos que todo lo podemos esperar del Señor si á la palabra que pronuncian nuestros labios unimos los afectos de nuestro corazon. El mismo Jesucristo enseñó á sus Apóstoles la oracion del *Padre Nuestro*, para que por ella consiguiesen del Eterno Padre el objeto de sus súplicas. El Angel San Gabriel al presentarse en la morada de la Santísima Virgen para anunciarle la altísima dignidad de Madre de Dios á que iba á ser elevada, pronunció la primera parte del *Ave María* y

hacernos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado, sed vos la que nos alcanceis fortaleza para alcanzar el triunfo en los combates. De este modo atravessaremos á pié enjuto el proceloso mar de las pasiones mundanales, y cuando abordemos al puerto de la eternidad, tendremos la inestimable dicha de morir en el ósculo del Señor, y por vuestra mediacion conseguiremos la posesion de la Gloria. Amen.



SERMON 2.^o

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Desde ahora me dirán bienaventurada todas las naciones.

Luc. cap I, v. 48.

En el hermoso jardín que forman las devociones cristianas, no hay flor mas bella y odorífera que la del Santo Rosario, devocion eficacísima para interesar en nuestro favor al Señor y á la Santísima Virgen. En efecto, M. A. O., si fijamos nuestra atencion en las dos oraciones de que se compone, cuales son el *Padre Nuestro* y el *Ave María*, no podremos menos de convencernos que todo lo podemos esperar del Señor si á la palabra que pronuncian nuestros labios unimos los afectos de nuestro corazon. El mismo Jesucristo enseñó á sus Apóstoles la oracion del *Padre Nuestro*, para que por ella consiguiesen del Eterno Padre el objeto de sus súplicas. El Angel San Gabriel al presentarse en la morada de la Santísima Virgen para anunciarle la altísima dignidad de Madre de Dios á que iba á ser elevada, pronunció la primera parte del *Ave María* y

la Iglesia ha añadido la segunda, enseñándonos á impetrar las misericordias de la que siendo Madre de Dios es al mismo tiempo Madre de los humanos.

Hubo, señores, una época de triste recuerdo, en la cual el demonio se propuso apurar todos sus esfuerzos para concluir con la Esposa Inmaculada del Cordero. Era el siglo XIII. Estendida con rapidez la heregia de los albigenses, la devocion de la Virgen se iba entibiando. Pero advertido de ello el gran Padre y Patriarca Santo Domingo de Guzman, sale de su desierto inspirado por la misma Señora, cuyas glorias se proponia defender, y se presenta en el campo mismo de los albigenses, y asi como un dia el Arcángel San Miguel entrando en batalla con los Angeles rebeldes en el cielo, exclamara: *Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? asi Domingo de Guzman, impulsado por un celo santo y guiado por su ardiente devocion á la protectora de la humanidad se presenta entre sus enemigos exclamando: ¿Quiénes son los atrevidos que quieren eclipsar las glorias de María? En seguida convoca á los soldados cristianos, los arma con el fuerte escudo del Santo Rosario, que los llena de valor, y les hace conseguir el triunfo, derrotando á los heresiarcas.

Escogido, pues, Domingo para predicar la devocion del Santo Rosario, lo hizo con santo celo, y correspondió de tal modo al encargo espreso que recibiera de la Santísima Virgen, que al poco tiempo se veia por todas partes entonar esta hermosa devocion, venero riquísimo de bondades y misericordias.

Yo te felicito, venerable Hermandad, porque alistados bajo las hermosas banderas del Rosario de la Santísima Virgen, os hacen acreedores á que esta Señora, cuyo corazon es todo bondad y misericordia, os

dispense su proteccion acogiéndoos bajo su manto de piedades. Ríase en buen hora de vuestra piedad: y haga objeto de su mofa, la devocion del Santo Rosario que tan arraigada se halla en vuestros corazones. ¿Qué os importa? ¿Os ha de salvar ese mundo de ilusiones? ¿Os podria hacer felices la impiedad? ¡Ah! dichosos los que profesando la fé del catolicismo no habeis dejado extinguir en vuestros pechos esta llama hermosa, luz brillante que nos guia por entre la oscuridad y tinieblas de un mundo corrompido.

Ganoso pues, M. A. O., de enfervorizaros cada vez en la devocion del Santo Rosario, y de persuadir á los tibios á que la practiquen para que se hagan dignos de los frutos de tan preciosa y eficaz devocion, voy á demostraros el gran poder de intercesion que la Santísima Virgen tiene en el cielo á favor de sus devotos, y el que el mejor medio de conseguir su proteccion es la devocion constante del Santo Rosario. De este modo creo que llenaré mi ministerio en la presente festividad.

Las continuas alabanzas de la Santísima Virgen que resuenan en toda la estension del Cristianismo es un testimonio de que se cumple al pié de la letra el vaticinio pronunciado por la misma Señora, y que encontramos consignado en el mas bello de los himnos del Nuevo Testamento. *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Plegue al Señor que vosotros seais tambien parte de esa interminable cadena de los cantores de las Glorias de María.

Imploremos ante todo y por su intercesion poderosa los auxilios de la Divina gracia. *Ave María.*

REFLEXION UNICA.

Siempre y en todo tiempo, desde la cuna del Cristianismo ha venido siendo la Santísima Virgen María el objeto de un tierno amor por parte de los verdaderos cristianos, que á ella han acudido en todas sus aficciones y tribulaciones, esperando conseguir por su medio el remedio de los males de la vida, que de solo Dios procede. Reconociendo en la Señora el poder á que ha sido elevada por su Divino Hijo, no han creído nunca defraudar los derechos de Dios con invocar á María. El hombre debe conformarse siempre con los designios de su Hacedor: y los designios de Dios acerca de María no pueden ser mas sublimes, toda vez que exceptuándola de las ligaduras del pecado original en que todos nacemos envueltos, fijó sobre ella sus amorosas miradas, eligiéndola en primer lugar para Madre del Verbo Eterno, y despues para encumbrarla sobre los mismos serafines, coronándola por reina de los cielos y de la tierra. Si, pues, tanto la amó Dios y de tal modo la sublimó, ¿haremos algo demas los cristianos en amarla, en rendirla nuestros homenajes, y en fundar en ella despues de Dios nuestra esperanza? Aun hay mas: el cristiano debe mirar en Jesucristo el modelo de su conducta, y debe arreglarse en su modo de obrar á lo que el Divino Salvador enseñara con su ejemplo y doctrina. Esto supuesto, ¿habrá quien dude del amor extraordinario de Jesus para su Madre? ¿No nos dice claramente el Evangelio que vivia sujeto á ella, obedeciéndole en todo? Pues consecuencia muy lógica es que Jesucristo quiere que nosotros la amemos y reverenciamos, al mo-

do que El la reverenció y amó. Cuando en el Madero de la salvacion dijo á la humanidad en persona de Juan: *Hé ahí tu Madre*, ¿no le impuso á ella las obligaciones inherentes á la maternidad y á nosotros los deberes que son propios de buenos hijos? ¿Y cuáles son estos deberes que ligan á los hijos en orden á sus padres? Nadie ignora que el amarlos, venerarlos y honrarlos. Si, pues, María es nuestra madre por voluntad de Jesucristo, y tiene su trono tan inmédiato al de Dios, voluntad es del Señor que como cariñosos hijos acudamos á María, reconociendo sus bondades y el poder que le ha sido comunicado.

Con dolor de mi corazon voy á decirlo. La Santísima Virgen ha tenido enemigos públicos, y estos son los herejes que han combatido sus prerogativas y hasta su dignidad sublime, y otros que bajo el pretexto de un pretendido celo por la gloria de Dios y defensa de sus soberanos derechos, hánse propuesto, aunque sin fruto, arrancar de los corazones católicos el amor de María, diciendo que solo de Jesucristo podemos recibir la salvacion, y que en él solamente debemos poner nuestra esperanza. Escandalízanse por lo tanto al oír las plegarias que continuamente dirigimos á la Reina del universo, y riéndose de nuestra devocion nos intitulan fanáticos. Yo bien sé, mis amados oyentes, que Jesucristo es la causa primera y principal de nuestra salvacion; pero la causa segunda é instrumental es María. Jesus es nuestro Redentor, pero María es nuestra Co-redentora, quien recibiendo las gracias y misericordias de manos de su Hijo, las reparte generosamente á los mortales. Jesucristo con sus tormentos y su muerte nos abrió las puertas de los cielos, antes cerradas por el pecado: pero María es la *celestial escala*,

como la llama san Agustín, por lo cual bajó Dios á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. La Omnipotencia como todos los demas atributos, son propios y peculiares tan solo de la Divinidad: á María no podemos por lo tanto llamarla Omnipotente, puesto que como dice san Bernardino de Sena, los ángeles, los hombres y todas las cosas que esten en los cielos y en la tierra, estan todas bajo el imperio de Dios, por lo que estan tambien al dominio de la Virgen (1). Esta casi Omnipotencia de María en el respecto que dice órden á la salud de nuestras almas, la han reconocido los Padres, y se deja comprender de estas consoladoras espresiones que en su fervor esclama el Damiano: «María acude á Dios, no rogando sino mandando. *Accedit imperans, non rogans.*»

No hay que estrañar, mis hermanos, que tal poder haya recibido María, puesto que llenas están las páginas de la Sagrada Escritura de hechos que nos demuestran que los atributos que pertenecen solamente á Dios, se atribuyen á veces á algunas criaturas por comunicacion y participacion del mismo Dios. A Moisés dijo el Señor, cuando le mandó presentarse con Aaron á Pharaon. «Mira que te he constituido Dios de Pharaon (2).» ¿No parece como que Dios comunicó el atributo de su omnipotencia á Josué, cuando queriendo este caudillo conseguir el triunfo de los reyes Amorreos, mandó detener al sol en su carrera, siendo obedecido por el monarca de los astros que detuvo su curso hasta terminarse la batalla, que ganó con gloria y que le condujo á conquistar la Palestina, habiendo hollado todo el oro de treinta y una coronas enem-

(1) S. Bern. Sen. tom. II, cap. 61.

(2) *Ecco constitui te Deum Pharaonis.* Exod. cap. VII, v. 1.

gas (1)? Ved aqui á Dios obediente á la voz del hombre: *Obediente Domino voci hominis* (2). ¿No observamos la misma maravilla en el profeta Elías, cuando presentándose á Acháb, le dijo que no caería lluvia del cielo hasta que lo mandase, sucediendo como lo habia anunciado (3)? Oigamos por último al profeta David que afirma que Dios hace la voluntad de los que le temen (4), y esto se comprende, porque la voluntad del justo siempre ha de ser la voluntad de Dios.

Ahora bien, y supuestos estos principios ¿habrá dificultad en reconocer, en la Santísima Virgen un poder de gracia benéfico para nosotros? ¿Tuvo por ventura menos mérito que Moisés, Josué y Elías? ¿El amor que á estos héroes mostró el Señor, será menor que el que profesa á María? Y si Dios como hemos dicho con David hace la voluntad del justo, ¿ha habido ni en el Antiguo Testamento ni aun en la Iglesia católica quien le esceda, ni aun quien á María iguale en justicia? Ciertamente que no: luego tenemos motivos sobrados para conocer y confesar el imperio y poder de María en los cielos y en la tierra. Este poder y el recuerdo de su maternidad espiritual con nosotros, me hace, mis hermanos, venir en conocimiento de nuestra inestimable dicha y felicidad. Tenemos una Madre, y esta Madre no solo mora, sino que reina en el cielo. Ni en el coro de los confesores, ni en el de las vírgenes, ni en el de los mártires, tiene su asiento: pasad con vuestra imaginacion todos los coros de los

(1) *Sol, contra Gabaon ne movearis, et luna contra vallem Aialon. Steteruntque Sol et Luna, donec ulcisceretur se gens de inimicis suis.* Josué. cap. X, v. 12 y 13.

(2) *Ibid.* v. 14.

(3) III Reg. cap. XVII, v. 1.

(4) *Voluntatem timentium se faciet.* Ps. CXLIV, v. 3.

bienaventurados; atravesad con rapidez por entre todas las gerarquías angélicas, y mas allá, mas inmediata al trono del Escelso encontrareis á nuestra Madre: los mismos que en el Empíreo son vasallos de Dios, porque es rey, lo son de María, porque es Reina: y si acá en la tierra los ministros del monarca son los dispensadores de sus gracias, y aun ellos mismos las conceden en su nombre, María en el cielo es la tesorera de las gracias del Rey de los Reyes, y su principal ocupacion en aquella mansion de paz y puro gozo, es impetrar del celestial Monarca gracias y misericordias en favor de los infelices y miserables mortales. ¿Y creéis porventura que Jesucristo niegue á su bendita Madre ninguna gracia que le pida por extraordinaria que sea? ¿Creéis que haya alguna ocasion en que salga sin conseguir el objeto de sus peticiones? No, hermanos míos. María siempre consigue lo que pide. La antigua Esther, figura anticipada de esta benignísima Señora, es una demostracion del amor que profesa á los que componemos su pueblo, de lo mucho que se interesa en nuestro favor y del placer con que el Señor le otorga sus peticiones. Veámoslo. La perfidia de Aman habia arrancado al rey Assuero un decreto por el cual debian ser esterminados todos los judíos que en gran número existian en las provincias que estaban sujetas á su dominio. Afligida la hermosa Esther con tan funesta determinacion, se dirige al esposo diciéndole que queria pedirle una gracia. Assuero se apresura á rogarle que le pida lo que sea su voluntad, con estas nobles y generosas espresiones: ¿Qué peticion es la tuya, Esther, para que te se conceda? ¿Y qué quieres que te haga? Aunque pidas la mitad de mi reino lo alcanzarás. Entonces Esther esclama: Si he hallado gra-

cia en tus ojos, oh Rey, y si á tí te place, concédeme la vida por la que te ruego, y la de mi pueblo por quien intercedo (1); y á esta intercesion debió la salud el afligido pueblo. ¡Ah! Imágen viva y espresiva de lo que hace la divina Esther María por nosotros. El pérfido Aman, el ángel de las tinieblas que en las mazmorras infernales sufre el eterno castigo de su rebellion y soberbia trata de perdersnos; pone ante nuestros ojos la seductora decoracion de los placeres mundanos, y nos rodea de mil peligros; empero María pide gracias para nosotros: sus peticiones son escuchadas por el Divino y Eterno Assuero Jesucristo, y beneficios contínuos recibimos de sus benéficas manos.

Este es el momento, señores, en que yo desearia estar adornado de sublime elocuencia para tributar, con bellas espresiones, grandes y merecidos elogios á esta Purísima Vírgen, á la que tanto debe la humanidad; pero aunque yo estuviese adornado de los mejores dotes ¿qué podria añadir á lo que de esta mística ciudad de Dios han dicho los Padres de todos los siglos? ¿Qué perla podria yo añadir á la corona de hermosas alabanzas formada por los mas sublimes ingenios que emplearon sus plumas en publicar sus glorias y las finezas de su benéfico y maternal corazon? Yo recorro los escritos de todos los Padres, y no puedo menos de llenarme de un santo regocijo al oír á un San Gregorio Nicomediense, que dirigiendo sus súplicas á María le dice: No nos digais, ó Vírgen sacrosanta, que no nos podeis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque teneis tal poder y

(1) Si inveni gratiam in oculis tuis, ó rex, et si tibi placet dona mihi animam meam, pro qua rogo, et populum meum, pro qua obsecro. Esth. cap. VII, v. 3.

conmiseracion que ningun número de culpas puede jamás escederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que lo es de todas las criaturas, honrándoos á vos que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria (1). Me encantan en verdad los afectos de un San German, patriarca de Constantinopla, que dirigiéndose á María esclama lleno de amor y de entusiasmo. «Nadie se libra sino por vos, oh Purísima Virgen: nadie recibe gracias sino por vuestra mano, oh Castísima María: nadie alcanza la salvacion sino por vos.» Empero cuando leo las bellísimas frases con que á María saluda en la homilía que pronunciara en un concilio San Cirilo, entonces es cuando se alienta mi esperanza tanto como es posible, y fijo mi confianza en tan amorosa Madre. Salve, oh María, esclama, por quien es glorificada la Santísima Trinidad en el universo: por quien el cielo se llena de regocijo: por quien todas las criaturas son conducidas al conocimiento de la verdad: por las que las gentes son atraídas á penitencia: por quien los apóstoles predicaron el Evangelio para la salud del mundo (2).

Estas y otras bellísimas frases de todos los Padres, nos hacen conocer cuanta debe ser nuestra confianza en esta benditísima y amorosísima Madre, á quien Dios ha dado tanto poder, cual corresponde á su altísima dignidad, y cuya ocupacion en el cielo es pedir gracia y perdon para el pecador arrepentido que acude á ella como á acueducto seguro por donde á nosotros

(1) Habes vires insuperabiles, ne clementiam tuam superet multitudo peccatorum. Nihil tuæ resistet potentia; tuam enim gloriam, Creator existimat esse propriam. D. Greg. Nicons. Or. de exitu. B. M.

(2) Salve, Virgo, per quam sancta Trinitas in universo mundo glorificatur: per quam exultat: per quam universa creatura ad veritatis cognitionem deducta est: per quam gentes adducuntur ad penitentiam: per quam apostoli salutem gentibus prædicarunt.

llegan las divinas bondades. ¡Ah! Es imposible, esclama San Bernardo, pronunciar el nombre de María sin inflamarse en el momento de un grande amor hácia Dios y hácia ella. Sí, dulcísima Madre mia, tú eres el verdadero cinamomo y bálsamo aromático tras cuya fragancia corren las criaturas (1). Tú eres el hermoso terebinto de magestuosas ramas de honor y gracia, bajo cuyas frondosas ramas se cobijan los pecadores (2). ¿Y á quién acudiremos en este valle de lágrimas y de miserias sino á vos? Despues de haber ofendido veces mil á nuestro Dios, ¿quién sino vos podrá aplacar el brazo de su justicia y atraer sobre nosotros su misericordia? ¿A quién acudiremos para que abogue en nuestro favor? Vos sola, Madre de mi corazon, vos que sois la Madre del Amor hermoso, y del temor y de la ciencia y de la santa esperanza (3). Por vos, purísima María, esperamos que no sea infructuosa para nosotros la preciosísima sangre de vuestro Divino Hijo, y lo esperamos por vos, puesto que por vos se alcanza la gracia de conocer la verdad y en vos está toda la esperanza de vida y de virtud para triunfar de nuestros enemigos y de nuestras propias pasiones (4).

¡Ah! ¡qué felicidad tan extraordinaria! María cuyo poder habeis oido y cuya bondad es tan manifiesta, nos llama á sí admirablemente diciéndonos: «Venid á mí todos los que me amais y saciaos de mis frutos.»

(1) Sicut cinnamomum, et balsamum aromatizans odorem dedi. Eccl. cap. XXIV, v. 20.

(2) Ego quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ. Ibid. v. 22.

(3) Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. Ibid. v. 24.

(4) In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Ibid. v. 25.

Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus mei implemini. ¡Voz dulce, voz hermosa! ¡voz divina! Ella es una prueba incontestable del grande, del extraordinario amor que nos profesa. Desengañaos, cristianos: así como no se puede llegar á Dios sino por Jesucristo, tampoco puede llegarse á Jesucristo sino por María. No creo que será necesario preguntaros si deseais la proteccion de esta augusta Señora. Vuestra devota asistencia á este sagrado novenario que vamos á concluir, la compostura y atencion con que habeis escuchado las exhortaciones religiosas que he tenido el honor de dirigiros, y vuestros esfuerzos porque se realicen estos cultos, es una demostracion palpable de que en vuestros corazones está arraigada la devocion de la Santísima Virgen: plegue á Dios nuestro Señor, que vuestra devocion hácia esta angelical criatura sea una devocion verdadera, que os haga dignos de recoger sus hermosos frutos. Oisteis en la primera tarde lo útil y aun lo necesario de la devocion á la Santísima Virgen, y las reglas que deben guiarla para que le sea aceptable: os dije y probé que no le agradaba la devocion que no está fundada en la observancia de la ley de su Santísimo Hijo. ¡Cuántas almas viven engañadas, persuadidas de que no se perderán por un culto que no agrada á la Señora, por no tener por cimientto el cumplimiento de la ley de Dios! ¡Ay de aquellos que torpemente engañados en este punto, se hagan acreedores á que María diga de ellos como Jesucristo de los fariseos: «Estas gentes me honran con los lábios pero su corazon está lejos de mí!»

¿Os hareis acreedores á tal reconvencion? No lo creo, mis amadísimos hermanos. Antes por el contrario estoy en la firme persuasion de que convencidos del po-

der que ha sido concedido á la Santísima Virgen, y del amor que nos profesa, procurareis haceros acreedores á su proteccion benéfica por medio de una verdadera y constante devocion. Nada puede obligarla mas á nuestro favor que el Santo Rosario, en el cual meditamos los Misterios principales de nuestra Reparacion. Rezadlo diariamente y acostumbtrad á vuestros hijos á práctica, tan piadosa de la que tantos bienes ha reportado siempre el Cristianismo, y al par que conseguireis paz, reposo y tranquilidad en la vida, tendreis la dicha de ser del número de aquellos cantores de las glorias de María, que estaban presentes á su privilegiada imaginacion cuando divinamente inspirada esclamara un dia en casa de su parienta Santa Isabel: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» *Ecce enim ex hoc, beatam me dicent omnes generationes.*

Dios te salve, María, Virgen Purísima é inmaculada Madre de Dios y de los hombres: Dios te salve, porque fuiste la Eva reparadora, que con tu obediencia y fidelidad, reparaste los daños que á la humanidad causara con su infidelidad y desobediencia la Eva del Paraiso; Dios te salve, porque eres el Angel de ventura de los infelices mortales. *Llena eres de gracia,* porque escogida para Tabernáculo del Omnipotente, fuiste adornada con toda la plenitud de la gracia santificante, y con todas las demas gracias. *El Señor es contigo.* El que no tiene semejante en el poder, el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, el que tiene los cielos por escabel, está contigo: te ha hecho sombra la virtud del Altísimo, y en tu seno maduran las esperanzas del mundo, pues que has sido elegida entre todas las mujeres para que en tu cláustro virgi-

nal se verifique el gran prodigio de la Encarnacion del Divino Verbo. *Bendita tú entre todas las mujeres*, porque dando á luz al Divino Salvador nos has dado la vida: Bendita seas por siempre y *bendito el fruto de tu vientre Jesus*. Sí, sea bendito por siempre ese Jesus; que siendo verdadero Dios, quiso hacerse verdadero hombre para borrar con su sangre la escritura de la maldicion del mundo.

Santa María, Madre de Dios, que eres tambien madre de los humanos, *ruega por nosotros* que navegamos por medio del proceloso mar de las pasiones mundanales: sácanos á salvo de todos los peligros, intercede en nuestro favor con el dador de todo bien, *ahora* en el tiempo de la afliccion y de la desgracia, y mas particularmente en la hora de nuestra muerte, en la que mas espantosas y terribles serán las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Que por tu intercession, *Madre mia*, seamos felices en el tiempo y mas felices en las mansiones de la eternidad. *Amen.*

SERMON 1.^o

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

El dia de hoy es para la Iglesia de Jesucristo un dia de tristeza, de desconsuelo y de amargura. El eco de las campanas que nos ha reunido bajo las bóvedas de este augusto santuario, congregándonos ante la imágen de la criatura mas santa y mas favorecida de Dios que vieran los siglos, no nos ha llamado para que oigamos cantar sus alabanzas, para referirnos sus extraordinarias virtudes, ni para que le demos el parabien por la dignidad altísima de Madre de Dios á que fué elevada. Para estos fines tiene la Iglesia otros dias señalados. El asunto que debemos tratar en esta mañana es mas apropiado para esplicarse con lágrimas que con palabras. Se trata de María, de esa purísima criatura primogénita de la gracia, y concebida en la mente del Altísimo desde antes que existiesen los siglos; de esa mujer llena de ventura á quien viera San

nal se verifique el gran prodigio de la Encarnacion del Divino Verbo. *Bendita tú entre todas las mujeres*, porque dando á luz al Divino Salvador nos has dado la vida: *Bendita seas por siempre y bendito el fruto de tu vientre Jesus*. Sí, sea bendito por siempre ese Jesus; que siendo verdadero Dios, quiso hacerse verdadero hombre para borrar con su sangre la escritura de la maldicion del mundo.

Santa María, Madre de Dios, que eres tambien madre de los humanos, *ruega por nosotros* que navegamos por medio del proceloso mar de las pasiones mundanales: sácanos á salvo de todos los peligros, intercede en nuestro favor con el dador de todo bien, *ahora* en el tiempo de la afliccion y de la desgracia, y mas particularmente en la hora de nuestra muerte, en la que mas espantosas y terribles serán las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Que por tu intercession, *Madre mia*, seamos felices en el tiempo y mas felices en las mansiones de la eternidad. *Amen.*

SERMON 1.º

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

El dia de hoy es para la Iglesia de Jesucristo un dia de tristeza, de desconsuelo y de amargura. El eco de las campanas que nos ha reunido bajo las bóvedas de este augusto santuario, congregándonos ante la imágen de la criatura mas santa y mas favorecida de Dios que vieran los siglos, no nos ha llamado para que oigamos cantar sus alabanzas, para referirnos sus extraordinarias virtudes, ni para que le demos el parabien por la dignidad altísima de Madre de Dios á que fué elevada. Para estos fines tiene la Iglesia otros dias señalados. El asunto que debemos tratar en esta mañana es mas apropiado para esplicarse con lágrimas que con palabras. Se trata de María, de esa purísima criatura primogénita de la gracia, y concebida en la mente del Altísimo desde antes que existiesen los siglos; de esa mujer llena de ventura á quien viera San

Juan en su maravilloso rapto vestida del sol, teniendo por escabel la luna, y luciendo brillante corona de doce estrellas; de la que fué la feliz contraposición de la Eva del Paraíso; de la mujer en fin que recibió tantos dones y carismas, cuantos debían resplandecer en la privilegiada criatura que había de ser Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Verbo y Esposa privilegiada del Espíritu Santo; en una palabra, Templo y Sagrario de la Beatísima Trinidad.

Pero sabéis, mis señores, ¿en que estado nos la presenta hoy la Iglesia nuestra madre? No es por cierto postrada en la presencia del celestial embajador que le anuncia de parte de Dios su divina maternidad, ni embelesada de gozo al oír las dulces armonías de los espíritus angélicos que en la gruta de Belén saludaban la venida del libertador de las naciones. Nos la presenta, sí, oprimida con la fuerza del mas vehementemente dolor, de la mayor de las aficciones posibles. ¿Pues cómo así? ¿Cómo se encuentra en tal desamparo la que es hermosa como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército ordenado en forma de batalla? ¿Cómo tan abatida la que escede en valor á Débora, en intrepidez á Judith? Sí, señores: María es la Palma hermosa exaltada en el Cadés, pero está llena de tristura; es la Oliva especiosa de los campos, pero está circundada de ajenjos; es la matizada Rosa de Jericó, pero aparece marchita y rodeada de punzantes espinas. Se halla como triste viuda, dolorosa y desamparada la Señora de las gentes. ¿Cuál es la causa que motiva tanto dolor y angustia, tanta pena y aflicción?

Venid conmigo, cristianos; pero antes colgad de los sauces vuestros instrumentos músicos; despojaos

de vuestras galas, y llenos de la mas viva compasión fijad vuestra consideración en el Calvario, y presenciad con los ojos de la fé el triste espectáculo que allí se nos presenta. ¿Conoceis por ventura quién es el hombre que cadáver pende de una cruz, en la que se se halla aprisionado por duros clavos? Pues es el Divino Emanuel, el Mesías por quien suspiran las naciones; el que descendió del cielo á la tierra para quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud, y clavar en su cruz la escritura de nuestra maldición. Todo respira terror en la cumbre del Gólgota: un silencio sepulcral reina en el monte de la Amargura, y al pié de la Santa Cruz déjase ver una mujer y esta mujer es madre. ¡Es la Madre del Divino Redentor que pende del madero santo!... ¡Es la Bendita María que apura el cáliz de la amargura! ¡Una madre que ve crucificar al Hijo de sus entrañas! ¡Una madre que le contempla cadáver en afrentoso patíbulo!... ¡Oh dolor sobre todo dolor!... ¡oh pena inenarrable!... Con razón esclama esta Señora con estas afflictivas palabras: Atended y ved si hay un dolor semejante al que atormenta mi corazón. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*

Así es, mis señores: tan profundo, tan extraordinario es el dolor, que cual penetrante espada atravesó el maternal corazón de la que con justicia es llamada Reina de los mártires, que los mismos evangelistas no atreviéndose á hacer su descripción, nos dicen tan solamente que al pié de la Cruz del Redentor estaba María su Madre. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Ni pudieran decir mas los ingenios mas elocuentes, ni pudiera trazar rasgo mas viyo aunque lacónico la pluma manejada por la mano menos torpe. Decirnos

que María presenció heroicamente el sacrificio de su Divino Hijo, y que inmóvil al pié de la cruz permaneció hasta que los piadosos varones le depositaron en sus brazos, es lo mismo que decir que padeció incomparablemente mas que cuanto han padecido los mártires de todos los siglos, y que su dolor ni se puede comprender ni explicar: es justificar lo que despues ha dicho San Bernardo, que fué mas que mártir; y que en su corazon, como se explica San Buenaventura, no se encuentra sino hiel amarga y ajenjos. Ved, por que nos dice que no la llamemos en esta ocasion hermosa sino amarga, porque el Omnipotente ha llenado su alma de amargura.

Estoy ya en el caso de presentar la proposicion del presente discurso. ¿Y pretenderé acaso desenvolver el divino énfasis que envuelven las breves palabras con que el Evangelista San Juan nos demuestra todo el dolor de la purísima Virgen al pié del árbol de la Redención? ¿Podré presentaros una exacta pintura del martirio de María? Esto no es posible á mis débiles fuerzas y escaso conocimiento. Mas apoyándome en las palabras de San Agustin que nos dice, que el amor es la medida del dolor, trataré de demostrar con cuanta claridad me sea posible, *que fué tanto mas grande y mas profundo el dolor de la Santísima Virgen al pié de la cruz de su Divino Hijo, quanto mas extraordinario era el amor que le profesaba.* Para que yo desempeñe con fruto esta parte de mi sagrado ministerio, me son indispensables los auxilios de nuestro buen Dios, que no dudo conseguir por la intercesion poderosa de esta Reina de los mártires, para lo cual la saludaremos, si bien afligida y llena de amargura, tambien llena de gracia. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Si tan unido á Dios estaba el apóstol San Pablo, que dirigiéndose á los fieles de Galacia les dice: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí (1).» ¿Qué deberemos juzgar del amor de la Santísima Virgen á su Divino Hijo, y del modo con que á él estaba unida? Como quiera que ella habia sido predestinada desde la eternidad para ser fecundizada por el Espíritu Santo, y producir en tiempo al Salvador, fué llena de toda gracia y enriquecida con los mas extraordinarios dones, no concedidos á ninguna otra criatura. Su destino social fué el mas noble, y á él no puede compararse ni la magestad del monarca ni la inmortalidad histórica del mas célebre conquistador: todo destino es inferior al de María, porque todo es menos glorioso que tener por Hijo al que lo es de Dios. A proporcion, pues, que fué grande su destino, fueron tanto mas extraordinarios los privilegios que la fueron concedidos. ¿Qué otra cosa fué sino un extraordinario privilegio su esencion de la culpa original? ¿Y el uso de la razon que resplandeció en ella desde el instante de su animacion (2)? No hay por lo tanto que maravillarse al verla á la tierna edad de tres años presentarse al Templo, desprendiéndose de sus virtuosísimos padres y formando santas resoluciones mas propias de la edad madura que de los años de la infancia. La gracia obraba en ella todos estos prodigios.

(1) Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus. Ad Galat. cap II, v. 20.

(2) Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii. S. Bern. Sen. tom. I. serm. 51.

Natural es que una madre ame al Hijo de sus entrañas, pero María entre tantas gracias como le fueron concedidas, recibió la de conocer exactamente todas las perfecciones, toda la grandeza de su Hijo. Ella no podía dudar que era Dios, puesto que así se lo había manifestado el ángel anunciador: que su concepción era obra del Espíritu Santo, necesariamente era para la Señora una evidencia. Ahora bien, y siendo por un orden natural, tierno y compasivo el corazón de la mujer, y no habiendo un amor que esceda ni iguale al de una madre para con su hijo, María que conocía que su Hijo era el mejor de los hijos y el más digno de ser amado, le ama más que cuanto han podido amar á los suyos todas las madres juntas. Si, pues, tan extraordinario é inconcebible es el amor de María para con su Jesús, ¿quién podrá concebir lo acerbo de su dolor al verle pendiente del leño de la cruz? ¿Quién podrá comprender toda la amargura en que estaba anegada su bendita alma? La aflicción de Agar, el desconsuelo de Respha, las angustias de la Madre de Moisés, no pueden servir de punto de comparación; porque el amor que estas sentían por sus hijos no pudo jamás llegar al que María profesaba al suyo. La noticia de la muerte de un hijo es siempre una copa de amargura para una madre, y por esta causa úsase de la mayor prudencia para comunicar tan infausta nueva. Pero la Santísima Virgen no oye referir los tormentos de su Hijo, ni su muerte en el patíbulo de los criminales, sino que sus mismos ojos son testigos de todas las circunstancias de la crucifixión y muerte de Jesucristo. ¡Qué dolor para una madre tan amantísima como María ver á su Hijo, cuya hermosura, santidad y perfecciones conoce, agonizante en la cruz, insultado y blas-

femado de sus enemigos, abandonado de sus más favorecidos, viéndole verter su preciosa sangre y sin poderla recoger, oyendo de sus labios que tiene sed, y no siéndole posible humedecer su garganta!

Verdaderamente que vuestro dolor, ¡oh afligidísima María! es imponderable; que vuestra angustia y quebranto es grande como el mar. ¿Quién será capaz de remediarte? (1). ¿Eres tú la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra? ¡Ah! ¡Que yo os observe al pié de la Cruz en el estado más triste y angustioso, y os oigo esclamar! «No me considereis que soy morena, porque el sol me quitó el color (2).» Y es así, porque el sol divino de justicia Cristo Jesús, que se halla en la Cruz, deja caer sobre Vos los rayos de sus tormentos que dan en vuestro rostro y lo desfigurán en vuestro corazón y lo dividen.

¿Veis, mis señores, á María al lado de la Cruz de su divino Hijo? Pues esta es la agudísima espada que Simeon la había anunciado que traspasaría su alma: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Tan acerbo es el dolor que divide su corazón, que contemplándolo el devotísimo padre San Bernardo, dice que María al pié de la Cruz pagó con usura los dolores de que se vió libre cuando parió á su hijo por su virginal pureza (3). Para comprender en algún modo toda la fuerza del dolor de la Santísima Virgen al pié de la Cruz, se hace necesario que consideremos todas las circunstancias que concurrieron para aumentar el martirio de su ma-

(1) Magna est enim velut mare contritio tua, quis medebitur tui? Thr. cap. II, v. 13.

(2) Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol. Cant. cap. I, v. 5.

(3) Nunc solvis, Virgo, cum usura dolorem quem in partu non habuisti, nunc milibus replicatum Filio moriente passa fuisti. D. Bern.

ternal corazón. En primer lugar su ardentísimo amor de que hemos hablado, y que por sí era suficiente para arrebatarle la vida, si el Espíritu Santo no la hubiera confortado. A más de esto vé el divino cuerpo de su Hijo cubierto de llagas, y no las puede curar como hubiera deseado: vé su rostro desfigurado, y no le puede volver su hermosura; le vé próximo á espirar y no puede darle la vida; observa su agonía y entonces dice el padre San Agustín, hace los mayores esfuerzos para abrazarle; levanta sus brazos, pero inútilmente, porque no puede recibir en ellos sus últimos suspiros. ¡Cuánta pena! ¡qué dolor tan profundo! Y Jesús antes de exhalar el postrer aliento abre sus divinos lábios para pronunciar una palabra, para cerrar su testamento con una cláusula favorable para los pecadores por los cuales moría. Se dirige á la afligidísima Señora, y mirando al discípulo amado que en el Calvario lloraba inconsolable, y en él á toda la humanidad, la dice: «Mujer, hé ahí tu hijo.» ¡Ah! qué palabras de tanto consuelo para los miserables pecadores!... Con ellas quiere decirnos: «A mí sois deudores de vuestra salud: mi sacrificio ofrecido por vosotros es aceptado por mi Eterno Padre: yo os he abierto con mi Cruz las puertas de los cielos antes cerradas por vuestros pecados: yo, pues, soy el único mediador de propia autoridad y excelencia interpuesto entre vosotros y mi Padre; pero os lego mi Madre para que sea vuestra; si por vuestra salvación he padecido yo tantos tormentos, el mismo objeto ha motivado sus agudísimos dolores, y por lo tanto la constituyó medianera de intercesión, y por su mano benéfica os distribuiré mis gracias: acudid á ella en todo tiempo, pues que su corazón es misericordiosísimo.» ¡Legado feliz! ¡adopción hermosa cuyos

frutos se manifiestan diariamente á nuestro favor! Pero María no recibe por esto alivio en su dolor porque toda la multitud de sus hijos adoptivos no valen para ella lo que vale su Jesús: antes por el contrario su dolor recibe mayor incremento, porque dotada de una imaginación tan viva y excelente pónesele ante su vista la negra ingratitud de muchos de sus hijos que habían de renovar los insultos, las blasfemias, los sarcasmos que en aquellos momentos aun resonaban en sus oídos, dirigidos al Hijo de sus entrañas. Conoce que los mismos habían de renovar sus dolores, renovando con el pecado la pasión y la muerte de su Hijo.

Aclaremos esta verdad. El Justiniano mira el corazón de la Santísima Virgen como el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo (1). Era necesario, dice San Buenaventura, que en todo se hiciese semejante al Redentor que se inmola por la salud del mundo. Con otros Padres afirma San Bernardo que María padece en su corazón los mismos tormentos que Jesús en todo su cuerpo: si las espinas taladran las divinas sienes del Hijo, punzan de un modo extraordinario y violento el corazón de la Madre; si los clavos atraviesan las manos y los pies del divino Redentor, hieren despiadadamente el corazón de la Co-Redentora. Ahora bien, Jesucristo es la víctima del pecado, y en medio de los tormentos del Calvario como antes en el huerto de las Olivas prevee la ingratitud de aquellos que no aprovechándose del fruto de su pasión y muerte, le habían de volver á vender cual otros Judas, si no á cambio de dinero por viles y fementidos placeres. Sí, pues, María, como digimos con el Justi-

(1) Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago. Justin. lib. de triumph. Christi agone.

niano, es el espejo de la pasión y muerte de su Hijo; si es una perfecta semejanza del que se sacrificara por nosotros; si tan identificada está en los mismos padecimientos y aun en los mismos sentimientos de su Hijo, ¿cómo no había de preveer en aquel momento nuestra ingratitud? ¿Y cómo esta prevision no había de producir en su corazón un nuevo dolor?

Si María, mis hermanos, no murió á la violencia de sus dolores, es porque estaba decretado que no muriese, que presenciase la obra de la Redención, á la que estaba asociada, y que padeciese al par de la sagrada víctima. ¡Ah! María es digna Madre de Jesús: su heroísmo no tiene semejante; asiste al sacrificio de valor infinito, y viendo que en la muerte de su Hijo estaba envuelta la salud y el porvenir de la humanidad, ella sufre, padece de un modo inconcebible; pero resignada con las disposiciones del cielo permanece inmóvil al lado de la Cruz del Hijo de sus entrañas. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.*

¡Cuán inmenso fué, mis hermanos, el dolor, y cuán grande la amargura de María en el Calvario! Perdonadme, que para dar una idea mas exacta de sus padecimientos, tenga que internarme en los senos de la teología. La Encarnación como obra *ad extra* de la Santísima Trinidad es comun á todas las tres divinas personas, por mas que el Hijo fuese la única Persona que realizase en sí la union hipostática, revisitiéndose de la humana naturaleza. La satisfaccion ó sacrificio del Gólgota, la exige el Padre, la ofrece el Hijo y en ella se goza el Espíritu Santo. El mismo Verbo de Dios queria que se llevase á cabo la justicia de la humanidad á que estaba unido, y así ni aun recibia consuelo de su misma divinidad. Bien sabeis que

en el órden de la naturaleza, la pérdida de un hijo es sentida dolorosamente por el padre y por la madre; es decir, que el dolor se reparte entre ambos, siendo tanto mas acerbo este dolor, cuanto mas cruel y desastrosa es la muerte que lo ocasiona. Jesús tiene un Padre que es Dios, y una Madre que no es Dios. El dolor que en sus Padres debe producir su afflictiva muerte, debia ser tan inmenso como extraordinarios fueron los tormentos á que hubo de sujetarse. Ahora bien: su Padre era incapaz de sentir por ser impassible, y de consiguiente tuvo María que padecer sola lo que á ambos correspondia. «Si el Eterno Padre, dice hablando de esto un autor piadoso (1), hubiese sido capaz de sentir dolor, viendo á su Hijo único muerto, despedazado y aniquilado en la Cruz, se hubiera penetrado de un dolor infinito, proporcionado á la dignidad de la persona y al amor infinito en que por él se abrasa, pero es un Dios incapaz de dolor. ¿Pues qué habrá de hacerse? A la muerte de tal Hijo débese justisimamente un dolor infinito. Dios Padre no puede pagar esta deuda. ¿Pues quién la pagará?» ¡María es á quien se confia el pago de esta deuda! Luego reconcentrando en su corazón, no solo sus dolores, sino tambien los del Eterno Padre, podemos concluir que sus dolores fueron inmensos é infinitos.

María, mis hermanos, nos llama á todos para que acudamos á presenciar cuanto padece en el Calvario, diciéndonos: venid y contempladme porque estoy llena de amargura: *quoniam amaritudine plena sum* (2): me circunda un torrente de tribulaciones, me veo sumergida en el profundo mar de dolores inesplica-

(1) P. Argentam. cap. XXV.

(2) Thr. cap. 1, v. 20.

bles. ¿Quién consolará á esta afligida Madre? ¡Ah! Que ella oye á su Hijo que esclama en su agonía: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?» Y ella igualmente no podria menos de esclamar á su vez: ¡Oh Dios de bondad! ¿Por qué así has desamparado á tu Hijo y á mí, la mas atribulada de todas las mujeres? ¿Por qué así nos castigas cual si fuéramos tus enemigos (1)?

No así os quejeis, Virgen dolorísima, ni aflijais con vuestros lamentos á vuestro Divino Hijo que está próximo á espirar. El ha tomado sobre sí los pecados del mundo, ha salido fiador por el hombre y es necesario que pague cuanto el hombre debe. El Profeta Isaias lo habia anunciado que seria cubierto de llagas por nuestras iniquidades, y quebrantado por nuestros pecados. *Ipsa autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra* (2). Y como quiera que nadie puede dar consuelo á vuestro Hijo, tampoco hay quien pueda enjugar vuestras lágrimas ni mitigar vuestro dolor.

Por mas que registremos los anales de la historia, y leamos con avidéz cuantos hechos trájicos en ella se transmiten; por mas que encontremos mujeres llenas de afliccion por la pérdida de sus hijos, no encontraremos un dolor semejante al de María. No en intensidad por las razones innegables que hemos consignado, pero ni tampoco en su duracion. ¿Qué pena, qué amargura, qué dolor ha sido tan permanente y duradero, como el que atraviesa el corazón de esta reina de los mártires? ¿Padeció por ventura, tan solamente en el Calvario? No ciertamente; pues que te-

(2) *¿Quare posuisti me contrarium tibi? Job. cap. VII. v. 20.*

(1) *Isai. cap. LIII, v. 5.*

niendo principio su dolor en el mismo momento en que oyó la inspirada voz del anciano Simeon, no concluyó hasta que vió á su Hijo triunfante de la muerte el dia de la Resurreccion. Y aunque fué despues grande su gozo y extraordinaria su alegría al verle subir al cielo, todavia padeció hasta su muerte, por la consideracion de la ingratitud de la humanidad; pensamiento que como dijimos en el cuerpo del discurso, contribuyó al aumento de sus dolores.

Creo, mis señores, haber hecho cuanto me ha sido posible para que comprendais en cuanto lo permite nuestra limitacion, lo acerbo de los dolores de la Santísima Virgen, fundado en las palabras que cité al principio del padre san Agustin, que nos dice que el dolor debe medirse por el amor; os he hecho ver que el dolor de María Santísima, fué de tal modo extraordinario, que como dice un Padre, repartido que fuese entre todas las criaturas capaces de sentir, todas morirían á la violencia del dolor. ¿Qué nos resta? Que al tiempo mismo que meditamos en los dolores de la Santísima Virgen María, examinemos nuestros deberes y obligaciones para la que de tal modo cooperó á nuestra Redencion. Cuando el agonizante Jesus, dijo á María «hé ahí tu hijo» y á San Juan «hé ahí tu Madre» dió á la Señora deberes de Madre y á nosotros nos impuso las obligaciones que son inherentes á buenos hijos. María es nuestra Madre. ¡Cuánta felicidad! Por eso está dispuesta á abogar en nuestro favor: por eso presenta nuestras oraciones á su Divino Hijo, quien por sus benditas manos nos concede el perdon y la gracia. ¿Pero cuáles son nuestros deberes de hijos? ¿Acaso mostrarle una devocion superficial, y vivir de un modo contrario á la ley que nos impusiera su divino Hijo,

y los grandes ejemplos que ella nos ha dejado? No: esto no sería otra cosa que decirle: «En vano padeció y murió por mí vuestro Divino Hijo y sufrísteis vos tantos y tan acerbos dolores, por que contentó yo con las máximas del mundo que me halaga, no me hallo dispuesto á practicar la moral del Evangelio.» ¡Ah! Que esta manifestacion es á no dudarle, nueva saeta para su corazon, nuevo martirio para su bendita alma. La verdadera devocion ha de nacer del corazon, el convencimiento y la razon deben guiar nuestros actos. Si María ha de mostrarse Madre solícita por nosotros, necesario es que procuremos merecer su proteccion por un recto y cristiano proceder. Al fin, pues, de alcanzar la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistara con su preciosa sangre, procuremos ser exactos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, y tengamos siempre presentes los tormentos del Salvador y los dolores de su Santísima Madre que tambien lo es nuestra. Lo sumo de la ingratitud sería obrar de un modo contrario. ¡Cuántos dolores costó á María el ser nuestra madre! ¿Y podremos ser hijos de una Madre tan pura sino procuramos vivir en pureza y santidad? ¿Podremos ser verdaderos hijos de una Madre tan llena de dolores, si no procuramos huir de las diversiones y placeres? De ningun modo. Pues si queremos ser verdaderos hijos y esclavos de tan dolorosa y amante Madre, consolémosla con nuestro arrepentimiento, correspondiendo de este modo al amor que nos demostró al pié de la Cruz, y que desde el mismo cielo, sigue poniendo en accion para nuestro bien y para nuestra salvacion.

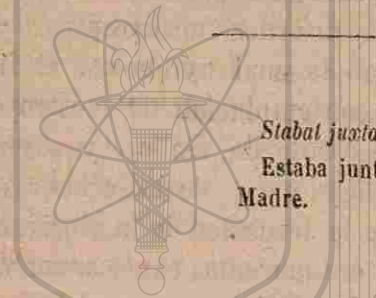
¡Oh la mas afligida y dolorosa de todas las Madres! Nuestro corazon se parte de pena al veros sufrir tanto

por nosotros. Nuestros pecados atormentaron y quitaron la vida á vuestro divino Hijo, siendo al mismo tiempo el fatal instrumento que hirió vuestro corazon. Lo conocemos, soberana Reina de los mártires, y porque lo conocemos, os prometemos desde este dia corresponder como hijos agradecidos. Con el auxilio de la Divina gracia que esperamos conseguir por vuestra intercesion, emprenderemos los rectos caminos que guian al cielo. Reconocednos por hijos de vuestros dolores, y dignaos dispensarnos vuestro amparo y maternal proteccion, con la cual ayudados, viviremos cristianamente en la contemplacion de vuestros dolores, moriremos en el ósculo del Señor, y pasaremos desde este valle de lágrimas y de miserias, á ser dichosos habitantes de la Jerusalem de la gloria, donde en vuestra compañía entonaremos cánticos sonoros en loor de vuestro Santísimo Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas vive y reina ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON 2.^o

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTISIMA.



Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba junto á la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Todo respira hoy en este lugar santo desolacion y amargura: los ministros del Dios de paz se hallan compungidos, y los fieles que siempre rodean con alegría los bellos simulacros de la protectora de la humanidad, de la bellísima Virgen de Judá, traen hoy marcados en el semblante, signos que demuestran la tristeza que se ha apoderado de sus corazones. ¿Sabreis decirme M. A. O., la causa que motiva tanta pena? ¡Ah! Que yo fijo mi vista en esa enlutada Imágen, y comprendo que es imposible manifestar hoy alegría en su presencia. María, el objeto de nuestro acendrado amor sufre honda pena; su corazon se halla de parte á parte dividido: ha presenciado la crucifixion de su divino Hijo, y háse cumplido con la mayor exactitud el vaticinio de Simeon cuando dijo, penetrando divinamente el porvenir: *Et tuam ipsius*

animam pertransivit gladius: Una aguda espada de dolor traspasará tu alma.

¿Y qué esperais de mí, cuando debo hablaros del tormento de la bendita Madre de Jesus durante la trájica escena del Calvario? ¿Tal vez elevados conceptos, ó que ponga en juego las galas del buen decir? Vana seria en este caso vuestra espectacion, porque aunque para ello fuese proporcionado mi tosco entendimiento, el asunto que nos ocupa no ha menester elocuencia: es mas propio para pintarse con lágrimas que con palabras. Una Madre como María, que vé padecer y morir á un Hijo como Jesus, y que permanece despues inmóvil al pié del patíbulo Santo donde ha consumado el sacrificio de su vida, es un espectáculo terrible, que apenas puede concebirse, ni mucho menos esplicarse.

Yo me acerco, M. A. O., al monte del Señor, y veo desfigurada toda la brillantez de la hermosa Noemis: dirijo mi vista á la cátedra sagrada de la Cruz, y veo una mujer en la que no descubrí los rasgos con que fuera anticipadamente anunciada por los Profetas. ¡Ah! Que la señora de las naciones ha quedado como desolada viuda: la ciudad que era tan populosa en otros tiempos ha quedado desierta y como abandonada. ¿Eres tú, ¡oh purísima María! aquella criatura hermosa que viera San Juan en su maravillosa vision, vestida del sol, teniendo por escabel la luna, y la cabeza adornada con una corona de doce estrellas? ¿Eres tú la que fuiste adornada con mas gracia y riquezas que cuantas reunieron todas las demas hijas de Sion? ¡En qué estado tan triste y angustioso os encontramos!...

Cuando el Evangelista Juan, M. A. O., no encon-

trando palabras con que pintar el martirio de la Santísima Virgen, se contenta con decir que estaba al pié de la Cruz de Jesus su Hijo, dejando que el entendimiento medite lo que á la lengua le es imposible explicar ¿qué podré yo decir en mi deseo de satisfacer vuestra justa espectacion? Haré cuanto me sea posible para hacerlos comprender, que María fué mas que mártir, pues que su dolor y el tormento de su corazon es superior á todos los tormentos que han sufrido los mártires de todos los siglos. Imploramos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen á la que saludaremos devotamente, si bien llena de dolor, tambien llena de gracia. *Ave María*

PARTE ÚNICA.

Desea, señores, un devoto contemplativo, y cantor afectuosísimo de las grandezas de la Santísima Virgen, hacer comprender de algun modo la magnitud de los dolores de la Señora, en el Calvario y dice que es necesario subir cinco gradas que nos elevan tanto quanto basta para hacernos ver el esceso de estos dolores ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos. Subamos con tan piadoso escritor estas cinco gradas y al fin de ellas veremos con cuanta justicia la Iglesia llama á María Reina de los mártires (1).

En primer lugar es mujer; por consiguiente de un natural tierno y compasivo. Sabido es que

(1) La siguiente explicacion de las cinco gradas por las cuales hemos de elevarnos al conocimiento, aunque nunca perfecto, de los Dolores de la Madre de Dios, es del P. Francisco D'Argentan, en su preciosa obra *Grandezas de la Santísima Virgen*, cap. XXIV.

las mujeres son mas sensibles á la alegría como al dolor, y siempre se ha observado que los padecimientos agenos escitan en ellas mas compasion que en los hombres. Pero María como en todo fué superior á las demas criaturas, no ha habido mujer alguna dotada de un corazon tan tierno y compasivo como el suyo.

En segundo lugar es madre: bien sabeis M. A. O., que no hay amor alguno que pueda compararse con el amor de una madre. Pues bien, añadid á esto que María es Madre de su Hijo único. El dolor de una buena Madre en la muerte de su único hijo no admite consuelo, porque es una pérdida irreparable. Ademas el Hijo único de quien es Madre vale mas que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto le ama ella mas que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal, que todos los dolores de las otras madres jamás igualarian al suyo. Empero lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se vé privada, por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

En efecto, señores; esta segunda reflexion ó grado que nos vá llevando al conocimiento de los dolores de la Virgen, nos demuestra suficientemente lo hondo de su martirio. A mas de que María era verdadera Madre de Jesus, sabia que este su Hijo amadísimo era verdadero Hijo de Dios, y tenia un exacto conocimiento de todas sus perfecciones. Así, pues, le veia afeado en la Cruz y sabia que era la misma hermosura: sufriendo cruellísimos tormentos y sabia que era como Dios impasible, y sufre y padece en

el fondo de su corazón viendo realizarse el gran misterio de la Redención humana, sin exhalar la más mínima queja, á través de la aguda espada de dolor que traspasa su bendita alma. Pero sigamos subiendo con el contemplativo que nos vá sirviendo de guía las gradas de nuestras reflexiones.

Decíamos que María, perdiendo á Jesus, todo lo perdía; por eso el devotísimo padre San Bernardo, llora con ella y pone en su boca estas palabras, llenas de ternura y de amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia*; ó Jesus Hijo único de Dios vivo, é hijo único de su humildísima esclava, que te vé morir en esta Cruz, tú eres para mí todas las cosas; tú eres mi padre, eres mi hijo, mi esposo, mi Dios y todas las cosas: perdiéndote, ya nada me queda en el mundo. Contemplemos que María mujer y madre, presencia la trágica escena del Calvario: que está presente á la crucifixion de su divino Hijo, y habremos subido la tercera grada en nuestra meditacion. Ciertamente es muy doloroso para una madre, recibir la noticia de la muerte de un hijo, y mucho mas si aquella muerte ha sido desastrosa. Así el infierno trató de vencer la inalterable paciencia de Job, haciendo que sus criados le fuesen llevando las noticias de las pérdidas de sus hijos; sin duda que su afliccion se hubiese aumentado si hubiese estado presente á los estragos y desgracias que se le anunciaban. Ahora bien: María no oye referir los tormentos que la ingrata sinagoga ha hecho experimentar al Hijo de sus entrañas: ella no espera que la traigan nuevas de tan tristes acontecimientos. Sus mismos ojos son testigos de cuanto ocurre en el Calvario, y así es que cuanto pade-

ce Jesus en su cuerpo lo sufre María en su corazón: *Quot lesiones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris*. Si como la misma dolorosa Reina, reveló á Santa Brígida, fué tan general y violento el dolor que las criaturas sintieron por la pasión y muerte de su Criador, que no solo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazón de sus propios verdugos estaban turbados, y que los mismos demonios, aunque enemigos declarados de Dios, experimentaron por ello un aumento de penas mas crueles que el infierno, ¡qué estrago no causaría dolor [tan violento en el corazón de tan amantísima Madre!

Hé aquí, ¡oh María purísima! aquella espada de dolor que anunció Simeon traspasaría tu alma. Ya eres mas que mártir porque no hay dolor, no hay tormento, no hay martirio posible que pueda compararse con el que experimenta tu corazón. ¡Por qué quisisteis presenciar la trágica escena del Calvario! ¡Por qué no permanecisteis en vuestro retiro en compañía de los Apóstoles! Pero era preciso, señores, que María fuese testigo de todos los tormentos y de la muerte de su divino Hijo: debía dejar al mundo el mas perfecto modelo que imitar de obediencia y resignacion.

Subamos otra grada, y consideremos á la obedientísima María, inmóvil junto á la Cruz, de la cual pende su divino Hijo. Nadie ha sabido expresar mejor que el Padre San Bernardo, todo el tormento de su corazón amante. María, dice, se vió libre en su parto de dolores por su virginal pureza. Pues bien, al pié del leño santo es donde sufre aquellos dolores: *Ibi dolores ut parturientis*. Sí: pagó aquellos dolores y los pagó con usura. Jesus se halla próximo á exhalar el pos-

trimer aliento: su Madre fija su vista en aquel rostro desfigurado y cadavérico cubierto con la sangre que brota aun por las heridas de la corona. Ahora es cuando puede esclamar: Atended y ved todos los que por aqui pasais si hay un dolor que pueda compararse con el mio.

La divina Víctima abre por última vez sus labios y anuncia que ya ha consumado la obra para la cual fué enviado por su Eterno Padre. *Consummatum est*, esclama, é inclinando la cabeza sobre el pecho, exhala su postrimer aliento. Ya concluyeron para el divino Reparador los dolores y tormentos: al tercer dia de su muerte resucitará por su propia virtud y despues subirá al cielo á ocupar su trono á la diestra de su Padre. ¿Pero y María? ¿Ha concluido ya de padecer? ¿Tuviron fin los tormentos de su corazon amante? ¿Ha caido de su cabeza la diadema de tribulacion que la ceñia? De ningun modo: antes bien ahora se acrecientan sus dolores si es que en ellos cabe aumento. Le ha visto en manos de sus enemigos, despojado de sus vestiduras y hecho el oprobio de aquella turba infame que se complacia en atormentar á la divina Víctima: ha presenciado el acto cruel de la crucifixion: cada golpe del martillo destrozaba á un tiempo el cuerpo del Hijo y el corazon de la Madre: le habia oido clamar que tenia sed y no le habia sido posible refrigerar su garganta: le habia visto por último padecer del modo mas cruel, sin haberle podido proporcionar alivio. ¡Cuánto dolor! ¡Qué angustia tan terrible!.. Pero ahora ya Jesus ha dejado de existir y á su desconsolada Madre ni aun le queda el consuelo de escuchar su voz ni dirigirle su palabra. Ahora se encuentra como triste y desamparada viuda: faltándole su Jesus le ha faltado la luz de sus ojos y la vida de su alma.

Considerad, mis amadísimos hermanos á esa tierna y cariñosa Madre, inmóvil al pié del leño del cual pende el cadáver de su Hijo: contempladla allí firme como una roca, y conocereis que es una mujer fenomenal, una heroina incomparable. No me recordeis en este momento, las cruces, las mortificaciones, las amarguras con que Dios ha querido probar á los justos de ambos Testamentos, ni tampoco llameis mi atencion á los crueles tormentos en las que dieron su vida por la fé los mártires de nuestra religion augusta. Nada es comparable con los dolores de la Santísima Virgen María. Cuando ya Jesus se hallaba cadáver recibió una nueva injuria. Uno de los soldados abrió su costado al golpe de una lanza. La injuria fué para la sagrada humanidad del Redentor, pero el dolor quedó reservado para el corazon de la Co-redentora, como ella misma la reveló á Santa Brigida. *Tunc videbatur, quod quasi corpus meum perforabatur, cum vidissem corpus Filii mei perforatum.*

Decidme, cristianos: ¿No habrá quien á través de tan terrible angustia preste algun consuelo á la afligida Madre? ¿No habrá lenitivo para la angustiada hija de Sion? ¡Ah! Que todo es para ella afliccion y penas. Mira al cielo; clama al Eterno Padre, pero Este que ha tenido su mano levantada y que la ha descargado de un modo el mas terrible sobre su mismo divino Hijo parece no escucharla. ¿Dónde está ahora aquel celestial Arcángel que vino un dia á saludarla, llena de toda gracia y á anunciarle su altísima dignidad de Madre de Dios? ¿Dónde están los Apóstoles, compañeros de Jesus y sus amados discípulos? Poseidos de espanto y de temor ni se han atrevido á presentarse en el lugar de los tormentos. Solo Juan ha tenido va-

lor para acompañar á la mas pura y mas atribulada de todas las madres. ¿Qué esperas, pues, oh María, en ese lugar de sangre? ¿Por qué no te retiras al Cenáculo? Pero no: María aun permanece inmóvil al lado de la Cruz: *Stabat juxta Crucem Jesu mater ejus*. Su amor casi infinito, dice el doctor angélico, hizo que su dolor fuese tambien casi infinito. Dios quiso, dice San Gregorio Niceno, que Abraham presenciase la muerte de su querido Isaac, pero dispensó de esto á Sara, porque dotada de un corazon compasivo podia morir de angustia y de aflicción. Ni este privilegio fué concedido por el cielo á la mujer modelo: ella no solo presenciaba la muerte de su Hijo con todas sus dolorosas circunstancias, sino que permanece despues inmóvil al pié de la Cruz, dando á los mortales el mas sublime ejemplo de paciencia, de humildad, de obediencia, de conformidad con la voluntad divina y de todas las demas virtudes. *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*.

Hiciste bien, Evangelista Santo, en no añadir cosa alguna con respecto á los dolores de María: tan breves palabras encierran los mas profundos conceptos, y meditadas con detenimiento son suficientes á arrancar á los ojos cristianos un raudal de amargas lágrimas.

He procurado, amados fieles, daros una idea aunque bien débil de los dolores de la Virgen: ojalá que su meditacion sirva para hacernos despertar del letargo de la culpa, y encender en nuestros corazones la llama del amor divino. Una compasion estéril y sin frutos seria vana. Cuando mas atravesado de dolor se hallaba el corazon de esta Reina soberana, fué constituida por su divino Hijo Madre de los humanos. Procuremos, pues, hacernos dignos de sus favores y sea por la imitacion de sus virtudes. Si á su ejemplo somos obedien-

tes á la voluntad divina; si vivimos en un todo conforme con cuanto la Providencia ordene de nosotros; si procuramos, en suma, por la práctica de las buenas obras aprovecharnos del fruto de la Redencion, entonces la devocion que profesamos á la Santísima Virgen, será aceptada por esta Reina de los Mártires; ella enjugará nuestrás lágrimas, mitigará nuestros dolores, nos dará consuelo en las aflicciones del mundo, y asistiéndonos en la hora de nuestra muerte, por su intercesion, despues de haber sido felices en el tiempo, seremos mas felices en las mansiones de la eternidad. Amen.

SERMON

SOBRE LA

DEVOCION DE MARIA SANTISIMA.

Qui me invenerit inveniet vitam.
El que me encuentre hallará la vida.
Prov. cap. VIII, v. 35.

Entre los dones que Dios se ha dignado conceder á sus criaturas, los mas preciosos son la salud y la vida: por su conservacion aventura el hombre cuanto de mas apreciable tiene sobre la tierra y nada le intimida por asegurar su posesion y goce. Por esta razon el sabio hijo y sucesor de David, Salomon, luego que ha hecho la descripcion y elogio de la sabiduría, que dice esfuerza su voz en los collados y en los prados, en la ciudad y en los vergeles; que ella fué el instrumento de que se sirvió el Señor para asentar los montes sobre sus pesadas masas, para dar solidez á la region etérea, para poner diques al mar y establecer los términos al orbe, escita á todos á que la busquen, ofreciendo en recompensa la salud y la vida; pero salud y vida eterna como el principio de donde se origina y que saciará ciertamente los conatos del hombre: *Qui me invenerit inveniet vitam.*

Estas palabras que la maestra de la verdad é intérprete sagrada de las Escrituras, la Iglesia Santa, aplica y predica de aquella celestial señora que mereció concebir en su castísimo seno al Verbo Divino y ser llamada por consiguiente Madre de la Sabiduría increada, á un mismo tiempo nos manifiestan el origen de la augusta devocion que nació con la Iglesia, y nos demuestran los grandes beneficios que están pignorados á los que verdaderamente la practican.

Mas como quiera, M. A. O., que muchos están falsamente persuadidos que conseguirán la proteccion de la Señora por un culto vano y una devocion que no está fundada en sólidos cimientos, he creido oportuno dedicarme en este dia á combatir error tan grosero, demostrando que solo es aceptable á la Santísima Virgen, aquella devocion que vá fundada en la observancia de la ley de su divino Hijo; pues si bien es una verdad consoladora que María es madre de pecadores, debemos tener entendido que lo es de aquel pecador que detestando sus pasados extravíos, acude á implorar su proteccion y benéfico amparo, con lágrimas de arrepentimiento, pero no de aquel otro que aletargado en el lecho de los vicios vive de un modo contrario á la divina ley, con cuya anticristiana conducta, renueva en espresion de San Pablo, los tormentos y la muerte de Jesus.

Para conseguir mi objeto, voy á demostraros lo racional y antiguo del culto y la devocion de la Santísima Virgen, y lo que de esta clementísima Señora podemos esperar, si somos sus verdaderos devotos haciéndoos conocer las reglas que han de guiar la devocion, para conseguir por su mediacion la salud y vida de nuestras almas. *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Hecho ya conocer el objeto del presente discurso, restáanos tan solo impetrar los auxilios de la divina gracia. El Señor se dignará concedérmelos, iluminando mi entendimiento é inflamando mi voluntad, á fin de que produzca saludable fruto la predicacion del Evangelio. Nos bastará interponer la mediacion poderosa de la que en estos momentos es objeto de nuestro culto, y á la cual para obligarla en cierta manera, á interceder en nuestro favor, la saludaremos repitiendo las mismas palabras que un dia la dirigiera el Arcángel al anunciarle su divina Maternidad: *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Orgullosa la impiedad, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Sin embargo, no han podido conseguir á pesar de sus esfuerzos los apóstoles del error, debilitar en lo mas mínimo ese entusiasmo general que se advierte en toda la estension del Cristianismo, por las glorias de la Madre de Dios y de los humanos. El nombre hermoso de Maria se encuentra de continuo en los lábios de todos los cristianos, que á ella acuden en todas sus tribulaciones y en cuantas aflicciones nos cercan en el valle de lágrimas en que somos viadores.

¿Y qué tiene que oponer la impiedad á nuestro modo de obrar? ¿Cuáles son las objeciones que nos presentan para combatir esa universal confianza que en Maria fundamos los cristianos? Es la primera que nosotros confundimos á Maria con Dios y de ambos cultos hacemos uno mismo. No es así ciertamente y

solo puede asegurarlo la ignorancia ó la mala fé. La Iglesia no confunde ni puede confundir el culto de Dios con el que tributa á su Madre. A Dios consagra un culto de adoracion que solo á El es debido y que se llama culto de *latria*. El que tributamos á Maria es un culto de intercesion que llaman los teólogos de *hiperdulia* y de aquí la diferencia de nuestros ruegos, puesto que al dirigirnos al Señor esclamamos: *Miserere nobis*, y al rogar á Maria, *Ora pro nobis*. Seguramente no atienden á esta notable diferencia los que nos intitulan fanáticos al vernos postrados ante la imágen de aquella venturosa criatura, á la que su divino Hijo Jesus concediera en el dia de la Redencion la maternidad universal de todos los hombres.

Si registramos las obras de los Padres, encontraremos en todos una gran conformidad en este punto. San Agustin, cuya ciencia fué tan portentosa, habla de Maria con el mayor fervor, celebra sus glorias, sus prerogativas, los grandes beneficios que por ella recibe la humanidad, y la llama, escala celestial y puerta del cielo. San Bernardo, tan devotísimo de la Señora, habla con tal energía al par que dulzura, que el corazon se siente rebosar en las mas dulces expansiones al leer sus inspirados conceptos, asegurando que nadie acude en vano á la angelical criatura, que compara con la brillante escala de Jacob.

En efecto, cristianos, si á Maria acudiésemos como á Dios, reconociendo en ella la divinidad y los atributos que son propios y peculiares de Dios, en este caso incurriremos en una supersticion y cometeriamos un gravísimo pecado. Si recurrimos á ella es porque sabemos el gran poder que á favor nuestro le ha sido concedido, y lo hacemos de la misma manera

que en la tierra y en el orden natural acudimos para conseguir las gracias de los monarcas á aquellas personas que están mas inmediatas al trono y que gozan de mayor influencia, con el que puede otorgarnos la gracia que deseamos conseguir. Es pues justo, es razonable el culto que la Iglesia tributa á la Santísima Virgen y la ardiente devocion que la profesamos.

Ahora os preguntaré yo, mis amadísimos hermanos, ¿de qué época data la devocion de la Santísima Virgen? ¿Es por ventura debido á la piedad de la edad media? De ningun modo, y para asegurar tal idea es necesario hasta haber renunciado al raciocinio. El sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo fué su primer altar. María habia sido la maestra de los Apóstoles: á ella acudian en todas sus dudas los que estaban destinados para llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra. Pero María, llegada que fué la hora determinada en los consejos de la Trinidad Beatísima dejó el mundo para reinar en el cielo. Su muerte fué un tránsito dulce y agradable. Los Apóstoles que no encontraban consuelo, rodeaban el sarcófago, llenos de tristeza y las manos juntas ante el pecho. Elevaban al cielo fervorosa suplica, que era llevada por el ángel de la oracion. Fué necesario levantar la losa del sepulcro para que Tomás que no se habia hallado presente al sepelio de la Santísima Virgen, tuviese la dicha que habian tenido sus compañeros de besar sus virginales manos. Pero se habia verificado un prodigio semejante al de la Resurreccion del Salvador. El cuerpo de María no estaba en el sepulcro: habia subido al cielo. A vista de tal portento, los Apóstoles se postraron en tierra y alabaron á Dios, colmando de bendiciones á María. Aquel

sepulcro fué su primer altar. De allí se separaron para repartirse por el mundo y continuar la grande obra que ya habian emprendido de evangelicar á las naciones.

Poneos ahora de frente á las predicaciones de los Apóstoles, y dad lugar al raciocinio. ¿Qué es lo primero que debian anunciar por todas partes? Que Jesucristo á quien los judíos habian quitado la vida en el patíbulo de la Cruz era el verdadero Mesías, Hijo de Dios. ¿Y cómo podian hacer conocer que Jesucristo era Dios y Hombre verdadero sin hablar de su Encarnacion? ¿Y cómo explicar este misterio capital de nuestras creencias religiosas sin hablar de María, sin explicar la milagrosa operacion que en ella efectuara el Espíritu Santo para llevar á cabo la union hipostática de ambas naturalezas divina y humana en la Persona del Verbo? Necesario era hablar de María, hacer conocer que ella era la mujer anunciada al mundo desde el Paraiso, la que habia sido objeto de la espectacion de los justos y patriarcas, la criatura feliz en suma, que habiendo hallado gracia á los ojos del Señor fué digna de la eleccion que de ella hizo la Santísima Trinidad para ser elevada á la altísima dignidad de Madre de todo un Dios. Cuando se ocupasen de los milagros efectuados por Jesucristo, con los cuales demostraba su divinidad, al hablar del primero de ellos, verificado en las bodas de Caná, ¿cómo no explicar que fué hecho á ruegos de su Madre, y de hacer comprender cuán eficaz es su proteccion á favor de las criaturas? Subamos ahora con nuestra consideracion al Calvario, Jesucristo antes de espirar le concedió la maternidad de todos los hombres en la persona del discípulo amado: ella aceptó obediente como siempre lo

estuvo á las órdenes del Señor, y desde entonces quedó constituida Madre de los pecadores. ¿Creeis, mis amados oyentes, que no se harian cargo en sus sermones los Apóstoles, de esta preciosa manda con que Jesucristo quiso enriquecer á la humanidad? Es imposible. Por esto al convencernos de que los mismos Apóstoles predicaron al par que la divinidad de Jesucristo las glorias de su Madre, tenemos que confesar que el culto de la Señora empezó con la Iglesia, y que su devocion es tan antigua como el cristianismo.

Ahora bien, señores, ¿qué beneficios ha recibido la humanidad desde entonces, de la purísima criatura que siendo Madre de Dios, es al mismo tiempo Madre de los humanos? ¡Ah! Que el mundo está lleno de monumentos que nos demuestran el amparo y la proteccion que en todo tiempo ha dispensado á cuantos han acudido á ella en las necesidades de la vida. Dirigid una mirada de observacion por todos los pueblos cristianos y os contarán maravillas: abrid la historia, preguntad á la tradicion y vereis que por su mediacion cesaron las mayores tempestades, se remediaron las mas graves aflicciones, y se aplacó la cólera del Eterno justamente irritada por los pecados de los hombres. ¿Quién recurrió á su proteccion que no saliera remediado? ¿Quién vertió en su presencia una lágrima que no espermentase consuelo? ¿Cuándo María ha cerrado sus oidos á las súplicas de sus devotos? Bien lo sabeis y está en la conciencia de todos, porque la esperiencia en ello nos confirma, que ha sido siempre el ángel del consuelo para la humanidad afligida. Dotada de un corazon benigno, amante y cariñoso, su pensamiento culminante ha sido siempre amparar á

los mortales. Preguntábase su sierva Santa Brígida cuál era su ocupacion en el cielo, y escucha esta contestacion de sus virginales lábios: *Misericordia peto pro miseris*; pido misericordia en favor de los miserables. Si pues el mundo, cristianos, está convencido de esta verdad, ¿qué extraño es que se muestre tan entusiasta por sus glorias? ¿A quién podrá parecer un fenómeno inesplicable, ese amor extraordinario, esa devocion tan ferviente que en todas partes se le profesa. Do quiera que dirigimos nuestra vista, nos encontramos con sus imágenes; el tierno infante que aun juguetea en el regazo materno, el hombre de estado, como el encanecido militar en cuyo rostro se advierten las huellas de cien combates, todos se posttran llenos de amor en su presencia y demandan sus bondades. Es que el mundo cristiano está convencido de que María, como la llaman los Padres, es el conducto de la divina misericordia. Es que el culto de María es verdaderamente el culto del corazon. Es en suma, que se cumple como no puede menos de cumplirse el precioso vaticinio de la purísima doncella de Judá: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada.*

Vamos ahora á hacernos cargo de una observacion que hace un moderno y erudito cantor de las glorias de la Madre de Dios y de los hombres. «Lo perteneciente á la Santísima Virgen ha sido objeto muy tratado. Este asunto que se piensa ordinariamente no se prestaria sino á emociones piadosas, sin ser capaz de sostener la atencion del espíritu, es tambien la materia sobre que mas se ha ejercitado la inteligencia humana. Nosotros conocemos un catálogo, aun no acabado, de los libros que ha producido, y que presenta ya cuarenta mil volúmenes la mayor parte en cuarto

y en *fólio*. Y entre estos monumentos elevados á la gloria de la humilde María, los que mas se encumbran en loor suyo y que mas rivalizan en su devocion, están firmados por los nombres mas sublimes y puros que hallan brillado en el mundo: San Agustín, San Anselmo, Alberto Magno, San Bernardo, el cardenal Berullo, Bossuet, Juan Gerson, por no señalar sino los mas devotos é ilustres. Pero de entre todas estas obras tan numerosas y algunas hermosísimas, de entre todos estos trabajos que vé florear y producirse el Mes de María cada año, cual ramillete de flores mas tempranas ó mas tardías, no conocemos un solo libro ú obra que no suponga ya la devocion de la Santísima Virgen en el alma del lector y que no tenga por objeto satisfacerla (1).» María, pues, pertenece á todos los siglos del cristianismo.

Vosotros tambien, M. A. O., formais parte en ese coro de cantores de las glorias de María: tambien vosotros os entusiasmais al escuchar sus grandezas, y la profesais devocion, fundando en ella la esperanza de vuestra salvacion. Habeis oido que es racional el culto que el cristianismo la tributa: que su devocion es tan antigua como la Iglesia; que el mundo está lleno de testimonios que nos demuestran claramente los grandes beneficios que por su proteccion ha recibido en todo tiempo la humanidad. Mas me permitireis, mis hermanos, os dirija una pregunta. ¿Esa devocion que profesais á la Santísima Virgen es verdadera? ¿Os creéis con derecho á que os dispense sus favores? ¿Estais en el convencimiento de que por ella habeis de alcanzar la vida? Me temo que vivais en

(1) Augusto Nicolás: *La Virgen María y el Plan Divino*. Introduccion.

un lamentable error, creyendo que habeis de conseguir tan inestimables bienes por una devocion vana que no puede ser aceptable á la Virgen María, cuando no vá fundada en el sólido cimiento del cumplimiento de la ley de su divino Hijo. María es el ejemplar de todas las virtudes: su humildad profundísima, su ciega obediencia, su caridad la elevaron á la altísima dignidad para que fué escogida. Ella sabe que el pecado fué el cruel verdugo que quitó la vida al Hijo de sus entrañas. ¿Cómo pues podrá amar ni favorecer á los que duermen tranquilos en el lecho de la sensualidad, por mas que la dirijan algunas tibias oraciones? ¿Cómo acogerá bajo su manto de piedades al que no evita la ocasion, huye del peligro, y trabaja por seguir la senda de la rectitud y de la justicia? Seria la mayor ofensa que podriamos hacer á la Señora, creer que se complace en proteger y dispensar beneficios á los que son enemigos declarados de su Santísimo Hijo, y tal lo es el que voluntariamente vive envuelto en el negro manto de la culpa. Madre de piedad y de misericordia, está siempre dispuesta á favorecer á las criaturas. Sus ojos están siempre abiertos y sus oidos atentos para ver nuestras necesidades y escuchar nuestras súplicas, pero quiere que á ella lleguemos con un corazon contrito y humillado, que lavemos nuestras pasadas infidelidades con lágrimas de penitencia, y á este precio y no de otro modo nos ofrece su proteccion y amparo. Comprendedlo de una vez, M. A. O., los que no apartándose de los caminos de la perdicion creen conseguir la salvacion por una vana devocion, se engañan lamentablemente. De nada os servirá vestir el Santo Escapulario de alguna congregacion de la Vir-

gen, inscribir vuestros nombres en el libro de alguna de sus cofradías, dirigirle diariamente algunas oraciones sino purificais vuestras conciencias por medio de la penitencia. Esta es la regla que debe observar vuestra devoción para que sea verdadera y aceptable á los ojos de María. Si así lo haceis, si arrepentidos de vuestros pecados acudís á esta Reina Soberana, experimentaréis prontamente su protección, y por sus manos benéficas os colmará el Señor de bendiciones. Hacedlo así y el premio de vuestra sólida y verdadera devoción será el conseguir la salud y la vida de vuestras almas: *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Virgen Santísima, Tabernáculo de la misma divinidad, Templo y Sagrario de la Trinidad Beatísima, Estrella hermosa de Jacob, sed nuestra guía en este valle de lágrimas y de miserias en que somos viadores. No nos desechéis porque hemos pecado, y atended tan solamente á nuestro arrepentimiento: verdad es que hasta aquí hemos sido ingratos y rebeldes, pero en adelante, otra será nuestra conducta. A través de las aflicciones del mundo ¿á quién hemos de acudir sino á Vos? ¿No sois nuestra Madre? ¿No os habeis complacido siempre en dispensar beneficios á vuestros amados hijos? Pues tended hácia nosotros una mirada de compasión: á tí suspiramos, purísima María, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y sed nuestro amparo y protección en la terrible hora de nuestra muerte: ahora y entonces ruega, Señora por nosotros, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que es la posesión de la gloria, que deseo á todos. *Amen.*

SETENARIO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SERMON SOBRE EL PRIMER DOLOR.

La Profecía de Simeon.

Ecco positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Hé aquí que este está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma.

Luc. cap. II, v. 34 y 35.

Católicos: El objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto Santuario, y que por espacio de siete días consecutivos nos traerá á él, no puede ser mas tierno ni de mayor interés para los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. A través de la amargura en que rebosa mi corazón, al recordar las trágicas escenas que con toseco pincel debo bosquejar en estos días, mi alma se llena de con-

gen, inscribir vuestros nombres en el libro de alguna de sus cofradías, dirigirle diariamente algunas oraciones sino purificais vuestras conciencias por medio de la penitencia. Esta es la regla que debe observar vuestra devoción para que sea verdadera y aceptable á los ojos de María. Si así lo haceis, si arrepentidos de vuestros pecados acudís á esta Reina Soberana, experimentaréis prontamente su protección, y por sus manos benéficas os colmará el Señor de bendiciones. Hacedlo así y el premio de vuestra sólida y verdadera devoción será el conseguir la salud y la vida de vuestras almas: *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Virgen Santísima, Tabernáculo de la misma divinidad, Templo y Sagrario de la Trinidad Beatísima, Estrella hermosa de Jacob, sed nuestra guía en este valle de lágrimas y de miserias en que somos viadores. No nos desechéis porque hemos pecado, y atended tan solamente á nuestro arrepentimiento: verdad es que hasta aquí hemos sido ingratos y rebeldes, pero en adelante, otra será nuestra conducta. A través de las aflicciones del mundo ¿á quién hemos de acudir sino á Vos? ¿No sois nuestra Madre? ¿No os habeis complacido siempre en dispensar beneficios á vuestros amados hijos? Pues tended hácia nosotros una mirada de compasión: á tí suspiramos, purísima María, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y sed nuestro amparo y protección en la terrible hora de nuestra muerte: ahora y entonces ruega, Señora por nosotros, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que es la posesión de la gloria, que deseo á todos. *Amen.*

SETENARIO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SERMON SOBRE EL PRIMER DOLOR.

La Profecía de Simeon.

Ecco positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Hé aquí que este está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma.

Luc. cap. II, v. 34 y 35.

Católicos: El objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto Santuario, y que por espacio de siete días consecutivos nos traerá á él, no puede ser mas tierno ni de mayor interés para los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. A través de la amargura en que rebosa mi corazón, al recordar las trágicas escenas que con toseco pincel debo bosquejar en estos días, mi alma se llena de con-

suelo, al veros reunidos en tan gran número en torno del altar de la Co-redentora del mundo; y vuestra compostura, vuestro silencio, esas señales de palidez que descubro en vuestros rostros, todo me hace comprender que no sois insensibles á los dolores que nuestra benditísima Madre hubo de sufrir durante la vida, pasión y muerte del Divino Reparador de la estirpe culpable.

Sí, cristianos; mi misión en estos días es hablaros de la Santísima Virgen María, de aquella Israelita afortunada y feliz sobre toda ponderación, de aquella purísima doncella, de aquella mujer sin par, que concebida en la mente del Altísimo desde antes que existiesen los siglos, fué predestinada para dar á luz por obra del Espíritu Santo al Hijo de Dios, que descendiera del cielo á la tierra por nuestra salud. Pero no son los admirables misterios de su vida, los que estoy encargado de esponer, ni vengo á formar el elogio de sus grandes virtudes, practicadas de un modo admirable en todos los actos de su vida. Mi objeto es más triste: las materias de los discursos que con el divino auxilio he de pronunciar, son materias de dolor que no podrán menos de hacernos verter un torrente de lágrimas de compasión y de gratitud. Olvidaos pues, por estos días de todos los negocios que ocupan parte de vuestra atención durante el resto del año; despojaos de vuestras galas y revestíos de un espíritu verdaderamente cristiano, para acompañar á la Santísima Virgen en sus dolores. ¿No os preciais de devotos de María? ¿No la llamais Madre? Lo es en efecto por voluntad de su divino Hijo, que por tal nos la dejó en el árbol de la Cruz. ¿Y será posible que haya un hijo tan ingrato, que viendo padecer y sufrir

á su madre, permanezca indiferente, y no trate de consolarla al menos, sino le es posible procurarle alivio? Y si vosotros estariais prontos, por vuestros sentimientos naturales, por lo que os dicta la razón y la religión, para acompañar á vuestras madres en sus padecimientos, y no podriais menos de derramar lágrimas, ¿qué sentimientos, qué afectos no podré esperar de vosotros cuando tratamos de una madre que sufre, que padece de un modo inesplicable, toda vez que su maternidad es de un orden superior por ser espiritual? ¡Ah! Que yo hago justicia á vuestra acreditada piedad no creyendo ser necesario insistir por más tiempo en escitaros á la devoción, al recogimiento y á una atención profunda á las aflictivas narraciones que os disponeis á escuchar.

Mi entendimiento es muy limitado; mis voces muy opacas para haceros comprender toda la intensidad y profundidad de los dolores de la Santísima Virgen: pero al considerar mi carencia de elocuencia y dotes oratorias, me consuela el convencimiento en que estoy, de que para hablar de los asuntos que dicen orden á nuestra Redención, es más propio el idioma del corazón, que el de los labios, sentimientos y afectos más que palabras hinchadas y buscadas expresiones, son las armas que debe manejar el orador sagrado, para rendir la fortaleza del corazón. Los afectos del mío pasarán de mis labios á vosotros, y así unidos todos en identidad de sentimientos, procuraremos consolar á esa affigidísima Agar, haciendo al mismo tiempo fructuosos para nosotros, así los tormentos del Hijo como los dolores de la Madre.

Dirijamos ya nuestra vista al templo de Jerusalem, donde María se presenta con su tierno Jesus en sus

brazos, y observemos allí el primer dolor de la Santísima Virgen, al oír á Simeon que, despues de entonar un cántico de alabanza á Dios, porque sus ojos han visto y sus brazos han tenido la dicha de tener al Salvador, se dirige á ella diciéndole: «Hé aquí que este Niño está destinado para ser el blanco de toda suerte de contradicciones, y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma. *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Este vaticinio de Simeon, no pudo menos de abrir una herida dolorosísima en el corazon de aquella Madre que amaba á su Hijo de un modo tan entrañable, cuanto claro era el conocimiento que tenia de sus altísimas perfecciones. Vamos, pues, á desenvolver este asunto en la primera parte del presente discurso, y él nos conducirá al conocimiento de la ingratitude de aquellos que renuevan este dolor de la Santísima Virgen, contradiciendo á Jesucristo con la inobservancia de su divina ley. Esta reflexion moral de no poca utilidad, dará materia á la segunda parte.

Imploramos ante todo la asistencia del Espíritu Santo, por la mediacion de la Reina de los mártires, á quien saludaremos, si bien llena de dolores, tambien llena de gracia: *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Si consideramos la intensidad y duracion de los dolores de la Santísima Virgen, comprenderemos la razon con que Ricardo de san Lorenzo la llamó *Mártir de los mártires* (1): porque en efecto, cuanto han pade-

(1) Martyr martyrum. R. a S. Laur.

cido en los tormentos mas crueles los mártires de todos los siglos, es poco en comparacion de lo que hubo de sufrir y padecer la Madre de nuestro Redentor amabilísimo. Isaias lo habia previsto divinamente inspirado cuando exclamó: *Coronans coronabit te tribulatio- ne* (1). María fué ciertamente coronada con una corona de tribulacion, que llevó sin interrupcion desde el momento mismo en que el anuncio del anciano Simeon atravesó cual penetrante espada su maternal corazon. Pues que me direis: ¿no tuvo María tregua en su dolor? ¿No tuvo durante la vida de su divino Hijo, momentos de gozo y de alegría, que ahogaran la pena que le causára el vaticinio que escuchó en el templo? ¡Ay, mis hermanos! La misma presencia de su Hijo, y el grande, el extraordinario amor que le profesaba, mayor sin comparacion, que el que madre alguna puede profesar al fruto de sus entrañas, por el claro conocimiento que tenia de sus perfecciones, origen y destino, era motivo suficiente para que jamás se cicatrizase la llaga de su corazon. Discurramos y veámoslo demostrado palpablemente.

María es la criatura mas feliz que han visto los siglos: su dignidad no tiene ni puede tener semejante, puesto que mereció ser madre del Hijo de Dios. ¡Qué momento mas feliz, para esta tierna doncella, aquel en que presentándosele el embajador celeste, le hace saber los designios de Dios para con ella, anunciándole que su vientre habia de producir al anunciado por los profetas y suspirado ardientemente por los justos y patriarcas! Cuanto mayor es la dignidad que se le anuncia, mas se abate y se humilla, reconocién-

(1) Isai., cap. XXII. v. 18.
Tomo II.

dose y confesándose esclava del Señor. Desde aquel instante, feliz para la humanidad, ella ama con todo el amor posible al Hijo que había de dar á luz, suspira por tenerle entre sus brazos, por estrecharle en su corazón, por colmarle de caricias. Conociendo su feliz elevación se llena de regocijo, y así esclama en su visita á Santa Isabel: mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque atendió á la humildad de su esclava, por esto todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el que es poderoso ha hecho conmigo grandes cosas y su nombre es santo (1).

Dirigid ahora vuestra consideración á la gruta de Belén, allí donde María dá á luz al Hijo de sus entrañas. Es verdad que todo presenta en aquel lugar un aspecto pobre y miserable. La cabeza sacrosanta de Jesús, que era de oro finísimo, valiéndome de una expresión bíblica (2), se reclina sobre humildes pajas, y pobres pañales cubren sus delicadas carnes. Pero los ángeles entonan sonoros cánticos: los himnos de gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, resuenan por aquellos aires, y María se llena de regocijo, y su alma rebosa en júbilo al verle recién nacido, recibir la adoración así de los humildes pastores, como de los mismos reyes, que guiados por la nueva estrella que apareció en el cielo, vienen á postrarse en su presencia, reconociéndole como á Rey de reyes, y Señor de los que dominan.

¿Quién podrá explicar ni aun comprender el amor de María hácia Jesús! Fijos sus ojos en su adorable rostro, le ve tierno infantito, y sabe que es eterno:

(1) Luc. cap. I, v. 46. et. seq.

(2) Caput ejus aurum optimum. Cant. cap. V, v. 11.

en un estado pobre, y sabe que es el dueño de los cielos y de la tierra: sufriendo el rigor de la estación mas fría, y sabe que manda al viento y á la tempestad: sabe que es su Hijo y no ignora que es también Hijo del Eterno Padre: le ve en suma hecho hombre, y sabe con certeza que es Dios. ¡Cuántos motivos de amor! ¡Cuántas razones de ternura! Gloriate, pues, Purísima doncella, con la posesión de ese Hijo nacido para la salud del mundo. Esclama en buen hora llena de amor, que ese objeto tierno de tu cariño es blanco, rubio y escogido entre millares (1). Celébrale diciendo, que sus labios lirios destilan la mirra mas pura; que sus manos son torneadas y llenas de jacintos, su vientre de marfil guarnecido de záfiro; su parecer como el Líbano, escogido como cedros, su garganta suavísima, y todo él deseable (2). ¡Cuán pronto van á terminar tus gozos! Dentro de poco, tu corazón va á abrevarse de amargura, y el dolor y la pena tomarán posesión de él.

En efecto, mis hermanos, María que deseaba cumplir con lo que prescribía la ley de Moisés, cumplidos que fueron los días de su purificación, se dirige con el tierno infante al templo, para presentarlo al Señor. A la sazón, dice el Evangelio, había en Jerusalem un hombre llamado Simeon, y este hombre justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de Israel y había recibido promesa del Espíritu Santo, que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Por inspiración, pues,

(1) Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. Cant. cap. V, v. 10.

(2) Labia ejus lilia destillantia myrrham primam. Manus illius tornatiles aureæ, plenæ hyacinthis. Venter ejus eburneus distinctus, sapphiris... Species ejus ut Libani, electus ut cedri. Guttur illius suavissimum, et totus desiderabilis. Ibid. v. 13 et seq.

de Dios vino al templo, al tiempo mismo que María y José conducían á Jesus, y recibéndolo Simeon en sus brazos, bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, despide á tu siervo en paz, segun tu palabra: porque han visto mis ojos tu salud (1). Y en seguida, dirigiéndose á María, divinamente inspirado, arrebatada en un momento todo su gozo y alegría, atravesando su pecho con un cuchillo de dolor, con estas palabras: « Advertid, Señora, que este Niño está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones, y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* »

¡Qué palabras acabas de pronunciar, oh varon santo y venerable anciano! ¡Ignoras el efecto que ellas han producido en el corazón de esa tierna Virgen! Si tanto tiene que padecer, si su Hijo ha de sufrir crueles tormentos y ha de acabar su vida en un patíbulo afrentoso, si ella está destinada para padecer en su alma, cuanto su Hijo en su cuerpo, ¿por qué adelantas su amargura y sus dolores, poniendo ante sus ojos el cuadro trágico de la pasión? ¿Qué necesidad tiene de empezar tan presto la carrera de su martirio?... ¡Mas ay! Cuando Jesucristo fué predestinado para reparador de la estirpe culpable, lo fué también María para Co-redentora de la humanidad, y así como el Hijo empieza á derramar su sangre en la circuncisión, para mostrarnos su anhelo de verterla toda por nuestra salud, la Madre empieza también á padecer al poco tiempo, ó mejor diré, empieza á sufrir una cadena de dolores que no habían de tener interrupción.

(1) Luc. cap. II, v. 25 et seq.

Dijimos que el dolor que causó en el corazón de María el vaticinio de Simeon, le produjo una llaga que no se cicatrizó en todos los días de su vida: y en efecto, este dolor fué como el preludio de todos los que había de sufrir mas tarde, en la pasión y muerte del fruto bendito de sus purísimas entrañas. No era posible que María encontrase ya quien pudiese consolarla, teniendo presentes desde aquel instante los tormentos que había de sufrir su Hijo Jesus. Me parece oírle esclamar: trastornado ha sido mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura... Estoy gimiendo y no hay quien me consuele: *subversum est cor meum in memetipsa quoniam amaritudine plena sum.... Audierunt quia engenisco ego, et non est qui consoletur me* (1).

Y así es la verdad, mis amadísimos hermanos, porque María, que era una mujer instruida, que había leído las Escrituras, es iluminada en el momento de oír á Simeon que le anuncia que su Hijo será el blanco de la contradicción y de las persecuciones de sus enemigos, y pónensele delante de sus ojos, los insultos, las bofetadas, los sarcasmos, los azotes, las espinas, la crucifixión y todos los tormentos, y miraba al Hijo de sus entrañas... y contemplaba su rostro, espejo donde se miran los ángeles... y sus tiernas manecitas, que se abrían para acariciarle... y aquellos hermosos y blancos y torneados piececitos, y la idea de los clavos y de los tormentos le producían un dolor que dividía su corazón: cada día que iba pasando veía mas próximo el del sacrificio, y cuidaba con el mayor esmero á la divina víctima. La amargura de un Jacob al ver la túnica ensangrentada de su hijo José á quien tanto

(1) Thren. cap. I, v. 20 y 21.

amaba, no es ni un leve bosquejo del dolor continuo de María al ver á su hijo y contemplar sus padecimientos y su muerte.

Yo quiero recurrir á vosotras, madres que me escuchais: ni vosotras podeis compararos con María, ni vuestros hijos con el suyo: sin embargo, sois madres y amais á vuestros hijos. Pues bien; si os presentáseis en el templo trayendo en vuestros brazos al hijo de vuestras entrañas, y un sacerdote santo inspirado por Dios os dijese: «Este niño sufrirá los rigores de la mas cruel persecucion; será insultado, afrentado, atormentado de un modo increíble, y por último, concluirá su vida en el patíbulo de los criminales,» decidme: ¿qué efecto producirian en vosotras estos lúgubres vaticinios? ¡Ah! que ya veo que de solo suponerlo os estremeceis: si fuera cierto, poblariais los aires con vuestros lamentos; vuestro corazon se llenaria de amargura, y os alimentariais con vuestras lágrimas. En verdad que no encontrariais consuelo, y concluirian para vosotras el gozo y la alegría: mirariais á vuestro tierno infante, y el recuerdo de su desastroso fin os llenaria de amargura. Considerad ahora la espada de dolor que atravesaria el corazon de la Purísima María al escuchar la profecía de Simeon, y ved si habria en adelante para ella un momento de consuelo.

Yo abro las páginas de la Escritura Santa con el objeto de buscar símiles para hacer comprender el dolor intenso de la Reina de los mártires, y no encuentro sino débiles pinturas. Hallo en verdad, madres afligidísimas y en el mayor desconsuelo: veo la afliccion de Agar en el desierto, viendo perecer de sed á su querido hijo Ismael, y no siéndole posible el socor-

rerle (1). Veo á Respha presenciando el martirio de sus hijos (2). Observo... ¡pero á donde voy!... Toda comparacion es inoportuna, pues aquellas mujeres no tuvieron un conocimiento anticipado de las desgracias de sus hijos, como lo tuvo María, y no hay comparacion posible entre la madre de un hombre y la madre de un Dios: los escritores mas sábios hánse visto precisados á renunciar el describir toda la profundidad del dolor que causó en la Santísima Vírgen el vaticinio de Simeon; y yo, el menos ilustrado de los dispensadores de la divina palabra, solo puedo escitaros á compadecer una pena, un dolor que no me es dado comprender ni explicar.

Seguramente que no podreis menos de compadecer á esa Purísima Vírgen, que desde el momento mismo en que escucha las tristes espresiones del anciano profeta, tiene ante la vista todas las afrentas, injurias y desprecios de que habia de ser víctima su Divino Jesus. Acompañadla, pues, con sentimientos de piedad, y procurad no renovar el dolor que es objeto de nuestra meditacion de hoy. «Este Niño, dijo el profeta, será el blanco de las contradicciones.» Vamos, pues, á ver cuán grande es la ingratitud del cristiano, que renueva el dolor de María, contradiciendo á Jesus por la inobservancia de su divina ley. Esta reflexion moral y útil es la que ofrecí y que dará materia á la

SEGUNDA PARTE.

El pueblo cristiano debia formar un trasunto de la celestial Jerusalem: ser cristianos y ser santos, debia

(1) Génes. cap. XXI, v. 16.
(2) II. Reg. cap. XXI.

ser todo una cosa, como era en la primera época del cristianismo. Jesucristo, que por nuestra salud descendió del cielo á la tierra de nuestra peregrinacion, nos dejó un código de leyes que fielmente observadas darian por resultado una sociedad de ángeles. Si los cristianos de los primeros siglos adoraban á Dios en espíritu y verdad; si vivian entre sí unidos con los vínculos de la caridad; si se socorrian espiritual y corporalmente, rogando los unos por los otros y dividiendo entre sí los bienes que poseian, para que ninguno experimentase la miseria; si huian de todo lo que podia ser ofensa de Dios, y no encontraban mas gozo que en la práctica de las virtudes; si se encontraban llenos de fortaleza para hacer frente á los tiranos y resistir los tormentos del martirio, todo esto tenia por causa el que eran observantes de la ley evangélica que habian abrazado: su conducta daba á comprender suficientemente que eran fieles á las promesas que habian hecho en el bautismo.

Ahora bien, si nuestra religion es la misma que la de ellos; si en nada se han variado nuestras leyes religiosas; si vivimos en la misma fé y en la participacion de los mismos sacramentos, ¿en qué consiste la diferencia tan notable que generalmente se advierte en nuestra conducta y modo de obrar comparado con la de aquellos fieles? Yo veo, mis hermanos, que muchos cristianos lo son tan solo en el nombre ó en la apariencia, toda vez que sus costumbres son mas bien de paganos que de miembros de la Iglesia de Jesucristo. El legislador divino de nuestra santa ley nos prescribe que amemos á Dios sobre todas las cosas: no diré yo que los cristianos reconozcan ni adoren otros dioses; pero ¿no forman ídolos de sus pasiones?

¿No queman incienso ante objetos profanos que les arrebatan su atencion? ¿No quitan á Dios la adoracion que le es debida y que de derecho le corresponde, entregando todo el afecto del corazon á las criaturas? ¿No provocan la ira del Señor con su conducta poco cristiana? El camino de la cruz es el que conduce al cielo; pero ¿no hay muchos cristianos que olvidándose por completo de sus obligaciones viven envueltos en los mas criminales vicios? Nuestra lengua solo debe emplearse en alabar á Dios y en los usos que nos son necesarios para vivir en sociedad, ¿y no se oye continuamente blasfemar de la Divinidad y de cuanto hay sagrado? ¿No emplean muchos este miembro en zaherir al prójimo, faltando al precepto de la caridad fraterna?

Vosotros sabeis, mis hermanos, que uno de los motivos de la venida de Jesucristo fué el vencer al pecado: que el pecado habia sido el instrumento de que se valió el demonio para perder al hombre, que Dios siendo la santidad por esencia, aborrece al pecado con un odio eterno é infinito, y que por lo tanto el hombre no puede dejar de ser enemigo de Dios, mientras no le deteste y le abomine.

No creo haber salido de los límites de la verdad, cuando he dicho que el cristiano que contradice á Jesucristo por la inobservancia de su divina ley, renueva el dolor que recibiera la Santísima Virgen, al oír de labios del anciano Simeon que su Hijo habia de ser el blanco de toda suerte de contradicciones. Porque en efecto, si tan profundo y permanente fué su dolor, por solo la consideracion de los tormentos y afrentas que Jesus habia de recibir del pueblo ingrato que no le conoció, si tan terrible fué la angustia de su alma

desde el momento mismo en que se presentaron á su imaginacion, con el vaticinio que escuchára en el templo, las contradicciones y persecuciones de que habia de ser víctima el divino fruto de sus entrañas; si tan aguda fué la espada de tribulacion que atravesó su maternal corazon á la sola idea de la pasion y muerte del Redentor de la humanidad, ¿cómo mirará con indiferencia nuestros pecados, toda vez que con ellos renovamos, como se esplica el Apóstol, la trágica escena del Calvario? María ama con amor de preferencia á su Santísimo Hijo, y desea que todas las criaturas le amen y vivan en conformidad con su divina ley. ¡Ah! ¡Qué angustia no causa á su corazon, el observar lo poco que algunos cristianos se aprovechan de los frutos de la Redencion! ¡Y cuánto no afligen á esta purísima Virgen los que queriéndose escudar con su devocion, son soberbios, altivos, vengativos, lascivos, y que estos ú otros vicios son el contrasentido de la moral de Jesucristo! ¡Ah! y esta nuestra ingratitud y este desprecio que se habia de hacer de la ley de su divino Hijo, y las persecuciones que habia de experimentar la Iglesia en la sucecion de los siglos, y los cismas y las heregías, y... todo estuvo presente al iluminado entendimiento de María, desde el instante en que vibrára en sus oidos la palabra del profeta que en sus brazos recibiera el Divino Jesus.

Reconozcamos, M. A. O., nuestra pasada ingrati- tud, y ya que el asunto de nuestras meditaciones de este dia, ha sido el dolor que le produjo el lú- gubre anuncio de Simeon, procuremos acompañar- la con sentimientos y afectos de piedad, y postra- dos en su presencia, ofrezcámosla nuestros corazones

y propósito de vivir cristianamente en adelante.

Si, dolorosísima Madre; nosotros sentimos cual debemos vuestro dolor, y tambien las veces que os lo hemos renovado por nuestra anticristiana conducta. De ello nos arrepentimos: quisiéramos no haber fal- tado jamás á nuestros deberes religiosos, y desde hoy nos proponemos mostrar nuestra gratitud á vuestro Santísimo Hijo, que nos redimió con su preciosí- sima sangre, y á vos, Madre nuestra, que por vuestro destino de Co-redentora del mundo, tantos dolores sufristeis por nosotros. Ayudados con el auxilio de Dios que esperamos conseguir por vuestra mediacion, viviremos cristianamente en la práctica de las virtu- des, que nos guiarán á la pátria celestial. *Amen.*



SERMON

ALERE FLAMMAM VERITATIS
SOBRE EL
SEGUNDO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Huida á Egipto.

*Surge, et accipe puerum et matrem ejus,
et fuge in Aegyptum.
Levántate, toma el niño y su madre y
huye con ellos á Egipto.
Math. cap. II, v. 13.*

Verdaderamente, señores, que el vaticinio de Si-
meon de que hablamos ayer, y que causó el primer
dolor á la Santísima Virgen, fué el preludio de la vi-
da de amargura que desde entonces habia de pasar
esta bendita Madre del Redentor. Poco se hizo esperar
el cumplimiento de las palabras del anciano Profeta.
Apenas habia nacido el tierno infante que venia á sal-
var á la humanidad, cuando la maldad empieza á con-
cebir bárbaros proyectos para su destrucción. Reinaba
en la Judea Herodes, rey intruso y el mas pérfido y
sanguinario que vieran los siglos. Un nuevo astro,
una brillante estrella aparecida en el cielo guió á los
reyes del Oriente á Jerusalem, y al entrar en aquella
capital preguntaban: ¿dónde está el rey de los judíos

que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente
y venimos á adorarle. Turbado Herodes con estas pala-
bras convocó á los príncipes de los sacerdotes y los
escribas del pueblo, para que como versados en las Es-
crituras le dijese donde habia de nacer el Cristo; á lo
que ellos le respondieron que en Belen de Judá, por-
que así estaba escrito por el Profeta. Ya Herodes
tiembla de soberbia al solo pensamiento de si perde-
ria el trono, y llamando en secreto á los Magos, se in-
formó de ellos cuidadosamente del tiempo en que se
les apareció la estrella. Si Herodes hubiese tenido, no
digo la fé y virtudes de aquellos reyes, sino tan solo
la educacion y galanteria propia de un monarca, ¿qué
debiera haber hecho? Es evidente que acompañarlos é
ir con ellos á buscar al tierno infante para verle y
adorarle. Pero aquel Niño venia á traer la paz, y sus
pensamientos son de guerra y de guerra á muerte. En
la del Mesías cree asegurada la estabilidad de su trono,
y concibiendo la inícu idea de acabar con su vida, di-
celes á los Magos. Id é informaos del Niño, y cuando le
hubiéreis hallado hacédmelo saber, para que yo tam-
bien vaya á adorarle. ¡Oh, hipócrita vil y fementido!
Bien podrás engañar con tus palabras á esos santos va-
rones: concebirás proyectos infernales, pero Dios evita-
rá que caiga en tu poder el tierno parvulito de Belen.

En efecto, mis hermanos: guiados de nuevo por la
estrella, llegaron los Magos á Belen, y postrándose
ante el recién nacido Jesus, le adoraron y ofrecieron
dones. Bien hubiesen vuelto á dar parte á Herodes del
lugar donde le habian hallado, creidos de los deseos
que habia manifestado de verle y adorarle. Pero la
Providencia lo evita: se les revela que no vuelvan á
Herodes y se vuelven á sus tierras por diverso camino

del que habian traído. Así, burlado el pérfido rey de Judea, determina hacer morir á todos los niños de dos años abajo, persuadido de que no habiendo escepcion en esta ley, moriria precisamente aquel á quien odiaba. ¿Habeis oido alguna vez decreto tan perverso? ¿Teneis noticia de algun monarca por implacable que haya sido, que espudiese una orden tan cruelísima? ¡Ah! Felices aquellas inocentes víctimas que lavadas con su sangre que vertieron *in odium Christi*, encontraron por este medio su salvacion. Tal vez de haber vivido hubiesen desconocido como los demas judíos á Jesucristo, hubiesen tomado parte en su muerte y se hubieran condenado. ¡Cuán admirable es el orden de la Providencia! ¡Cuán incomprensibles los juicios de Dios!

No bien los Magos se habian retirado de la gruta de Belen, antes que de labios del tirano monarca saliera la cruel sentencia, un ángel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate y toma el Niño y á su Madre, y huye á Egipto. *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Aegyptum*, y le da la razon diciéndole: Porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle. *Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.*

José pone en ejecucion el superior mandato, y tomando al Niño y á María emprende el camino de Egipto. ¡Ah! Nuevo dolor que atraviesa el corazon amante de María. No se le ponen presente las fatigas del viaje ni cuanto debia sufrir en tierra estraña. Siente sí, y este es el cuchillo que le hiere, el ver perseguido á su bendito Hijo: el ver como se empieza á cumplir el anuncio de Simeon. Ved aquí, el asunto que debe ocuparnos en esta segunda tarde; es imponderable el

dolor de la Santísima Virgen en la huida á Egipto, y su resignacion y fortaleza nos enseña á sufrir con resignacion las aflicciones del mundo. Para que yo pueda espresarme con claridad y acierto, imploremos la gracia por la mediacion de esta Señora, saludándola con el mayor afecto. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El amor á la patria está profundamente arraigado en todos los corazones: encontrareis hombres fuertes y sufridos en la desgracia, á quienes ni la privacion de sus bienes, ni los rigores de la adversidad abatirán sus fuerzas; pero decidles que han sido condenados al ostracismo, que tienen que abandonar el suelo que les vió nacer, y pasar á tierra estraña, donde estarán privados de la vista de sus parientes y amigos, y entonces vereis asomar las lágrimas á sus ojos, y les observareis afligidos á la sola idea de su desgracia. No estraño, señores, el amargo llanto de los hijos de Israel, al verlos sentados junto á los rios de Babilonia, entregados al mas vivo dolor, al recuerdo de Sion. En vano les suplicáran los mismos que les habian conducido, que cantasen un himno de los cánticos de Sion: ellos habian colgado en los sauces los instrumentos músicos y se apresuran á contestar á los que tal peticion les hacian: ¿Cómo hemos de cantar, cánticos del Señor en tierra ajena? ¿Será posible que nosotros podamos olvidarnos, ni por un momento, de nuestra amada Jerusalem? ¿Podremos alegrarnos fuera de nuestra patria? ¡Ah! Péguenseos la lengua al paladar, si Jerusalem no fuese el punto principal de nuestra alegría (1).

(1) Psalm. CXXXVI.

Pero en vano, mis hermanos, trataré de buscar hechos con que comparar el acerbo dolor de María Santísima, al recibir el mandato de partir para Egipto en compañía de su Hijo y de su casto esposo. Cualquiera imagen sera débil, y ninguna será suficiente á demostrarnos la escena que es objeto de nuestras meditaciones. En el momento que vemos una persona sobre la que pesa un decreto de proscripción, no podemos menos de preguntar: ¿cuál es su delito? ¿Por qué se le condena á sufrir sentencia tan amarga? Observad, pues, á aquella familia que abandonando á Belén se dispone á sufrir las penalidades que son consiguientes á un viaje largo y lleno de asperezas: preguntad quiénes son y qué causa les motiva esta determinación. ¡Ah! Ese Niño á quien María conduce en sus brazos, para ponerle á salvo de la persecución del cruel Herodes, es no obstante estar revestido de nuestra carne, un Dios Omnipotente: es por lo tanto la santidad por esencia, es impecable y á nadie puede haber hecho ofensa. Su Madre es aquella criatura privilegiada de un modo admirable, y criada en tanta justicia cual era necesaria para que fuese digna de ser Madre de tal Hijo: aquel hombre que les acompaña, y á quien fué comunicada la orden de la fuga á Egipto, es el inocentísimo José, elegido para la alta dignidad de padre putativo de Jesus. ¡Qué familia mas santa! Y sin embargo, verse precisados á huir y á buscar asilo en tierra estraña.

¿Qué creéis que motivó la acerbidad del dolor que en María produjo la huida á Egipto? ¿Acaso lo áspero del camino? ¿Tal vez el carecer de recursos para hacerlo con alguna comodidad? ¿O le estreme-

ceria por ventura la idea de tener que implorar el pan en tierra estraña? Es verdad que el pan de la emigracion, es pan amargo, pero María es una mujer fuerte y varonil: su corazon está dispuesto á sufrir cuanto ordene la Providencia, y si ella se aflige, si siente, si padece, si su corazon es traspasado de cortante espada, no, no es ciertamente porque ella fije su consideracion ni por un momento en sus padecimientos, sino tan solo por su Hijo. Ella le dirige sus tiernas miradas, contempla su grandeza y santidad, sabe que su poder sobrepuja al de todos los monarcas, porque no hay poder semejante al suyo (1). Sabe que puede disponer á su arbitrio del corazon, deseos y vida de las criaturas y que es justo en todas sus obras (2). Conoce que es el Angel del gran consejo, Padre del siglo venidero, y Príncipe de eterna paz (3). Contéplale adorado y servido por los ángeles del cielo, y sin embargo le vé obligado á huir de un rey que le persigue y se ha propuesto quitarle la vida. Ved aquí, lo que produce el dolor de esta Purísima Señora. Si á ella se le hubiere dicho, tienes que sufrir los mas crueles tormentos, tienes que sujetarte á una muerte dolorosa y cruel, pero el Hijo de tus entrañas, nada sufrirá, no experimentará persecuciones, nadie dejará de adorarle y bendecirle. ¡Ah! ¡Cuán feliz se hubiese en este caso considerado la Santísima Virgen! Pero debian cumplirse los decretos de la Providencia, y María debia participar del cáliz amargo, preparado para el Salvador.

Ya considero, mis amados hermanos, á la sagrada

(1) Psalm. XXXIV, v. 20.

(2) Dan. cap. IX, v. 14.

(3) Isai. cap. IX, v. 6.

familia que han emprendido su primer jornada; ya me parece verlos atravesar los desiertos caminos que conducen al Egipto: se acerca la noche y la aflicción de María llega á lo sumo: el mas mínimo rumor, el sonido del aire, el ruido que este causa en los árboles por el movimiento de sus hojas, todo asusta, todo hace temblar á aquella amante y cariñosa Madre, porque cree que vienen en persiguimiento del tesoro que lleva entre sus brazos. No así tiembla y se abate el infeliz navegante que agitado su buque por terribles olas, levantadas por la tempestad mas récia, vé su vida en el mas inminente peligro, como tiembla María, cuando aun no se ha alejado de la tempestad levantada por el fuerte viento de la ambición y soberbia de Herodes, contra el manso cordero de Judá. ¡Ah! ¡Qué dulces y sentidas espresiones dirigiria al tierno infantito que estrecharia en su corazón! ¿Es posible, le diria, que siendo tan santo y habiendo venido á dar la salud al mundo, así seas tan perseguido por los hombres? No eres tú el dueño del universo? ¿Cómo, pues, te ves precisado á huir, como si fueras un malhechor? Hijo de mi alma, ¡cuánto dolor atraviesa el corazón de tu Madre! Y dirigiendo sus mirados al cielo, ¡con qué fervor no pediria auxilios al Eterno Padre! ¡Oh Dios de mi corazón, esclamaría vertiendo un torrente de lágrimas, vengan sobre esta vuestra humilde esclava, todas las aflicciones y sinsabores; descargad sobre mí todo el peso de vuestra justicia, pero que nada tenga que sufrir el Hijo de mis entrañas! ¡Padezca yo, vengan sobre mí todas las tribulaciones, y protejed al que con vos es Dios!!!

Medid si es posible, la profundidad de este dolor,

y fijad vuestra consideracion en la aflicción en que estaria envuelta su alma, sufriendo la mas angustiosa pobreza y las penalidades consiguientes á un viaje hecho sin recursos ni comodidad alguna; pero ellos concluyen su viaje y llegan á Egipto, donde lejos de concluir sus trabajos, toman nuevos incrementos: allí no tienen parientes ni amigos; es un pueblo idólatra donde no se conoce principio alguno de amor á la humanidad; un pais donde imperaban las leyes mas odiosas y repugnantes. Pero así fué la disposicion de Dios, y María la acata, sufre, padece, y ahogando en su corazón sus amarguras, no exhala la menor queja. Unida á José su esposo, trabajan incansables porque no falte el alimento á Jesus, á quien cuidan con el mayor esmero y la mas anhelante solicitud.

¡Ah! ¡cuán heroica se muestra María en el viaje y en el ostracismo! Es digna de ser Madre de Jesus. No hay virtud que no se vea resplandecer en ella de un modo admirable: la fé, la esperanza, la caridad, la ciega obediencia, la humildad mas profunda, la resignacion con la voluntad divina y la paciencia en los trabajos. Bien puede esclamar en medio de sus aflicciones: Estoy llena de amarguras y embriagada de ajeno. *Replevit me amaritudinibus, enebriavit me ajentio* (1). Pero ni una queja, ni un suspiro sale de sus virginales lábios. Sus trabajos los mira como regalos de la Providencia: los de Jesus forman su dolor. Ella puede decirse que no vivia para sí, vivia solamente para su Hijo, objeto amado de su corazón, en quien tenia fijos sus pensamientos: para ella nada era cuanto pudiese ofrecerla el mundo: su Hijo formaba su cau-

(1) Thren. cap. III, v. 15.

dal, su tesoro, el tesoro en quien tenía puesto su corazón. Cada caricia que le dirigía el tierno Niño al par que le hacía desfallecer de amor, era un nuevo dardo que atravesaba su alma, porque le avivaba el recuerdo de sus padecimientos futuros, y veía á través de los días sus tormentos y aficciones: tan cierto es que no dejaba de tener presente ni por un momento el vaticinio que escuchára en el templo de Jerusalen.

Cuando contemplo, mis hermanos, la dilatada cadena de los dolores de la Santísima Virgen, no puedo menos de admirar su heroísmo sin igual y sin segundo. Yo creo poderle aplicar estas palabras del coronado profeta: «En mi aficción invoqué al Señor y clamé á mi Dios y oyó mi voz (1).» Sí, porque si María no hubiese sido confortada de lo alto, hubiese muerto de dolor. ¿Y cuál fué la causa que motivó tanta amargura? ¿Por qué tiene que padecer el Justo por excelencia y la inocente Madre que le diera nuestra naturaleza y le alimentara con sus pechos? ¿Quién fué el verdugo que preparó la cuchilla del martirio de un Dios y de su Madre? ¿Lo habeis olvidado por ventura? Yo os lo recordaré con dolor: fué el pecado.

¡Oh ingratitud de la humana naturaleza! ¡oh miseria espantable del hombre mortal! El pecado fué el autor de tan trágicas escenas, y sin embargo el hombre se atreve á pecar, que es como oísteis ayer, renovar los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre.

¡Qué lecciones mas sublimes nos dá en este día la Santísima Virgen! ¡Ojalá que todos nos aprovechá-

(1) In tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi, et exaudivit vocem meam. Ps. XVII, v. 7.

ramos de ellas! A Dios se ofende con la poca conformidad en su voluntad santísima; y María, maestra del Cristianismo, en su conformidad y resignacion, en su huida á Egipto con su Divino Hijo y su casto Esposo, nos enseña que la resignacion en los trabajos y aficciones de la vida conduce necesariamente á la felicidad del cielo, á que todo cristiano debe aspirar.

SEGUNDA PARTE.

El mundo, por mas que algunos filósofos nos lo quieran pintar con bellos colores, no es otra cosa que un valle de lágrimas y de miserias. Apenas nace el hombre, las lágrimas asoman á sus ojos, como preludio de lo que tiene que padecer en adelante. En su cuna se halla y el dolor empieza á ser sentido por él, porque la aficción se adelanta al uso de la razon. Ora su origen sea el mas noble y vea la primera luz bajo la dorada techumbre de un palacio, ora por ser hijo de unos padres pobres tenga que alimentarse con el pan de la caridad, ello es que la adversidad, las enfermedades, la muerte, cercan al hombre y le amenazan de continuo. Mil peligros le rodean y continuos motivos de aficción le agitan. ¡Ah! cuán cierto es que la vida es como un sueño; que el mundo no presenta sino motivos de desengaños.

Corred el vasto campo que nos presenta la sociedad: aquí vereis á aquel jóven, poco antes lleno de lozanía y rebosando salud, ahora postrado en un lecho de dolor, sufriendo el rigor de una enfermedad aguda: allí, á aquel rico comerciante que ha sufrido grandes pérdidas, motivo por el que se ve

reducido á la mayor miseria, careciendo de un pedazo de pan con que alimentar á sus hijos: ya oireis llorar inconsolable á una madre á quien la muerte ha arrebatado el fruto de sus entrañas, á quien amaba y que formaba sus delicias y complacencias; ya á un hijo que pone sus lamentos en el cielo porque la pérdida de su padre le ha dejado en la mas triste horfandad. Aquí oireis referir la lastimosa historia del hombre á quien calumnias y malas voluntades tienen en una cárcel confundido con los mayores criminales; en otra parte la ruina de unos menores á quienes la perfidia de un tutor egoista dejó en la mas lamentable miseria. Unos lloran y se lamentan de sus desgracias porque la sequía ó los efectos de una tempestad les ha privado de la cosecha en que fundaban sus esperanzas: tan cierto es que el agua, el aire, el fuego, los elementos y todo cuanto hay conspira contra el hombre, y hasta el hombre mismo. ¡Qué mísera existencia! Mas, ay, hermanos míos, cuán felices seríamos los cristianos si supiéramos sacar frutos de la adversidad, como lo sacaron los grandes héroes del Cristianismo, que la Iglesia ha colocado sobre los altares para que nos sirvan de ejemplo y de modelo.

El hombre que carece de fé, que vive, no segun la doctrina de Jesucristo, sino segun el espíritu del mundo, que como sabeis es uno de los enemigos de nuestras almas, apenas ve que la tribulacion le cerca, se abate, trata de huir de ella, y cuando siente sus efectos, maldice de su suerte, se aflige y á veces se desespera. El verdadero cristiano, el fiel discípulo de Jesucristo obra de muy diverso modo. Su fé le advierte que la vida del hombre se disipa como el humo, que

es muy corta; que es nada en comparacion de la vida futura que le espera, y las reflexiones que se agolpan á su imaginacion, no solo le hacen llevaderos sus trabajos, sino que en ellos encuentra su gozo y su consuelo. Y es así, mis hermanos, porque el cristiano verdadero fija su vista en Jesucristo, autor y consumador de nuestra fé; recuerda al verle crucificado en la cruz sus aflicciones, los insultos que recibió de los hijos del deicida pueblo, sus azotes, las espinas de su corona, y en suma su dolorosa muerte: dirijese despues á Maria, reconoce su justicia y santidad y tambien recuerda sus dolores, y viene en conocimiento de que el camino de la cruz y la mortificacion es el que conduce al cielo.

Por las razones espuestas, Felipe Neri preferia para celebrar las funciones de su ministerio sacerdotal, aquella Iglesia en la que teniéndole por hipócrita y embaucador, le contradecian, le insultaban y le daban motivos para ofrecer á Dios: por la misma razon la ilustre española Teresa de Jesus, encontraba su mayor gozo en los desprecios, en los insultos, en las risas de sus compañeras de cláustro y hasta de los mismos sacerdotes que la tenian por loca.

Las aflicciones, mis amados oyentes, son muchas veces auxilios especiales de nuestro buen Dios: son, y no lo dudeis, pruebas del grande amor que nos profesa y del deseo que arde en su corazon de nuestra salvacion. Nos aflige, ó bien para que la adversidad nos haga entrar dentro de nosotros mismos, conocer nuestros pecados y enmendarnos, ó bien para por este medio librarnos de algunos males que estamos lejos de preveer, ó tambien porque quiere que paguemos en el mundo la pena de nuestras culpas, para que nos li-

bertemos de pagarla con mas rigor en el fuego del purgatorio. ¡Cuán grande es, Señor, vuestra misericordia! ¡Cuán impenetrables vuestros juicios! Castigadnos y enviadnos aflicciones y adversidades, si ellas han de ser para nuestra gloria y nuestra utilidad. Mas yo me admiro al ver que la mayor parte de los cristianos rehusan las aflicciones y tiemblan, al solo pensamiento del padecer. Díganlo sino, esos que nadando en la abundancia parece que no tiene otro Dios que ese metal á quien adoran: díganlo ese lujo escandaloso y esas costumbres gentílicas, seguidas y observadas por muchos que se precian de cristianos. ¿De dónde nace tanto pecado? ¿De dónde trae su origen tanto libertinaje, tanta indiferencia, tanta irreligion? Del poco amor á los trabajos, y del mucho deseo de placeres que la religion condena.

Desengañaos, cristianos, ó padecer con resignacion á la voluntad divina en este mundo, ó padecer eternamente en el otro. No os diré yo que cuando os veais en la tribulacion no clameis á Dios: antes por el contrario, pedidle el socorro que deseais, pero pedídselo cristianamente, al modo que Jesucristo nuestro Redentor y Maestro, nos enseñó en el huerto de las Olivas. Pase, esclama, al contemplar en los tormentos que le esperan, pase de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra: *non mea voluntas, sed tua fiat*. Señor, debe á este modo esclamar el cristiano; libradme de la afliccion en que me veo, remediadme en mi necesidad, pase de mí la calamidad en que me veo envuelto, mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra porque yo puedo ver males donde vos, Señor, veis bienes. Hacedlo, así hermanos míos, y si despues de haber orado con fé y confianza, veis que la afliccion

sigue ó se aumenta, gozaros en el Señor, conociendo que os conviene el padecer. Si la debilidad de vuestra carne quiere abatiros, en este caso dirigid vuestra vista hácia el camino que desde Belen conduce á Egipto: traed á la memoria la resignacion y conformidad de esa afligida y dolorosa Virgen, que obediente á la voluntad de Dios, á pesar de la delicadeza propia de su sexo, camina por entre tantas asperezas, si bien llena de amargura y de dolor por los padecimientos de Jesus, sin pensar ni por un instante en los propios. Sufrió y padeció María siendo purísima é inocentísima, y estando revestida de la altísima dignidad de Madre de Dios. Y siendo nosotros tan pecadores ¿rehusaremos el padecer? ¿Nos quejaremos de nuestras aflicciones? ¿Murmuraremos de la Providencia? ¡Ah! ¡Cuán cristiano es que consideremos que nada son las aflicciones que sufrimos en los trabajos que el Señor nos envia, para lo que nosotros merecemos por nuestros pecados! Si hiciéramos esta reflexion, si las aflicciones las mirásemos como camino del cielo, si tuviéramos amor á la Cruz del Redentor, si fuéramos verdaderos devotos de esa dolorosa Virgen, encontraríamos dulces los trabajos; ellos ejercitarían nuestras virtudes; las virtudes nos harian justos, y nuestra justicia nos conduciría al cielo, á esa hermosa patria donde no reina el dolor y el llanto, donde nadie padece, donde todos gozan, donde, en suma, reina María con su divino Hijo, y ocupa un trono á mayor elevacion que todos los bienaventurados y que aun los mismos coros angélicos, porque en su profundísima humildad acató en la tierra la voluntad del Hacedor Supremo, y se resignó gustosa á cuantas penas y dolores atravesaron su corazon.

Cristianos: dos señores os están llamando y ambos redoblan sus clamores: uno es Jesucristo, que lleno de amor vertió su sangre por salvarnos: el otro es el mundo en que vivís: el primero os llama por el camino de la mortificación, el segundo por el de los placeres: aquel os dá una corona de espinas, el mundo os ofrece una de flores: la que os quiere colocar el Salvador se convierte despues en una corona de gloria que no tiene fin, las flores que adornan la que os ofrece el mundo se marchitan en breve tiempo. ¿Y habrá, esclama admirado San Juan Crisóstomo, quien cerrando sus oídos á las voces del Señor, los tenga atentos para escuchar los clamores del mundo? ¡Cuánta insensatez! ¿Quereis ser de Dios ó del mundo? En vuestra mano está el escoger: pero ya oigo que me decís que quereis salvaros, que deseais aprovecharos de los frutos de la pasión y muerte de Jesus y de los dolores de María, y que por lo tanto estais decididos á caminar gustosos por el saludable sendero de la Cruz.

Sí, dolorosísima Reina y Madre nuestra: vos sois la que desde el cielo despachais las gracias del Señor; alcanzadnos la que necesitamos, á fin de que huyendo del mundo que nos persigue, como vos huísteis de Belen con vuestro Divino Hijo, y atravesando el camino de la mortificación con la resignación de que vos nos habeis dado ejemplo en vuestro viaje á Egipto, tengamos un día la dicha de llegar al término feliz de nuestro viaje por el desierto del mundo, que es la patria celestial de la gloria. ¡Amen! ¡Amen!

SERMON

SOBRE EL

TERCER DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La pérdida del Niño.

Puer non comparet, zel ego quo ibo?

El niño no parece, y yo ¿á dónde iré?

· Génes. cap. XXXVII, v. 30.

Cuando leo, señores, en el sagrado libro del Génesis, de donde he tomado las palabras que acabais de oír, la perfidia de los hijos de Jacob, que envidiosos del amor que á su pequeño hermano José profesaba el padre por haberlo tenido en su vejez, y por el mayor cariño que habia tenido á Rachél, madre de José y de Benjamin, el menor de sus hijos, y contemplo los planes de muerte que contra él concibieron, ó por último su maldad en venderlo, y persuadir á su padre que habia sido devorado por alguna fiera, no puedo menos de estremecerme y llenarme de estupor considerando el grado de cinismo á que las pasiones conducen á los hombres.

En efecto, José habia tenido un sueño que mas

Cristianos: dos señores os están llamando y ambos redoblan sus clamores: uno es Jesucristo, que lleno de amor vertió su sangre por salvarnos: el otro es el mundo en que vivís: el primero os llama por el camino de la mortificación, el segundo por el de los placeres: aquel os dá una corona de espinas, el mundo os ofrece una de flores: la que os quiere colocar el Salvador se convierte despues en una corona de gloria que no tiene fin, las flores que adornan la que os ofrece el mundo se marchitan en breve tiempo. ¿Y habrá, esclama admirado San Juan Crisóstomo, quien cerrando sus oídos á las voces del Señor, los tenga atentos para escuchar los clamores del mundo? ¡Cuánta insensatez! ¿Quereis ser de Dios ó del mundo? En vuestra mano está el escoger: pero ya oigo que me decís que quereis salvaros, que deseais aprovecharos de los frutos de la pasión y muerte de Jesus y de los dolores de María, y que por lo tanto estais decididos á caminar gustosos por el saludable sendero de la Cruz.

Sí, dolorosísima Reina y Madre nuestra: vos sois la que desde el cielo despachais las gracias del Señor; alcanzadnos la que necesitamos, á fin de que huyendo del mundo que nos persigue, como vos huísteis de Belen con vuestro Divino Hijo, y atravesando el camino de la mortificación con la resignacion de que vos nos habeis dado ejemplo en vuestro viaje á Egipto, tengamos un dia la dicha de llegar al término feliz de nuestro viaje por el desierto del mundo, que es la patria celestial de la gloria. ¡Amen! ¡Amen!

SERMON

SOBRE EL

TERCER DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La pérdida del Niño.

Puer non comparet, et ego quo ibo?

El niño no parece, y yo ¿á dónde iré?

· Génes. cap. XXXVII, v. 30.

Cuando leo, señores, en el sagrado libro del Génesis, de donde he tomado las palabras que acabais de oír, la perfidia de los hijos de Jacob, que envidiosos del amor que á su pequeño hermano José profesaba el padre por haberlo tenido en su vejez, y por el mayor cariño que habia tenido á Rachél, madre de José y de Benjamin, el menor de sus hijos, y contemplo los planes de muerte que contra él concibieron, ó por último su maldad en venderlo, y persuadir á su padre que habia sido devorado por alguna fiera, no puedo menos de estremecerme y llenarme de estupor considerando el grado de cinismo á que las pasiones conducen á los hombres.

En efecto, José habia tenido un sueño que mas

bien fuera una revelacion de la grandeza á que mas tarde habia de ser elevado, y con la sencillez propia de un jóven inocente que no conoce la malicia, ni ha conocido proyectos de ambicion, contó á sus hermanos su sueño, los cuales que ya le miraban con mala voluntad, crecieron en su odio contra él. Acaeció que yendo José al campo en busca de sus hermanos, estos que le vieron acercarse, concibieron el inicuo designio de matarle, y de decir despues al padre que habia sido devorado por una fiera. Rubén, cuyo corazon no habia llegado á semejante grado de corrupcion, trató de disuadirles de tal proyecto, y viéndolos obstinados y resueltos á salir de él, les aconsejó que no manchasen sus manos en sangre, sino que lo arrojasen á una cisterna que estaba próxima donde ciertamente moriria, y daba este consejo con el designio de sacarle de allí y restituirle á su padre. Así lo hicieron desnudándole de su túnica en cuanto llegó José adonde ellos estaban, y arrojándole en la cisterna. Mas como pasasen por aquel sitio unos mercaderes Madianitas, le sacaron de la cisterna y se lo vendieron en precio de veinte monedas de plata. Rubén, que no presenció esta inicua venta por haberse separado de los hermanos con un pretesto, volvió á aquel sitio á buscar á José en la cisterna, y como no le hallase, lleno de dolor y amargura creyendo que los otros le habrian muerto, segun antes habian concebido, rasgó sus vestiduras, y yendo á sus hermanos les dijo estas sentidas espresiones: El niño no parece, y yo ¿adónde iré? *Puer non comparet, et ego quo ibo?*

No he podido menos de recordar este pasaje bíblico al tener que hablaros en esta tarde del tercer dolor de la Santísima Virgen, causado por la pérdida momen-

tánea de su divino Hijo Jesus. María, que era tan obedientísima á la ley, quiso tambien cumplir con la costumbre que tenian los judíos en la solemnidad de la Pascua; fué con su Hijo cuando este tenia doce años de edad, y acompañada tambien de su casto esposo San José. á Jesusalen, y como regresasen pasados aquellos dias, quedóse Jesus en Jesusalen sin que sus padres lo advirtiesen. Creidos que iria entre la comitiva, buscaronle con la mayor diligencia, hasta que convencidos de su pérdida, volvieron á Jesusalen á buscarle.

Indecible es, mis amados hermanos, la pena que se apoderaría del corazon amante de esa Madre candorosa cuando vió que le faltaba su hijo, que era la luz de sus ojos, el objeto de sus pensamientos y cariños, y la vida de su alma. ¡Ah! Que mas afligida y mas llena de dolor que Rubén, esclamaría vertiendo un torrente de lágrimas: El Niño no parece, y yo ¿adónde iré? *Puer non comparet, et ego quo ibo?*

Entremos en la meditacion de este dolor, profundicemos si podemos todo el peso de la afliccion de esta Reina de los mártires, y aprendamos de María á buscar á Dios con solicitud, cuando hemos tenido la desgracia de perderle por nuestra culpa. Empero para que estas reflexiones produzcan en nuestros corazones ópimos frutos, imploremos la gracia por la mediacion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La pluma se resiste á describir toda la afliccion y amargura que produce en los padres la pérdida ó ausencia de un hijo á quien amaban entrañablemente.

Jacob nos hace ver en sí mismo esta verdad. Como visteis en el exordio, José fué vendido por sus hermanos á unos mercaderes Madianitas, y para encubrir su maldad, los perpetradores del crimen tiñeron su túnica con la sangre de un cabrito, la que le fué presentada á su padre. Lleno Jacob de dolor esclama al reconocer la túnica, mi hijo ha sido devorado por una fiera, y rasgando sus vestiduras, cubrióse de silicio, y lloró amargamente por mucho tiempo. La madre del jóven Tobías tiembla al pensar en el viaje de su hijo, y de mejor grado hubiese perdido la deuda de Gabelo, que pasar por el dolor de la separacion, y si por último consiente persuadida de las palabras de su esposo, vive en ansiedad, y cuando cree que es llegado el tiempo en que debe de llegar, sale á esperarle continuamente llena de amor y de cariño. Pero en vano me cansaré en escogitar en las páginas de los libros santos pasajes que nos sirvan de símiles para comprender lo agudo del dolor que hubo de sufrir la Santísima Virgen María en la pérdida del niño Jesus. Por mas que nos admire el extraordinario amor y notable heroismo de algunas madres, ello es que no hay un hijo que pueda compararse con Jesus, ni una madre que pueda compararse con María. Esta Señora amaba á su Hijo con quanto ardor es capaz de amar una Madre tan santa, y que tanto conocimiento tenia de las perfecciones, de la grandeza, de la dignidad de Jesus. Este mismo amor que formaba la piedra donde se aflaba el cuchillo que dividia de parte á parte su corazon, por la consideracion continua de las contradicciones, afrentas y tormentos futuros, tuvo que producir en ella necesariamente un efecto terrible de amargura, al encontrarse sin su Hijo á quien habia perdido en Jerusalem.

María mira á José; José dirige su vista á María y ni una palabra profieren sus lábios.

Así abismados en la pena que les devoraba, permanecen silenciosos por algunos momentos, hasta que cobrando ánimo empiezan á buscarle por todas partes.

¡Qué es esto, Purísima María! ¡Qué pena aflige ese corazon amoroso! Habeis perdido quanto teniais que perder; os encontráis atribulada sin Hijo, huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, porque Jesus lo era todo para vos. Con razon, pues, os entregais al llanto, y haceis resonar vuestros gemidos, pues que no hay pérdida comparable con la pérdida de Dios. Así es, mis hermanos, y por esto al notar la ausencia de su Hijo, me parece oirla esclamar como á Rubén: el niño no parece, ¿y yo adónde iré? *Puer non comparet zet ego quo ibo?* Regresa á Jerusalem, donde no queda lugar en que no indague, preguntando á cuantas personas encontraba. ¿Por ventura habeis visto al que amaba mi alma? ¿*Num quem diligit anima mea vidisti* (1)? ¿Habeis visto al Hijo de mis entrañas? Si lo habeis visto, decidme donde se encuentra, porque mi corazon está partido de pena y de dolor. ¿Qué hará esta afligida Madre faltándole el Hijo que es su vida, su alegría y su consuelo? ¿Adónde iré que pueda encontrar alivio á la amargura que me cerca? Hijo de mis entrañas, oiga yo tu hermosa voz, vean mis ojos tu divino rostro, estrechete yo entre mis brazos, y será el único medio de que concluya mi tristeza.

Tanta era, mis hermanos, la humildad de la Santísima Virgen, que en medio de sus tristes reflexiones piensa si su Hijo se habria ausentado por no ser ella

(1) Cant. cap. III. v. 3.

digna de poseerle. ¡Ah! ¡Si no habré yo cuidado de él segun se merece! ¡Si no le habré tratado con todo el esmero y cariño de que es digno! ¡Si no habré cumplido como buena madre! Mil pensamientos se cruzan por la imaginacion de la afligida Madre, y no tan veloz corre el ciervo sediento en busca de las cristalinas aguas, como se apresura María en buscar por todas partes al único que podía refrigerar su alma. Pero aun no lo encuentra, y entonces se dirige con tiernos afectos al Eterno Padre. En este acto la contempla San Buenaventura completamente abismada, y diciendo: ¡Oh Eterno Padre! Bien conozco que yo no soy digna de poseer un tesoro tan inestimable, pero Vos me lo disteis por un efecto de vuestra misericordia, yo no puedo vivir sin él; haced, pues, por vuestra misericordia que vuelva otra vez á los brazos de su Madre.

¡Con cuánta razon, oh purísima María, afligida y desconsolada Madre, llorais por la pérdida de ese Hijo cuyas perfecciones son infinitas! Pero enjugad vuestras lágrimas, dad trégua á vuestro dolor, pues no está lejos el momento en que encontrareis ese tesoro que tanto buscáis; él está cumpliendo los designios de la Providencia, la voluntad de su Eterno Padre, haciendo conocer la omnisciencia de que está revestido. Pocos momentos pasarán y vuestros brazos se abrirán para recibir en ellos á esa inestimable prenda de vuestro amor mas puro. Si es cierto que nunca aparecen mas brillantes los rayos del sol, que despues de tristes días de espesas nieblas y oscuros nubarrones, vos Virgen inmaculada le vereis hermoso cual el sol que disipa las opacas sombras de la noche, y será tanto mayor el gozo que recibireis al verlo, cuanto grande é imponderable es el dolor que ahora experimentais.

Pero no sé á qué fin hago estas reflexiones á la Madre del Redentor, si á ella nada puede consolarla en la orfandad en que se encuentra: cada momento que pasa es para ella un siglo de amargura: en los tres días que dura la ausencia de su Divino Hijo, padeció mas que han padecido todos los mártires. Concluyóse la alegría de su espíritu, su semblante se halla alterado, y las lágrimas que surcan sus mejillas, y sus continuos clamores, y esa solicitud incansable con que por todas partes le busca, nos demuestran claramente lo acerbo y profundo de su dolor. Yo quisiera en verdad poder esplicarlo; pero esto no es dado á la inteligencia humana: nuestro entendimiento es muy limitado para poder comprender tal dolor, causado por tal pérdida. Verdad es que nosotros sentimos la pérdida de aquellos á quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre, pero María estaba unida á Jesus por los de la sangre y del espíritu: sabia que su Hijo era hombre, pero no ignoraba que era Dios: sabia que habia nacido en tiempo, pero conocia que era eterno: si las bellas prendas hacen avivar el amor, ¿quién en ellas competirá con Jesus? ¿Quién mas hermoso que él? ¿Quién mas amable? ¿Quién mas lleno de virtudes? ¿Quién está adornado de mas altísimas perfecciones? ¡Ah! Gloríese Jacob al contemplar á su Benjamin amado: llénese de regocijo la madre de Tobías al considerar la virtud y buenas cualidades del hijo á quien amaba; pero ninguno de estos puede compararse con el Hijo de María.

El Evangelio nos habla de la solicitud de aquella mujer que poseyendo diez dracmas ha perdido una, y la busca incansable hasta dar con ella; pero esta pérdida ¿qué punto de comparacion tiene con la que experimenta María? Necesario es pues que renunciemos

á buscar símiles, porque ninguno encontraremos que nos demuestre la afliccion de esta dolorosa Madre, para quien parece se habian cerrado los cielos, pues que á pesar de sus peticiones, nada descubre, ningun resultado producen sus indagaciones acerca del paradero del Hijo de sus entrañas. Durante aquellos tres dias de continua angustia, para ella no habia mas alimento que las lágrimas: no era tan sensible la pena de los Israelitas al verse ausentes de su cara patria, como era para María la ausencia de su Jesus. Pero ya parece que el cielo se ha compadecido de su afliccion, y tras el cáliz de amargura va á experimentar el del consuelo: á tres dias de mortal congoja y terribles agonías va á suceder un momento de indecible alegría, un instante de grande y extraordinario consuelo... ¡Era el tercer dia de la pérdida de Jesus! mejor diré para el tercer dia del gran martirio que sufría la mas santa y la mas amable de todas las madres!... Su dolor tocaba á lo sumo! Ya llega á las puertas del templo, preguntando por su amado con mas ternura que la esposa de los Cantares: allí renueva sus afectos ¿dónde estás, Hijo mio? ¿Por qué así te ocultas de tu Madre? ¿Por qué no vienes á volverme la vida? ¡Mis ojos no tienen ya lágrimas que verter!... ¡Mi desconsuelo llega á lo sumo! ¡Compadécete de mí y ven á los brazos de tu Madre, de esta tu dolorida Madre que te ama con todo su corazón!... el bendito José la acompaña, triste y afligido suspira como María por encontrar el tesoro perdido. Por fin, el santo matrimonio penetra en el templo, y allí sentado entre los doctores descubren brillante cual el lucero de la mañana al Divino Jesus por quien tantas lágrimas habian vertido.

Considerad, mis hermanos, la afliccion de una familia que navegando á lejanas tierras, sufre todo el rigor de una espantosa tempestad: es una noche oscura; los vientos hacen levantar espumosas olas que así juegan con el buque como un niño puede jugar y entretenerse con los juguetes propios de su edad; el espantoso trueno, la momentánea luz que produce el relámpago, todo le asusta y le intimida; cada momento que pasa la tempestad se arrecia; el huracan ha partido los palos é inutilizado el timon; una muerte horrorosa espérase por momentos. ¡Qué situacion mas terrible! ¡Qué momentos mas angustiosos! En este caso, perdida toda esperanza de salvacion, el hombre mas fuerte se intimida, desmayan sus fuerzas, y la vista del próximo y desastroso fin que le espera le hace no encontrar consuelo alguno. Pues bien, suponed que tras estos momentos terribles y angustiosos se cambia el viento, da nueva direccion al buque, y cuando creian encontrar su sepulcro en el fondo de los mares, el buque ha encallado en una playa y todos saliendo de él fijan su planta en tierra firme. ¡Ah! ¿quién podrá espresar la alegría que reciben aquellos navegantes? Si antes lloraban de dolor, ahora sus lágrimas son de regocijo, y tanto mayor es su consuelo, cuanto grande era la pena que antes les afligia. Ahora bien, María habia sufrido una tempestad espantosa: su naufragio por faltarle el timon que diera rumbo á su vida, le habia sumergido en el abismo del mas agudo dolor. ¿Qué impresion, pues, no causaria en su alma la vista de su Hijo? No es ciertamente comparable la alegría y el gozo de aquellos navegantes con el regocijo de esta Señora: por eso dirigiéndole sus trémulos acentos, ¿por qué, le

dice, lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado llenos de amargura. *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te* (1).

Debemos dar el parabien á la Santísima Virgen por su feliz hallazgo, y procuremos aprovecharnos de la lección que nos ha dado en su tierna solicitud por buscar á su Divino Hijo, aprendiendo á buscarle sin descanso, cuando hemos tenido la desgracia de perderle por el pecado.

SEGUNDA PARTE.

Todo lo que el Señor ha criado tiene su fin y objeto. De un modo uniforme y maravilloso vemos que cuanto existe en la naturaleza cumple con la voluntad del Hacedor Supremo. El sol criado para alumbrar el universo; la luna y las estrellas que hermocean la bóveda del cielo y hacen menos tenebrosa la noche; los árboles que producen su fruto en su debido tiempo; el aire que dá vida á las plantas; las estaciones en su curso uniforme; todo, en una palabra, muestra obediencia y sumisión á Dios. El hombre es en toda la naturaleza el sér mas privilegiado: criado para gozar en la tierra de cuanto el Señor ha formado para él, su fin es el cielo; pero sus deberes en la tierra son el hacer en todo la voluntad de Dios, viviendo en santidad y justicia. Pero ved aquí el único de los séres que rebelde á su Criador camina por sendas opuestas á las que le han sido marcadas. ¡Su ingratitud es ciertamente monstruosa!

Para que con mas claridad conozcáis cuán grande es nuestra ingratitud en separarnos de Dios por medio

(1) Luc. cap. II, v. 48.

del pecado, contemplad cuán grande es nuestra dignidad por ser cristianos. Es verdad que el pecado de nuestro primer padre destrozó nuestra naturaleza, levantando un muro de division entre Dios y los hombres, desheredándonos de la gloria y esclavizando á la humanidad bajo el poder de Satanás. Pero el mismo Dios compadecido del triste estado del hombre, y viendo que no había en la tierra ni podia haber quien le satisficiera por la injuria del Paraiso, determinó enviar á su Hijo, para que revestido de nuestra carne le ofreciese un sacrificio de valor infinito, que pudiese á los hombres en posesion de sus perdidos derechos. En efecto, la sangre vertida de Jesucristo nos ha curado de la enfermedad que heredamos, y nos ha dado la salud. Rompióse la cadena de nuestra esclavitud, y hemos sido elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¡Cuánta dicha! ¡qué inesplicable felicidad!

Es constante que el hombre aspira á la grandeza; pero es una verdad que camina errado y sin rumbo, cuando busca el logro de su deseo en los títulos de nobleza, en las riquezas, en las ciencias, ó en las grandes empresas ó conquistas; toda la grandeza que dá el mundo es como una sombra que pasa, como el humo que se desvanece. Hoy está un hombre sentado sobre un trono, y mañana yace en un sepulcro: hoy dá leyes á una nacion entera, y reducido al siguiente á la nada, su nombre es tan solo un recuerdo histórico. Y cuando tanto se anhela por esta grandeza efimera, ¡qué dolor es ver al cristiano olvidado de la verdadera grandeza que le distingue! Reconcedlo, mis hermanos; lavados que hemos sido por el santo bautismo, nuestro nombre ha sido inscrito en el libro de los escogidos. No seremos hijos de reyes

y emperadores; pero somos hijos de Dios: no esperamos grandes estados y ricas posesiones de herencia; pero somos herederos del reino de los cielos: debemos considerar el cielo como nuestra patria, y mirar con indiferencia las cosas pasajeras é ilusorias de la tierra.

Grandes de la tierra, gloriaos en buen hora por vuestro ilustre nacimiento, haced público que estais ligados por los vínculos de la sangre con grandes personajes; pero sabed que á vosotros os aventajamos los cristianos, porque somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; sí, hermanos de Jesucristo, y formamos una hermandad de la que él es el primogénito, como dice el Apóstol (1). Ved, pues, mis hermanos, cuánta y cuán grande es nuestra dignidad: ved si á ella hay alguna otra que pueda compararse. Mas decidme ¿no nos admiraria el observar á un príncipe, á un grande de la tierra, que olvidado del puesto que ocupaba, y sin tener en cuenta que deshonoraba á sus mayores, anduviese vestido de andrajos, cubierto de miseria, pasando las noches bajo cualquier choza, y renunciando á sus títulos y derechos? Pues mayor locura es sin comparacion la del cristiano que mal avenido con el cumplimiento de su ley, se aparta de ella, olvida que es hijo de Dios y hermano de Jesucristo, y pierde toda su grandeza, su dignidad y sus derechos á la posesion de la gloria. ¿No es esta una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre? Pues ved aquí vuestra obra cuando os separais de Dios por vuestra culpa. Perdeis el título de Dios y adquiere el demonio un derecho sobre vuestras al-

(1) Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus. Ad Rom. cap. VIII, versículo 29.

mas. ¡Qué pérdida mas irreparable! ¿Y será posible, mis hermanos, que conociendo esta verdad, así nos dirijamos con toda tranquilidad por el camino de la perdicion? ¿Será posible que por un momento de goce mundano querramos perder una eternidad de bienes infinitos? Conoced, pues, vuestra dignidad, oh cristianos, os diré con el P. San Gerónimo: *Agnosce ¡ó cristiane! dignitatem tuam.*

Acaso me direis: es verdad que hemos perdido á nuestro Dios entregándonos al pecado, lo conocemos, pero ya no podemos deshacer nuestro error. ¿Qué partido hemos de tomar? ¿Cómo volveremos á alistarnos en las banderas de Jesucristo? ¿Cómo volveremos á adquirir el título de hijos suyos? Es muy fácil el conseguirlo. Si habeis perdido á Dios y le quereis hallar, buscadle con solicitud, y ciertamente le encontrareis: llamad á las puertas de su paternal corazon, y en el momento sereis escuchados. Así nos lo dice el Evangelio por estas palabras: «Pedid y se os dará: buscad y hallareis, llamad y se os abrirá, porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla: y al que llama se le abrirá (1).» Pero para esto es necesario primero que entreis dentro de vosotros mismos, que conozcais vuestros pecados y que reflexioneis cuán inmensos son los bienes de que por ellos os veis privados: meditaed cuánta es la felicidad del que puede titularse hijo de Dios, y cuán extraordinaria la desgracia de aquel que se vé desheredado de tal y tan hermoso título. Así, comprendiendo lo mucho que habeis perdido perdiendo á vuestro Dios, os llenareis de dolor y os decidireis á buscarle sin descanso al modo

(1) Luc. cap. XI, v. 9 y 10.

que le buscó la Santísima Virgen con el mayor cuidado hasta tanto que le encontró. Reconociendo vuestro error verteréis lágrimas de desconsuelo y preguntareis: ¿Habeis visto á mi Dios? ¿Habeis visto al único que forma mis delicias? ¿Habeis visto al que ama mi alma? Si le habeis visto, sacadme de la ansiedad, en que me encuentro, y decidme dónde se halla para ir á buscarle y reconciliarme con él. Mas, ay, pecador: si de veras buscas á ese Dios amable á quien has perdido por el pecado, no te detengas mas en hacer indagaciones: María Santísima nos ha dejado señalado el camino ¿á dónde le encontró esta Señora? ¡Ah! No entre sus parientes ni en las calles de Jerusalem, ni en ninguna reunion ó pasatiempo profano: en vano es buscarle en estos lugares, y por eso María después de mil indagaciones se dirige al templo, y allí es donde recibe el gran consuelo de ver su rostro divino.

Ved, aquí, mis hermanos, marcado el camino, ¿quereis vosotros encontrarle? Pues dirigios al templo y en él le encontrareis cual mansísimo cordero, lleno de paciencia y con sus brazos abiertos para recibirnos en ellos. Mas cariñoso y amante que el padre del hijo pródigo, solo desea que el pecador toque á las puertas de su corazón, para recibirle, festejarle y ofrecerle el mas delicioso banquete donde le dá por comida su mismo cuerpo, y por bebida su preciosísima sangre. Es imponderable, señores, como afirma el Evangelio, el gozo que hay en el cielo por la conversion de un pecador. Por eso se nos representa Jesucristo en las sagradas letras, ora como el pastor que habiendo perdido una oveja, deja las noventa y nueve por buscarla, y después que la ha hallado la coloca sobre sus

hombros y dirigiéndose á sus amigos, congratulaos, les dice, conmigo por que he hallado la oveja perdida: ora como aquella mujer que encontrando la drama, reúne á sus vecinas y amigas, y les dice: congratulaos conmigo por que he hallado la drama que perdí. Ved, pues, si siendo de tanto gozo para Dios la conversion de un pecador, si le hallareis propicio si os determinais á buscarle. ¿Acaso, temblareis á la consideracion de vuestras culpas? Tambien temblaba David al recuerdo de sus infidelidades, pero este mismo temblor hizo su conversion mas perfecta. *Cogitabi dies antiquos, et annos æternos in mente habui* (1). Podrán ser grandes vuestras culpas: de diversos modos podeis haber ofendido á vuestro Dios, pero mas le ofendeis sin duda si desconfiando de su infinita misericordia, rehusais buscarle y permanecéis en vuestro pecado. ¿Qué puede serviros de rémora? ¿Es que quisiérais á un mismo tiempo servir á dos señores tan contrarios cuales son Dios y el mundo? Tan imposible es esto como querer conciliar ó reunir la luz con las tinieblas. No temais, si la fé os guia: llamad á las puertas del bondadoso corazón de nuestro Redentor amorosísimo, y protestando una renuncia completa de cuanto pueda oponerse al logro de vuestros santos deseos, trabajad por conseguir la felicidad de vuestras almas buscando á Jesucristo, oyendo su doctrina y no separándoos del cumplimiento de sus preceptos.

Acudid, pues, sin dilacion á buscar á vuestro Dios en el templo: en él encontrareis el tribunal de la penitencia, en cuyas aguas dejareis toda la lepra de vuestros pecados, y os revestireis de la gracia: después

(1) Ps. LXXVI, v. 6.

os fortalecereis con el pan de los ángeles, y si vivís vigilantes, nada podrán contra vosotros los terribles esfaerzos de los enemigos de vuestras almas: así será ciertamente, porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado que le busca, antes bien le acoge bondadoso: *cor contritum, et humiliatum, Deus, non despicies*. Aprendamos por último á buscarle como María con lágrimas de ternura: y tendremos el consuelo de hallar este gran tesoro que perdimos por el pecado: en el templo, en la frecuencia de los Santos Sacramentos, en el bien obrar, en el cumplimiento de nuestros deberes, le hallaremos ciertamente, y este será el camino cierto para llegar un día á poseerle para siempre en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON

SOBRE EL

CUARTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Cruz á cuestas.

Bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Tomando sobre sus hombros la Cruz, salió para el lugar llamado Calvario.

Joan., cap. XIX, v. 17.

Un espectáculo asaz doloroso, cual jamás lo presenciaron los siglos, sois llamados á contemplar en esta tarde. No es un hombre á quien sus propios delitos conducen á un patíbulo, término por lo comun de una vida pasada en la maldad y en el crimen. Es sí un hombre cuya venida al mundo habia sido anunciada hacia muchos siglos por los profetas y suspirada ardentemente por los justos y patriarcas. Su origen no puede ser mas excelso: con su nobleza no puede competir la de ningun monarca de la tierra, ante su presencia toda grandeza desaparece porque es Hijo de Dios: por un efecto de su caridad infinita revistióse de nuestra propia carne en el cláustro virginal de la mas pura, de la mas santa, de la mas privilegiada de todas

os fortalecereis con el pan de los ángeles, y si vivís vigilantes, nada podrán contra vosotros los terribles esfaerzos de los enemigos de vuestras almas: así será ciertamente, porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado que le busca, antes bien le acoge bondadoso: *cor contritum, et humiliatum, Deus, non despicies*. Aprendamos por último á buscarle como María con lágrimas de ternura: y tendremos el consuelo de hallar este gran tesoro que perdimos por el pecado: en el templo, en la frecuencia de los Santos Sacramentos, en el bien obrar, en el cumplimiento de nuestros deberes, le hallaremos ciertamente, y este será el camino cierto para llegar un día á poseerle para siempre en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON

SOBRE EL

CUARTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La Cruz á cuestas.

Bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.

Tomando sobre sus hombros la Cruz, salió para el lugar llamado Calvario.

Joan., cap. XIX, v. 17.

Un espectáculo asaz doloroso, cual jamás lo presenciaron los siglos, sois llamados á contemplar en esta tarde. No es un hombre á quien sus propios delitos conducen á un patíbulo, término por lo comun de una vida pasada en la maldad y en el crimen. Es sí un hombre cuya venida al mundo habia sido anunciada hacia muchos siglos por los profetas y suspirada ardentemente por los justos y patriarcas. Su origen no puede ser mas excelso: con su nobleza no puede competir la de ningun monarca de la tierra, ante su presencia toda grandeza desaparece porque es Hijo de Dios: por un efecto de su caridad infinita revistióse de nuestra propia carne en el cláustro virginal de la mas pura, de la mas santa, de la mas privilegiada de todas

las mujeres. Su nacimiento había sido acompañado de prodigios: reyes y pastores postrados ante su cuna le adoran con el mas profundo respeto; los ángeles del empíreo hicieron resonar en los aires los dulces ecos de sus voces que entonaban cánticos de paz. Era la luz verdadera que alumbra á todo hombre: ya estaba en el mundo que fué hecho por él, y el mundo no le conoció; vino á los suyos, pero no le recibieron (1). ¡Oh adorables juicios de la divina sabiduría! La vida de este hombre Dios fué una vida de caridad; sus ocupaciones el hacer bien: con solo leer los anales de sus hechos en el Evangelio quedareis maravillados. Aquí para remediar una necesidad convierte el agua en vino: allí atendiendo á los ruegos de un ciego de nacimiento le da vista: tan pronto libra del demonio á un poseído, como da agilidad en sus miembros á un paralítico: ora le vereis multiplicar los panes y los peces para saciar á una turba hambrienta: ya dando nueva vida con el imperio de su voz á un hombre despues de muerto de mas de cuatro dias: lleno de caridad admitia á todos los que á él se acercaban; nadie le pidió un beneficio que no le recibiera de sus benéficas manos. ¿Quién le buscó y no le halló? ¿Quién le pidió y no recibió? ¡Ah! preguntadle á la Chanaea, y ella os dirá el efecto que tuvieron sus súplicas, no obstante que antes le habia mostrado su indignidad. Lleno de mansedumbre jamás se irritó contra ninguno, por mas que á él vinieran con dañadas intenciones. En sus resoluciones á las dudas que maliciosamente le presentaban, respondia con la mayor

(1) Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui non receperunt. Joan. cap. 1, v. 9, 10 y 11.

prudencia y guiado por la mas ardiente caridad: prueba de esto la contestacion que da á los que le preguntan si deben pagar tributo al César: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece (1).» Ved su justicia. Si le presentan á la mujer adúltera preguntándole si debia morir apedreada segun la ley: «El que esté sin pecado, díceles, que le tire la primera piedra (2).» Ved su caridad y su misericordia.

Decidme, mis hermanos: ¿habeis visto un hombre mas benéfico para la sociedad, mas lleno de virtudes? Pues si este hombre que por todas partes iba haciendo bien, segun la frase del Evangelio (3), le prenden los judíos, le presentan á los tribunales, le acusan de mil crímenes sin probarle ninguno, arrancando de la pluma de un juez venal, que no obstante conocer su inocencia cede á las exigencias de un populacho amotinado, una sentencia de muerte la mas injusta que ha pronunciado jamás juez alguno. ¡Sentencia terrible que pesa y pesará sobre los hijos del deicida pueblo! Conforme Jesus con la voluntad de su Eterno Padre, se resigna á morir no por sus propios pecados, pues que ninguno tenia ni podia cometer, sino por los nuestros que llevó sobre la Cruz, que colocandó sus verdugos sobre sus divinos hombros, se la hicieron llevar hasta el Calvario para crucificarle en ella. *Bajulans sibi crucem, exiit in eum qui dicitur Calvarie locum.*

(1) Reddite ergo quæ sunt Cesaris, Cesari: et quæ sunt Dei, Deo. Math. cap. XXII, v. 21.

(2) Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat. Joan. cap. VIII, v. 7.

(3) Qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos á idolo, quoniam Deus erat cum illo. Act. cap. X, v. 38.

No vamos, mis hermanos, á llegar hoy al lugar del suplicio, pues que antes tenemos que contemplar una terrible escena, capaz de hacer temblar á los cielos y á la tierra. Jesus camina ya al suplicio, rodeado de la turba infame que se burla de sus tormentos, y aquella Madre Purísima, en cuyas entrañas se revis-tiera de nuestra carne, le sale al encuentro, y fijase la vista de Jesus en María y la de María en Jesus. ¡Ah! ¡Terrible cuadro!!! ¡Escena de dolor cual jamás han visto ojos humanos! ¡Desconsuelo sin semejante el de una Madre que vé en tan lamentable estado al Hijo de sus entrañas!!! ¡Aflicion sin igual para un Hijo tan amante como Jesus, ver á su Madre tan llena de amargura!!!

Tal es, el cuadro de dolor, la escena trájica que somos llamados á meditar en esta tarde: el agudo dolor que atravesó el alma de la Santísima Virgen al ver á su divino Hijo en la calle de la Amargura, cargado con el peso enorme de la Cruz. La humildad de esta Purísima Señora, que no dirige una palabra de odio ni desprecio á aquella turba sacrilega, nos enseñará á practicar esta virtud fundamental del Cristianismo.

Dolorosísima Madre: no me es posible pintar al vivo vuestro dolor, en el paso que es objeto de nuestra contemplacion: no lo permite mi limitacion é insuficiencia, pero aunque no haya de presentar mas que un débil bosquejo á el pueblo fiel que me escucha, me son indispensables los auxilios de la Divinidad. Dignaos interceder por este pecador, mientras que nosotros os saludamos con el mayor afecto llena de toda gracia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Tuvieron cumplimiento por fin los vaticinios de los Profetas en orden á los tormentos y muerte del Redentor de la humanidad. Isaias, divinamente inspirado, le habia visto á través de los siglos, despreciado, hecho un varon de dolores, y reputado como leproso, herido de la mano de Dios y humillado, por tomar sobre sí nuestras enfermedades, y cargar con nuestros pecados (1). En efecto, Jesucristo á quien la impiedad y vileza de Judas habia entregado en manos de sus enemigos, habia pasado de tribunal en tribunal, sufriendo en todos ellos los mas crueles tratamientos, y siendo víctima de los mayores insultos, baldones y desprecios que jamás se hicieron pasar á un reo por horrendo que fuese su crimen. Aquí le dan una cruelísima bofetada que le hace verter sangre por sus divinos ojos: allí le cubren con la vestidura de los dementes: ora para entretener las altas horas de la noche, le vendan los ojos y le dan crueles golpes diciéndole: «Adivina quien te dió:» ora se vé comparado y despues pospuesto á Barrabás, célebre asesino; ya le azotan con la mayor crueldad, ya colocan sobre sus sienes una corona de penetrantes espinas, postrándose en su presencia con mofa y diciéndole: «Dios te salve, rey de los judíos:» despues, en fin, pronunciada la sentencia, le visten con su túnica para que sea de todos conocido, y poniendo sobre sus hombros el madero de la Cruz, dirige esa aquella terrible procesion al monte de las Ca-

(1) Isai. cap. LIII, v. 3 y 4.

laveras, lugar destinado para llevar á cabo el sacrificio.

¡Ah! Yo contemplo en este momento al inocente Isaac cargado con la leña del sacrificio, y le veo dirigirse con su padre al monte Moria: pero no hay comparacion entre él y Jesucristo: Isaac ignora que va á ser inmolado: Jesus sabe que es la víctima que va á ofrecerse á su Eterno Padre. Isaac nada habia padecido, al paso que Jesus está hecho un varon de dolores, no teniendo sana ninguna parte de su cuerpo, pues que era una viva llaga de los piés á la cabeza, á causa del martirio de la flagelacion, segun lo habia anunciado Isaias (1). Así, cual manso cordero, camina entre sangrientos lobos, sin exhalar un ay de queja, pues solo se presenta á su imaginacion la libertad del hombre. ¡Qué espectáculo tan lúgubre! Las roncadas trompetas hacen resonar sus ecos por el aire: la voz de los pregoneros anuncia la sentencia: un griterío inmenso da á comprender el regocijo de aquel pueblo bárbaro, sediento de sangre, que dirige improperios á la Divina víctima: unos arrojan sobre su hermoso y desfigurado rostro asquerosas salivas: este le pega empujones, el otro tira de los cordeles que penden de su cuello para hacerle caer en tierra, y todos le dirigen insultos é improperios: la sangre que vertia por sus heridas.... ¡oh! era hollada por las inmundas plantas de aquellos verdugos que no conocian su valor infinito..... ¿Os estremeceis, amados fieles? ¿Os llenais de estupor y espanto á vista de una escena tan trágica? Pues recobrad vuestras fuerzas y preparad vuestros es-

(1) A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. Isai., cap. I, v. 6.

piritus para la pintura del mas doloroso suceso que tiene lugar en la calle de la Amargura.

Jesus tiene una Madre y esta Madre quiere participar de los oprobios de su Hijo; desea padecer con él y quisiera en su compañía ser crucificada. Su corazon está atravesado con una espada de dos filos: sale presurosa y hácese paso por enmedio de las turbas.... ¿Pero á dónde vais, oh afligidísima Señora? Retiraos y no vayais á presenciar escena tan dolorosa, no vayais á afligir mas con vuestra presencia á ese purísimo José á quien ha vendido la mas detestable perfidia. ¿Y podreis resistir su vista? ¿Y acaso le conoceréis? Pero María no se detiene: corre presurosa, se interna entre el populacho, dirige la vista hácia adelante, vé el brillo de las lanzas, observa atentamente, y ¡oh dolor! vé entre ellas al amado de su alma. ¡Ay, dolorosa Madre! Cumplióse ya el triste vaticinio de Simeon, que no habiaís olvidado un solo momento: hasta aquí todo habia sido contradiccion y persecuciones: ahora todo son tormentos y dolores. Cumpliéronse tambien aquellas palabras de los Cantares: por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma (1), pero si en su pérdida cuando tenia doce años le encontrásteis en el templo, ahora, Madre mia, le encontrais, no entre los doctores mostrando su sabiduría infinita, sino agoviado y agonizante bajo el peso de su propio patíbulo. Ahora es cuando el corazon de María se llena de amargura: ahora es cuando puede esclamar con mas motivo que Ruth. *Amaritulline valde replevit me*

(1) Per vicus et plateas quæram quem diligit anima mea. Cant. capitulo III, v. 2.

Omnipotens (1). Haciendo esfuerzos por entre la confusión María llega á colocarse inmediata al Hijo de sus entrañas. Se miran mutuamente, pero ambos corazones son partidos por el dolor mas vehemente. ¡Qué angustia para el Señor ver á su Madre en tanta amargura! ¡Qué desconsuelo para María ver á su Jesus en estado tan triste, en situacion tan dolorosa! Yo confieso que no encuentro espresiones con que esplicarme.

A vosotras, madres de familia, recurrí cuando hablamos de la profecía de Simeon para que figurándoos en la posicion de María, comprendiéseis en algun tanto el tormento de su corazon, al escuchar el vaticinio. De nuevo recurro á vosotras. Si viéreis á un hijo vuestro sentenciado á la última pena ¿cuántas lágrimas no verterian vuestros ojos? ¿Qué pasos no dariais por librarle del brazo de la justicia? Y si no pudiendo conseguir nada, llegase la hora señalada para la ejecucion, y saliéreis de vuestras casas y corriéreis presurosas, y viéreis el fúnebre cortejo, y oyéreis el ruido de los tambores, y en suma, le viéreis con las manos atadas, caminar á paso lento en medio de bayonetas, ¿qué sentiria vuestro corazon? ¿Cuál seria vuestra amargura? Si la sola suposicion os estremece, si os hace verter lágrimas, ¿qué seria la realidad? Pues bien: contemplad ahora cuál seria el dolor de esa reina de los Serafines cuando vé á su inocentísimo Hijo, conducido del modo mas inhumano al suplicio, por aquellos deicidas que van aumentando sus tormentos.

¡Oh, calle de la amargura! ¡Cuánto me haces

(1) Ruth, cap. I, v. 26.

recordar el paraiso!.. En aquel veo, un hombre una mujer, un árbol... En tí descubro los mismos tres objetos; pero cuán grande diferencia!.. En el paraiso veo un hombre desobediente que arrastra á su posteridad á la mas lamentable desgracia... En tí, un hombre Dios obedientísimo que camina á ofrecerse en sacrificio para redimirnos. Allí una mujer que nos dió la muerte... En tí otra que nos dió la vida, dándonos el Salvador. En el paraiso, en fin, un árbol cuyo fruto fué de maldicion... en la calle de la Amargura y sobre los hombros de Jesus un árbol cuyos frutos son de vida eterna. ¡Qué amor mas extraordinario! ¡Qué caridad mas inmensa!

Continuemos nuestra atencion al cuadro de desconsuelo que presentan Jesus y María al verse en el camino del Calvario. Allí como dice el Justiniano enmudecieron sus sacratísimas lenguas, hablando tan solo sus traspasados corazones, aumentándose uno á otro recíprocamente sus tormentos, aumentándose el dolor de María, á la consideracion de la ingratitud de la humanidad (1). ¡Ah! María mira aquel Divino rostro en quien se miran los ángeles y le ve cubierto de sangre; aquella cabeza, centro de la sabiduría eterna y la ve atravesada por punzantes espinas; su hermoso cuello llagado por la crueldad con que tiraban de las cuerdas; aquellas manos que fabricaran el universo, sujetando el sacrosante leño. ¡Ay! A mí me parece oír el triste acento de esta dolorosa Madre, que dirigiéndose por fin á Jesus, Hijo mio,

(1) Mist. Ciud. de Dios, 2. par. núm. 1369.

esclama, ¿eres tú mi divino Emmanuel? ¿Eres tú el que yo tuve por nueve meses en mis entrañas y alimenté con el néctar de mis pechos? ¡En qué estado te veo!!! ¡Cuánto has padecido! Deja, deja por piedad esa Cruz y si es necesaria una víctima, aquí está tu Madre que morirá gustosa. Pero ya conozco que tú eres la única víctima que puedes aplacar la justicia del Eterno Padre; mas yo no puedo resistir la pena que me affige, el dolor que destroza mi corazón. ¡Hijo mio! ¡Hijo de mis entrañas!!! Palabras son estas que atormentan el corazón de Jesus mas que sus mismos padecimientos: por eso la dirige su mirada y la dice: ¿por qué, madre mia, habias de presenciar este espectáculo? ¿Por qué así vienes á hacer con tu presencia mas crueles mis tormentos? Retírate, Madre amante, y no vengas á presenciar la muerte de tu Hijo, que es necesario que se verifique. ¡Ah! ¡y Madre é Hijo se abrazan!... ¡Y los soldados tratan de separarles!... ¡Y Jesus cae en tierra!... ¡Y le levantan tirándole de los cordeles!... ¡Y vuelve á caer!... ¡Y se divisa el Calvario!... Apartemos nuestra vista de este lugar donde Madre é Hijo van á apurar el cáliz de la amargura hasta las heces. Mañana fijaremos nuestra consideracion en el Calvario.

Ahora, mis hermanos, contemplad si podeis la intensidad del dolor de la Santísima Virgen, en el affectivo paso del encuentro con su Hijo en la calle de la Amargura, y procurad acompañarla con los mas vivos afectos de tierna compasion, y veamos el modo como podemos imitarla en la leccion que hoy nos da de humildad profundísima, sufriendo sin exhalar una queja el agudo dolor que divide su corazón. Seguidme favoreciendo con vuestra cristiana atencion.

SEGUNDA PARTE.

¿Qué os dice vuestro corazón, hermanos míos, después de haber presenciado la escena trágica de la calle de la Amargura? No dudo que se habrán despertado en vosotros los mas nobles sentimientos de compasion hácia los dos personajes, cuyos padecimientos y tormentos venimos contemplando. Ese que agonizante camina cargado con el peso de la Cruz es nuestro Redentor: verdad es que no tiene aspecto de hombre, que está desfigurado y casi exánime, que está hecho una llaga de los pies á la cabeza, pero esto no obstante es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Cuánta caridad! ¡Cuánta humildad y abatimiento! Mortales: vosotros los que llenos de un orgullo con el que queréis dominar y avasallar á vuestros hermanos, vivís olvidados de vuestra pequeñez y miseria, fijad vuestra vista en la calle de la Amargura; observad esos preciosos modelos, y no podreis menos de quedar confundidos.

La soberbia, vicio funesto que convirtió en demonios á los ángeles rebeldes, fué el origen de la degradacion de la humanidad: no contentos nuestros primeros padres con el estado feliz en que habian sido colocados por Dios, aspiraron á mayor grandeza, y quisieron igualarse en sabiduría al Hacedor Supremo. ¿Qué hubiera sido de la humanidad, sin la venida del Reparador? El pecado habia levantado espumosas olas de ruina y perdicion.

Ni la gloria y honor que recibieran los escogidos Patriarcas, Profetas esclarecidos y privilegiados justos, ora conduciendo al pueblo, salvándole de sus enemi-

gos y manifestando el brazo Omnipotente que les conducia, ora entonando con salterio agradable y dulce cítara himnos en los que anunciaban al mundo su reparacion: ora con superior espíritu marcando los pasos, trabajos y aflicciones de un Dios, que esperarían las gentes hecho hombre por el hombre mismo, podían mitigar la tristeza que les ocasionaran los trabajos y aflicciones de la vida.

Noé ve en el Arca el único refugio que hallar pudiera para libertarse del general naufragio. Se salva él y su familia con los animales que encerrara por orden del mismo Dios, empero llora y suspira, sabiendo que aquel castigo era efecto de la soberbia y general corrupcion de los hombres, y clama por el remedio. Abraham recibe las bendiciones de Dios, se alegra en su futura dicha y con sonora voz canta que un sacrificio por siglos suspirado seria el remedio de los mortales. Angeles le acompañan, le libran de los peligros, pero no por eso deja de suspirar y en el sacrificio de su hijo Isaac conoce cuán miserable es la suerte del hombre. David anuncia el consuelo y la alegría al mundo, y cuando pulsa su arpa, riega el trono con sus lágrimas, reconociendo sus flaquezas, y en su continúa lucha con los coaligados reyes, tiembla y no halla consuelo en los trabajos de la vida. Isaias llora: Jeremías suspira: Daniel se aflige: tiembla Oseas, y con una misma voz, piden el remedio de sus males. Todos anuncian la venida del Mesías, todos dicen á los mortales: «Sanareis de vuestra enfermedad, cuando un Dios se presente entre vosotros, pierda su hermosura, eclipse su belleza, oculte su divinidad, y tomando sobre sí los pecados del mundo, satisfaga por todos al Eterno Padre.

Vino, señores, el suspirado remedio: tuvieron efecto los vaticinios, y el Príncipe de paz eterna hállase ya cargado con las maldades del mundo en el camino que conduce al monte del sacrificio. La soberbia es vencida, y el Eterno Padre mira desde el alto trono de su gloria, no á Adán desobediente y soberbio, sino á Jesus obediente y humillado; no á Eva que introduce el mal, sino á María que coopera á la obra de la Redencion; no á aquel árbol cuya fruta fué un tósigo de muerte, sino el árbol sacrosanto de la Cruz bajo el cual camina agonizante el divino Nazareno.

Decidme, pues, mis hermanos: ¿Cuál debe ser el libro de estudio del cristiano? ¿Cuáles los modelos que debe tener delante de los ojos? ¡Ah! no otros que Jesus y María. ¿Podeis concebir un cristiano sin humildad, cuando Cristo vino á vencer la soberbia? ¿Podrá decir, yo soy un discípulo de Jesucristo, el que rehusando las mortificaciones y la humildad de la cruz, vive en la altivez y en la soberbia? No os hagais ilusiones: renunciar á la humildad es renunciar al cielo: si por soberbios salieron de esa morada de paz los ángeles rebeldes, ¿qué espera el hombre altivo, despues que Jesucristo le ha señalado el camino de la humildad como único que conduce al cielo?

Causa en verdad un profundo dolor el ver á muchos cristianos, que olvidados de sus deberes religiosos y de las promesas que hicieron en el bautismo, no solo tienen el corazón entregado á los placeres, sino que llenos de soberbia desprecian á aquellos de sus prójimos que son menos sábios ó de mas pobre cuna que ellos: guiados por tan funesta pasión no perdonan la menor injuria, y procuran vengarse de la mas mínima ofensa; engreidos por la posición que ocupan

ó por los bienes que poseen, creen ser de mejor condicion que sus hermanos, y en su boca solo se hallan palabras denigrantes para sus domésticos y dependientes. Estais ciegos, hombres altivos, cuando no conoceis vuestra pequeñez y miseria: estais engreidos con vuestros bienes y son percederos, con vuestra grandeza y dura cuatro dias, con vuestra posicion social y parareis en la hediondez de un sepulcro. ¿Teneis fé? ¿Quereis aprovecharos de la sangre de Jesus y de los dolores de María? ¿Quereis ser ensalzados á la grandeza de la gloria? Pues humillaos y no olvidéis lo que nos dice Jesucristo: que el que se ensalzare será humillado, y el que se humille será ensalzado: *Qui se exaltaverit humiliabitur; et qui se humiliaverit exaltabitur.*

¿No os gloriáis, mis hermanos, de ser devotos de la Santísima Virgen? ¿No deseáis su proteccion y amparo? ¿No fundáis en ella despues de Dios vuestra esperanza? ¿Pues cómo os protegerá, cómo alcanzareis los frutos de su devocion si sois soberbios? La soberbia fué la autora de los tormentos y muerte de su Hijo y de sus propios dolores, y así no os protegerá si no os humillais. ¿Por qué fué ella bienaventura? Porque fué humilde. *Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

¡Ah! ¡qué heroicamente practicó esta virtud sublime en el paso que hoy hemos meditado! Ella veía lo que hacian padecer los verdugos al Hijo de sus entrañas: oía los insultos y sarcasmos que le dirigia aquel populacho: tenia el dolor de presenciar las risas y bufonadas, el sacrilego atentado de escupir en su divino rostro, y tirarle de sus barbas con la mayor crueldad. Y á pesar de esto María ni una mirada de enojo ni una

palabra de queja dirigia á aquellos lobos carnívoros. Siente en su alma los mismos tormentos que Jesus en su cuerpo; su corazon se ve traspasado de dolor; pero sierva humildísima adora los decretos de la Providencia, y se resigna á cuanto es voluntad del Señor.

Y la que de tal modo obra: la que así se humilla tan profundamente, no solo es grande por su cuna, sino que lo es mucho mas sin comparacion por su altísima dignidad con la que no puede competir mortal alguno. ¿Pero cómo podia obrar de otra manera la que al escuchar las palabras del ángel que la elevaban sobre todas las criaturas, se humilla hasta el extremo de llamarse esclava? ¿Cómo no habia de ser humildísima la Madre del Dios que vino á destruir la soberbia? ¡Ah! Nada es nuestra grandeza comparada con la suya: es mucho menos que si comparamos la altura de un grano de arena con la de los célebres montes de la Armenia; y sin embargo, nos ensoberbecemos y huimos de la humildad, virtud á quien los apasionados del mundo llaman bajeza. Piense como quiera el hombre que nada vé mas allá del sepulcro: nosotros, que por la Divina misericordia vivimos en la fé de la católica Iglesia, sabemos que no debemos vivir sino en Jesucristo, el cual no reconocerá por hijo á aquel que no haya andado por los caminos de la humildad.

En vista pues de esta verdad, procuremos practicar virtud tan agradable á los ojos del Señor, y tan recomendada en las sagradas letras: Jesucristo que nos la enseñó humillándose hasta la muerte, nos dice de continuo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *discite á me quia mitis sum, et humilis corde.*» Y María, esa Madre dolorosa, objeto de nuestro tierno

amor, nos llama á sí mostrándonos su humildad y enseñándonos el camino de la salvacion. ¿Conoceis toda la desgracia del que carece de la gracia de Dios? Pues esta gracia se concede tan solamente al humilde y se niega al soberbio: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (1).

Haced, Virgen dolorisima, que teniendo nuestros ojos siempre fijos de los grandes ejemplos de humildad que nos dejasteis, lloremos nuestros pasados extravios y actos de soberbia, y siguiendo tan hermoso camino consigamos la herencia que Jesucristo nos conquistó en su sangre; obra á la que vos concurrísteis y en la que sufrísteis tan acerbos dolores, que es la gloria que os deseo. Amen.

(1) Jacob, cap IV, v. 6.

SERMON

SOBRE EL

QUINTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA,

Crucifixion.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Los Profetas lo habian predicho á través de los siglos, y el mismo Jesucristo lo habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. *El hijo del hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido: y despues que le azotaren le quitarán la vida y resucitará al tercero dia* (1). En efecto, esta sangrienta escena que para su remedio esperara el mundo, háse verificado con las circunstancias mas terribles y dolorosas.

Era el año de la creacion del mundo, cuatro mil y treinta y tres, segun el cómputo comun: al cumplirse la semana setenta de la célebre profecía de Daniel:

(1) *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de filio hominis. Tradetur enim gentibus et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur. Et postquam flagellaverit, occident eum, et tertia die resurget.* Luc. cap. XVIII, v. 31, 32 y 33.

amor, nos llama á sí mostrándonos su humildad y enseñándonos el camino de la salvacion. ¿Conoceis toda la desgracia del que carece de la gracia de Dios? Pues esta gracia se concede tan solamente al humilde y se niega al soberbio: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (1).

Haced, Virgen dolorisima, que teniendo nuestros ojos siempre fijos de los grandes ejemplos de humildad que nos dejasteis, lloremos nuestros pasados extravios y actos de soberbia, y siguiendo tan hermoso camino consigamos la herencia que Jesucristo nos conquistó en su sangre; obra á la que vos concurrísteis y en la que sufrísteis tan acerbos dolores, que es la gloria que os deseo. Amen.

(1) Jacob, cap IV, v. 6.

SERMON

SOBRE EL

QUINTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA,

Crucifixion.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Los Profetas lo habian predicho á través de los siglos, y el mismo Jesucristo lo habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. *El hijo del hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido: y despues que le azotaren le quitarán la vida y resucitará al tercero dia* (1). En efecto, esta sangrienta escena que para su remedio esperara el mundo, háse verificado con las circunstancias mas terribles y dolorosas.

Era el año de la creacion del mundo, cuatro mil y treinta y tres, segun el cómputo comun: al cumplirse la semana setenta de la célebre profecía de Daniel:

(1) *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de filio hominis. Tradetur enim gentibus et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur. Et postquam flagellaverit, occident eum, et tertia die resurget. Luc. cap. XVIII, v. 31, 32 y 33.*

viernes á veinte y cinco de marzo, como sienten graves autores, cuando en la ciudad de Jerusalem tuvo efecto la muerte de Cristo, en lo mas elevado del monte Calvario, á presencia de la multitud de gente que habia acudido á aquella capital para la celebracion de la Pascua. El que del modo mas inhumano es crucificado en medio de dos ladrones, es la santidad por esencia, impecable por naturaleza. Muere por el hombre, y para salvar al hombre paga la pena de los delitos de la humanidad.

Dirijamos nuestra vista al monte del sacrificio, y contemplemos el grandioso, al par que el triste espectáculo que en él se nos presenta. Tres cruces: en las de los extremos penden los cuerpos de dos malhechores: en la del centro y cosido con duros clavos está un cadáver cubierto de sangre y hecho una llaga de los pies á la cabeza: esta la tiene coronada de espinas, y sobre ella, en lo mas alto de la cruz hay un rótulo que dice: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS. Reina ya en aquel lugar un sepulcral silencio, y si algo se oye es el lejano ruido que forman las carcajadas de los inicuos verdugos que se retiran, y al pié de este cadáver inmóvil junto al patíbulo, una mujer en estado del mayor abatimiento. ¡Esta mujer es madre! ¡Es madre del que pende de la cruz!.... ¡Ah! ¡Cuál estaria aquel corazon maternal!.... ¡Qué pena atravesaria el alma de aquella esforzada y valerosa Respha!.... Ver morir á un hijo y con muerte tan desastrosa, es la mayor de las penas posibles, es.... ¿Pero qué reflexiones voy á hacer? Abramos el Evangelio, ese libro santo donde se nos refieren los acontecimientos de nuestra redencion, y enterémonos de la magnitud de los dolores y angustias de la Santísima María.

Estaba al pié de la cruz de Jesus María su Madre.... ¿Qué mas? Nada mas nos dice con respecto al dolor de María el Evangelio. ¿Cómo así? ¿Cómo tanto laconismo? ¿Cómo tan breves palabras para espresar un tan grande acontecimiento? No hay que estrañarlo, señores. Oprimidos los Evangelistas de compasion y ternura hácia la bendita Madre del Redentor, nada se atrevieron á decir: la pluma caia de sus manos, y así como dejando otras circunstancias de la crucifixion, tan solo dicen: *Crucifixerunt eum*; para espresarnos el dolor de la Madre, y que conozcamos lo agudísimo é intenso que fué, solo usan de estas palabras, tan breves como elocuentes: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Y dispúso solo así el Altísimo, dice un Padre, para que nosotros meditásemos en las circunstancias que dejaron por esplicar los Evangelistas para nuestro mayor mérito (1).

Y á la verdad, mis amados oyentes, ¿qué mas pudieran decir los Evangelistas para hacernos comprender el dolor de la Santísima Virgen? Decirnos que presenció el sacrificio de su Hijo, ¿no es lo mismo que decirnos que apuró el cáliz de la amargura, y que fué la heroina mas fuerte que han conocido los siglos? ¿Puede darse martirio mayor que el de una Madre que presencia los grandes tormentos del hijo de sus entrañas, y que despues está fija al pié del patíbulo donde ha concluido su vida? En verdad que yo me veo confuso y no encuentro espresiones con que esplicarme, para haceros comprender el martirio de la Santísima Virgen.

Vamos, pues, á contemplar el dolor agudísimo de

(1) S. Bern. Senens.

esta Reina Soberana en la Crucifixion del Divino Jesus, y por punto moral haremos ver que la corrupcion de costumbres en sus hijos adoptivos los cristianos, renueva este dolor en la Señora. Vuestra atencion debe ser profunda cuando la materia es de tanto interés. Para que yo pueda tratar estos puntos con dignidad y acierto, me son indispensables los auxilios de la divina gracia. Por la intercesion de esta Reina de los mártires podremos conseguirla: á este fin saludémosla con las mismas palabras del celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Despues que habia sufrido los mas crueles tratamientos en el camino del suplicio; despues de caer y levantar repetidas veces, llegó el Divino Nazareno al monte Calvario, seguido de aquella amorosa Madre que coronada de tribulacion, se habia propuesto no separarse un momento de su amantísimo Hijo. ¡Qué nuevas escenas van á representarse! ¡La pluma se resiste á describirlas! Jesus se entrega á la muerte porque, como habia dicho Caiphas, sin entender lo que decia, convenia que muriese por la salud del pueblo (1). El mansísimo Cordero es despojado de sus vestiduras, quedando desnudo á vista del extraordinario concurso que habia acudido á presenciar el sangriento espectáculo. María fija su vista en el cuerpo de Jesus y dos diversos motivos contribuyen á avivar su dolor. El uno es su desnudez. La mas pura de las criaturas, ¡qué dolor, que vergüenza no esperimen-

(1) Quia expedit unum hominem mori pro populo. Joan. capitulo XVIII, v. 14.

taria al ver á su Hijo en la mas completa desnudez! Por eso corre presurosa, como dice S. Anselmo, y quitándose las tocas de su cabeza, se las coloca en su cintura. El otro motivo de su afficcion, es el ver aquellas benditas carnes despezadas por los azotes y demás tormentos. ¡Oh! ¡Qué no experimentaria el alma de la Señora al ver aquel sagrado cuerpo cubierto de sangre y heridas, al ver á aquel Hijo amado, mas hermoso que el lucero de la mañana, todo desfigurado á fuerza de los tormentos que habia sufrido, y de la sangre que habia vertido! ¡Ah! Que recordaria y veria cumplido el vaticinio del coronado Profeta. «Yo soy gusano y no hombre: oprobio de los hombres y deshecho de la plebe (1).» Porque en efecto, si consideramos al Salvador en el Calvario, aun antes de ser crucificado; si observamos su lastimoso estado, veremos que ni siquiera tiene aspecto de hombre. Empero sigamos la triste narracion de lo acaecido en el lugar de la crucifixion.

Despojado el Salvador de sus vestiduras, tienden la cruz en el suelo, y haciendo los barrenos para los clavos, mandan al Señor que se tienda sobre ella. Ponen el clavo sobre su mano derecha, sobre esa diestra poderosa que tanto beneficio dispensára á los hombres: álzase el inhumano martillo y dá el cruel golpe que la traspasa de parte á parte. ¡Y María lo vé!... ¡Y María oye el terrible golpe, que dió en medio de su corazón, dividiéndosele de parte á parte!... Y esta afligidísima Madre no puede articular palabra, pues quedó como muerta, segun la misma Señora reveló á su sierva santa Brígida. Basta, Señora, retiraos del Calvario,

(1) Ego sum vermis, et non homo: opprobium hominum et abjectio plebis. Ps. XXI, v. 7.

idos de ese monte de dolor y de amargura: ya habeis sentido el golpe del martillo: no os quedeis á presenciarse el resto de la crucifixion, porque tal vez morireis á fuerza del dolor. Mas yo conozco que sois una heroina sin par, una criatura obedientisima á los designios de la Providencia, mas que Abraham, que condujo á su hijo al sacrificio, y levantó su brazo para sacrificarle.

Clavada la mano derecha del Redentor, hicieron lo mismo con la izquierda y con los piés, y como con dañada intencion hicieron los barrenos mas distantes de lo que era necesario, aumentaron sus tormentos, tirando de su brazo izquierdo y sacratisimos piés con sogas y cadenas hasta hacerlos llegar á los barrenos. De este modo clavada ya aquella sacratisima humanidad, elevaron la cruz á presencia de aquel pueblo ávido por su muerte, dejándola caer despues en el agujero de la peña. Considerad, señores, este cruelísimo acto, y contemplad qué tormento produciria en el Señor el estremecimiento de su cuerpo, que precisamente le renovó todas sus llagas, de las cuales así como de las heridas de los clavos salia la sangre en abundancia. Y Jesus en la cruz dirige su vista á María, y María fija la suya en su amantísimo Hijo. ¡Como tuvisteis, Señora, valor para sufrir tanto!... Ahora conozco la razon con que un contemplativo dice, que padeció aun mas la Madre que el Hijo, puesto que los dolores de Jesus se repartieron por todos sus miembros, al tiempo que en María se reconcentraron todos en su corazon (1). Estupefacta y como fuera de sí, y cruzadas las manos ante el pecho, no hace otra cosa que contemplar el lastimosísimo estado en que en-

(1) Ricardo á S. Vict.

cuentra al Hijo de sus entrañas, y á través de un dolor cuya intensidad no podemos comprender, da al mundo ejemplos admirables de todas las virtudes. Inmóvil al pié de la sagrada cátedra donde el Salvador con siete palabras vá á enseñar á la humanidad, las ejercita todas de un modo admirable.

Y en efecto, tal era el estado de Jesus que estaba exactamente cumplida la profecía de David, que divinamente inspirado habia dicho: «Horadaron mis manos y mis piés: contaron todos mis huesos, y ellos me estuvieron observando y mirando; se repartieron mis vestiduras y sobre mis ropas echaron suertes (1).» Y en este estado le contempla la que es invocada con la mayor justicia Reina de los mártires, y cree firmemente que es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Qué fé tan heroicamente practicada! Y ejercita la esperanza, pues que viéndole agonizante en la Cruz, está persuadida que segun su palabra resucitará al tercer día, y saliendo glorioso del sepulcro subirá despues á ocupar su trono en la gloria. ¡Su caridad en este acto no puede ser mas heroica! Ama á su Hijo con un amor de preferencia; pero ama tambien á la humanidad: sabe que el sacrificio de Jesus es necesario para la salvacion del mundo: que no hay medio posible entre la muerte de su Hijo ó la pérdida de los hombres, y se conforma por mas que sea dolorísimo para su corazon, con los padecimientos, afrentas y muerte ignominiosa de su Divino Benjamin: resuenan en sus oidos los gritos y blasfemias de aquel pérfido y deicida populacho,

(1) Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me: diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem. Ps. XXI v. 17, 18 y 19.

y los sarcasmos y burlas del que á su izquierda pendia de otra cruz; y tan profundamente humillada estaba que ni una mirada de enojo les dirige. ¡Ah! qué obediencia mas singular! Ella sabe que es voluntad de Dios se consume el sacrificio, y en vista de esto dice un Padre, sino hubiese habido verdugos, María por sus mismas manos le hubiese sacrificado. ¿Cómo así? ¿María que tan estrechísimamente amaba á su Hijo, y cuyos tormentos eran penetrantes espadas que dividian su corazon, hubiera tenido el valor y ánimo suficiente para ello? A esta pregunta contestaré con otra: Habiendo recibido Abraham la orden de Dios para sacrificar á su hijo querido Isaac, ¿no puso la leña sobre sus hombros, y formado el altar no le tendió en él, y levantó su brazo para dejar caer sobre cuello la cuchilla? ¿Y creéis por ventura que la Virgen sin mancilla, que escedió en virtudes á todos los justos, no fuese aun mas obediente á la voz de Dios que el Padre de los creyentes? Pensar de otro modo seria un absurdo; seria no conocer los designios de Dios hácia María, ni la grandeza, virtud y heroismo de la venturosísima Madre del Redentor. ¿Y qué diremos de su paciencia? ¡Ah! que aquella del paciente de Hus al verse en el estado mas pobre y miserable, cubierto de heridas, no puede servirnos de punto de comparacion para expresar la de la Santísima Virgen al pié de la cruz de su Santísimo Hijo. Figuraos estar presenciando aquel trájico espectáculo: representaos á María regando el lugar aquel con sus copiosas lágrimas, asida fuertemente al leño sacrosanto de nuestra reparacion, y al ver su resignacion maravillosa no podreis menos de admirar lo heroico de su paciencia, y derramar lágrimas de ternura y compasion.

¡Oh Madre, la mas dolorosa de todas las madres! Con razon el padre San Gerónimo os llama mártir del amor y del dolor, y San Bernardo contemplándoos en el Calvario, dice que sois mas que mártir. Ahora es cuando me parece oirla esclamar con el mas triste y doloroso acento: «Mi dolor es sobre todo dolor; mi corazon está entristecido dentro de mí (1).» ¡Ah! con cuánta razon usaria de las espresiones del profeta de los lamentos: ¡Oh, vosotros, todos los que por aquí pasais, atended y ved si hay dolor que se iguale ó asemeje al que yo padezco! *¡Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus (2)!*

En efecto, Virgen purísima y reina de todos los mártires: no ha habido, no hay, no puede haber un dolor que pueda asemejarse á vuestro dolor: no hay una afliccion que pueda compararse con la vuestra. Ni la de aquella madre que oye la sentencia de Salomon de que su hijo sea dividido en dos partes para que fuese repartido entre ella y la fingida madre: ni el dolor de afliccion de Esther al saber el decreto de esterminio para su pueblo amado, arrancado á Asuero por la perfidia de Amán: ni el desconsuelo de Agár al ver que su hijo perecia de sed: ni la amargura de Respha al ver pendientes de las cruces á sus hijos: ni... ¿Pero qué mas? Yo creo que si vuestro dolor se repartiese entre todas las criaturas que pueblan el universo, todos moririamos á la vehemencia del dolor. ¡Ah! contempladla, cristianos, y oidla como os dice en su afliccion. Es verdad que yo soy la criatura mas colmada de gracia y de virtud, pero no me lla-

(1) Dolor meus super dolorem, in me cor meum mœrens. Ferem. cap. VIII, v. 18.

(2) Thren. cap. I, v. 12.

meis hermosa, llamadme amarga, porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura. *Ne vocetis me Noemi, sed vocate me amaram, quia amaritudine valde replevit me. Omnipotens* (1). Dolor amargo fue en efecto el de María al pié de la Cruz. ¿Y dudais vosotros de que no le haria mas amargo el oír las blasfemias que á su Hijo dirigian los verdugos, el conocimiento anticipado de los cristianos, que relajados en sus costumbres, habian de repetir aquellas execrables blasfemias? Sí, mis hermanos, el claro conocimiento que tenia de los pecados gravísimos de muchos cristianos, concurrió, como dice el erudito Cartagena, á hacer mas intenso el dolor de su corazón (2). Vamos, pues, á entrar en el exámen de esta verdad, y veremos claramente la ingratitud de aquellos que rehuevan cada día con sus blasfemias y perversas costumbres este dolor de la Santísima Virgen. Continúad vuestra atención.

SEGUNDA PARTE.

Si observamos, mis amados hermanos, nuestras costumbres y modo de obrar, veremos que distamos mucho de ser como es nuestro deber, buenos cristianos. ó mejor diré, vendremos en el conocimiento de que deshonoramos el cristianismo. Si concurrimos con buena voluntad al templo, y al mismo tiempo la soberbia domina nuestros corazones, vivimos apartados de Jesucristo que nos prescribe y enseña la humildad. Si frecuentamos los santos Sacramentos, y lejos de servirnos este pasto espiritual para nuestra correccion y

(1) Ruth. cap. I, v. 20.

(2) Carthag. hom. 3.

enmienda, seguimos con la amistad que nos pierde, ó con el vicio que nos domina, somos unos sacrilegos profanadores de las cosas mas santas. Tal vez vivimos tranquilos porque cumplimos con algunos de nuestros deberes, por mas que nos olvidemos de los mas principales, ó vivimos sin temor porque damos algunas limosnas, aunque tengamos el corazón entregado á los placeres del mundo y estemos en conciencia de pecado mortal.

Estas vanas persuasiones no dejan de ser errores de gran bulto, que cada día aumentan el número de los réprobos: para ser buenos, para ser verdaderos cristianos es necesario reunir todas las virtudes, así como para ser la contraposicion de los discípulos de Jesucristo, basta tan solamente un vicio ó una costumbre contraria á las leyes del Evangelio. En confirmacion de esto, decidme; si un cristiano cree en todos los misterios y cuanto la Iglesia nos manda creer, menos en uno, ¿no será hereje como si todos los negase? Así de este modo es pecador, falta á su Dios y se hace reo de pena eterna, aquel cristiano, que practicando algunas virtudes, está envuelto en un vicio que no quiere dejar por mas que conozca que él le lleva á su ruina.

Hay por desgracia no pocos cristianos, que interpretando á su antojo la ley de Dios, fórmanse una religion á su capricho. No exajero. Recorred el cuadro social, encontrareis egoistas codiciosos, cuyos corazones se hallan enteramente metalizados: los vereis asistir diariamente al santo sacrificio de la misa, á la predicacion de la divina palabra y á cuantos ejercicios de piedad se practican en la Iglesia: no faltarian a nada de esto porque se creerian en mala con-

ciencia: sus lenguas, lejos de emplearse en la blasfemia ó murmuracion, entonan los cánticos sagrados de la Iglesia, y se asustarian tal vez si les habláseis de asistir á un espectáculo ó diversion, aun de las mas licitas. Pero habladles de sus criminales negocios; decidles que es contraria á la ley de Dios la usura con que se enriquecen á costa de la necesidad agena, y os presentarán mil argumentos para justificarse: os dirán que no es mucho el interés que exigen si se atiende á las contingencias á que se espone de perder sus intereses, y queriendo hacer aparecer como virtud lo que es una verdadera maldad, querrán persuadiros que son unos bienhechores de la humanidad, toda vez que están prontos á enjuagar las lágrimas del desvalido. Funesto error de fatales consecuencias. Vereis otros, que no mirando con ese apego los bienes de fortuna, y conociendo el deber de la caridad fraterna, están prontos para hacer bien y con sus limosnas llevan el consuelo á familias atribuladas: tambien estos son vistos en el templo y están adornados de virtudes religiosas y civiles; pero decidles que rompan los lazos pecaminosos que les unen con otras personas de diverso sexo, que se aparten, ó se unan con los lazos del matrimonio, con aquella mujer con quien viven de un modo contrario á lo que Dios manda, y no tardarán en contestaros que no dan escándalo y que no conviniéndoles por fines particulares la union sacramental, no se hallan con fuerzas suficientes para romper sus relaciones. Los que así, ó de modo semejante obran, viven sin conocer que á pesar de las buenas obras que practican, son el contrasentido de la vida cristiana, y caminan por cuesta resvaladiza que concluye en el infierno.

Dejo á vuestro juicio el decidir si estos cuadros son exagerados, ó si es real y verdaderamente lo que sucede con la mayor frecuencia por desgracia. ¿Y qué diremos de otros muchos que dando al olvido la ley de Dios no en una sino en todas sus partes, viven de un modo gentílico, y así blasfeman de Dios, como blasfemáran los judíos al ver á Jesucristo pendiente de la Cruz? ¿Calificaremos á estos de cristianos? Diremos que son miembros de la Iglesia de Jesucristo por mas que estén bautizados? ¡Ah! esto que sucede á cada paso, esta escandalosa corrupcion de costumbres que se observa en el pueblo cristiano, veiala la Santísima Virgen con la superior inteligencia que la distinguia, y esta representacion era, como dijimos, la que hacia mas amarga su pena y afliccion, cuando inmóvil al pié del leño sacrosanto de la Cruz contemplaba con el corazon partido de dolor lo mucho que costaba al Hijo de sus entrañas la redencion de la humanidad, y la ingratitud monstruosa de muchos cristianos que no queriéndose aprovechar del fruto de la divina sangre, habian de renovar los insultos, blasfemias y desacatos de los hijos del deicida pueblo. ¿Será posible, hijo de mi alma, esclamaría vertiendo un torrente de amargas lágrimas, que tantos azotes, tantos golpes, tan innumerables heridas, tantos insultos y una muerte tan cruel sufrida por el hombre, sea mirada por el hombre mismo con indiferencia ó con desprecio? ¿Será posible que no obstante tu sacrificio se quieran condenar las criaturas? ¡Qué ingratitud! ¡Qué nuevo cuchillo para el corazon de tu desconsolada Madre!

Ahora, mis hermanos, ni Jesucristo se halla pendiente de la Cruz, ni María está presenciando la tragedia lúgubre del Calvario. El Hijo ocupa glorioso su

trono en el empíreo, y la Madre otro trono inmediato al suyo y á mas altura que todos los bienaventurados, y aun los mismos espíritus angélicos, lugar que mereció por sus grandísimas virtudes. ¿Y creéis que ahora ama María menos á su Divino Hijo que cuando ambos vivian entre nosotros? ¿Y creéis que sea menos celosa por su gloria? No podeis hacer tan absurda suposicion. Y si tanto martirio sufrió la Señora al presenciar en el Gólgotha los tormentos de Jesus; si tanto, como hemos visto, se afligia al escuchar las blasfemias é insultos del insolente populacho: si su dolor se aumentó con la prevision de la ingratitude de las criaturas, ¿no renovaremos su dolor con nuestra anticristiana conducta?

Vosotros sabeis, y esto ciertamente os llena de consuelo, que el Salvador nos dejó á la Santísima Virgen por madre en el árbol de la Cruz; que por esta feliz herencia somos elevados á la dignidad de hijos adoptivos de María y hermanos de Jesucristo, que es nuestro padre y nuestro libertador. ¡Cuán necesaria nos es la proteccion de esta amorosa Madre! Medianera de intercesion entre nosotros y su Divino Hijo, está pronta á alcanzarnos las gracias y favores que necesitamos. Su Hijo, que la ama con un amor sin límites, nada la niega de cuanto le pide, por lo que confesando San Anselmo su poder, esclama en el fervor de su devocion: María acude á Dios no rogando, sino mandando. ¿Qué, pues, podrá faltarnos si María nos patrocinara, si nos acoge bajo su manto de misericordia? ¿Temeremos acaso á cuantos enemigos puedan rodearnos? Pero ¡ay! cristianos! ¿Cómo estará dispuesta la Santísima Virgen á protegernos y á dispensarnos sus bondades, si nosotros renovamos con nuestras malas costumbres sus dolores? ¿Cómo nos alcanzará el objeto de

nuestras súplicas, si menospreciamos la ley de su Santísimo Hijo? ¿Cómo se mostrará con nosotros cuál solícita madre, si somos hijos rebeldes é ingratos? Si somos verdaderos devotos de María, si compadecemos sus dolores y suspiramos por su proteccion, necesario es que procuremos arreglar nuestra vida, enmendar nuestras costumbres y vivir en pureza y santidad, al modo que Jesucristo nuestro Redentor y Maestro nos prescribe. Obrar de otro modo es renunciar de Jesucristo y de su Madre, y ser crueles para con nosotros mismos, optando por la condenacion.

Para ello procuremos tener siempre presentes los tormentos y muerte de Jesus y los dolores de María. Cuando la tentacion nos cerque, recordemos lo mucho que costó nuestra redencion: fijemos nuestra consideracion en el Calvario, y el recuerdo del sacrificio que allí ofreciera el Salvador á su Eterno Padre por nosotros, será una medicina eficaz que nos apartará del mal, y nos hará entrar en el cumplimiento de nuestros deberes.

Virgen dolorosísima, llenos del mas grande pesar reconocemos que hemos sido ingratos á vuestro Santísimo Hijo, no habiéndonos aprovechado hasta ahora de los méritos de su pasion y muerte: hemos pecado, hemos quebrantado la divina ley, y os suplicamos, misericordiosísima Señora y Madre nuestra, por su muerte y vuestros dolores, que os digneis presentarle nuestras lágrimas y arrepentimiento, y nos alcanceis el perdón y la gracia, para que viviendo en adelante como verdaderos cristianos, y meditando en la tierra su pasion y vuestros dolores, consigamos un dia la feliz posesion de la bienaventuranza de la gloria. Amen.

debe haber cometido Israel, cuando pesan sobre él todas las iras del Eterno. ¿Qué has hecho, sinagoga infeliz? ¿Cuál es tu crimen? ¿Quién ha trocado la predilección del Eterno en ese odio que te destruye y esperece por todo el ámbito de la tierra? Dolorosa es tu ceguedad cuando aun no quieres reconocerlo. Un día tus Padres derramaron la sangre de un cordero para ser libres de la espada del Angel exterminador: pero vosotros derramásteis después la sangre del inmaculado Cordero, á quien por vuestro odio é infidelidad crucificásteis en un madero. Su sangre, digísteis, caiga sobre nosotros y nuestros hijos (1): ¡terrible maldición, cuyos funestos efectos estais experimentando!

Sí, cristianos: el divino Nazareno es el término de los sacrificios de la antigua ley, siendo el que ofrece un sacrificio de expiación y reconciliación eterna. No correrá ya la sangre de los animales vertida por el sacerdote, porque el mundo ha visto derramarse la deificada sangre de un Dios hombre sobre el mas elevado monte donde termina para siempre la desgracia de los hijos de Adán. Jesucristo en la cruz, como el prometido por los Profetas es la víctima, y el sumo Sacerdote que se ofrece voluntariamente al Padre en medio de los mas crueles tormentos.

Fijamos ayer nuestra vista en el Calvario, se escitó nuestra compasión y las lágrimas vinieron á humedecer nuestras mejillas, cuando elevados nuestros espíritus contemplamos la trágica escena llevada á cabo en aquel sagrado monte. Presenciamos en espíritu la crucifixión del Hombre Dios, y admiramos con los sentimientos de la mas viva compasión la heroicidad

(1) Sanguis ejus super nos, et super filios nosotros. Math. cap. XXVII, versículo 25.

SERMON

SOBRE EL
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
SESTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Lanzada y descendimiento.

Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.... Post hæc rogavit Pilatum Joseph ab Arimathæa ut tollere corpus Jesu. Et permisit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus Jesu.

Uno de los soldados abrió su costado con una lanza y en el momento salió de él sangre y agua. Después José de Arimathea pidió licencia á Pilatos para recoger el cuerpo de Jesús, lo que le concedió. Vino, pues, y bajó el cuerpo de Jesús.

Joan. cap. XIX, v. 34 y 38.

Si considerais, mis señores, lo favorecido que fué en otro tiempo el pueblo de Israel: si os admira la descripción del suntuoso templo fabricado por Salomón por orden expresa del mismo Dios, y observais después su destrucción y ruina, la decadencia de aquel pueblo, cuyos hijos errantes viven en el mundo sin profetas, altar, templos ni sacerdotes, no podreis menos de esclamar: ¿Dónde están las glorias de Israel? ¿Qué se ha hecho de su templo, ministros, grandeza y dignidad? ¡Ah! Qué horrendo crimen

de aquella mujer varonil, que siendo Madre de la divina víctima que pendia de la Cruz, tuvo todo el valor necesario para no apartarse de ella. *Consumatum est*, habia dicho el que se sacrificara por nosotros, é inclinando la cabeza espiró. ¿Creeréis, por ventura, que la Santísima Virgen no tendrá ya mas motivo de dolor que la pena consiguiente á la pérdida del Hijo de sus entrañas? Viendo muerto en la Cruz los pérfidos judíos al que era objeto de sus persecuciones é insaciable odio, tal vez juzgareis que hayan tenido término los sarcasmos é insultos, y que María no tendrá que presenciar nuevos ultrajes hechos á la persona del Salvador. ¡Ay, mis hermanos! la sinagoga ha terminado su obra: sus deseos por la muerte del Salvador hanse visto satisfechos, pero aun restan nuevos ultrajes. Uno de los soldados enristrando su lanza abrió con ella el sacratísimo costado del Salvador, saliendo al punto por la herida sangre y agua. Aquella sacratísima humanidad no sintió tan inhumano golpe por estar cadáver, pero la lanza hizo una profundísima herida en el corazón de aquella Madre purísima, cuyos dolores por disposicion de la Providencia divina duraron aun mas allá de la muerte de Jesus.

El dolor, pues, que recibió la Santísima Virgen en la lanzada de su Divino Hijo, y la angustia que recibió al tomar en sus brazos el sagrado cadáver, luego que por los piadosos varones fué descendido de la Cruz, es el objeto compasivo que hoy somos llamados á contemplar. ¡Plegue al cielo que compadecidos nosotros de su dolor, y conociendo que nosotros fuimos los deicidas, al menos en cuanto al efecto, procuremos aprovecharnos del fruto de la pasión por una verdadera penitencia. Para poder desenvolver estas ideas, pidamos

el auxilio de la gracia por la intercesion de esta afligidísima reina de los mártires. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

La naturaleza hizo su duelo en la muerte de Jesucristo: al verificarse esta, el sol ocultó la luz de sus dorados rayos, eclipsáronse los demas astros, chocaron las piedras, dejóse sentir un espantoso terremoto, y muchos muertos salieron de sus sepulcros. Tan claras señales de que la obra de la sinagoga habia sido un sacrilego atentado, infundió miedo y temor al Centurion y los que con él estaban guardando á Jesus, por lo que decian: «Verdaderamente Hijo de Dios era este (1).»

Un silencio profundo habia sucedido á la anterior algazara y gritería: unos tras otros ibanse retirando del Calvario, así los verdugos del Señor satisfechos de su obra, como la multitud de curiosos que habian acudido á presenciar la ejecucion. María que tanto habia sufrido y que se hallaba abrazada al sacrosanto leño, llora inconsolable y no encuentra consuelo, cuando un rumor cercano viene á sacarla del abatimiento en que se encuentra. ¡Son otra vez los judíos! ¿Y qué querrán? diria la Señora. ¡Si vendrán á hacer nuevos ultrajes al cadáver de mi Hijo! ¡Si vendrán á dirigirle nuevos insultos! Estos pensamientos la agitan, y mucho mas cuando observa que dirigiéndose aquellos hombres á los dos ladrones que con su Hijo estaban crucificados, empezaron á quebrarles las piernas. ¡Qué angustia y dolor para la Santísima Virgen el considerar

(1) Vere Filius Dei erat iste. Math. cap. XXVII, v. 54.

si obrarian del mismo modo con su Hijo! Asi piensan hacerlo: pero apenas los ve acercarse recobra fuerzas, da un grito de dolor, y les hace ver á aquellos implacables judíos que su Hijo es ya difunto y asi no es necesario procedan á practicar tal crueldad. De este modo logra que se retiren y que el sagrado cadáver de Jesus no sufra tal injuria. Mas el mar amargo de las tribulaciones de María levanta todavía enrespadas olas: la desecha borrasca de aficciones no ha concluido para la bendita Madre del Salvador de la humanidad. ¡Qué espectáculo es verla en pié al lado de la Cruz, fijos sus ojos en aquel rostro ensangrentado y sin vida! No puede olvidar un instante las burlas é irrisiones que habia recibido: aun resuenan en sus oidos las espantosas carcajadas del populacho bárbaro é insolente; los golpes del martillo resuenan aun en el fondo de su alma. ¡Qué dolor! ¡qué inesplicable pena! En su corazon estaban grabados los clavos y las espinas: por esto dice el Justiniano, que el corazon de esta amante Madre es el claro espejo de la pasion de su Hijo. Y si María no muere con su Hijo á la violencia del dolor, es, dice san Anselmo, por el poder de Dios que la sostiene.

Verdad es que la madre de los Macabeos presencia la muerte de sus hijos; pero no sobrevive á su martirio: pero María que ha sido testigo ocular de los tormentos y muerte de Jesus, le sobrevive, pues que asi está decretado para prolongacion de su cruel martirio. ¿Y no habrá quien consuele á esta afligidísima Señora? ¿No habrá quien compasivo se acerque á enjugar las amargas lágrimas que vierte? ¡Mas ay! que lejos de mitigarse su pena y su dolor, va aun á recibir nuevo incremento. Uno de los soldados que guarda-

ban el santo cadáver, lanza en ristre acomete al Señor y le abre su costado, del cual sale al punto el último resto de su sangre. ¡Injuria grande aunque insensible para el Salvador! ¡Golpe inhumano y de dolorosísimo efecto para el corazon de su bendita Madre!

«¡Oh llaga del costado precioso, esclama aquí el venerable Granada, hecha mas con el amor de los hombres que con el hierro de la cruel lanza! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de las sencillas palomas y lecho florido de la Esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso que llagas los devotos corazones, herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable... A tí se acojen los tentados, en tí se consuelan los tristes... por tí entran al cielo los pecadores... ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazon en esa tan deleitable morada; dame por ella paso á las entrañas de tu amor: beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua y embriagado con ese tan precioso licor.»

María, cuyo dolor ya no podia tener aumento, deseaba que alguna persona piadosa bajase de la Cruz el cuerpo de su Hijo; pero nadie se presentaba á darle este consuelo. Llena de amor estendia sus brazos, dice San Anselmo, y viendo su imposibilidad de desclavar y bajar el santo cadáver, quedaba oprimida de dolor. San Efrén medita su aficcion en este caso y

la hace esclamar con estas tristes espresiones: ¡Oh Cruz santísima y venerable! inclínate á mis manos para que ya pueda coger tu dulce fruto, que fué antes fruto de mis entrañas; inclínate á mis ruegos y suspiros, para que yo practique con mi Hijo los piadosos oficios que debo como Madre. ¿Quién será capaz de pintar con vivos colores la aflicción de la Purísima Virgen, al verse impotente para bajar por sí misma el sagrado cadáver y darle sepultura? Sus ayes y gemidos resuenan por el Calvario... ¿Y no los oyes nación deicida, raza de víboras? ¿No habrá quien venga á practicar la obra piadosa de dar sepultura á ese Divino Nazareno? Sus lamentos no son escuchados, y parece que hasta el mismo cielo se conjura para hacer padecer á esta Virgen, cuya vida es un martirio continuado. ¿Por qué no vienen ahora aquellos ángeles que en Belén cantaban sonoros himnos, para bajar á Jesucristo y dar este lenitivo á su Madre? ¿Dónde están aquellos á quienes con tanta liberalidad socorrió? ¿Dónde están aquellos discípulos testigos de sus grandes milagros? Pero á que pregunto, cuando el mismo Señor había dicho que al ser herido el pastor se dispersarian las ovejas (1).

Mas al fin el sagrado cadáver de Jesus vá á recibir decente sepultura. José de Arimathea y Nicodemus, varones piadosos que ninguna parte habían tomado en el proceso ni en la muerte de Jesus, llenos de compasion pidieron licencia á Pilatos para bajar su cuerpo, y como les hubiese sido concedida, se presentaron en el Calvario. María los vé subir á aquella cima, los espera suspensa y en silencio, y los pia-

(1) Percutiam pastorem, et dispergentur oves gregis. Math. capitulo XXVI, v. 31.

dosos varones pidenle su licencia para llevar á efecto el objeto á que allí se presentaban, y la Señora se la otorga. Con este beneplácito empiezan á sacar los clavos con la mayor reverencia, y bajando con sumo cuidado y delicadeza aquel sagrado tesoro, lo colocan en el regazo de su Madre. ¡Qué mezcla de consuelo y de amargura! María se regocija por volver á recibir en sus brazos aquel pedazo de sus entrañas. ¡Pero en qué estado! Mira aquellas manos taladradas con duros clavos, y recuerda vertiendo un torrente de lágrimas aquellos días para ella felices, en que las levantaba para colmarle de caricias; vé aquellos lábios cárdenos por la muerte, y recuerda cuando se movian para recibir el sustento de sus pechos: contempla aquellos piés cubiertos de sangre congelada, y viénesele á la vista aquella presteza con que antes andaban para buscar al necesitado y socorrerle, al enfermo para darle la salud. ¡Ay, Hijo mio, esclamaria, en que estado te recibe tu madre! Si tú eres la vida del mundo, ¿cómo te veo hecho un cadáver? Si tu rostro es un espejo donde se miran los ángeles, ¿por qué estás tan afeado?

Ved, cristianos, el estado en que se encuentra el que es Omnipotente, el que domina las criaturas todas, el autor de la naturaleza, que sentado en su trono de fuego se pasea por la altura de los cielos contemplando las obras de sus manos; el que tiene pendiente de sus dedos las llaves del infierno y de la muerte; en una palabra, el que muriendo en cuanto hombre es un Dios con el Padre y el Espiritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas. ¿Y por quién sino por tí, hombre pecador, se vé el Señor reducido á la muerte? Sí: por nosotros los hombres, por

vencer al fuerte armado y despojarle de todas las victorias que obtuviera de los infelices mortales: por romper las cadenas de nuestra esclavitud se ha humillado el Salvador, no solo tomando la forma de hombre, sino padeciendo y muriendo en el patíbulo de los delincuentes, no obstante ser la santidad por esencia.

Señores: si para llevar á cabo el objeto que nos hemos propuesto, os hubiera de explicar la intensidad y profundidad del dolor que experimenta la Santísima Virgen, desde luego quedaria confundido bajo el peso de mi ignorancia: lengua humana no es capaz de explicarlo, ni todo el poder del hombre es bastante para profundizar el Occéano de las amarguras en que María se halla sumergida. ¿Nos seria posible contar los granos de arena del mas elevado monte, ó las gotas de agua que se contienen en los mares? Pues así nos es imposible comprender la medida del martirio de esta Soberana emperatriz de todos los serafines; y tanta era la caridad que el Espíritu Santo le comunicaba, que al tiempo mismo que su alma estaba llena de amargura con la vista del sagrado cadáver de su divino Hijo, ofrecia sus dolores por la honra de Dios y salvacion de los hombres; amor que fué extraordinariamente agradable á Dios, que como dice un contemplativo autor, así como quiso que su Hijo fuese mediador y Redentor de todos los hombres, así tambien quiso que quedase María por mediadora y abogada de los mismos hombres.

Ahora bien: si el sacrificio cruento del Salvador y el ofrecimiento de los dolores de la Santísima Virgen por la salud del mundo, nos han de dar la salvacion, sabed, mis hermanos, que no se nos aplicarán en nuestro favor tan copiosos frutos, si habiendo perdido la

inocencia no hacemos saludable penitencia por nuestros pecados. Veámoslo en la

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán feliz es la criatura luego que la Iglesia ha derramado sobre su cabeza el agua saludable del bautismo! ¡Qué estado mas envidiable! En tan fuerte tabla háse salvado del terrible naufragio del pecado: háse quebrantado la cadena de su esclavitud é infortunio, y ha adquirido nobles derechos, títulos grandiosos; pero apenas vá el hombre entrando en el uso de la razon, ¡oh desgracia! empieza á entregarse al pecado, manchando la blanca estola de su inocencia: aficionase al mundo antes que á Dios, y aun no ha fijado su pensamiento en las grandezas del cielo, cuando ya su corazon aspira por las de la tierra. Y despues que el hombre ha pecado, despues que ha perdido aquella gracia que recibiera en el bautismo, ¿qué le resta? Nada, porque la pérdida de Dios es la mayor de las pérdidas posibles. ¿Y habrá de perecer y perderse para siempre el infeliz pecador? ¿No habrá para él remedio? Sí, señores: aun le queda otra tabla de salvacion, que es la penitencia: renunciar á hacer penitencia es renunciar al cielo y aceptar el infierno: es no querer estar inscrito en el libro de los escogidos; es en suma mirar con la mayor indiferencia el interesantísimo negocio de la salvacion, objeto que debe ocupar todos nuestros cuidados, pero que por una triste fatalidad suele ser el mas olvidado. Tan necesaria es la penitencia, que el mismo Jesucristo nos dice: *Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peri-*

bitis (1). Si no hiciéreis penitencia, irremediabilmente pereceréis.

Si, pues, esto es una verdad innegable; si no hay otro camino libre y espedito para ir al cielo, ¿qué demencia es la nuestra cuando permanecemos tranquilos en el pecado, sin tratar de borrarle por la penitencia? ¿Cómo vivimos con tanto descuido, cómo si no fuera fácil á la muerte el sorprendernos? Si tanto interés nos tomamos por los asuntos que dicen orden á nuestra salud temporal, ¿cómo no pondremos los mismos medios por conseguir la salud eterna?

Y es una verdad, mis hermanos; cuando el hombre tiene su imaginacion ocupada en un asunto de interés, en un negocio lucrativo, no deja un momento de pensar en él, y de tal modo le ocupa, que hasta le hace perder el sueño. Instadle á que piense en la vida eterna: recordadle la necesidad en que está de hacer penitencia, y os contestará que conoce esta necesidad, pero que ahora se halla en la flor de su juventud y que la practicará mas adelante. ¿En qué concepto, os dirá, nos tendrá el mundo, si ahora que empezamos á brillar en la sociedad, si ahora que vamos haciendo rápidos progresos en las ciencias ó en el manejo de las armas; si ahora que por nuestra edad juvenil podemos gozar de los placeres, nos viese entregados á la penitencia? Es verdad que no hay otro camino de salvacion, ¿pero no atraeríamos sobre nosotros, no digo la risa, sino aun el desprecio de la sociedad, si nos separáramos de nuestros festivos amigos, de nuestras reuniones, si nos abstuviéramos de ciertos placeres y diversiones que son tan propias en nuestra juventud?

(1) Luc. cap. XIII, v. 6.

¡Ah! Mas adelante me convertiré y haré penitencia: cuando mis pasiones se hayan dormido; cuando no sienta en mi corazon el fuego de la sensualidad que hoy me devora, cuando ya por mi avanzada edad no tenga que dedicarme á otros negocios. ¡Engañoso aplazamiento que ha conducido á innumerables al infierno! ¿Acaso sabemos el dia ni la hora en que seremos llamados á juicio? Contemplad, mis hermanos, que cuando menos penseis en vuestra salvacion por estar entregados á los placeres, ó bien sea á vuestros negocios sociales, viene la muerte y allí os arrebatara la existencia donde la creiais mas distante. ¿A dónde iriais á parar en el momento? A dónde fueron tantos, que engañados miserablemente porque se creian de larga vida, fueron sorprendidos en el sueño, ó en medio de sus diversiones.

Al que con esta notable indiferencia mira el mas grave de todos los asuntos, pasásele la juventud y aumentásele su aficion á las cosas del mundo; siente aun mas que antes apartarse de aquello que le halaga y le divierte. Vuelve á dar nuevo plazo á su conciencia, y así llega á la vejez sin haber hecho cosa alguna por su alma, y encallecido ya, digámoslo así, en el pecado, ¿cuán difícil es que se convierta en su ancianidad! Si cuando estaba en todo su vigor y fuerza tanto resistió á la penitencia, ¿qué hará despues cuando en la vejez se ve sin fuerzas y abatido? Y esto suponiendo que á la vejez llegue el que así piensa.

No todos obran el mal: jóvenes hay que no viven en el desarreglo, pero que sin embargo tampoco piensan en la salvacion, y si tuvieron la desventura de caer, en todo piensan menos en levantarse. Habladles á estos de ejercicios piadosos, de frecuencia de sacra-

mentos, de oracion y de penitencia; pero ellos se reirán de vosotros, y os dirán que su edad no es la mas á propósito; pero cuando estos lleguen á mayor edad no por eso mudan de resolucion: quédese, dicen, la oracion y la penitencia para los eclesiásticos, que por su estado están llamados á la contemplacion de las cosas eternas, mientras que nosotros que tal vocacion no tenemos, disfrutamos de los placeres que el mundo nos presenta y nos ofrece. ¿Por ventura, diré yo á estos, ha señalado el Señor diversos caminos para llegar al cielo? ¿Ha establecido una puerta angosta y otra ancha para penetrar en él? ¿Os ha dado á vosotros diversa ley que á sus ministros? Yo no dudo, mis hermanos, antes por el contrario sé muy bien que los que por nuestro ministerio debemos enseñar á las gentes las sendas de la salvacion con nuestras palabras y ejemplos, debemos ser modelos de virtud, y aun ciertas diversiones y acciones que son lícitas en los legos, son en nosotros pecaminosas. Mas tambien conozco que á vosotros no se ha dado facultad de pecar; que teneis los mandamientos, y que tampoco entrareis en el cielo si no haceis saludable penitencia de vuestros pecados. *Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.*

Monstruosa es, mis señores, la ingratitud del cristiano que vive tranquilo en el olvido de la salvacion: en primer lugar es cruel consigo mismo, porque ¿no es verdaderamente una crueldad matar el alma con sus propias manos? ¡Ah! cuán doloroso es para Jesucristo este abandono y cuán afflictivo para la Santísima Virgen! El Salvador, cuyo corazon es tan misericordioso, no puede menos de sentir de un modo extraordinario la pérdida de un alma, puesto que tantos ultrajes, afrentas y tormentos le costó nuestro rescate. ¿Que-

reis comprender, mis hermanos, lo extraordinario de vuestra ingratitud? Traed á la memoria á Jesucristo crucificado, que es un libro escrito por dentro y fuera, donde podemos estudiar las mas interesantes lecciones: recordad despues uno por uno sus tormentos, los ultrajes que recibió en los tribunales, las bofetadas que le dieron, los insultos que le prodigaron: vedle con vuestra consideracion estendido sobre la Cruz, y observad la crueldad con que en ella es clavado. Contempladle por último elevado entre el cielo y la tierra, y admiraos al ver que aun siendo cadáver es todavía objeto de las mayores injurias. Ved su costado abierto por el desapiadado hierro de la lanza, y preguntadle: ¿por qué padecer de un modo tan cruel? ¿Por qué tantas afrentas y tormentos? ¿Por qué aparecer como leproso la hermosura misma, como reo el inocente, como pecador el santo por esencia? ¿Por qué tan proceloso mar de tribulaciones? Y oireis la dulce voz del Redentor que os dice: «Por tí, hombre pecador, me entregué á los tormentos y á la muerte; porque volvieras á adquirir los derechos que habias perdido del cielo.» Isaias nos lo habia dicho siglos antes que se verificase la escena del Calvario: «El fué llagado por nuestras iniquidades; quebrantado fué por nuestros pecados; el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados (1).»

¡Cuán grande y extraordinaria es, Salvador amorosísimo, vuestra misericordia! El hombre es el tierno objeto de vuestro cariño: por él os entregásteis en manos de vuestros enemigos; por él tomásteis la Cruz sobre vuestros hombros; por él exhalásteis vuestro

(1) Isai. cap. LIII. v. 5.

aliento en el patíbulo de la Cruz. ¡Qué amor tan extraordinario el vuestro! ¡qué ingratitud tan inicua la nuestra!

Lo repetiré, mis hermanos: no hay mas que dos caminos para entrar en la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistó con su Cruz, la inocencia ó la penitencia. ¿Podeis gloriaros de conservar la inocencia que adquiristeis en el bautismo? ¿Conservais aquella gracia que os elevó á la dignidad de hijos de Dios? ¡Ah! vuestros gemidos me estan diciendo que perdisteis estado tan feliz y envidiable. Manchásteis vuestra blanca estola: lavadla, pues, por una fructuosa penitencia. Jesucristo ha hecho por nosotros cuanto podia por salvarnos: nos ha reconciliado con su Eterno Padre, clavando en su Cruz la escritura de nuestra maldicion.

Acudamos, pues, á esa afligida Reina de los Mártires, y si queremos que sea para nosotros fructuosa la sangre del Calvario, supliquemos á María, y supliquémosla por sus profundos dolores, que nos alcance de su Divino Hijo gracias de conversion, que haciéndonos llorar nuestros pecados y practicar penitencia por ellos, miremos con atencion cristiana el negocio interesante de nuestra salvacion, para que un dia tengamos la inestimable dicha de ser participantes de la triunfante Iglesia, que es la gloria. Amen.

SERMON

SOBRE EL

SÉTIMO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Entierro de Jesucristo y soledad de su Madre.

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XXVII, v. 59 y 60.

Murió el Salvador amorosísimo de la humanidad, y su sagrado cadáver va á ser enterrado en un sepulcro. El padre san Anselmo hablando sobre este último dolor de la Santísima Virgen, queda suspendido y confiesa que no encuentra palabras con que explicarse. ¿Qué, pues, diré yo que estoy á gran distancia de la virtud y ciencia de este Padre? En un asunto en el que guardan silencio los Evangelistas, y que se hace imposible de explicar á las grandes lumbreras de la Iglesia, ¿qué explicacion podrá dar el mas indigno y menos apto de los oradores evangélicos? Nuestro dolor y nuestras lágrimas deben ser hoy el lenguaje

aliento en el patíbulo de la Cruz. ¡Qué amor tan extraordinario el vuestro! ¡qué ingratitud tan inicua la nuestra!

Lo repetiré, mis hermanos: no hay mas que dos caminos para entrar en la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistó con su Cruz, la inocencia ó la penitencia. ¿Podeis gloriaros de conservar la inocencia que adquiristeis en el bautismo? ¿Conservais aquella gracia que os elevó á la dignidad de hijos de Dios? ¡Ah! vuestros gemidos me estan diciendo que perdisteis estado tan feliz y envidiable. Manchásteis vuestra blanca estola: lavadla, pues, por una fructuosa penitencia. Jesucristo ha hecho por nosotros cuanto podia por salvarnos: nos ha reconciliado con su Eterno Padre, clavando en su Cruz la escritura de nuestra maldicion.

Acudamos, pues, á esa afligida Reina de los Mártires, y si queremos que sea para nosotros fructuosa la sangre del Calvario, supliquemos á María, y supliquémosla por sus profundos dolores, que nos alcance de su Divino Hijo gracias de conversion, que haciéndonos llorar nuestros pecados y practicar penitencia por ellos, miremos con atencion cristiana el negocio interesante de nuestra salvacion, para que un dia tengamos la inestimable dicha de ser participantes de la triunfante Iglesia, que es la gloria. Amen.

SERMON

SOBRE EL

SÉTIMO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Entierro de Jesucristo y soledad de su Madre.

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XXVII, v. 59 y 60.

Murió el Salvador amorosísimo de la humanidad, y su sagrado cadáver va á ser enterrado en un sepulcro. El padre san Anselmo hablando sobre este último dolor de la Santísima Virgen, queda suspendido y confiesa que no encuentra palabras con que explicarse. ¿Qué, pues, diré yo que estoy á gran distancia de la virtud y ciencia de este Padre? En un asunto en el que guardan silencio los Evangelistas, y que se hace imposible de explicar á las grandes lumbreras de la Iglesia, ¿qué explicacion podrá dar el mas indigno y menos apto de los oradores evangélicos? Nuestro dolor y nuestras lágrimas deben ser hoy el lenguaje

de nuestro corazon. Si hasta aquí hemos mostrado nuestra compasion á la Santísima Virgen por los grandes dolores y profundas penas que han venido siendo el objeto de nuestras meditaciones en los seis dias anteriores, hoy debemos redoblar nuestros afectos, para contemplarla en el para ella dolorosísimo acto en que Jesus es sepultado, quedando en la mas triste, en la mas lamentable soledad. ¡Ah! dolor sobre todo dolor para tan amante Madre el quedar privada de la vista del Hijo que era el tierno objeto de su amor y sus caricias!

No me parecen tan crueles los anteriores dolores como el presente, por las circunstancias que le acompañan. Verdad es que el vaticinio de Simeon fué una agudísima espada de dolor que atravesó su alma; que las espresiones de aquel venerable anciano derramaron sobre el corazon de María torrentes de amargura: que desde aquel instante no hubo para esta Señora momento de alegría, por tener siempre presente el sacrificio de su Hijo; pero al fin le veía, le estrechaba entre sus brazos, y tenia la gloria de verle, de hablarle y de servirle. Si por librar al tierno Infante de la espada del cruel Herodes, tiene que salir precipitadamente para Egipto, siente, padece de un modo indecible no por sus trabajos sino por los de su Divino Hijo; pero al cabo le conduce entre sus brazos y le cuida con la mayor asiduidad y esmero. Doce años de edad contaba el Divino Nazareno cuando su Madre hubo de atravesar tres dias luctuosos, tres dias de espesas tinieblas, pues que se vió privada del Sol hermoso que era quien daba vida á su alma: fuera de sí esta Madre del Amor hermoso, corre presurosa por todas partes buscando al amado de su corazon: su dolor es inespli-

cible, y aunque piensa si el Niño se habrá ausentado, por no ser ella digna de poseer tal tesoro, confia en medio de su dolor en la divina Providencia, y espera encontrarle como sucedió en efecto. Ella le habia perdido pero no le habia visto morir en manos de sus enemigos. Si llegada que fué la hora marcada en el reló de la eternidad para que se efectuara la pasion del Hijo de Dios, María tiene el incomparable desconsuelo de verle en el camino del Calvario agonizante bajo el peso de la Cruz, exánime y casi sin vida, su dolor es vehementísimo; pero hácese paso por medio de las turbas, llega á él, le abraza y le dirige sus tiernos, sus maternales afectos: no puede aliviarse pero le acompaña al monte de los tormentos, y heroica y llena de valor, conforme con los designios de Dios, presencia el sacrificio de su Divino Hijo. ¡Oh mujer heroica! ¡oh mujer sin par! ¡oh madre la mas amante y la mas dolorida de todas las madres! ¡Cuán grandes fueron los tormentos de vuestro corazon!

Grandes fueron y extraordinarios en verdad todos los dolores que hubo de sufrir esta Reina de los mártires; pero cuando veo que entrega el cadáver de su Divino Hijo para que le coloquen en la sepultura, y considero la amarga soledad en que se encuentra, creo que este dolor fué el mas agudo para su corazon, porque queda privada de la vista de su Hijo.

Ved aquí el último de los dolores de la Santísima Virgen, á que debemos aplicar nuestra atencion en esta tarde. Su soledad nos hará comprender cuán terrible sea la soledad en que la dejan los cristianos, cuando abandonando á Jesucristo se entregan á Belial. La gracia que necesito para el desempeño de mi oracion viene de Dios: el conseguirla es bien fácil,

si María intercede en nuestro favor. Para que así se digne hacerlo, saludémosla con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Hay en verdad ciertas escenas cuya descripción se resiste á la pluma mas bien cortada: acontecimientos indefinibles á la imaginación mas lince y perspicaz, y á la mas elevada elocuencia. Tal es el asunto que en esta tarde forma el objeto de nuestras meditaciones. Dirigid vuestra consideración al monte del llanto y del dolor: fijad vuestras miradas en el Gólgota. ¿Qué es lo que allí se nos presenta? ¿Qué objetos son los que se ponen delante de nuestra vista? ¡Una cruz... una mujer, un yerto cadáver á quien aquella mujer estrecha contra su pecho, y en cuyas frias mejillas imprime ósculos amorosos! Dos entristecidos varones parece que esperan recibir órdenes. La mujer llora amargamente, y en su llanto le acompañan aquellos que habian descendido de la Cruz aquel cadáver del hombre que habia sido sacrificado por el implacable odio de sus crueles enemigos. La naturaleza se ha estremecido mostrando su sentimiento... reina un sepulcral silencio, interrumpido tan solamente por los tristes ayes y lamentos de aquella desconsolada y angustiadísimá Señora.

¡ Ah! ¿Quién es esa heroína sin igual que así permanece en el Calvario? Esa mujer, mas valerosa que Débora, intrépida mas que Judith, que escede en her-

mosura á Esther y en prudencia á Abigail, y mas llena de aflicción que Raquel y Respha; es aquella criatura feliz y bienaventurada elegida para los mas altos fines de la Providencia... Esa mujer es Vírgen, pero es Madre... y su Hijo es el que hecho cadáver se halla sobre su regazo. ¡Qué escena tan terrible! ¡Qué cuadro tan afflictivo!... ¡Quién será capaz de describirlo con vivos colores!... María baña con sus lágrimas el inanimado rostro de su Hijo, pero en medio de tan dilatado mar de penas y aflicciones, parece que le presta algun consuelo el tenerle entre sus brazos: triste consuelo que vá á tener término bien pronto, pues Jesus vá á ser encerrado en el sepulcro, y ella debe quedar en la mas triste y lamentable soledad.

En efecto: José y Nicodemus piden licencia á la Santísima Vírgen para dar sepultura al sagrado cadáver, y María que siente un nuevo y agudísimo dolor por tener que entregarle, confórmase con la voluntad de Dios, y otorga el consentimiento á los piadosos varones. Antes de desasirse de aquella prenda tan cara para su corazón, no podria menos de esclamar: ¡Ay Hijo de mi alma! ¿Por qué así abandonas á tu afligida Madre? ¿Por qué no seré yo contigo encerrada en el sepulcro? ¡Ah! ¡Con cuánto placer te acompañaria! ¿Cómo podré vivir en la triste y amarga soledad en que voy á quedar? ¿Qué haré sin tí, que eres mi vida? ¿Quién podrá darme consuelo? Muchos hijos adoptivos me dejas, ¿pero quién podrá ocupar tu lugar en mi corazón? Estas y otras semejantes, y tan tristes expresiones dirigiria la angustiadísimá Señora á aquel Hijo de quien iba á separarse. ¡En cuánta amargura rebo-saria su maternal corazón! ¿A quién te compararé y á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿Quién te dará

consuelo, oh Virgen hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará (1)?

Colocado el sagrado cadáver de Jesus en el féretro, se puso en marcha la mas lúgubre y lastimosa procesion que jamás vieron los siglos. Conducian al Salvador san Juan, José de Arimathea, Nicodemus y el Centurion, multitud de ángeles, visibles solamente para María, hacia el fúnebre cortejo, y la afligida Madre iba tras el sagrado tesoro: todos lloraban inconsolables, de manera que bañaban la tierra con sus lágrimas, como dice el Justiniano. Mientras mas se acercaba al sepulcro, mas crecia el martirio de su corazon, por tenerse que separar de su amada prenda. Así es que camina lentamente en el mayor abatimiento, y casi exánime y sin vida. ¡Qué escena tan triste! ¡Qué espectáculo tan desgarrador! ¿Y no habrá quien consuele á esta triste y afligida Madre? ¿No habrá quien enjague sus lágrimas? Ahora es, Virgen purísima, cuando podeis esclamar con Jeremías: «Oyeron mis gemidos, y no hay quien me consuele.»

Por fin, la fúnebrecomitiva llegó al sepulcro donde fué colocado el sagrado cadáver: iba á ser cubierto con la losa, pero María, cuyo corazon hállase oprimido, quiere despedirse de su Hijo, y así abrázase á él de nuevo. ¡Cuáles serian en este momento los afectos de su corazon. ¡Adios, le diria, con palabras entrecortadas por los sollozos y suspiros: adios Hijo de mi vida, luz de mis ojos, prenda amada de mi corazon! ¡Por qué así me dejas en el mundo, y no soy contigo encerrada en el sepulcro!... En el corazon de tu Ma-

(1) ¿Cui comparabo te? vel ¿cui assimilabo te, filia Jerusalem? ¿cui exaquabo te, et consolabor te virgo, filia Sion? Magna est enim velut mare conritio tua: quis medebitur tui? Thr. cap. II, v. 13.

dre existirá siempre el recuerdo de los tormentos que te han afligido! Quisiera, en verdad, acompañarte, pero has dispuesto que sufra yo el nuevo martirio de la soledad, y me conformo, porque aunque soy tu Madre no por eso dejo de ser tu esclava! ¡Ah! Y los ángeles del cielo que asistian á este acto, y los piadosos varones, y las demás personas que componian el fúnebre cortejo, no podian menos de admirar la virtud y el heroismo de esta mujer sin igual. Todos llorarian con la mayor amargura al escuchar tan triste y dolorosa despedida.

Y adoró María á su Hijo, y lo mismo hicieron los ángeles y cuantos estaban presentes, y la pesada losa cayó sobre el sepulcro del Hijo y sobre el corazon de la Madre. ¡Ah! momento terrible para aquella Señora, que no puede menos de esclamar: «Ahora es cuando las aguas han inundado mi cabeza: he perecido (1)!» ¿Qué haré ahora sin el Hijo de mis entrañas? ¿Dónde iré que encuentre consuelo? ¡Ah, que fáltame la vida faltándome mi Jesus! Sola y afligida retirese María del sepulcro, pero dejando allí su corazon, porque allí queda su tesoro (2). Su amarga soledad no podia encontrar consuelo en los discípulos que la acompañaran. San Bernardo se detiene en la contemplacion de lo que padeceria la Señora en aquella triste noche, y dice que los mismos discípulos al verla en tanto desconsuelo, lloraban amargamente mas que por la muerte del Hijo, por este nuevo dolor de la Madre.

Así es, cristianos; ha quedado como viuda la Se-

(1) Inundaverunt aquæ super caput meum, dixi; perii. Tr. cap. III, v. 54.

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est cor tuum. Math. eap. VI, v. 21.

ñora de las naciones : la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria (1) ; la que por espacio de treinta y tres años ha sido compañera inseparable del amabilísimo Jesus , ha quedado en la mas triste y lamentable soledad. ¡Noche espantosa : en ella llora hilo á hilo ; sus lágrimas surcan sus mejillas , y no hay quien la consuele entre todos sus amados (2) ! En el rostro de la Santísima Virgen retratábase el martirio de su corazón ; sus pasos al caminar del sepulcro al Cenáculo eran vacilantes ; faltábale el aliento , y volvíase á cada momento para mirar el lugar donde quedaba su Hijo , para conseguir algun alivio en su soledad , dice San Buenaventura. Pasa por el lugar de la crucifixion : la vista del santo leño es otra saeta punzadora que le hiere en medio de su corazón ; ella le aviva el recuerdo de los ultrajes , de las blasfemias de los tormentos de su Benjamin amado. ¡Cómo una criatura puede navegar en el proceloso mar de tantos dolores ! ¡Cómo una mujer puede resistir tan fieros golpes de la mas afilada cuchilla ! Esta mujer varonil , cuyos dolores son inesplicables , esta valerosa heroina que tanta parte tomó en la obra de nuestra reparacion , hubiese muerto mil veces á la violencia de sus dolores , si no hubiera sido confortada por el Espíritu Santo.

Contempladla , cristianos , y ved como presenta el espectáculo mas triste y afflictivo , á cuya vista no pueden menos de derramar lágrimas hasta los mismos que habian tenido parte en la muerte de Jesus , como afirma San Bernardo (3). ¡Y seremos nosotros mas in-

(1) *Facta est quasi vidua domina gentium; princeps provinciarum facta est sub tributo.* Thr. cap. 1, v. 1.

(2) *Plorans ploravit in nocte et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* Ibid. v. 2.

(3) S. Bern. De lam. Virg.

sensibles? ¿No tendremos una lágrima que ofrecer á esta nuestra dolorosa Madre? Llorad y lloremos todos al ver la affliccion y pena de esta Reina Soberana. ¡Cuán felices seriamos si la memoria de sus dolores no se apartasen jamás de nosotros! Este recuerdo nos seria suficiente para no apartarnos del camino de la salvacion ; seria una medicina que nos apartaria del pecado , y nos tendria siempre unidos á su Divino Hijo. ¡Cuán grandes serian en este caso nuestros triunfos ! ¡Cuán inestimable nuestra dicha !

Empero consideremos á María que ya está de vuelta en el Cenáculo. Allí alejada de su Hijo , ¿qué ideas cruzarian su claro entendimiento? La pérdida que acaba de experimentar es de tal magnitud , que no hay pérdida alguna que con ella pueda compararse : sola y entregada á sus pensamientos , derrama un torrente de lágrimas : su vista en vano fluctúa de uno en otro lado , porque no existe allí el único objeto que su pena pudiera mitigar. Ella le ha dejado en el sepulcro , pero no obstante le llama : su nombre lo tenia grabado en su corazón. Jesus pronunciaban sus trémulos labios : Jesus , Hijo mio amadísimo , ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes á los brazos de tu Madre? ¡Qué tiempo tan feliz aquellos nueve meses que te tuve en mis entrañas ! ¡Qué dias tan hermosos aquellos en que te alimentaba con mis pechos ! ¡Qué gloria tan grande para tu Madre cuando empleaba sus mejores horas en cuidarte ! Verdad es que durante tu vida he pasado sinsabores , que mis dias han sido amargos , porque siempre tuve presente aquel triste vaticinio del Templo que ya ha venido á tener cumplimiento , pero al fin disfrutaba de tu vista , y tu presencia era para mí un bálsamo de consuelo , un alivio para mis penas : tu

hermoso y divino rostro era el sol que me alumbraba y guiaba por el mundo: tus palabras eran oráculos que me embelesaban y tu vida era mi vida.

En efecto, mis hermanos: sola María, entregada á sus tristes pensamientos, y privada de la vista de su amado Hijo, bien puede esclamar: El Señor me ha puesto desolada, todo el dia consumida de tristeza: *Posuit me desolatam, tota die mærore perfectam* (1). Procuremos, pues, tener presente cuanto esta Señora padeció por nosotros, y tratemos de enjugar sus lágrimas con nuestra gratitud y cristiana conducta. Es nuestra Madre, ¿y podremos verla llorar sin compadecerla y acompañarla? ¿Permaneceremos indiferentes á sus penas y dolores? Esto no seria obrar como buenos hijos: lloremos con ella y acompañémosla en su afliccion. Veamos ahora la nueva soledad en que la dejan sus hijos los cristianos cuando abandonando á Jesucristo, se entregan á Belial.

SEGUNDA PARTE.

Que son estraordinariamente grandes los motivos de gratitud que nos ligan para con Jesucristo y su Santísima Madre, es una verdad bien conocida de vosotros. Al traer á la memoria las trágicas escenas de la pasion y muerte del Redentor de la humanidad, talvez pregunte alguno: ¿No pudiera el Hijo de Dios haber escogido otro medio menos costoso para redimirnos del pecado? Sí pudiera; pero eligió el de los tormentos, y dispuso que su Madre padeciese en su corazon los dolores que El en su cuerpo, para que te-

(1) Thr. cap. 1, v. 13.

niendo nosotros presente lo mucho que costó nuestra redencion, conociésemos la gravedad del pecado, y mostrásemos en nuestra conducta una noble gratitud al que nos abrió con su Cruz las puertas de los cielos, y á la que sumergida en el profundo mar de inesplicables dolores cooperó á tan grande y maravillosa obra.

Este debido homenaje de gratitud es el que por siete dias continuados nos ha reunido en este santo templo, para recordar la memoria de los intensísimos dolores que como penetrantes espadas atravesaron el corazon amante de la Madre de nuestro Dios, á quien su Hijo nos dejó por madre á todos los mortales. Bien quisiera haberos presentado en este setenario vivos cuadros que os hubiesen hecho conocer lo intenso y lo profundo de cada uno de sus dolores; pero esto no es posible á la débil inteligencia humana: por esto no he hecho otra cosa que trazar imperfectos bosquejos. Ni qué mas pudiera hacer, ni cómo explicar con mas perfeccion los dolores de la Santísima Virgen, cuando todos los santos Padres afirman que no es dado al entendimiento humano el concebirlo ni el esplicarlo. Tanto padeció, que San Bernardino de Sena esclama, que si sus dolores se repartieran entre todas las criaturas capaces de sentir, moririan todas á la violencia del dolor; y San Anselmo dice, que Hijo y Madre padecieron un mismo sacrificio, porque ambos se ofrecian á un mismo tiempo, Jesus en sus tormentos y en su muerte y Maria en los dolores de su corazon.

¡Cuán grandes fueron estos, podémoslo en algun tanto comprender por las narraciones que hemos venido presentando durante los dias de este setenario!

Siguiendo el orden establecido, vimosla en la mayor angustia al escuchar en el templo el vaticinio del anciano Simeon, que en breves palabras púsole delante de sus ojos la pasion y muerte de su Hijo y la espada que atravesaria ambos corazones. La persecucion tiránica de Herodes motivó la huida á Egipto, en la que un nuevo martirio dividió su corazon amante, por ver al Hijo de sus entrañas obligado á pasar trabajos y tener que buscar albergue en tierra estraña. El amargo cáliz que hubo de beber en la pérdida de su Hijo, fué como un ensayo ó preludio de la amargura que habia de experimentar al perderle, cuando llegada la hora señalada en los consejos eternos se ofreciese en el Calvario víctima por la salvacion del mundo. Contemplado que hubimos estos primeros dolores de la Santísima Virgen, entramos en la consideracion de los nuevos y cruelísimos que hubo de sufrir durante la pasion y muerte del Redentor. ¡Cuánto movió nuestros corazones el verla en la calle de la Amargura, coronada de tribulacion al ver á su Hijo abatido y agonizante bajo el leño sacrosanto de la redencion! ¡Qué lágrimas de ternura vinieron á bañar nuestras mejillas cuando la contemplamos inmóvil al pié de la Cruz! ¡Cuánto nos compadecemos, cuando observamos la sensacion y dolor que produjo en su corazon el grande ultraje que recibió su Divino Hijo ya cadáver, al ser herido su costado por una lanza!

La meditacion de estos dolores de la Santísima Virgen nos han dado ocasion para presentar algunas reflexiones morales de la mayor utilidad para nuestras almas, y muy apropósito para hacernos adquirir con el amor á la virtud un grande aborrecimiento al pecado. En esta última tarde en que ha sido objeto de nues-

tra meditacion la soledad amarguísima en que quedó la Reina de los mártires, luego que fué enterrado el cadáver de su Divino Hijo, razon es que para cerrar estas morales lecciones nos hagamos cargo de la nueva soledad en que los cristianos dejamos á esta dolorosa Virgen, cuando volviendo las espaldas á su Divino Hijo nos entregamos á seguir las máximas de Belial.

Y desde luego, mas ingrato el hombre que pobre y miserable, olvídase con la mayor facilidad asi de los tormentos y muerte de Jerucristo, padecidos para salvar su alma, como de los dolores de la Santísima Virgen que tanto cooperó á la redencion. Engreidos muchos cristianos con las falsas máximas del mundo corrompido, coronanse de las flores de los placeres, sacrifican su tiempo y sus afanes á brillar en medio de la sociedad: trabajan sin descanso por adquirir celebridad, y cual si la vida de que disfrutaban hubiese de ser eterna, se agitan sin descanso por atesorar bienes perecederos, no cuidando de su alma cuyo rescate se consiguió á fuerza de tormentos. Ahora bien, María ama á su Divino Hijo con cuanto fervor es capaz de amar una madre tan santa y tan llena de virtudes como ella, y tanto cuanto es digno de amor un Hijo que es Dios, y por consiguiente la santidad por esencia. Nosotros somos hijos adoptivos de Maria por voluntad del mismo Jesucristo, y teniendo la Señora presente cuanto padeció su Hijo por salvarnos, ¿mirará con indiferencia la tranquilidad é ingratitud de aquellos de sus hijos adoptivos que no queriendo aprovecharse de los frutos de la redencion, se esponen á perder su alma para siempre? ¿No será para esta amorosa Madre un nuevo dolor la ingratitud del que de este modo obra? No hay quien me consuele, dice María. *Non est*

qui consoletur me. ¡Me encuentro la más desconsolada de todas las criaturas, porque no hay quien me acompañe á llorar la muerte de mi Hijo!

¡Ah! Nueva soledad que angustia el corazón de esta purísima Virgen, que no puede menos de sentir de un modo extraordinario la pérdida de su alma. Hay ciertos errores que no pueden menos de ser funestas consecuencias para aquellos que los siguen como reglas de salvacion. Hombres de fé lo son todos los cristianos al decir de cada uno: el invocar á María como medianera de intercesion entre nosotros y su Divino Hijo, es comun en los hijos de la Iglesia, y es en efecto una invocacion justa, aprobada por la misma Iglesia, y á hacerlo así muévenos la doctrina de los Padres en este punto, y la práctica constante del cristianismo. Su poder es grande para alcanzar gracias, y no menos su voluntad de interesarse en favor de los miserables mortales. ¿Dónde no es invocada la Co-redentora del linaje humano? ¿Quién no acude á ella en todas sus necesidades y tribulaciones? ¿Quién no espera el remedio de sus males por su mediacion? Si esto es una verdad consoladora y de todos conocida, tambien lo es que muchos viven errados en este punto, porque teniendo una vida disipada y viviendo de un modo contrario á la ley de Dios, creen merecer la proteccion de la Santísima Virgen, porque invocan su nombre de continuo, dan alguna limosna ó practican alguna otra obra de piedad en su obsequio. María no acepta las rosas que la ofrecen los que son enemigos de su Divino Hijo, á quien tanto ama, y por cuya gloria se esfuerza. Si bien es madre de pecadores, entiéndese que lo es de pecadores, que apartándose del mal camino vuelven al redil del Pas-

tor divino: á estos es á los que protege, cubre con su manto de misericordia é implora para ellos el perdon y la gracia. Los obsequios, por el contrario, de los que la desamparan y dejan en soledad, no le son agradables bajo ningun concepto, pues como nos advierte el Espíritu Santo, no puede ser agradable la oracion del pecador (1).

Y á la verdad: siendo María un dechado de todas las virtudes, y habiendo padecido tanto por el pecado del hombre, ¿cómo escuchará gustosa las alabanzas y oraciones dirigidas por unos lábios impuros ó por un corazón corrompido? ¿Deseais, mis hermanos, ser participantes de la gloria que Jesucristo nos conquistó con el precioso lábaro de la Cruz? Conociendo los peligros del mundo y asaltos de vuestros enemigos, ¿deseais tener en María una protectora benéfica, dispuesta siempre á interceder en vuestro favor y alcanzaros el perdon y la gracia? ¿Deseais que vuestras oraciones lleguen al trono de Dios por las manos de María en olor de suavidad? ¿Quereis que vuestra devocion á esta Reina de los mártires, le sea agradable y que acepte estos cultos que le tributais? Pues no es difícil que lo consigais, si mirando en Jesucristo, no solo á nuestro Redentor, sino tambien á nuestro Maestro, procurais imitarle, arreglando vuestra conducta á tan perfecto modelo. Vivid segun la moral del Evangelio, no perdiendo de vista los tormentos de Jesus y dolores de María sufridos por nosotros, y serán innumerables las gracias que la Señora os alcance de su Divino Hijo. Ved el medio sencillo de no agravar el tormento de su soledad, y de ser verdaderos devotos.

(1) Non est speciosa laus in ore peccatoris. Ecli. cap. XV. v. 3.

Yo no creeria cumplir con mi deber, si concluyese mis sermones de este setenario sin recomendar la devocion continua y fervorosa de los dolores de la Santísima Virgen María, pues que en ello damos gloria á Dios, honor á su Madre, y reportamos grande utilidad para nuestras almas. Para persuadiros á ello, os repetiré las palabras dirigidas por la misma Señora á santa Brígida, en las que nos dá á entender lo aceptable que le es la invocacion que hacemos de sus penas y dolores. «Estoy mirando, dice la Santísima Virgen, á cuántos hay en el mundo, por si hallo algunos que se »compadezcan de mí y consideren la grandeza de mi »dolor, y encuentren muy pocos que así lo practiquen. »Y por lo tanto, aunque sea de muchos olvidada, no »lo sea de tí, hija mia. Ténme en memoria: considera »mis lágrimas y dolores: imita mis virtudes y llora »amargamente de que sean tan pocos los amigos de »Dios.» Estas espresiones nos repite María á cada uno de nosotros, y grande será nuestra ingratitude si así no lo hacemos: procuremos, por lo tanto, no renovar la amargura de sus penas y la aficcion de su soledad con nuestra relajada conducta: antes por el contrario, y dando pruebas de una noble gratitud, vivamos cristianamente, y seamos verdaderamente devotos de la pasion de Jesus y de los dolores de su Madre, para que haciéndolos fructuosos para nosotros, nos hagamos dignos de la salvacion.

He concluido, mis señores, y dado fin al encargo que encomendásteis á mis débiles fuerzas. Si lo elevado de los asuntos que han venido siendo objeto de mis discursos, y mi limitada capacidad no me han permitido presentar bien acabados cuadros de los dolores agudísimos de la Reina de los mártires, he hecho cuan-

to me ha sido posible por escitar vuestra compasion y moveros á la gratitud: plegue á Dios que no hayan sido estériles mis tareas, y que habiendo caido la semilla de la divina palabra en buena tierra, es decir, en corazones dóciles, produzca en vosotros ópimos frutos de salvacion: plegue al Omnipotente que no una compasion estéril hayais experimentado á vista de los grandes dolores que en su cualidad de co-Redentor de la humanidad, hubo de experimentar la Santísima Virgen María: antes por el contrario, que nuestras meditaciones os hayan servido para despertar en vuestros corazones sentimientos verdaderamente cristianos que os dispongan á hacer fructíferos para vosotros los tormentos de Jerucristo y los dolores de su bendita Madre.

Sea así, ¡oh afligidísima Reina y Madre nuestra! Alcanzadnos la gracia del Señor, á fin de que enmendando nuestras costumbres seamos verdaderos cristianos, y que teniendo presente vuestros dolores, junto con los tormentos y sacrificios de valor infinito de vuestro Santísimo Hijo, merezcamos vuestro amparo y proteccion. Recibid, Señora, estos cultos que os ofrecemos y las lágrimas que hemos vertido durante este setenario, y os suplicamos por vuestros profundos dolores, que nos ampareis y protejais en este valle de lágrimas en que vivimos. Esta nacion, eminentemente católica, y cuyos hijos se complacieron siempre en ser vuestros devotos, sea Madre mia el objeto de vuestra especial proteccion. Que la guerra y las discordias se alejen de nosotros: que no nos visiten las enfermedades contagiosas: que la lluvia en tiempo oportuno fertilice nuestros campos: que reine entre nosotros la paz, y que unidos todos los españoles en identidad de

sentimientos, formemos un cuerpo de adoradores de vuestro Santísimo Hijo y de devotos vuestros. Alcanzados, en suma, la divina gracia, á fin de que llorando nuestras culpas, y lavándolas con la penitencia, consigamos la muerte de los justos, y despues de ella la imponderable felicidad de vuestra compañía, en alabar y bendecir por siempre á vuestro Hijo Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, ahora y siempre, por los siglos de los siglos Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
Sermon 1.º de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.	5
Id. 2.º del mismo Misterio.	20
Id. 3.º del propio asunto.. . . .	42
Id. para el dia de la Natividad de María Santísima. . .	56
Id. para el dia de la Presentacion de María Santísima. .	70
Id. para el dia de la Anunciacion de María Santísima. .	87
Id. de la Visitacion de Nuestra Señora.	104
Id. para el dia de la Purificacion de Nuestra Señora. .	117
Id. para el dia del Dulce Nombre de María.	129
Id. 1.º de Nuestra Señora del Cármen.. . . .	144
Id. 2.º de Nuestra Señora del Cármen.	160
Id. para el dia de la Asuncion de la Santísima Virgen. .	173
Id. de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	197
Id. de Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia.	213
Id. de la Invencion de Nuestra Señora de Valverde. . .	228
Id. del Dulcísimo Corazon de María Santísima. . . .	245
Id. de Nuestra Señora de Loreto.	265
Id. de Nuestra Señora de la Esperanza.. . . .	277

sentimientos, formemos un cuerpo de adoradores de vuestro Santísimo Hijo y de devotos vuestros. Alcanzados, en suma, la divina gracia, á fin de que llorando nuestras culpas, y lavándolas con la penitencia, consigamos la muerte de los justos, y despues de ella la imponderable felicidad de vuestra compañía, en alabar y bendecir por siempre á vuestro Hijo Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, ahora y siempre, por los siglos de los siglos Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
Sermon 1.º de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.	5
Id. 2.º del mismo Misterio.	20
Id. 3.º del propio asunto.. . . .	42
Id. para el dia de la Natividad de María Santísima. . .	56
Id. para el dia de la Presentacion de María Santísima. .	70
Id. para el dia de la Anunciacion de María Santísima. .	87
Id. de la Visitacion de Nuestra Señora.	104
Id. para el dia de la Purificacion de Nuestra Señora. . .	117
Id. para el dia del Dulce Nombre de María.	129
Id. 1.º de Nuestra Señora del Cármen.. . . .	144
Id. 2.º de Nuestra Señora del Cármen.	160
Id. para el dia de la Asuncion de la Santísima Virgen. .	173
Id. de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	197
Id. de Nuestra Señora de los Desamparados de Valencia.	213
Id. de la Invencion de Nuestra Señora de Valverde. . .	228
Id. del Dulcísimo Corazon de María Santísima.	245
Id. de Nuestra Señora de Loreto.	265
Id. de Nuestra Señora de la Esperanza.. . . .	277

Sermon 1.º de Nuestra Señora del Rosario.	297
Id. 2.º de Nuestra Señora del Rosario.	307
Id. 1.º de los Dolores de María Santísima.	324
Id. 2.º de los Dolores de María Santísima.	336
Id. sobre la Devoción a María Santísima.	346
SETENARIO DE LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA. Sermon sobre el primer dolor. <i>La Profecía de Simeon.</i>	357
Sermon sobre el 2.º dolor. <i>La Huida a Egipto.</i>	372
Id. sobre el tercer dolor. <i>La Pérdida del Niño.</i>	387
Id. sobre el cuarto dolor. <i>La Cruz a cuestas.</i>	403
Id. sobre el quinto dolor. <i>Crucifixion.</i>	419
Id. sobre el sexto dolor. <i>Lanzada y Descendimiento.</i>	434
Id. sobre el sétimo dolor. <i>Entierro de Jesucristo y Soledad de su Madre.</i>	449

CONTINUÁ

LA LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

A LA BIBLIOTECA PREDICABLE.

ABREVIATURAS USADAS EN ELLA.

c. p.	cura párroco.
c. e.	cura ecónomo.
p.	presbitero.
arc.	arcipreste.
v.	vicario.
cr.	coadjutor.
r.	rector.

A.

D. Antonio Gonzalez Amor, p. en Arbancon.
Antonio Blanco, p. en Higuera.
Agapito de Penagos, c. p. de la Encina de Cayon.
Andres Garrido, c. p. de Fresno de Rodilla.
Dr. D. Antonio Mengos Huete, c. p. de Tabernes Blanquez.
D. Angel Percaz, p. en Caseda.
Alvaro Rodriguez, c. p. de Reliegos.
Antonio Rodriguez Peña, p. en Navales.
Agustin J. Diaz, c. p. de Solera.

B.

D. Buenaventura Domenech, p. de Cuevas de Vera.
Basilio Puga, c. p. de San Julian de Muimenta.
Benito Salas, c. p. de Salguero de Juarros.
Bernardino Diaz Guitian, c. p. de Sotelo.
Bartolomé Jurado, p. en Montoro.
Bonifacio Esperza, c. p. de Elcano.
Bernardino Anocibar, p. en Labiano.
Bernardo Lopez Sanchez, p. en Madrid.

C.

D. Cándido García, cr. en Manganeses de Lampreana.
Casimiro Sanchez, c. p. de Fuente el Saz de Jarama.

D.

D. Domingo Pumsar, p. en la Coruña.
Deogracias Fernandez, c. p. de Rivafrecha.
Domingo Ruiz Val, c. p. de Fuente de San Pedro.
Domingo Crespo p. del Coderar.
Domingo Beneites, cura-teniente de Moral de Sayago.

E.

D. Estaban de Torres, c. p. de Aldea del Obispo.
Emeterio Barriuso, p. en los Carabeos.
Eusebio Garcia, c. p. de Pardos de Aragon.

F.

D. Francisco de Las Heras, c. p. de la Puebla de la Barca.
Francisco Javier Bravo y Busto p. en Pontevedra.
Francisco Garcia y Mislata, v. de Ribarroja.
Francisco Bausela, p. en Mayorga.

G.

D. Genaro Saez Lázaro, c. p. de Sinlabajos.
Gabriel Sorella p. en Concentaina.

I.

D. Inocente Hermoso, Teniente Abad de Olaiza.
Isidro Gutierrez, c. p. de Penilla de Cabriedo.

D. Ildefonso Fernandez Quevedo, p. en Pobeiros.
Isidoro Diez, c. p. de Pedraja del Portillo.

J.

Dr. D. José Pons, c. p. de Monovar.
D. Juan Bravo, c. p. de Humada.
Juan Colomar, del comercio de libros de Palma de Mallorca.
José María Aparicio y Rubio, p. en Pozo Rubio.
José Rodríguez, c. p. de San Juan de Piñeira.
José Moran, c. p. de Naveces (por dos ejemplares).
Joaquín Gutierrez Piñeiro, c. p. de Portas.
José Rufo de Olmedo, p. v. de Peñaranda del Duero.
José Alvarez, c. p. de Santa Eulalia de Mamaneda.
José Pareja, p. vicario juez eclesiástico de Huescar.
José Pulido y Garcia, p. en Marchena.
José Nuñez Santana, c. p. de San Juan del Rio.
Joaquín Ministrál, p. de Serinyá.
José Valdovinos, regente de la Parroquial de Javiere de Ara.
Juan Maria Gutierrez, diácono en Coin.
José Azcona, c. p. de Zabaldica.
José Gaspar Perez Rodriguez, c. p. de San Pedro Feliz de Roupar.
Juan Fernandez de Prado, c. p. de San Cristóbal del Real.
Joaquín Sarmientos, c. p. de Santa Teresa de la Villa de Cañizas.
Juan Pablo de Bayo, c. p. de Muel.
José Mate Hermoso, c. p. de S. Lázaro en Palencia.
José Jarava, c. p. de Torvizcon.
José Pico y Pinazo, p. en Madrid.
Juan Sanchez, p. en Madrid.
Juan Pelayo, c. p. de Aguilas.

L.

D. Luis Gallego, c. p. de Oseja.
Lorenzo Gonzalez, p. en Mataluenga.

M.

D. Manuel Picar y Santos, p. en Garachico (Canarias).
Manuel Bermudez, c. p. de Sta. Maria de Ordenes.
Manuel Soriano, c. p. de Bea.
Modesto Santos, v. de Mancilla Mayor.
Miguel Collell, c. p. de Las Planas.
Manuel Hierro p. en Roquetas.
Miguel Martín y Linares, p. en Churriana de la Vega.
Manuel Frasmont, p. en Santiago.
Manuel Pastor y Pardillo, c. p. de Linares.
Manuel Corroto y Valle, c. p. de Retuerta.
Manuel José Vivero, p. en Lugo.
Manuel Deloso y Ovejero, p. en Madrid.

N.

D. Nicolás Cubero, vice rector de Santa Maria de Ponferrada.
Narciso Bayér, p. en Las Planas.

P.

D. Pablo Morso y Vivas, rector del Santuario de Nra. Sra. del Puerto en Madrid.

D. Pio Cruz Lopez, p. en Muro de Cameros.
Pedro Dieguez, c. p. del Coderal.
Pedro Lopez, c. p. de S. Adrian de Juarros.
Pedro Rovira, r. arcipreste de Sarreal.

R.

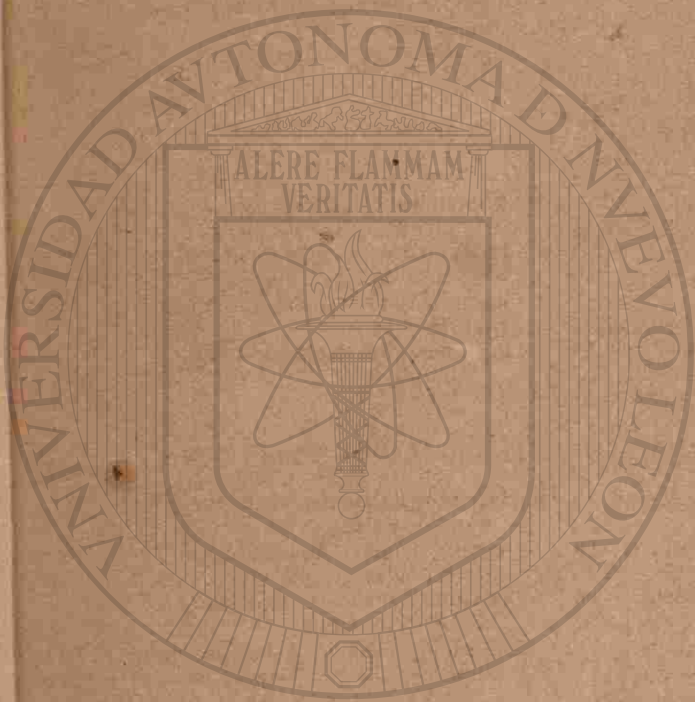
D. Roman Gutierrez Pereda, p. beneficiado de los Valvases.
Rafael Carrion, Abad párroco de San Martín de Picoña,
Rafael Alguero Diaño, p. en en Tortosa.
Romualdo Rebollado, p. en Valladolid.

S.

D. Salvador Rabanillo, p. en Parada de Solana.
Serafín Camo y Abadia, c. p. de Puibolea.
Salvador Sanchez, c. p. de Valdetorres de Jarama.
Segundo Anchuelo, p. en Madrid.

V.

D. Vicente Fuertes y Carames, c. p. de Irijoa.
Vicente de Vicente, cura prior del Olmo de la Guareña.
Venancio Ramos, c. p. de So-bradillo de Palomares.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MAYO 19 83 MICROFILMADO R-66



BIBLIOTECA